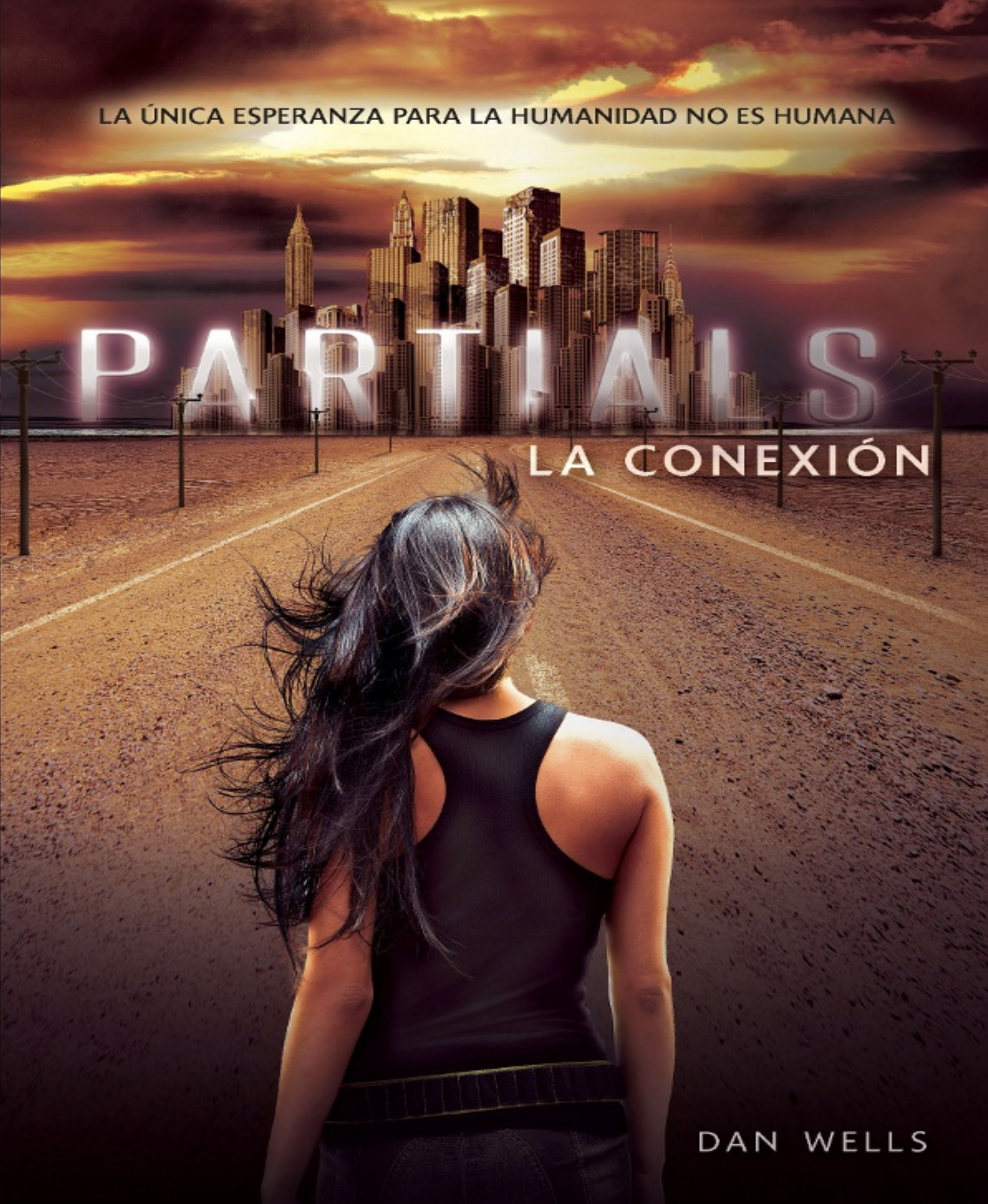
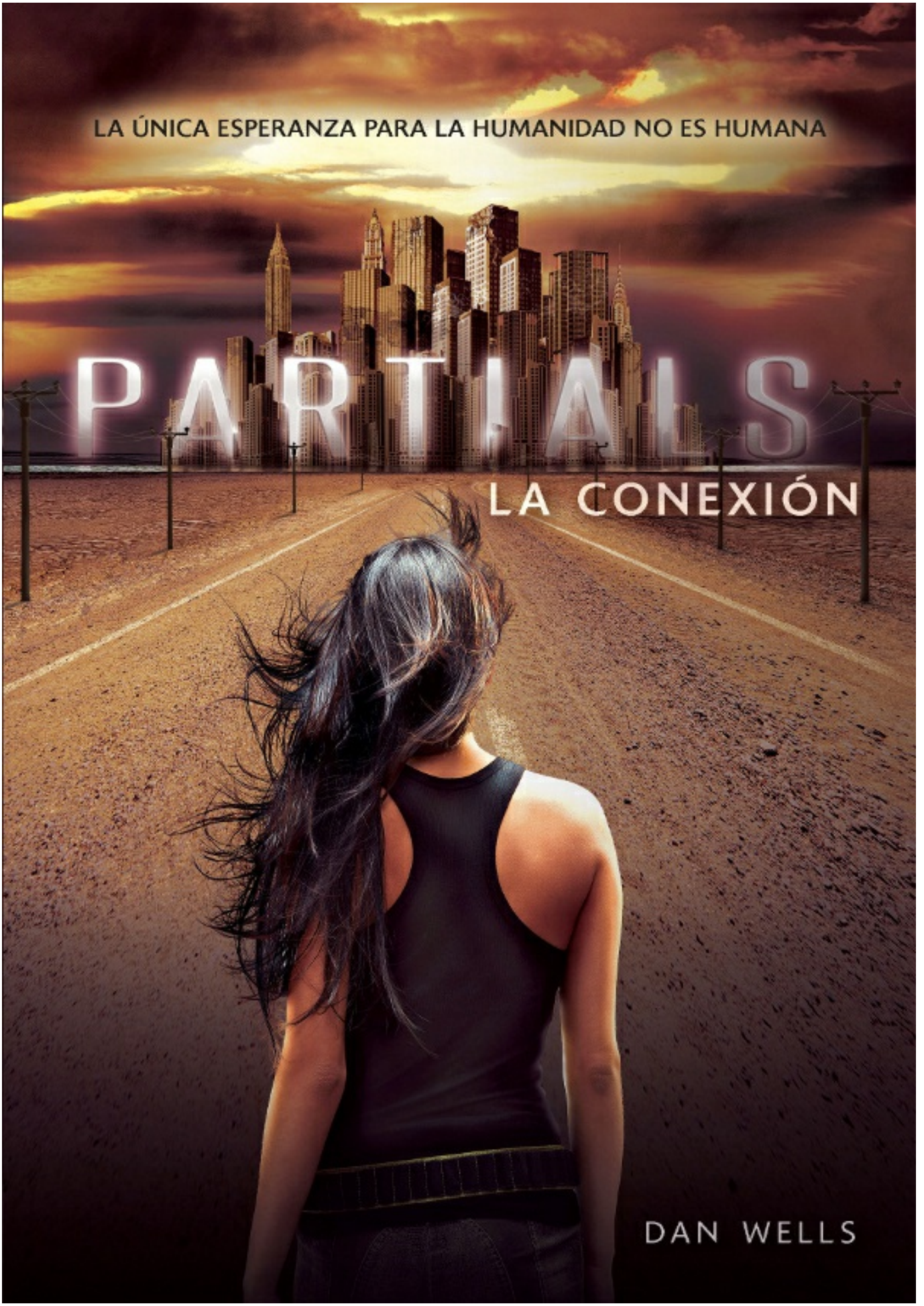
LA ÚNICA ESPERANZA PARA LA HUMANIDAD NO ES HUMANA



PARTIALS

LA CONEXIÓN

DAN WELLS


LA ÚNICA ESPERANZA PARA LA HUMANIDAD NO ES HUMANA
PARTIALS
LA CONEXIÓN
DAN WELLS

PARTIALS

LA CONEXIÓN

DAN WELLS

V&R
EDITORAS

Título original: *Partials*
Traducción: Nora Escoms
Dirección de proyecto editorial: Cristina Alemany
Dirección de arte: Paula Fernández
Edición: Roxanna Erdman - Soledad Alliaud
Armado y adaptación de diseño: Marianela Acuña
Diseño de tapa: Alison Klapthor

© 2012 HarperCollins Publishers
© 2012 Howard Huang por fotografía de tapa
© 2012 Craig Shields por arte de tapa
© 2013 V&R Editoras
www.vreditoras.com

Publicado en virtud de un acuerdo con HarperCollins Children’s Books, una división de

HarperCollins Publishers

Todos los derechos reservados. Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión de la misma, sin previa autorización escrita de las editoras.

Argentina: Demaría 4412
(C1425AEB) Buenos Aires
Tel./Fax: (54-11) 4778-9444 y rotativas
e-mail: editorial@vreditoras.com

México: Av. Tamaulipas 145,
Colonia Hipódromo Condesa
CP 06170 - Del. Cuauhtémoc,
México D. F.
Tel./Fax: (5255) 5220-6620/6621

e-mail:
editoras@vergarariba.com.mx

ISBN: 978-987-612-532-1

Impreso en Argentina por
Triñanes
Printed in Argentina
Enero de 2013

Wells, Dan
Partials: La conexión. - 1a ed. - Ciudad Autónoma
de Buenos Aires:V&R, 2013.
440 p.; 20×14 cm.

Traducido por: Nora Escoms
ISBN 978-987-612-532-1

1. Literatura Juvenil Estadounidense. I. Escoms, Nora, trad. II. Título
CDD 813.928 3

Contenido

1. Portada
2. Copyright
3. Título de la Página
4. PRIMERA PARTE
    1. CAPÍTULO UNO
    2. CAPÍTULO DOS
    3. CAPÍTULO TRES
    4. CAPÍTULO CUATRO
    5. CAPÍTULO CINCO
    6. CAPÍTULO SEIS
    7. CAPÍTULO SIETE
    8. CAPÍTULO OCHO

9. CAPÍTULO NUEVE
10. CAPÍTULO DIEZ
11. CAPÍTULO ONCE
12. CAPÍTULO DOCE

5. SEGUNDA PARTE TRES MESES DESPUÉS
    1. CAPÍTULO TRECE
    2. CAPÍTULO CATORCE
    3. CAPÍTULO QUINCE
    4. CAPÍTULO DIECISÉIS
    5. CAPÍTULO DIECISIETE
    6. CAPÍTULO DIECIOCHO

7. CAPÍTULO DIECINUEVE
8. CAPÍTULO VEINTE
9. CAPÍTULO VEINTIUNO
10. CAPÍTULO VEINTIDÓS
11. CAPÍTULO VEINTITRÉS
12. CAPÍTULO VEINTICUATRO
13. CAPÍTULO VEINTICINCO
14. CAPÍTULO

VEINTISÉIS
15. CAPÍTULO VEINTISIETE
16. CAPÍTULO VEINTIOCHO
6. TERCERA PARTE CUATRO HORAS MÁS TARDE
1. CAPÍTULO VEINTINUEVE
2. CAPÍTULO TREINTA
3. CAPÍTULO TREINTA Y UNO
4. CAPÍTULO TREINTA

Y DOS
5. CAPÍTULO TREINTA Y TRES
6. CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO
7. CAPÍTULO TREINTA Y CINCO
8. CAPÍTULO TREINTA Y SEIS
9. CAPÍTULO TREINTA Y SIETE
10. CAPÍTULO TREINTA Y OCHO
11. CAPÍTULO TREINTA

Y NUEVE
7. AGRADECIMIENTOS

Este libro está dedicado a los que rompen reglas,
a los rebeldes y a los revolucionarios.
A veces la mano que nos da de comer necesita una buena mordida.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO UNO

La recién nacida N°485GA18M falleció el 30 de junio de 2076 a las 6:07 de la mañana. Tenía tres días de vida. Desde el Brote, el promedio de vida de un niño humano era de cincuenta y seis horas.

Hasta habían dejado de ponerles nombres.

Kira Walker observaba con impotencia mientras el doctor Skousen examinaba el

cuerpecito. Las enfermeras (la mitad de ellas también embarazadas) registraban los detalles de su vida y su muerte, sin rostros, enfundadas en trajes de una sola pieza y máscaras antigás.

La madre miraba, abatida, desde el pasillo. El vidrio atenuaba sus sollozos. Ariel McAdams tenía apenas dieciocho años. Madre de un cadáver.

—Temperatura central: 37

grados al nacimiento —informó una enfermera, mientras revisaba la lectura del termómetro. Su voz se oía metálica a través de la máscara. Kira no sabía su nombre. Otra enfermera apuntaba meticulosamente las cifras en una hoja amarilla—. A los dos días, 36.5 grados —prosiguió la primera—. A las cuatro de la mañana de hoy, 37 grados y a la hora del deceso, 43 grados.

Se movían suavemente por la habitación, como pálidas sombras verdes en una tierra de muertos.

—Déjenme cargarla —sollozó Ariel, con voz quebrada—. Déjenme cargarla.

Las enfermeras la ignoraron. Era el tercer nacimiento de la semana, y la tercera muerte. Era más importante registrar el deceso, aprender de él para evitar, si no el próximo, sí el siguiente, o el centésimo, o el

milésimo. Encontrar el modo de ayudar a un niño humano a sobrevivir.

—¿Frecuencia cardíaca? —preguntó otra enfermera.

No puedo seguir haciendo esto, pensó Kira. *Quiero ser enfermera, no enterradora…*

—¿Frecuencia cardíaca? —volvió a preguntar con insistencia. Era la enfermera Hardy, jefa de maternidad.

Kira puso atención de inmediato; ella estaba a cargo

de monitorear la actividad cardíaca.

—Estable hasta las cuatro de esta mañana; entonces pasó de 107 a 133 pulsaciones por minuto. A las cinco, la frecuencia cardíaca era de 149. A las seis, de 154. A las seis y seis minutos, de… 72.

Ariel volvió a gemir.

—Mis cifras lo confirman —dijo otra enfermera.

La enfermera Hardy apuntó los números pero miró a Kira,

enojada.

—No te distraigas —la reprendió—. Muchos residentes darían su ojo derecho por ocupar tu puesto.

—Sí, señora.

En el centro de la sala, el doctor Skousen se puso de pie, entregó la bebé a una enfermera y se quitó la máscara antigás. Sus ojos parecían tan muertos como los de la criatura.

—Creo que es todo lo que averiguaremos por ahora.

Limpien esto y preparen los análisis de sangre completos.

Salió de la habitación, y en torno de Kira todas las enfermeras prosiguieron con su ajetreo, envolviendo al bebé para su entierro, limpiando los equipos y lavando la sangre derramada. La madre lloraba, sola y olvidada. A Ariel la habían inseminado artificialmente, y no tenía un esposo o novio que la consolara. Kira, obediente, reunió todos los registros para

guardarlos y analizarlos, pero no podía dejar de mirar a la muchacha que sollozaba detrás del vidrio.

—No te distraigas, residente —insistió la enfermera Hardy. Ella también se quitó la máscara; tenía el cabello adherido a la frente por el sudor. Kira la miró en silencio. La enfermera le devolvió la mirada y levantó una ceja—. ¿Qué nos dice ese aumento de la temperatura?

—Que el virus alcanzó su nivel de saturación —respondió Kira, recitando de memoria—. Se reprodujo hasta avasallar el sistema respiratorio, y el corazón empezó a forzarse para compensarlo.

La enfermera Hardy asintió, y Kira advirtió por primera vez que tenía los ojos irritados y enrojecidos.

—Uno de estos días, los investigadores van a encontrar un perfil común en estos datos y

van a aplicarlo para sintetizar una cura. Y la única manera en que podrán hacerlo es si nosotros… —hizo una pausa y esperó a que Kira completara la oración.

—Estudiamos del mejor modo posible el curso de la enfermedad en cada niño y aprendemos de nuestros errores.

—De los datos que tienes en las manos va a depender que se encuentre una cura —la

enfermera Hardy señaló los papeles de Kira—. Si no los registramos, esta criatura habrá muerto en vano.

Kira volvió a asentir y acomodó, aturdida, los papeles en su carpeta.

La jefa de enfermeras se apartó, pero Kira la llamó con unos golpecitos en el hombro. Cuando la mujer se volvió, Kira no se atrevió a mirarla a los ojos.

—Disculpe, señora, pero si

los médicos ya terminaron con el cuerpo, ¿Ariel podría cargarla? ¿Solo un minuto?

La enfermera Hardy suspiró, y su semblante adusto y profesional dejó vislumbrar la fatiga.

—Mira, Kira. Sé con qué rapidez cursaste el programa de capacitación. Es evidente que tienes aptitudes para la virología y el análisis del RM, pero la habilidad técnica es apenas la mitad del trabajo. Tienes que

estar preparada emocionalmente o la sección maternidad va a devorarte viva. Llevas tres semanas con nosotros; es el décimo niño que ves morir. Para mí es el novecientos ochenta y dos. Recuerdo a cada uno de ellos —hizo una pausa y su silencio se prolongó más de lo que Kira esperaba—; tienes que aprender a superarlo.

Kira miró hacia el pasillo, Ariel seguía llorando y golpeando el

grueso vidrio.

—Sé que usted ha perdido a muchos, señora —dijo, y tragó en seco—. Pero para ella es el primero.

La enfermera Hardy miró a Kira un largo rato, con una sombra lejana en la mirada. Por fin, se dio vuelta.

—¿Sandy?

Otra enfermera joven, que estaba llevando el cuerpecito hacia la puerta, levantó la vista.

—Desenvuelve a la bebé —le

ordenó la enfermera Hardy—. La madre va a cargarla.

Kira terminó su papeleo como una hora más tarde, justo a tiempo para la asamblea con el Senado. Marcus la esperaba en el vestíbulo y la recibió con un beso. Ella intentó dejar atrás la tensión de la larga noche. Marcus sonrió, y ella respondió con una sonrisa débil. La vida siempre era más fácil cuando estaba él.

Salieron del hospital y Kira parpadeó cuando sus ojos cansados enfrentaron aquel súbito estallido de luz natural. El hospital era como un bastión de tecnología en el centro de la ciudad, tan diferente de las casas ruinosas y las calles cubiertas de maleza que bien podría haber sido una nave espacial. Lo peor del desastre ya se había limpiado, por supuesto, pero incluso once años más tarde quedaban

rastros del Brote por doquier: los automóviles abandonados se habían convertido en puestos de venta de pescados y verduras; los patios cubiertos de césped ahora eran huertas y gallineros. Un mundo que había sido tan civilizado —el viejo mundo, anterior al Brote— se había convertido en unas ruinas prestadas para una cultura que estaba apenas un escalón por encima de la Edad de Piedra. Los paneles solares que daban

energía eléctrica al hospital eran un lujo con el cual la mayor parte de East Meadow solo podía soñar.

Kira pateó una piedra en el camino.

—Creo que ya no puedo seguir haciendo esto.

—¿Quieres tomar un bicitaxi? —le preguntó Marcus—. El coliseo no está tan lejos.

—No me refería a caminar —respondió ella—, sino a esto: al hospital, los bebés. Mi vida —

recordó los ojos de las enfermeras, pálidos, enrojecidos y fatigados, muy fatigados—. ¿Sabes a cuántos bebés he visto morir? —preguntó, en voz baja—. Los he visto personalmente, delante de mí.

Marcus la tomó de la mano.

—Tú no tienes la culpa.

—¿Qué importa quién tiene la culpa? Igual están muertos.

—Nadie ha podido salvar a un niño desde el Brote —insistió Marcus—. Nadie. Llevas apenas

tres semanas trabajando allí como residente. No puedes angustiarte por no hacer algo que ni los médicos ni los investigadores han logrado hacer.

Kira se detuvo y lo miró fijamente; no podía estar hablando en serio.

—¿Quieres hacerme sentir mejor? —preguntó—. Porque decirme que es imposible salvarle la vida a un bebé es una manera muy estúpida de

hacerlo.

—Sabes que no me refería a eso —dijo Marcus—. Solo digo que tú, personalmente, no eres responsable. A esos niños los mató el RM, no Kira Walker.

Ella desvió la mirada hacia el lado opuesto de la carretera, que se iba ensanchando.

—Es solo una manera de verlo.

La multitud se hacía más numerosa a medida que se acercaban al coliseo. Hasta era

posible que lo llenaran, algo que no ocurría desde hacía meses, cuando el Senado había aprobado la Ley de Esperanza, que reducía la edad de embarazo a dieciocho años. De pronto, Kira sintió un nudo en el estómago e hizo una mueca.

—¿De qué crees que se trate esta “asamblea de emergencia”?

—Conociendo al Senado, será algo aburrido. Nos sentaremos cerca de la puerta,

para poder escabullirnos si Kessler vuelve a lanzarnos una diatriba.

—¿No crees que sea importante? —preguntó Kira.

—Bueno, ellos siempre se creen importantes. Ya sabes cómo son —le sonrió, y al verla tan seria, frunció el ceño—. Si tuviera que adivinar, diría que van a hablar de la Voz. Esta mañana, en el laboratorio, corría el rumor de que esta semana atacaron otra granja.

Kira miró la acera, evitando la mirada de Marcus.

—¿No crees que vuelvan a bajar la edad de embarazo?

—¿Tan pronto? —preguntó él—. Aún no han pasado nueve meses… No creo que vuelvan a bajarla antes de que las chicas de dieciocho años lleguen a término.

—Son capaces de hacerlo —dijo Kira, siempre con la mirada hacia abajo—. Son capaces, porque la Ley de Esperanza es

la única manera que se les ocurre de intentar resolver el problema. Piensan que si tenemos suficientes bebés, habrá alguno que sea resistente. Pero no está dando resultado y no lo ha dado en los últimos once años; entonces, nada va a cambiar solo por embarazar a un montón de adolescentes —soltó la mano de Marcus—. Pasa lo mismo en el hospital: se ocupan de las madres, lo mantienen todo

estéril, registran todos los datos, pero los bebés siguen falleciendo. Sabemos exactamente cómo mueren; sabemos tanto al respecto que me siento enferma de solo pensarlo, pero no sabemos absolutamente nada de cómo salvarlos. Tenemos muchísimas chicas embarazadas, pero lo único que tendremos después serán más bebés muertos y más cuadernos llenos de las mismas estadísticas sobre

cómo murieron.

Kira sintió que se le encendía el rostro y los ojos se le llenaban de lágrimas. Algunos transeúntes la miraron al pasar; había mujeres embarazadas y ella estaba segura de que la habían oído. Cruzó los brazos con fuerza, enojo y vergüenza.

Marcus se acercó y la rodeó con un brazo.

—Tienes razón —le susurró —. Tienes toda la razón.

Ella se recostó contra él.

—Gracias.

Entre la multitud, alguien gritó.

—¡Kira!

Ella levantó la vista y se enjugó los ojos con el dorso de la mano. Madison avanzaba entre el gentío, agitando un brazo, exaltada. Kira no pudo sino sonreír. Madison le llevaba un par de años, pero se habían criado juntas, prácticamente como hermanas en la familia que habían improvisado después del Brote. Levantó una

mano y la saludó de lejos.

Madison los alcanzó y abrazó a Kira con entusiasmo. Su flamante esposo, Haru, la seguía unos pasos más atrás. Kira no lo conocía bien; él estaba en la Red de Defensa cuando conoció a Madison, y lo habían transferido para realizar tareas civiles apenas unos meses atrás, cuando se casaron. La saludó con un apretón de manos, y a Marcus con un ademán solemne. Kira

volvió a preguntarse cómo era posible que Madison se hubiera enamorado de alguien tan serio pero, por otro lado, supuso que cualquiera lo sería en comparación con Marcus.

—Gusto de verte —le dijo Haru.

—¿Puedes verme? —preguntó Marcus, palpándose y fingiendo súbito asombro—. ¡Se debe de haber pasado el efecto de la poción! Es la última vez que le doy mi almuerzo a una

ardilla que habla.

Madison rio y Haru levantó una ceja, confundido. Kira lo observó, esperando, hasta que la falta de sentido del humor de Haru le resultó tan graciosa que no pudo evitar una carcajada.

—¿Cómo están, chicos? —preguntó Madison.

—Sobreviviendo —respondió Kira—. Apenas.

Madison hizo una mueca.

—¿Mal día en la maternidad?

—Ariel tuvo a su bebé.

Madison palideció y sus ojos reflejaron una tristeza genuina.

Kira pudo percibir cuánto le dolía la noticia; pronto cumpliría dieciocho años. Tadavía no estaba embarazada, pero solo era cuestión de tiempo.

—Cuánto lo siento. Volveré contigo después de la asamblea para saludarla y ver si puedo ayudar en algo.

—Buena idea —respondió Kira—, pero tendrás que ir sin mí; hoy tenemos una incursión

de rescate.

—¡Pero si no dormiste en toda la noche! —protestó Madison—. No pueden obligarte a ir.

—Dormiré una siesta antes —repuso—, pero necesito ir. Últimamente el trabajo me está destruyendo y me vendría bien un cambio de ritmo. Además, quiero demostrarle a Skousen que puedo hacerlo. Si la Red de Defensa precisa un paramédico en la incursión, pues seré la

mejor que hayan visto.

—Tienen suerte de tenerte —dijo Madison, abrazándola de nuevo—. ¿Jayden también va?

—Sí, es el sargento a cargo.

Madison sonrió.

—Dale un abrazo de mi parte.

Jayden y Madison eran hermanos; no hermanos adoptivos sino verdaderos hermanos de sangre, los únicos parientes genéticos directos que quedaban en el mundo. Algunos decían que eran la prueba de

que la inmunidad al RM se podía heredar, lo cual solo hacía más frustrante el hecho de que, hasta ahora, ninguno de los recién nacidos la hubiera heredado. Lo más probable, pensaba Kira, era que Madison y Jayden fueran una anomalía que no volvería a repetirse.

Jayden era además, como Kira le decía a menudo a Madison, uno de los seres humanos más atractivos que quedaban en el planeta. Kira le

lanzó una mirada pícara a Marcus.

—¿Solo un abrazo? Podría darle también un beso o dos.

Marcus miró a Haru, incómodo.

—Bueno. ¿Alguna idea de cuál será el tema de la asamblea?

Las chicas rieron. Kira suspiró feliz, Madison siempre la hacía sentir mejor.

—Van a cerrar la escuela —explicó Haru—. Los niños más

chicos de la isla ya están cumpliendo catorce años; prácticamente quedan más maestros que alumnos. Supongo que van a graduar a todos por anticipado en los programas de oficios, y a los maestros los enviarán adonde puedan ser más útiles.

—¿Tú crees? —preguntó Kira.

Haru se encogió de hombros.

—Es lo que haría yo.

—Probablemente será otro

discurso aburrido sobre los Parciales —dijo Madison—. El Senado no se cansa de hablar de esas cosas.

—¿Acaso los culpas? —preguntó Haru—. Mataron a todos en la Tierra.

—Salvo a los aquí presentes —aclaró Marcus.

—No digo que no hayan sido peligrosos —insistió Madison—, pero hace once años que no se ve a ninguno. La vida continúa. Además, es obvio que ahora

tenemos problemas más graves. Yo supongo que van a hablar de la Voz.

—Bueno, pronto nos enteraremos —dijo Kira, señalando hacia el norte con el mentón; empezaba a vislumbrarse el coliseo entre los árboles. El Senado tenía su propio edificio, por supuesto, en un ayuntamiento, pero las asambleas a las cuales se convocaba a toda la ciudad, se llevaban a cabo en el coliseo.

Rara vez lo colmaban, pero los adultos contaban que antiguamente se llenaba todo el tiempo, cuando lo usaban para los deportes. Antes del Brote.

Kira tenía apenas cinco años de edad cuando se presentó el Brote; ni siquiera podía recordar la mayoría de las cosas del viejo mundo, y no confiaba en la mitad de las que acudían a su memoria. Recordaba a su padre, su rostro moreno, su cabello negro desaliñado y sus

anteojos de armazón grueso sobre el puente de la nariz. Vivían en una casa de dos niveles —estaba casi segura de que era amarilla— y le habían hecho una fiesta cuando cumplió tres años. No tenía amigos de su edad, así que no hubo niños pequeños, pero sí estaban casi todos los amigos de su padre. Se acordaba de que tenía una caja grande llena de animales de peluche y que quería mostrársela a los presentes, por

eso la había empujado hasta el vestíbulo con gran esfuerzo; en su mente, le parecía que le había tomado media hora o más, pero sabía que en realidad no podía haber sido tanto tiempo. Cuando por fin llegó a la sala y gritó a todos que miraran, su padre rio, la regañó y volvió a llevar la caja a su dormitorio. Tanto esfuerzo perdido en cuestión de segundos. No le molestaba recordarlo; nunca pensaba que su padre hubiera

sido malvado o injusto. Era simplemente un recuerdo, uno de los pocos que tenía de su vida en el viejo mundo.

La multitud se había ido concentrando y se apiñaba entre los árboles mientras avanzaba hacia el coliseo. Kira se aferraba a Marcus con una mano y a Madison con la otra, y Haru los seguía como el último eslabón de una cadena. Se abrieron paso entre aquella masa humana y encontraron una

fila de asientos vacíos cerca de una puerta, como quería Marcus. Kira sabía que tenía razón: si la senadora Kessler arremetía con otra perorata, o si el senador Lefou se ponía a hablar de horarios o cualquier otra temática aburrida de la que estuviera encargándose este mes, sería muy útil tener una salida a mano para escabullirse. Era obligatorio asistir, pero una vez que se hubieran tratado los asuntos importantes, no serían

los únicos en retirarse temprano.

Mientras los senadores se dirigían en fila hacia el estrado, ubicado en el centro de la pista, Kira se removió en su asiento, incómoda, preguntándose si Haru estaría en lo cierto. Había veinte senadores en total y Kira reconoció a casi todos, aunque no sabía sus nombres. Sin embargo, uno de los hombres era nuevo: alto, moreno y de complexión fuerte. Se erguía

como un oficial militar, pero llevaba un traje sencillo de civil. Le susurró algo al doctor Skousen, el representante del hospital en el Senado, y luego se alejó y se perdió en la multitud.

—Buenos días.

La voz atronó en el inmenso estadio haciendo eco desde los altavoces hacia el exterior. El centro del coliseo se encendió con una imagen holográfica gigante del senador Hobb. Si

bien había veinte senadores, siempre dejaban que Hobb tomara la iniciativa en las asambleas, pronunciara el discurso de apertura e hiciera la mayoría de los anuncios. Era, sin duda, el más carismático.

—Vamos a dar inicio a esta asamblea —prosiguió el senador Hobb—. Nos complace mucho verlos a todos aquí; es importante que ustedes participen en su gobierno, y estas asambleas son la mejor

manera de estar conectados. En esta oportunidad queremos expresar un agradecimiento especial a la Red de Defensa de Long Island, específicamente al sargento Stewart y a su equipo, por haber pasado la noche girando la manivela de los generadores aquí, en el coliseo. Tal como les hemos prometido, estas asambleas nunca han quitado ni quitarán electricidad a la comunidad —hubo unos cuantos aplausos y Hobb sonrió

con amabilidad mientras esperaba que se aplacaran—. Empezaremos con el primer tema del día. Señora Rimas, ¿podría acompañarme en el estrado?

—Es sobre las escuelas —dijo Kira.

—Te lo dije —recordó Haru.

La señora Rimas era la directora del sistema escolar de East Meadow, que con el tiempo se había reducido a una sola escuela que ella

encabezaba. Kira escuchó con una mano sobre la boca, mientras la mujer hablaba con orgullo del trabajo que habían realizado sus maestros, el éxito que había demostrado su sistema con los años y los grandes logros de los alumnos que se habían graduado. Era una despedida, una mirada triunfante sobre el trabajo hecho con abnegación, pero Kira no pudo evitar una sensación de asco. Por más vueltas que le

dieran, por más que trataran de concentrarse en los aspectos positivos, la cruda verdad era que, simplemente, ya no quedaban niños. Iban a cerrar la escuela porque se habían quedado sin alumnos. Los maestros habían hecho su trabajo, pero los médicos no.

El ser humano más joven del planeta, por lo que todos sabían, cumpliría catorce años en un mes. Era posible que hubiera sobrevivientes en otros

continentes, pero nadie había podido establecer contacto con ellos y, con el tiempo, los refugiados de Long Island habían llegado a creer que estaban solos. Que su habitante más joven era el más joven del mundo. Se llamaba Saladin. Cuando lo hicieron subir al escenario, Kira no pudo contener las lágrimas.

Marcus la abrazó, y juntos escucharon una serie de felicitaciones y discursos

conmovedores. A los alumnos más jóvenes los transferirían anticipadamente a programas de oficios, tal como lo había adelantado Haru. Diez fueron aceptados en el programa premédico que Kira acababa de terminar; en uno o dos años empezarían a trabajar en el hospital como residentes, igual que ella. ¿Habría cambiado algo para entonces? ¿Los niños seguirían muriendo? ¿Las enfermeras continuarían

viéndolos morir, registrando sus estadísticas y envolviéndolos para sepultarlos? ¿Cuándo terminaría todo eso?

Mientras cada maestro se ponía de pie para despedirse de sus alumnos y desearles lo mejor, se fue haciendo un silencio casi reverente en el coliseo. Kira sabía que estaban pensando lo mismo que ella. El cierre de las escuelas era como clausurar el pasado, como reconocer por fin que el mundo

se estaba acabando. Quedaban cuarenta mil personas en la Tierra y no había niños. Tampoco una manera de hacerlos.

La última maestra habló en voz baja y se despidió de sus alumnos con lágrimas en los ojos. Los docentes también ingresarían en escuelas de oficios y tendrían un nuevo trabajo, una nueva vida. Esa maestra entraría junto con Saladin en la Comisión de

Animales, para entrenar caballos, perros y halcones. Kira sonrió al imaginar eso. Si bien él se veía obligado a crecer, al menos aún podría jugar con un perro.

La maestra se sentó. El senador Hobb se acercó al micrófono y se detuvo con calma bajo el reflector. Su imagen solemne y afligida llenó el coliseo. Hizo una pausa, ordenó sus pensamientos y luego miró al público con sus

ojos azules.

—Esto no tenía por qué ser así.

Hubo un murmullo entre la multitud; una oleada de movimiento recorrió el estadio mientras la gente rumoreaba e intercambiaba miradas entre sí. Kira vio que Marcus la miraba. Lo tomó de la mano con fuerza y mantuvo los ojos fijos en el senador Hobb.

—La escuela no tenía por qué cerrar —continuó, en voz baja

—. Quedan apenas veinte niños en edad escolar en East Meadow, pero hay más en el resto de la isla. Muchos más. En Jamesport hay una granja con diez niños casi de la edad de Saladin; los he visto yo mismo. Los he tomado de la mano. Les he rogado que vinieran aquí, donde estarían a salvo, donde la Red de Defensa puede protegerlos mejor, pero no fue posible. La gente que vive con ellos, sus padres

adoptivos, no los dejaron. Y justo una semana después de que me marché, hace apenas dos días, la llamada Voz del Pueblo atacó esa granja —hizo una pausa para serenarse—. Hemos enviado soldados a rescatar lo que se pueda, pero temo lo peor.

El holograma del senador Hobb examinó atentamente el coliseo, atravesando al público con su mirada seria.

—Hace once años los

Parciales intentaron destruirnos, y les salió muy bien. Los diseñamos para que fueran más fuertes que nosotros, más veloces, para que pelearan por nosotros en la Guerra de Aislamiento. Ganaron esa guerra fácilmente y cinco años más tarde, cuando se volvieron contra nosotros, no les tomó mucho tiempo borrarnos de la superficie de la Tierra, especialmente luego de que liberaron el RM. Aquellos que

sobrevivimos llegamos a esta isla sin nada: quebrados, fragmentados, perdidos en la desesperanza. Pero sobrevivimos. Reconstruimos. Organizamos un perímetro defensivo. Encontramos comida y refugio, creamos un suministro de energía, gobierno y civilización. Cuando descubrimos que el RM no dejaba de matar niños, aprobamos la Ley de Esperanza para maximizar nuestras posibilidades de

engendrar una nueva generación de seres humanos resistentes al RM. Gracias a la ley y a nuestro incansable personal médico, cada día estamos más cerca de ese sueño.

El senador Hobb hizo un ademán en dirección al doctor Skousen, que estaba sentado a su lado en el estrado, y volvió a levantar la vista. Tenía los ojos ensombrecidos y solemnes.

—Pero a lo largo de ese camino, ocurrió algo. Algunos

decidieron apartarse. Algunos olvidaron que el enemigo aún se oculta en tierra firme, que nos observa y espera, y también olvidaron al enemigo que puebla el aire que nos rodea, que habita en nuestra propia sangre y mata a nuestros niños como mató a tantos de nuestros familiares y amigos. Porque algunos ahora han decidido que la civilización que construimos para protegernos es, por alguna razón, el enemigo. Seguimos

peleando por lo que es nuestro, solo que ahora peleamos entre nosotros. Desde la aprobación de la Ley de Esperanza, hace dos años, la Voz… esos pandilleros, esos matones armados disfrazados de revolucionarios, han venido quemando nuestras granjas, saqueando nuestros almacenes, matando a su propia sangre, a sus propios hermanos y padres y, Dios nos ayude, a sus propios hijos. Porque eso es lo

que somos: una familia, y no podemos permitirnos luchar entre nosotros. Y, sean cuales fueren sus motivos y lo que dicen defender quienes integran la Voz (llamémoslos como lo que son: unos bárbaros), simplemente están terminando lo que los Parciales empezaron. Y no vamos a permitírselos —su tono se endureció con la fuerza de la determinación—. Somos una sola nación, un solo pueblo, una sola voluntad —hizo

una pausa—. O al menos, deberíamos serlo. Ojalá pudiera darles mejores noticias, pero anoche la Red de Defensa encontró un escuadrón de la Voz saqueando un depósito de provisiones. ¿Quieren saber dónde? ¿Pueden adivinar?

Algunas personas gritaron sugerencias, más que nada relativas a las granjas y los pueblos de pescadores más cercanos, pero la enorme imagen holográfica sacudió la

cabeza con tristeza. Kira miró hacia abajo, al hombre mismo: una diminuta figura de gastado traje café que se veía casi blanco por la luz del reflector. El senador se volvió lentamente, negando con la cabeza a medida que el público proponía lugares de todas partes de la isla. Se detuvo y señaló al suelo.

—Aquí —dijo—. De hecho, justo allá, al sur de la carretera, en la antigua escuela secundaria

Kellenberg. Fue un ataque pequeño y logramos contenerlo sin derramar mucha sangre, así que ustedes quizá ni siquiera se hayan enterado, pero llegaron hasta ese lugar. ¿Cuántos de ustedes viven cerca de allí? —levantó la mano, asintiendo hacia quienes también levantaban las suyas entre el público—. Sí —dijo—, ustedes viven allí, yo vivo allí, es el corazón de nuestra comunidad. La Voz ya no está solamente en

el bosque: está aquí, en East Meadow, en nuestro propio vecindario. Quieren desgarrarnos desde adentro, ¡pero no vamos a permitírselos!

”La Voz se opone a la Ley de Esperanza —prosiguió—. La llaman tiranía, la llaman fascismo, la llaman control. Ustedes la llaman nuestra única oportunidad. Ustedes quieren darle un futuro a la humanidad; ellos quieren vivir en el presente, hacer lo que les dé la gana y

matar a quien trate de impedírselos. ¿Acaso eso es libertad? Si algo hemos aprendido en los últimos once años, amigos, es que la libertad es una responsabilidad que se debe ganar, no una licencia para la temeridad y la anarquía. Si algún día, a pesar de nuestros mayores esfuerzos y nuestra más profunda decisión, finalmente caemos, que sea porque nuestros enemigos al fin nos derrotaron, y no porque nos

dimos por vencidos.

Kira escuchaba en silencio, pensativa. No le apetecía en absoluto la idea de quedar embarazada tan pronto (le faltaban menos de dos años para alcanzar la edad), pero sabía que el Senado tenía razón. El futuro era lo más importante; sin discusiones, más importante que las dudas de una chica sobre el siguiente paso.

—La Voz no está de acuerdo con la Ley de Esperanza —

continuó hablando el senador—y ha decidido expresar su disconformidad por medio de asesinatos, robos y terrorismo. Tienen derecho a estar en desacuerdo; lo que se cuestiona son sus métodos. Hubo otro grupo, no hace tanto tiempo, que aplicó los mismos modos; un grupo al que no le agradaba cómo eran las cosas y decidió rebelarse. Se llamaban Parciales. La diferencia es que los Parciales eran asesinos

inhumanos, que no pensaban ni sentían. Mataban porque para eso los diseñamos. Quienes integran la Voz son humanos y, en cierto modo, eso los hace aún más peligrosos.

Hubo un murmullo entre la multitud. El senador Hobb bajó la vista, se aclaró la garganta y prosiguió.

—Hay cosas más importantes que nosotros, más importantes que los límites del presente y los caprichos del ahora. Hay un

futuro que debemos construir y proteger. Y si vamos a hacerlo realidad, tenemos que dejar de pelear entre nosotros. Debemos poner fin al disenso dondequiera que se encuentre. Debemos volver a confiar los unos en los otros. No se trata del Senado y la ciudad; ni de la ciudad y las granjas, tampoco de un grupito o facción. Se trata de nosotros. De toda la raza humana, unida en una sola. Allá afuera hay gente que quiere destruir eso,

¡pero no vamos a permitírselo!

El público volvió a clamar, y esta vez Kira lo acompañó. Sin embargo, aun mientras gritaba a coro con los demás, no pudo evitar una súbita sensación de miedo, como unos dedos helados en el fondo de su mente.

CAPÍTULO DOS

—**L**legas tarde, Walker.

Kira no aceleró el paso, siguió avanzando sin prisa hacia la carreta mientras observaba el rostro de Jayden. Se parecía mucho a Madison.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Acaso los soldados ya no tienen que asistir a las asambleas obligatorias?

—Y muchas gracias por la actitud —dijo Jayden, apoyando

su fusil en el hombro—. Es un placer que tú y tu encantador ingenio nos acompañen en esta incursión.

Kira le apuntó con el dedo índice, simulando una pistola, y le disparó silenciosamente a la cara.

—¿Adónde vamos esta vez?

—A un pueblito llamado Asharoken.

La ayudó a trepar a la parte trasera de la carreta de metal, donde ya aguardaban diez

soldados más. Llevaban dos generadores portátiles; eso significaba que probablemente ella tendría que probar algunos equipos viejos para ver si valía la pena recuperarlos. Había además otros dos civiles, un hombre y una mujer, que probablemente iban para usar el segundo generador con algún otro equipo.

Jayden se apoyó en el borde de la carreta.

—Juro que esta isla tiene los

nombres más raros que oí en mi vida.

—Ustedes van bien equipados —observó Kira al ver los pesados fusiles de los soldados. Siempre iban armados cuando salían de la ciudad (hasta ella llevaba un rifle de asalto colgado del hombro), pero hoy parecía que iban a la guerra. Uno de los soldados llevaba incluso un tubo largo que reconoció como un lanzamisiles.

Kira encontró un asiento libre

y acomodó su bolso y su maletín médico detrás de sus pies.

—¿Esperan encontrar bandidos?

—Vamos a la Costa Norte —explicó Jayden, y ella palideció. La Costa Norte prácticamente no estaba colonizada, por ende, era terreno de la Voz.

—¡Valencio, llegas tarde! —gritó Jayden, y Kira levantó la vista sonriente.

—Hola, Marcus.

—Tanto tiempo sin verte —respondió con una amplia sonrisa y subió de un salto a la carreta—. Lamento llegar tarde, Jayden. Tuve una reunión que se puso más pesada de lo que había calculado. Muy acalorada y sudorosa al final. Pero tú fuiste un tema de conversación importante entre algunos alegatos apasionados…

—Ahórrate el comentario hasta la parte en que se trata de mi madre —dijo Jayden—;

yo iré a la parte en la que te mando al diablo, y quizá entonces podamos continuar haciendo nuestro trabajo como se debe.

—Tu madre murió de RM hace once años —respondió Marcus, con una falsa expresión de horror—. Tú tenías… ¿cuánto? ¿Seis años? Sería muy grosero de mi parte.

—Y tu madre ya está en el infierno —replicó Jayden—, así que seguramente la verás

pronto. Mejor cambiemos de tema. Cabrón.

Kira frunció el ceño al oír el insulto, pero Marcus solo esbozó una sonrisa socarrona, mirando a los demás ocupantes de la carreta.

—Diez soldados, ¿eh? ¿Adónde vamos?

—A la Costa Norte —respondió Kira.

Marcus silbó.

—Y a mí que me preocupaba que no fuéramos a hacer nada

divertido. Supongo que a estas alturas ya limpiamos casi todo lo demás, ¿no? —miró a los dos civiles que estaban sentados frente a él—. Tendrán que disculparme, pero no los reconozco.

—Andrew Turner —se presentó el hombre, extendiendo la mano. Era mayor, de unos cincuenta años, y tenía una quemadura de sol incipiente entre el cabello ralo—. Electricista.

—Mucho gusto —dijo Marcus, y estrechó su mano.

La mujer sonrió y lo saludó con un gesto.

—Gianna Cantrell. Estoy en computación.

Ella también era más joven que Turner. Kira le calculó unos treinta y cinco años, edad suficiente para haber trabajado en computación bastante antes del Brote. Kira le echó un vistazo rápido al abdomen, un reflejo del que ni siquiera tenía

conciencia hasta que ya lo había hecho, pero desde luego la mujer no estaba embarazada. Las incursiones de rescate eran demasiado peligrosas para poner en riesgo a un niño; seguramente estaba entre ciclos.

—Una combinación interesante —comentó Marcus, y miró a Jayden—. ¿Qué pasa en ese lugar?

—Hace unos días se hizo una incursión preliminar —respondió

Jayden—. Registraron una clínica, una farmacia y una *estación meteorológica*, que no sé muy bien qué significa. Ahora es mi turno de hacer la carrera del conejito. Imaginen lo contento que estoy —dijo, y se dirigió al frente de la carreta. Subió al lado de la conductora, una joven a quien Kira había visto algunas veces y que aún estaba uno o dos años por debajo de la edad de embarazo, lo que la hacía apta para tareas

activas—. Bien, Yoon, vámonos.

La chica sacudió las riendas y chasqueó la lengua para poner en marcha a la yunta de cuatro caballos. La Red de Defensa tenía algunos autos eléctricos, pero no tenían la potencia para llevar tanta carga con eficiencia. La energía era muy escasa y los caballos eran baratos, así que los mejores motores eléctricos se habían destinado a otros fines. La carreta arrancó con una sacudida y Kira puso un

brazo detrás de Marcus para sostenerse del costado del vehículo. Marcus se acercó más a ella.

—Hola, nena.

—Hola.

—¿La carrera del conejito? —preguntó Andrew Turner.

—Es una expresión para referirse a una incursión de rescate, con especialistas como ustedes en lugar de los soldados rasos de costumbre —respondió Kira, mientras

observaba el color tostado del hombre—. ¿Nunca habías estado en una?

—Hice mucho rescate en los primeros tiempos, como todo el mundo, pero al cabo de uno o dos años me asignaron a los paneles solares.

—Son fáciles —agregó Marcus—. La Costa Norte da un poco de miedo, pero estaremos bien —echó un vistazo alrededor y sonrió—. Aunque fuera del asentamiento el estado de los

caminos no es de lo mejor, así que disfruta del viaje apacible mientras puedas.

Viajaron un rato en silencio. El viento azotaba la carreta abierta y hacía volar el cabello de Kira, recogido en una cola de caballo, contra la cara de Marcus. Ella se inclinó hacia adelante, apuntando su pelo de lleno a la cara de Marcus, y rio cuando él intentó quitárselo de la boca. Él se puso a hacerle cosquillas; Kira retrocedió de un salto y

cayó contra el soldado que iba a su lado. Este le sonrió, turbado: era un muchacho de su edad, obviamente complacido de que una chica prácticamente se sentara en su regazo, pero no dijo nada. Kira volvió a su sitio rápidamente, tratando de contener la risa.

—Último marcador. ¡Ojos arriba! —ordenó el soldado que iba junto a ella.

Los soldados que estaban sentados en el piso de la

carreta se enderezaron un poco, sostuvieron sus armas y no le quitaron los ojos de encima a los edificios que pasaban.

Kira se volvió y miró pasar la ciudad vasta y vacía; se la veía desierta y probablemente lo estuviera, pero nunca estaba de más ser cuidadoso. Los marcadores indicaban el límite del asentamiento de East Meadow y el de la región que sus militares alcanzaban a patrullar, pero de ningún modo

era el límite de la zona urbana. La antigua ciudad se extendía por muchos kilómetros en todas las direcciones, casi de costa a costa de la isla. La mayoría de los sobrevivientes vivían en East Meadow o en la base militar, al oeste, pero por toda la isla había saqueadores, vagabundos, bandidos y cosas peores. La Voz había llegado a ser lo más temido, pero distaba mucho de ser lo único a lo que temían.

Incluso fuera de East Meadow, el camino se veía muy transitado y bastante abierto. Había basura, por supuesto, y tierra, hojas y los diversos desechos de la naturaleza, pero el tránsito regular mantenía el asfalto relativamente libre de plantas, y muy raras veces la carreta se topaba con un hoyo o una zanja pronunciados. Más allá del borde de la calzada era otra historia: tantos años de desuso habían dejado a la

ciudad en el abandono; las casas se desmoronaban, las aceras estaban agrietadas y levantadas por las raíces de los árboles, la maleza crecía sin freno y una extensa masa de plantas rastreras, estilo *kudzu*, lo cubría todo como una alfombra. Ya no había césped ni patios, ni vidrios en las ventanas. Incluso la mayoría de las calles laterales, menos transitadas que la principal, estaban surcadas por líneas

verdes: la Madre Naturaleza reclamaba poco a poco todo lo que el viejo mundo le había robado.

A Kira, en cierto modo, le agradaba. Nadie podía darle órdenes a la naturaleza.

Siguieron avanzando en silencio; luego uno de los soldados señaló hacia el norte y gritó:

—¡Rata!

Kira se torció en su asiento y observó la ciudad. De pronto

advirtió un movimiento fugaz de reojo: un autobús escolar, con los costados llenos de toda clase de objetos colgados y el techo cubierto por pilas de cajas, botes, bolsas y muebles, todo asegurado precariamente con cientos de metros de cuerda. Junto al autobús, un hombre extraía gasolina del tanque de un auto estacionado. A su lado había dos adolescentes; Kira calculó que tendrían unos quince y diecisiete

años.

—¡Miren! —exclamó Marcus —, todavía usa gasolina.

—Tal vez encontró una manera de filtrarla —dijo Gianna, observando el autobús con interés—. Muchas de las comunidades exteriores lo hacen. Destruye los motores, pero los hay de sobra.

—Debería mudarse a la ciudad —opinó Turner—. Podría tener una casa de verdad, podríamos conectarle

electricidad, seguridad y… bueno, todo.

—Todo menos movilidad —dijo Gianna—. Y anonimato, y libertad…

—¿Cómo que "*libertad*"? —preguntó el soldado que iba sentado junto a Kira. Su placa identificadora decía BROWN—. Nosotros tenemos libertad… lo que él tiene es anarquía.

—Seguridad, entonces —insistió la mujer.

El soldado Brown levantó su

fusil.

—¿Cómo llamas a esto?

—Las grandes comunidades fueron las primeras en caer durante la rebelión de los Parciales —respondió Gianna —. Los centros de población son blancos fáciles, y si los Parciales, dondequiera que estén, desarrollan una nueva cepa de RM que supere nuestra inmunidad, los fusiles no van a servirnos de nada. Un sitio como East Meadow sería el peor

lugar para estar.

—Pues no hay de qué —repuso Brown—. Me alegra que aprecies tanto que arriesguemos la vida.

—No digo que no lo aprecie —respondió la mujer—. A lo que me refiero es a que… bueno, acabo de decir a qué me refiero. Obviamente yo elegí vivir en East Meadow; solo estoy señalando por qué quizá él prefirió no hacerlo.

—Tal vez sea de la Voz —

gruñó otro soldado—. Están criando a esos chicos para que sean espías, asesinos o quién sabe qué cosa.

El soldado Brown lo insultó y Kira apartó la vista, ignorándolos. Quería sentir el viento en la cara. Ya había oído suficientes discusiones como esa. Era un día caluroso, pero había una brisa que lo hacía agradable, y ella siempre disfrutaba las oportunidades de acurrucarse contra Marcus.

Pensó en la noche que había pasado, en la mañana, en el bebé muerto y en todo lo demás. *¿Cómo era aquello que solía decir mi padre?*, pensó. *"Yo soy más fuerte que mis dificultades".*

Yo soy más fuerte que mis dificultades.

CAPÍTULO TRES

Pasaron varias horas hasta que llegaron a Asharoken; el cielo ya empezaba a perder luminosidad. Kira esperaba que pudieran terminar el rescate rápidamente y acampar en algún sitio más alejado de la costa. Asharoken era más un vecindario que una ciudad, conectado al resto de la isla por una red continua de calles, casas y edificios, pero Kira comprendió al instante por

qué las incursiones previas habían evitado ese sitio durante tanto tiempo: era un istmo angosto que se extendía desde la isla hacia el norte, con un estrecho a un lado y una bahía al otro. Si una costa ya ponía nerviosa a la gente, dos eran demasiado.

La carreta se detuvo frente a una pequeña clínica veterinaria.

—Jayden, no dijiste que era una clínica para perros —protestó Marcus—. ¿Qué

vamos a encontrar aquí?

—Si lo supiera, lo habría recogido yo mismo cuando estuve aquí, hace dos días — respondió Jayden, mientras bajaba de la carreta—. Los soldados que vinieron antes marcaron medicamentos y una máquina de rayos X; vayan a hacer su trabajo.

Marcus bajó de un salto, y tanto él como Jayden levantaron una mano para ayudar a Kira. Con aire travieso, ella tomó las

dos manos y sonrió para sí misma, mientras la ayudaban a descender con gestos hoscos.

—Sparks, Brown, entren primero —ladró Jayden, y la mitad de los soldados empezaron a bajar de la carreta uno tras otro, llevando con ellos uno de los generadores—. Patterson, tú y tu equipo aseguren el área, vigílenla y escolten a los paramédicos al siguiente sitio. Parece que desde ayer anduvo alguien por

aquí y no quiero sorpresas.

—¿Alguien anduvo por aquí? —preguntó Kira—. ¿Cómo lo sabes?

—Porque tengo ojos, cerebro y un corte de pelo nuevecito —respondió Jayden—. Probablemente sea solo alguna rata, pero no quiero correr riesgos en la maldita Costa Norte. Si encuentran algo bueno ahí adentro, chicos, prepárenlo para el transporte y lo recogeremos a la vuelta. Yo

llevaré a mi equipo al norte, al sitio tres; Patterson, quiero informes cada quince minutos —subió a la parte trasera del vehículo y gritó a la conductora—: ¡Vámonos!

La carreta arrancó con una sacudida y se encaminó al norte. Kira se colgó su maletín al hombro y miró alrededor. Asharoken estaba cubierto de kudzu, como la mayoría de las ciudades pequeñas, pero el mar del estrecho de Long Island

lamía suavemente la costa y el cielo estaba despejado y sereno.

—Linda ciudad.

—Ojos arriba —ordenó Patterson. Los demás soldados se esparcieron en abanico y formaron lentamente un perímetro en torno de la clínica, mientras Sparks y Brown se acercaban al edificio derruido con sus fusiles de asalto a la altura de su línea de visión.

A Kira le fascinaba verlos

moverse, sus cuerpos girando, elevándose e inclinándose para mantener esa línea de visión sólida como una roca; casi parecía como si el fusil caminara sobre rieles invisibles, mientras el soldado se movía libremente a su alrededor.

El frente de la clínica había sido principalmente de vidrio; ahora estaba destrozado y cubierto de kudzu. En una columna central de cemento habían pintado la marca

anaranjada brillante de un equipo de rescate. Kira había hecho suficientes incursiones como para reconocer la mayoría de las marcas, y esta era la que conocía mejor: “Parcialmente catalogado, regresar con paramédicos”.

Sparks y Brown se cubrieron impecablemente entre sí al entrar, eligiendo el camino entre los escombros y la vegetación. Patterson subió al techo con cuidado, manteniéndose en los

bordes, donde era más seguro pisar, y montó guardia desde arriba.

Mientras ellos aseguraban el edificio, Kira y Marcus probaron el generador. Era un aparato pesado con dos ruedas en un extremo; la parte de abajo contenía una batería enorme y una manivela, mientras que la de arriba tenía un panel solar pequeño y una bobina tras otra de cables y conectores. En todas las incursiones había

paramédicos para cuidar a los soldados, pero cuando las incursiones preliminares marcaban algún equipo médico, traían esos generadores para que los paramédicos pudieran enchufarlo, probarlo y ver si valía la pena llevarlo. La isla ya estaba abarrotada de cosas; no tenía sentido llenar East Meadow de porquerías recuperadas que ni siquiera servirían.

La calle estaba repleta de

automóviles estacionados, con la carrocería oxidada, los neumáticos desinflados y las ventanillas rotas por años de descuido y exposición a la intemperie. En uno de ellos había un esqueleto en el asiento del conductor, con una sonrisa horrible: una víctima del RM que había intentado ir a alguna parte para huir del fin del mundo. Kira se preguntó adónde habría querido llegar. Ni siquiera había logrado salir de su casa.

Dos minutos después, Brown volvió a abrir la puerta y les hizo señas para que entraran.

—Todo está bien, pero miren dónde pisan. Parece que unos perros salvajes están usando este lugar como guarida.

—Qué chicos tan leales. Habrán querido mucho a su veterinario —dijo Marcus con una sonrisa burlona.

Kira asintió.

—Vamos a encenderlo.

Marcus inclinó el generador

sobre sus ruedas y lo ingresó lentamente, pero Kira observó que Brown se había colocado la máscara, así que se detuvo a preparar la suya: un pañuelo doblado al que le aplicaba cinco gotitas de mentol. Los cadáveres que hubieran quedado allí se habrían descompuesto años atrás, como el esqueleto del auto, pero seguramente una jauría de perros habría traído más carroña, sin mencionar el olor a

almizcle, orina, heces y quién sabía qué más. Luego se ató el pañuelo de manera que le cubriera la nariz y la boca. Al entrar vio a Marcus haciendo una arcada y buscando su propia máscara en el bolsillo.

—Deberías prestar más atención —le dijo, tranquila, al pasar junto a él rumbo a la habitación trasera—. Lo único que yo huelo es el aroma fresco de la menta.

La sala médica estaba bien

equipada, como si nadie se hubiera llevado nada aún, sin embargo era evidente que alguien la había revisado últimamente, pues había huellas y marcas en la gruesa capa de polvo. *Probablemente los soldados de la incursión preliminar*, pensó, *aunque nunca he visto que un soldado revise los medicamentos.*

Kira se puso a organizar el espacio sobre la mesa y designó un área para lo que

servía y otra para lo que se destruiría. En el entrenamiento de rescate era lo primero que aprendían los residentes: qué medicamentos podían durar todavía, y cuáles llevaban demasiado tiempo vencidos para poder usarlos sin peligro. Ingresar sustancias vencidas a East Meadow era aún peor que llevar máquinas rotas, no porque ocuparan espacio sino porque eran peligrosas. Los paramédicos eran los

cuidadores de toda la raza humana; lo último que necesitaban era que alguien tomara píldoras que no debía o que una enorme provisión de medicamentos descartados llegara a la reserva de agua. Era más seguro y más fácil clasificarlos allí; hasta habían aprendido a trabajar con medicamentos para animales, precisamente por esa razón: un antibiótico para perros era, al fin y al cabo, un antibiótico, y al no

tener grandes plantas de producción, los isleños se veían obligados a tomarlos. Kira ya estaba clasificando con eficiencia el contenido de los armarios cuando entró Marcus, con la máscara puesta.

—Este lugar huele como una cripta.

—Es una cripta.

—Y lo peor no son los animales —dijo Marcus—, aunque juro que aquí debe de haber toda una civilización

perruna para que apeste tanto —abrió otro armario y empezó a arrojar medicamentos a las pilas que había hecho Kira; sabía exactamente cuál era cuál sin necesidad de mirar—. No —prosiguió—, lo peor es el polvo. Saquemos lo que saquemos de este lugar, me llevaré medio kilo de polvo en los pulmones.

—Te ayudará a templar el carácter —respondió Kira, riendo y burlándose de la enfermera Hardy—. Yo ya llevo

nueve mil millones de rescates, residente, y hay que aprender a sobrellevarlo. Respirar polvo de cadáveres hace bien: activa los riñones.

—Hacer rescates no solo hace bien —repuso Marcus, haciendo una imitación exacta del senador Hobb—: es esencial para la supervivencia de toda la humanidad. ¡Piensa en el papel que tendrás en la gloriosa nueva página de la historia!

Kira lanzó una carcajada.

Hobb siempre estaba hablando de la “nueva página de la historia”. Como si lo único que tuvieran que hacer fuera seguir escribiendo y el libro no fuera a acabarse jamás.

—Las generaciones futuras recordarán con reverencia a los gigantes que salvaron a nuestra raza —prosiguió Marcus—, a quienes vencieron a los Parciales y curaron el RM para siempre. A quienes salvaron la vida de innumerables niños y…

—su discurso se desvaneció, pues de pronto se sintió incómodo en aquella habitación, y siguieron trabajando en silencio. Al cabo de un rato, Marcus volvió a hablar:

—Creo que se están poniendo más nerviosos de lo que dejan ver —hizo una pausa —. No lo mencionaron en la asamblea, pero realmente están pensando en volver a bajar la edad de embarazo.

Kira se detuvo con la mano en

el aire y lo miró rápidamente.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. Me encontré con Isolde cuando iba a casa a cambiarme. Dice que en el Senado hay un nuevo movimiento que impulsa la estadística por sobre la investigación; dicen que no necesitamos buscar una cura, sino que basta con tener suficientes niños para alcanzar el porcentaje de inmunidad.

Kira se volvió hacia él.

—Ya hemos alcanzado el

porcentaje de inmunidad; 0.04 por ciento significa que uno de cada dos mil quinientos niños será inmune, y ya duplicamos esa cantidad.

—Sé que es una tontería —dijo Marcus—, pero los médicos los están apoyando. Sea como sea, tener más bebés les sirve: tendrán más oportunidades de investigar.

Ella volvió nuevamente a su trabajo en el armario.

—Una reducción más y

llegaríamos a los diecisiete años. Isolde tiene diecisiete años, ¿qué va a hacer? No está lista para embarazarse.

—Buscarán un donante…

—Esto no es un servicio de citas —lo interrumpió Kira, en tono áspero—; es un programa de reproducción. Por lo que sabemos, podrían estar poniendo drogas para estimular la fertilidad en el suministro de agua; de hecho, no me sorprendería que así fuera —

sacó las cajas del armario con furia y empezó a colocarlas bruscamente en la pila de medicamentos para conservar o a arrojarlas con fuerza a la basura—. Olvídate del amor, olvídate de la libertad, olvídate de *elegir*; solo hazte embarazar y salva al maldito mundo.

—No son diecisiete años —dijo Marcus, en voz baja. Se detuvo, con la mirada fija en la pared. Kira sintió que se le hacía un nudo en el estómago al

presentir lo que iba a decir—. Isolde dice que en el Senado hay un referéndum para bajar la edad de embarazo a dieciséis años.

Ella se quedó helada, demasiado conmocionada para hablar. La edad de embarazo no era una restricción sino una norma: todas las mujeres de cierta edad estaban obligadas, por ley, a embarazarse lo antes posible y con la mayor frecuencia permitida.

Sé desde hace dos años que esto iba a suceder, pensó Kira, *desde que promulgaron la ley. Dos años para prepararme psicológicamente, pero aun así… pensaba que tenía más tiempo. Siguen bajando la edad. No estoy en absoluto lista para esto.*

—Es una idiotez —dijo Marcus—. Es estúpido e injusto, lo sé… solo puedo imaginar lo que sientes. Me parece una idea terrible y espero que la

descarten lo antes posible.

—Gracias.

—Pero ¿y si no lo hacen?

Kira tosió, cerrando los ojos con fuerza.

—No empieces con eso ahora, Marcus.

—Solo digo que deberíamos… pensarlo —dijo rápidamente—, en caso de que la ley entre en vigor. Si no lo decides tú, ellos…

—Dije que no ahora —repuso Kira—. No es el momento ni el

lugar. Esto no se parece nada a las circunstancias en que quiero tener esta conversación.

—No me refiero solo al sexo —dijo Marcus—. Hablo de matrimonio —dio un paso hacia ella, se detuvo y miró hacia el techo—; planeamos esto desde los trece años, Kira: íbamos a hacer la residencia juntos, trabajar juntos en el hospital y casarnos… Era también tu plan…

—Bueno, pues ya no lo es —

se apresuró a responder—. No estoy lista para tomar esta clase de decisiones, ¿entiendes? No estoy lista ahora, y menos lo estaba a los trece años —se volvió hacia el armario, maldijo por lo bajo y luego se dirigió a la puerta—. Necesito aire.

Afuera, se quitó la máscara y aspiró larga y profundamente. *Lo peor de todo es que entiendo muy bien por qué lo hacen.*

Hacia el norte, los árboles se iluminaron de pronto con un brillante resplandor anaranjado, seguido un segundo después por un estruendo ensordecedor. Kira sintió que la onda expansiva la atravesaba, retorciéndole las tripas. Apenas había tenido tiempo de procesar la imagen y el sonido de la explosión cuando recuperó el oído y escuchó gritar a los soldados.

CAPÍTULO CUATRO

El soldado Brown se abalanzó hacia Kira, la sujetó y la derribó al suelo junto a un auto estacionado.

—¡Abajo!

—¿Qué pasa?

—¡Quédese abajo! —ordenó Brown, luego sacó su radio y pulsó el botón de llamada—. Sargento, aquí Shaylon. ¿Están recibiendo fuego? ¡Cambio!

La radio crepitó; nada más que ruido blanco.

—¿Nos están disparando? —preguntó Kira.

—Si lo supiera, no estaría preguntándoselo a Jayden —respondió Brown, y volvió a llamar—. Sargento, ¿me escucha? ¿Cuál es su situación?

La radio emitió un zumbido vacío, mientras Kira y Brown la miraban con desesperación. Una explosión podía ser un accidente, la Voz o hasta los

Parciales mismos. ¿Se trataba de un ataque? ¿Una invasión? La radio no decía nada. Luego, bruscamente, irrumpió la voz de Jayden entre la estática.

—¡El sitio tres estaba saboteado con explosivos! Hay cinco hombres atrapados… ¡Traigan a los paramédicos cuanto antes!

Brown giró hacia la clínica y se puso de pie con un movimiento ligero.

—¡Heridos en el sitio tres!

Kira echó a correr incluso antes de que él regresara; se veía el humo que ascendía desde el lugar, a unas quince cuadras de allí. Brown la siguió, sujetando con fuerza el fusil por delante mientras corría a toda velocidad por la calle. Ella buscó a tientas su maletín médico, murmuró un agradecimiento a cualquiera que fuera la razón por la que aún lo tenía al hombro, y bajó la cabeza para tomar velocidad. El soldado

apenas podía seguirla.

Vio primero a Jayden, que de pie sobre la cabina de una camioneta cubierta de vegetación escudriñaba el círculo completo del horizonte con un par de binoculares. Luego estaba la carreta: la rueda delantera izquierda había volado con la explosión y había dos caballos caídos; los otros dos relinchaban aterrorizados. Por último vio el edificio, una ruina humeante entre otras dos

estructuras, como una torre de bloques de madera derribada por un niño enojado.

Un soldado arrastraba a otro, jalándolo por las manos para apartarlo de los escombros. Kira se dejó caer junto al herido y le puso una mano en la muñeca para verificar su pulso mientras, con la otra, le palpaba el pecho y el cuello en busca de lesiones.

—Estoy bien —dijo el soldado, tosiendo—. Busquen a

los civiles.

Ella se levantó de un salto, mientras observaba, aturdida, la casa destrozada. ¿Por dónde empezar? Sujetó al soldado que estaba de pie y lo alejó del caído.

—¿Y los demás?

—En el sótano —respondió, señalando hacia abajo—. En esta esquina.

—Ayúdeme a entrar.

—El edificio tenía dos pisos… están totalmente sepultados.

—Entonces ayúdeme a entrar —insistió, llevándolo hacia la casa.

Kira ya estaba avanzando con cuidado entre los escombros cuando llegó Marcus, sin aliento.

—Santo… derrumbe — exclamó, mientras Kira caminaba hacia el interior de las ruinas.

—¡Señor Turner! —llamó—. ¡Señora Cantrell! ¿Alguno me oye?

Ella y el soldado se

detuvieron a escuchar.

—Ahí abajo —dijo Kira, señalando el suelo a su izquierda.

Se arrodillaron e hicieron a un lado un trozo ancho de revestimiento para pisos. Kira se detuvo y volvió a escuchar: una vibración tenue, como un jadeo o una tos apagada. Señaló una sección de ladrillos y el soldado la ayudó a moverla; todos escarbaban entre los escombros para liberar el paso.

Kira volvió a llamar y oyó una respuesta muy débil.

—Aquí —dijo una voz. Kira reconoció el timbre femenino, supo que era Gianna y levantó un pedazo de mueble caído. Los soldados lo tomaron y lo quitaron del agujero. Gianna gimió de dolor—. Gracias a los dioses.

Kira se deslizó más abajo para ayudarla.

—¿Aún está atrapada?

—Creo que no —respondió la

mujer.

Kira la tomó de la mano con firmeza, sosteniéndose de otra sección del piso caído. Perdió el apoyo, resbaló y sintió que una mano fuerte tomaba la suya desde atrás.

—Ya la tengo —dijo Kira—, y ellos a mí. Vamos.

Poco a poco, la mujer se fue liberando de los trozos de madera y ladrillos que la cubrían. Kira tiró de ella para sacarla centímetro a

centímetro. Cuando Gianna llegó a suficiente altura, la mano fuerte que sostenía a Kira extrajo a ambas hasta arriba de la pila. Al volverse Kira vio a Jayden, tenso por el esfuerzo.

—Gracias —le dijo.

—Ayúdame a encontrar al otro —respondió él.

Kira se dirigió nuevamente hacia el agujero.

—¡Señor Turner! ¿Me oye?

—Estaba a mi lado cuando explotó la bomba —jadeó

Gianna—. No puede estar muy lejos.

—¡Señor Turner! ¡Andrew! —Kira ingresó nuevamente en el hoyo, sin dejar de llamarlo.

Se detuvo a escuchar con atención y se agachó lo más que pudo. *Nada.* Volvió a erguirse para examinar los escombros, tratando de adivinar adónde habría ido a parar.

—Detrás de esa piedra —dijo Gianna, señalando una roca grande y plana que estaba

apoyada verticalmente entre los restos—. En el sótano había una gran chimenea de piedra en vez de ladrillos. Probablemente era la parte más vieja de la casa.

—Jamás podremos moverla —observó Marcus.

Kira se deslizó hasta abajo y se acercó a la piedra.

—¡Andrew Turner! —gritó Marcus, pero Kira lo hizo callar.

—Silencio, voy a hacer una prueba.

El polvo se había aplacado y no había viento. Ella abrió su maletín médico y sacó el estetoscopio, uno de los modelos digitales con amplificador de sonido. Pulsó el interruptor, rogando en silencio que la batería no se hubiera degradado, y apoyó el instrumento contra los escombros.

Pom, pom, pom, pom…

—Son sus latidos —avisó a los demás—. Está justo debajo

de la chimenea caída.

—Esas piedras están sosteniendo la mitad de la casa —dijo Marcus—. No vamos a tocarlas.

—Mientras su corazón siga latiendo, sí lo haremos —repuso Jayden—. Fuera del paso, Walker —se deslizó hasta abajo junto a Kira y pidió ayuda a los demás—. Yoon, consígueme una cuerda y ata el otro extremo a uno de los caballos.

Un momento después, la

soldado dejó caer un grueso cordón sintético entre ellos y Jayden resopló, al tiempo que se extendía para rodear la roca con la cuerda. Kira volvió a acercar el estetoscopio a la piedra.

Pom, pom, pom.

—Aún oigo los latidos —se volvió, buscando vigas de madera—. Pero Marcus tiene razón: si movemos esto ahora, se le va a caer encima toda la planta baja. Toma, hay que

reforzarla con esto.

Jaló una larga viga del techo que aún tenía adheridos restos de madera del piso superior, y Jayden la acomodó para que sostuviera los escombros.

—Listo —Jayden empezó a dar órdenes a la conductora de la carreta—. ¡Adelante, Yoon! Más… más… está bien, la cuerda ya está lista; ahora muy despacio.

La cuerda se tensó. Kira no veía que la piedra se moviera,

pero la oía raspar el piso.

—¡Está funcionando! — exclamó.

Jayden dio más órdenes a Yoon.

—Sigue así, lentamente… perfecto. Ahora, atenta a la cuerda.

La piedra se zafó de su agujero y Jayden gruñó al ayudar a correrla a un lado. Kira se volvió hacia el hoyo abierto, mirando nerviosamente la improvisada viga de apoyo,

cuando divisó una forma en la oscuridad y se detuvo en seco. No la había visto antes porque estaba detrás de la piedra.

Era una pierna humana, cercenada justo por encima de la rodilla.

—No… —murmuró.

Se inclinó hacia adelante con cuidado y palpó el borde desparejo donde el hueso se había quebrado. *Aplastado*, pensó, palpando el daño. *La chimenea cayó y le cortó la*

pierna. ¿Cómo es posible que siga vivo? Aplicó el estetoscopio contra la siguiente piedra.

Pom, pom, pom.

—Maldición —dijo Jayden, agachándose detrás de ella—. ¿Es su pierna?

—Significa que estamos cerca.

—Significa que está muerto —agregó Jayden—. Esa chimenea lo habrá hecho polvo.

—Te dije que oigo sus latidos

—susurró ella—. Dame la cuerda.

Los escombros se movieron un poco, y Kira cerró la boca y los ojos con fuerza para protegerse de una lluvia de rocas y polvo. La viga crujió y se oyeron gritos de alarma de los soldados que estaban arriba.

—¡Sáquenla de ahí! —exclamó Marcus.

—Tiene razón —dijo Jayden —. Esto va a derrumbarse en

cualquier momento. No vale la pena perder un paramédico por un muerto.

—Te digo que está vivo.

—Afuera —le ordenó Jayden —. Si no podemos sacarlo a él, a ti tampoco podremos rescatarte.

—Es una vida humana — insistió Kira—. No nos quedan demasiadas.

—¡Afuera!

Kira apretó los dientes y avanzó unos centímetros más.

Jayden maldijo detrás de ella y trató de tomarla por los pies, pero ella lo apartó de un puntapié.

Pom, pom, pom.

Kira palpó la siguiente piedra para ver por dónde tomarla y determinar su estabilidad. *Creo que puedo mover esta*, pensó. *Él tiene que estar justo del otro lado, y entonces lo verán. Estoy segura de que está vivo.*

—Escuche, señor Turner —gritó—, ¿puede oírme? Voy a

rescatarlo, no vamos a dejarlo aquí.

Se apoyó en el piso del sótano, rezando por no mover de su lugar ninguna pieza esencial. Empujó la piedra más grande y la sintió girar ligeramente contra un eje rígido y descentrado. Volvió a empujar, esforzándose por el peso, y logró mover la piedra a un lado. En la oscuridad había otra forma, demasiado retorcida para reconocer qué era. Volvió

a encender el estetoscopio y lo extendió hacia adelante con desesperación.

Tic, tic, tic…

Un momento, pensó Kira, *esto no está bien.* Sus dedos rozaron carne mojada y resbaladiza. Atrapó un trozo de tela entre dos dedos y jaló hacia ella. El *tic* se hizo más fuerte en la caverna diminuta. Palpó el miembro ensangrentado con ambas manos, sin querer creerlo; retrocedió apenas hacia

la luz y lo levantó para confirmarlo con los ojos.

—Es su brazo —anunció, por lo bajo—. Está muerto.

Jayden la miró fijamente.

—¿Y los latidos?

Kira levantó el brazo y algo en la muñeca emitió un brillo metálico.

Tic, tic, tic.

—Su reloj —se sentía agotada y sin vida—. Está muerto.

Jayden le quitó el brazo y la

sostuvo con la mano.

—Salgamos de aquí.

—Tenemos que llevarlo —dijo ella.

—Esto no fue un accidente —respondió Jayden—. Alguien vino y puso esta bomba, alguien que sabía que vendríamos. Es probable que esté cerca todavía.

Kira frunció el ceño.

—¿Por qué querrían volar una estación meteorológica?

—Era una radio —explicó

Gianna—. No alcanzamos a ver todo antes de la explosión, pero eso sí lo sé. Esto era el mayor nodo de comunicaciones que he visto.

—La Voz —dijo Kira.

Jayden respondió con voz grave y sombría.

—Y, después de ese estruendo, sin duda saben que estamos aquí.

CAPÍTULO CINCO

Jayden reunió a los sobrevivientes a la sombra de la carreta humeante.

—Es imposible regresar en esto, o sea que tardaremos por lo menos dos días en llegar a la civilización. Nuestra radio también se destruyó. Estamos solos.

—Tendremos que armar una camilla para el soldado Lanier

—dijo Marcus—. Tiene fractura expuesta en la tibia. La compuse lo mejor que pude, pero no puede caminar.

Kira escudriñó los árboles y las ruinas que los rodeaban, tensa en todo momento. Una vez había estado en el hospital durante un ataque de la Voz; había visto llegar a los soldados heridos, gimiendo y gritando de dolor mientras los médicos los llevaban a cirugía. Aún le horrorizaba pensar que un ser

humano pudiera hacer daño a otro.

—Armen una camilla —ordenó Jayden—. Nos quedan dos caballos; Patterson y Yoon irán por delante y enviarán refuerzos apenas lleguen al perímetro de la Red de Defensa. Los demás seguiremos a pie.

—Son cuarenta y cinco kilómetros —le recordó Yoon—, y los caballos ya están cansados. No pueden hacer el

viaje sin detenerse.

—Pueden seguir por lo menos una hora —repuso Jayden—. Para entonces, de todos modos se quedarán sin luz. Vayan hasta donde puedan y luego dejen que los caballos descansen hasta el amanecer.

—No es necesario que vayamos hasta East Meadow —sugirió Gianna—. Hay una comunidad rural hacia el oeste de aquí, y varias más hacia el este. Están mucho más cerca, y

Lanier puede recibir ayuda más pronto.

—Nuestro mapa estaba del lado de la carreta que destruyó la explosión —respondió Jayden—. No estoy de humor para andar vagando por la isla en busca de ignorantes.

—No son ignorantes —protestó Gianna—. La mayoría tiene más educación que ustedes…

—Su asombrosa educación no nos sirve de nada sin un

mapa para encontrarlos —replicó Kira. ¿Por qué Gianna se ponía a discutir en un momento como ese?—. Nuestra mejor opción es East Meadow; podemos ir por caminos principales hasta allá.

—Lanier no llegará vivo —insistió la mujer—, no con esa fractura. Las granjas también tienen hospitales, igual que nosotros.

—Igual que nosotros, no —dijo Kira—. Y no: Lanier no va a

morir en el viaje. ¿Tienes estudios de medicina que hayas olvidado mencionar?

—Cualquiera se da cuenta…

—Cualquiera se da cuenta de que está mal —intervino Marcus, con calma—, pero lo hemos entablillado y vendado, y puedo darle medicamentos tan fuertes que pensará que está volviendo a casa volando sobre un arco iris mágico de caramelo. Podrías sentir el efecto solo por aspirar sus pedos.

—Patterson y Yoon, vayan al sur hasta East Meadow —ordenó Jayden—. Los demás los seguiremos, pero —agregó, mirando a Gianna —si encontramos una granja, un puesto de avanzada o algo así, podemos tratar de hacernos de otra carreta.

—No tienes autoridad para apropiarte de una carreta —dijo la mujer, enojada.

—Y tú no tienes autoridad para desobedecer mis órdenes

—respondió Jayden—. Esto es un operativo militar en estado de emergencia, y voy a llevarte de vuelta como me parezca mejor, aunque para eso tenga que drogarte tanto como a Lanier. ¿Está claro?

—¿Esto es lo que nos espera? —preguntó ella—. ¿Así será nuestro mundo cuando ustedes, los hijos de la peste, crezcan y empiecen a gobernarnos?

Jayden no se inmutó.

—Pregunté si estaba claro.

—Perfectamente —respondió Gianna—. Regresemos al paraíso.

Jayden se puso de pie y el grupo se dispersó para recoger los equipos y prepararse para el viaje. Kira sujetó a Jayden por el brazo y lo detuvo.

—No podemos dejarlos —dijo—. Los caballos muertos, está bien, pero en esa casa hay tres personas muertas. ¿Cómo vamos a llevarlas?

—Podemos volver por ellos.

—Vi pasar seis gatos salvajes durante tu reunioncita de planificación, y esa clínica donde estuvimos era la guarida de una jauría de perros bastante grande. Si dejamos tres cadáveres, no encontraremos mucho al regresar.

Jayden la miró con frialdad.

—¿Qué quieres que haga, Walker? No podemos cargarlos y tampoco tenemos tiempo para

sepultarlos. Regresaremos con refuerzos para investigar el sitio y recuperar los generadores, pero por el momento, diez personas vivas son más importantes que tres muertas.

—Diez minutos —insistió Kira —. Podemos disponer de ese tiempo.

—¿Crees que puedes sepultarlos en diez minutos?

—Ya están medio sepultados —repuso ella, y lo observó mientras él pensaba.

Finalmente se encogió de hombros y asintió.

—Tienes razón. Te ayudaré.

Además de Andrew Turner, la explosión había matado a dos soldados, y sus cadáveres se colocaron cuidadosamente junto a la casa. Un hombre y una mujer; en realidad, un muchacho y una chica, pues no tendrían más de dieciséis años. La chica podría haber sido más joven, aunque Kira no podía discernirlo. Se detuvo junto a

ellos con actitud solemne, preguntándose quiénes habrían sido: qué habían hecho para divertirse, con quién habían vivido, cómo habían llegado allí. Ni siquiera sabía cómo se llamaban. Jayden tomó a la chica por los brazos, Kira la sostuvo por las piernas y avanzaron con cuidado entre las ruinas. El hoyo más profundo era el que habían abierto tratando de salvar a Turner; bajaron el cuerpo de la

muchacha hacia el interior con la mayor suavidad posible y lo empujaron hacia el hueco que había detrás de las piedras de la chimenea. A esas alturas, algunos de los soldados ya habían terminado sus tareas y se acercaron a ayudar: cargaron el cuerpo del muchacho y lo colocaron también en el hoyo.

Kira observó, aturdida, cómo Jayden y el soldado Brown desestabilizaban la última pared

que quedaba y la volteaban sobre el hoyo, para cubrir los cuerpos. Sintió que se le rompía el corazón al derrumbarse la pared. No era suficiente; era bueno sepultarlos, pero merecían más. Trató de hablar, pero contemplar las lentas nubes de polvo de los escombros era demasiado, y no pudo pronunciar palabra.

Marcus la observaba con ternura y dolor. Miró a Jayden.

—Deberíamos decir algo.

Jayden se encogió de hombros.

—¿Adiós?

—Bueno —dijo Marcus, adelantándose—. Supongo que yo puedo hacerlo. ¿Alguien sabe a qué dios veneraban?

—A ninguno muy bueno —masculló Gianna.

—Maija era cristiana —respondió Sparks—. No sé bien de qué comunidad. Rob era budista. Del civil, no tengo idea.

Marcus miró a su alrededor

en busca de esclarecerlo, pero nadie sabía más.

—No es la combinación más fácil —dijo—. A ver qué les parece esto, entonces. Creo recordar parte de un viejo poema que nos enseñaron en la escuela.

Se enderezó, fijó la mirada en la lejanía y los soldados bajaron la cabeza. Kira siguió contemplando la pila de ladrillos caídos, aún cubiertos por una nube de polvo.

—“No te enorgullezcas, muerte” —recitó Marcus—, “aunque te hayan llamado poderosa y temible” —hizo una pausa, pensativo—. Estoy destrozando esto. “Eres esclava del destino, azar, reyes y hombres desesperados, pero no puedes… matarme. Un breve sueño y luego despertamos a la eternidad, y la muerte dejará de existir”.

Jayden echó un vistazo a Marcus.

—¿Crees que van a despertar? ¿Así como así?

—Es un poema antiguo —respondió Marcus.

—Bueno, donde sea que vayan a despertar —dijo Jayden—, va a haber muchísima gente —dio media vuelta y caminó hacia la carreta dando grandes zancadas.

Kira se quedó, de la mano de Marcus, contemplando cómo el polvo se iba depositando sobre los escombros.

La lluvia formaba charcos en el lodo y llenaba las gruesas huellas de neumáticos de gotas saltarinas. Kira estiró su capucha hacia adelante, tratando de protegerse los ojos, pero a medida que la tormenta arreciaba el agua desbordaba por todos lados, saltando desde los charcos y filtrándose entre las costuras de su ropa.

Jayden volvió a detenerse y levantando el puño en alto hizo

que la fila se parara. Las huellas de neumáticos no provenían de Asharoken, pero cualquier presencia podía ser peligrosa allá afuera, en la zona inhóspita. En los viejos tiempos, esta parte de la isla había sido más adinerada que la mayoría, de modo que en lugar de casas apiñadas y frentes con los pastos crecidos, se hallaban atravesando un bosque denso y mojado, salpicado aquí y allá por alguna mansión que se

erguía solitaria en la oscuridad. Kira ladeó la cabeza para escuchar, con la esperanza de captar algún asomo de los sonidos que Jayden no dejaba de percibir a pesar del chubasco. Vio que Marcus hacía lo mismo. Oyó la lluvia, el agua que salpicaba, el sonido ahogado del lodo bajo sus pies. Jayden bajó el puño y señaló hacia adelante, y el grupo se puso en marcha nuevamente.

—Creo que lo está inventando

—susurró Marcus—. Le encanta hacer esa seña con el puño y ver cómo todos le obedecemos.

—Nunca en la vida me mojé tanto —dijo Kira—. Juro que hasta metida en una bañera, estuve más seca que ahora.

—Mira el lado bueno —respondió Marcus.

Kira esperó.

—Este es el momento —dijo— en que, por lo general, deberías sugerir un lado bueno.

—Nunca fui un tipo previsible

—respondió Marcus—. Además, no digo que conozca un lado bueno; simplemente, que sería un momento excelente para ver uno.

Jayden levantó el puño y el grupo dejó de caminar.

—Él acaba de oír un lado bueno —susurró Marcus—. Hay una metáfora inspiradora merodeando entre esos arbustos.

Kira bufó, y Jayden se dio vuelta para mirarlos, enojado.

Volvió a mirar al frente, señaló con los dedos hacia el costado del camino y se dirigió hacia un claro entre los árboles.

Ella lo siguió, sorprendida; se daba cuenta de que las huellas avanzaban derecho entre los retoños de la calle en ruinas. A ambos lados, los árboles se veían oscuros y abominables; ¿qué oía Jayden en ellos?

El grupo avanzó con cuidado por un sendero angosto que solía ser el camino de entrada a

una casa, ahora resquebrajado y roto tras una década de maleza. Adelante, una enorme casa se erguía oscura, casi tan negra como la noche que la rodeaba. Marcus avanzó lentamente hasta alcanzar a Kira y caminó a su lado, agazapado y en silencio. Ella se inclinó hacia él para hacerle una pregunta, pero se detuvo bruscamente al divisar un destello de color: un resplandor anaranjado en la ventana, un

brillo diminuto que desapareció en un instante. *Fuego.* Se quedó inmóvil, sujetó el brazo de Marcus y lo acercó para susurrarle al oído.

—Hay alguien adentro.

Kira aferró su arma con fuerza, con la esperanza de que no se hubiese mojado demasiado como para no disparar bien. Hasta rodeada por cinco soldados armados se sentía desprotegida. Comenzó a agacharse, jalando a Marcus

para que hiciera lo mismo. Jayden frenó bruscamente y levantó el fusil a su mejilla. Entonces se oyó una voz desde el interior de la casa oscura.

—No se acerquen más.

Era una voz débil y ronca, como la de un espectro en la oscuridad. Con la lluvia repiqueteando sobre su capucha y su espalda, Kira preparó el seguro del fusil, un botoncito que convertía ese grueso garrote plástico en una varita

mágica mortal. Apuntar, hacer clic y mirar cómo explota el objetivo. El agua le escurría por el cuello, le entraba en los ojos y atravesaba el material de sus guantes.

—Me llamo Jayden Van Rijn —anunció Jayden—, sargento primero de la Red de Defensa de Long Island —mantuvo el fusil apuntado al mismo blanco invisible; seguramente había visto al hombre antes de hablar. Kira aún no veía nada—.

Identifíquese.

—No soy nadie con quien necesiten tener problemas —respondió la voz—. Y nadie que tenga problemas con ustedes.

—Identifíquese —repitió Jayden.

Kira imaginó que los árboles alrededor estaban llenos de Voces: hombres entre las sombras, amorfos bajo sus impermeables, aferrados a sus armas con la misma fuerza con que ella sujetaba la suya.

Debajo de los árboles la negrura era total; la luna y las estrellas se perdían tras la gruesa capa de nubes de tormenta. Se preguntó si se atrevería a responder con fuego, en el caso de que alguien empezara a disparar. ¿Cómo podía saber en la oscuridad qué formas eran enemigas y cuáles amigas?

—Quizá no sean de la Voz —susurró Marcus. Su voz era casi inaudible; sus labios prácticamente rozaban el oído

de Kira—. Podrían ser mercaderes, vagabundos, hasta granjeros. Quédate agachada.

—Tiene un nombre muy bonito —dijo la voz en la oscuridad—. Puede llevárselo cuando se vaya.

—Vamos camino a East Meadow —dijo Jayden—. Solo queremos confirmar que el área es segura antes de acampar. ¿Cuántos hay allí adentro?

La voz rio, ronca.

—Sería una tontería

proporcionarles esa inteligencia sin conocer sus intenciones. ¿Y si son Voces?

—Somos de la Red de Defensa —insistió Jayden—. Ya se lo dije.

—No sería la primera vez que alguien me miente.

Kira oyó un ruido entre los árboles: un crujir de hojas, un chasquido que podría haber sido una rama o un arma preparándose. Se agachó más aún, esperando que se tratara

de alguien de su grupo.

—Nosotros somos diez —dijo Jayden—. Las Voces son mucho más sutiles… por ejemplo, como un anciano solo escondido en una casa en ruinas.

—Supongo que en eso tiene razón —respondió el hombre—. Parece que ninguno de nosotros va a confiar en el otro —la voz hizo una pausa y luego, solo hubo más silencio. La lluvia golpeaba a través de las hojas.

Al cabo de un rato, volvió a oírse su voz—. Me llamo Owen Tovar. Yo también voy hacia East Meadow, justamente, y me vendría bien que me ayudaran con el guardia de la frontera. Si no les importa compartir el espacio con Dolly y conmigo, pueden entrar.

Kira no oyó nada, y luego percibió el sonido de una puerta que se abría. Jayden vaciló apenas un instante, y luego bajó el fusil a su cadera.

—Gracias por el ofrecimiento.

CAPÍTULO SEIS

Owen Tovar resultó ser un hombre alto, delgado y avejentado, que los esperaba apenas cruzando la puerta, con una escopeta negra de plástico al hombro. Sonrió al ver a Kira y Gianna.

—Si ese tonto me hubiera dicho que había mujeres, los habría dejado entrar mucho antes.

Marcus se interpuso delante

de Kira en gesto protector, pero Tovar rio entre dientes y le dio una palmada en el brazo.

—No se trata de nada impropio, hijo, solo son buenos modales. Los soldados no me importan mucho, pero temo que mi mamá me educó demasiado bien como para dejar a una dama afuera con una tormenta como esta —cerró la puerta cuando entró el último soldado y avanzó entre el grupo hacia el interior oscuro de la casa—.

Debo decir que aquel de ustedes que me encontró es mejor rastreador que la mayoría. Está desperdiciando sus talentos en la Red.

Abrió otra puerta, que daba a una habitación bien iluminada: una antigua sala, tal vez, sin ventanas exteriores y con un alegre fuego en una chimenea de piedra. La habitación estaba atestada de viejos sofás y mantas, y en el extremo opuesto había un carrito de

madera contra unas puertas dobles. Kira se volvió hacia la derecha al entrar, para examinar el área, y se sobresaltó al encontrarse cara a cara con un camello.

—Saluda, Dolly.

El camello bufó y Tovar rio entre dientes.

—No sean groseros, amigos, respóndanle.

Marcus sonrió e hizo una reverencia al animal.

—Mucho gusto, Dolly. El

señor Tovar olvidó mencionar lo encantadora que era su compañía.

—No sé si todos los camellos son así de irascibles —dijo Tovar—, pero nos llevamos más o menos bien. Supongo que habrá escapado de un zoológico o algo así; la encontré hace unos años, vagando por ahí —hizo pasar al grupo y cerró la puerta—; me tomé mucho trabajo para que este fuego no se viera desde afuera —les

contó—. Además, la chimenea aún funciona, pero con una tormenta como esta, que disimula el humo, nadie puede saber que estoy aquí.

—Seguimos las huellas —dijo Marcus, quitándose el abrigo.

—Las huellas no vienen hacia aquí —respondió Tovar—. Al menos, no directamente.

—Lo oí —explicó Jayden, con una leve sonrisa insinuándose en las comisuras de su boca—. Dolly necesita aprender a ser

más sigilosa.

Tovar meneó la cabeza.

—Quería más azúcar. Y ustedes acertaron a pasar justo en los dos segundos que ella decidió discutir conmigo. La mayoría de la gente (me refiero a los que son suficientemente curiosos como para andar husmeando) nunca encuentra este lugar. Todos siguen mis huellas alrededor de la casa, se internan en el bosque y se dan por vencidos cuando llegan al

arroyo. Resulta que el puente se cayó, aunque no lo crean, y los tablones que uso para pasar están bien escondidos, del lado donde no pensarían en buscar.

—Eres un vagabundo —observó Jayden.

—Soy vendedor. Eso me convierte en blanco de todo tipo de cosas desagradables, pero no significa que deba ser un blanco de oportunidad —quitó una pila de mantas del sofá más cercano al fuego—. Los mejores

asientos, para las damas, naturalmente. Este lugar es muy acogedor cuando estoy solo, pero habiendo tanta gente, vamos a tener que ser buenos vecinos para poder dormir.

Kira observó al hombre distribuir las mantas y acomodar los sofás para que pudieran dormir diez personas y un burro. *¿Será parte de la Voz?* Imposible saberlo, a menos que tratara de hacerlos volar en pedazos.

El hombre le entregó una manta a Brown, que lo miró con suspicacia antes de arrancársela de las manos. Tovar sonrió y dio un paso atrás.

—Va a ser una noche muy larga si seguimos desconfiando. ¿De veras creen que soy de la Voz?

Brown no dijo nada. Tovar se volvió hacia Gianna.

—¿Y tú? —giró una vez más, se detuvo frente a Jayden y

abrió los brazos—. ¿Y tú, cree que soy de la Voz? ¿Que estoy arriesgando mi vida y compartiendo mis mantas secas como parte de un plan para destruir lo que queda de la civilización humana?

—Creo que usted fue militar —dijo Kira, acercándose un poco más al fuego.

Tovar ladeó la cabeza.

—¿Por qué lo dices?

—Por algunas palabras que usa —respondió Kira—, como

“inteligencia” y “blanco de oportunidad”. Por el modo en que sostuvo su arma cuando entramos. Porque en este momento usted y Jayden están parados exactamente en la misma postura.

Jayden y Tovar se miraron, primero el uno al otro y luego a sí mismos: los pies separados el ancho de los hombros, la espalda recta y los brazos cruzados atrás con holgura. Se apartaron, incómodos,

cambiando de pose y soltando los brazos.

—Que ya no sea militar no significa que no sea de la Voz —dijo Brown—. Muchos de ellos también son soldados.

—Si ser soldado es prueba de culpabilidad —dijo Tovar—, en esta habitación hay siete de diez personas que parecen muy culpables.

—Bueno, háblenos de usted —pidió Marcus, al tiempo que se acomodaba en un sofá—. Si

voy a pasarme toda la noche esperando que ustedes dejen de coquetear y se maten a tiros, al menos quiero entretenerme.

—Owen Tovar —repitió, con una reverencia—, nací y me crie en Macon, Georgia. Jugué al fútbol en la universidad durante dos años, me gradué, ingresé en la Marina y me volé cuatro dedos de un pie en la guerra; en la guerra de Irán, no en la de Aislamiento, la que tuvimos con los chinos y en la que

seguramente ustedes están pensando, donde enviamos a los Parciales a pelear por nosotros. Aunque supongo que casi todos ustedes tienen menos de veinte años, ¿no? ¿Tenían dos o tres años cuando terminó esa guerra y cuatro o cinco cuando se acabó el mundo? No, cuando hablo de la "guerra", probablemente ustedes piensen en la Guerra Parcial, tal como están las cosas, pero lamento informarles

que esa no fue ninguna guerra; solo peleas, muertes y nada más. Verán: la guerra es cuando pelean dos lados, quizá no en forma pareja, pero al menos los dos tienen la oportunidad de dar algunos golpes. Lo que llamamos la Guerra Parcial fue como si a la humanidad la molieran a golpes en un callejón.

—Yo recuerdo la Guerra de Aislamiento —dijo Gianna—. No todos somos hijos de la peste.

—No me corresponde hacer suposiciones sobre la edad de una dama —repuso Tovar, mientras se sentaba junto al fuego.

Se veía relajado, pero Kira observó que aún podía alcanzar su escopeta fácilmente y con rapidez. Jayden se sentó frente a él, mientras la mayoría de los soldados permanecieron de pie. Kira se ubicó junto a Marcus y acomodó el brazo de él sobre sus hombros. Se sentía tibio y

reconfortante.

—Supongo que no importa cuál guerra fuera —dijo Tovar —. Perdí cuatro dedos de un pie, abandoné la Marina con licencia médica y volví a Georgia a jugar al hockey.

—No es posible que jugaran al hockey en Georgia —intervino Sparks—. Era de los del sur, ¿no? ¿Georgia? El hockey se jugaba sobre hielo.

—El hockey era patinar sobre hielo —asintió Jayden—, y eso

no se podía hacer en Georgia. Especialmente sin dedos en el pie.

Tovar sonrió.

—Ahí es donde los hijos de la peste empiezan a demostrar su ignorancia —se volvió hacia Gianna—. ¿Recuerda las pistas de hielo?

Una sonrisa leve pero alegre se coló en la cara de la mujer.

—Sí.

—Una pista de hielo —explicó Tovar— era un salón inmenso,

como toda una cancha de baloncesto, dentro de un refrigerador. Imagínense: un edificio tan frío que el hielo no se derrite. Se llenaba de gente, a veces cientos de personas (y apenas estábamos en las ligas menores), y todos alentaban, gritaban y se enardecían. La habitación se calentaba como esta, todos los cuerpos, allí apiñados como troncos en una fogata, y aquel refrigerador gigante no dejaba de funcionar y

de enfriar. El hielo se mantenía tan helado que lo único que tenían que hacer era rociarlo con agua entre tiempos: en cuestión de minutos quedaba liso y plano como una porrista de los Tiger Sharks —esbozó una sonrisa maliciosa—. Mil disculpas. Viejas rivalidades.

—Eso es lo más tonto que oí en mi vida —dijo Sparks—. Con el gasto de electricidad que describe, se podría iluminar toda una ciudad durante un año.

—Un lugar pequeño como East Meadow, seguro que sí —dijo Tovar—; esa ciudad se podría iluminar con lo que consume un acondicionador de aire de buen tamaño. Considerando cómo eran las viejas ciudades y sus costumbres, hasta un lugar tan pequeñito como Macon se tragaría entero a East Meadow. Con tantos cientos de miles de personas conduciendo automóviles, mirando películas y

navegando en la Internet ochenta y siete horas al día, aun así nos quedaba suficiente electricidad para tener una pista de hielo en el estado de Georgia, uno de los calurosos, como bien señalaste, donde no teníamos por qué congelar nada.

—Sigo sin creerlo —masculló Sparks.

—Estamos hablando de hockey de ligas menores en Macon, Georgia —prosiguió

Tovar—. Ni yo podía creerlo. ¿Saben cómo llamábamos al equipo? Si no me creen lo anterior, menos van a creerme esto: lo llamábamos la Juerga de Macon —lanzó una risotada —. Eso parece la mentira más grande de todas, pero es verdad: la Juerga de Macon — se dio una palmada en la rodilla. Varios de los soldados reían, y hasta Kira no pudo contener una risita entre dientes—. Éramos un equipo de ligas menores que

no aportaba a las mayores, en una ciudad que amaba casi todos los deportes, menos el nuestro. No teníamos futuro y lo sabíamos, entonces ¿por qué no divertirnos? En los años cuarenta, cuando yo jugaba, éramos oficialmente el equipo más violento del país, y eso quizá significa del mundo entero y, a propósito, por eso podía patinar sin dedos en un pie. Un patinador artístico o uno de velocidad, incluso un delantero

de la Liga Nacional de Hockey, sí necesitan todos sus dedos para mantener el control, pero toda esa sutileza pasa a segundo plano cuando lo único que quieres hacer es estampar a alguien contra una pared y romperle todos los dientes.

—Hockey —murmuró Marcus—. El deporte de los reyes.

Tovar hizo una pausa, con los ojos enfocados en un recuerdo lejano.

—A veces pienso que eso es

lo que más echo de menos de aquellos días. Los viejos tiempos. Teníamos tanto de todo… y podíamos derrocharlo en porquerías que nadie necesitaba. “La Edad de Oro del hombre” —su sonrisa volvió, sarcástica y amarga—. El orgullo llega, según dicen, antes de la caída.

Jayden asintió, con una sonrisa débil.

—No puedo decir que ese relato me haga confiar más en

usted, pero ahora sí que me cae mejor.

—Muy amable de tu parte, dadas las circunstancias…

Sacó una licorera del bolsillo trasero, bebió un trago y se la ofreció a Jayden. El soldado bebió un trago y la devolvió.

—Debo admitir que, como paramédico, sigo esperando que llegue la mejor parte —dijo Marcus.

—¿Cómo dices? —preguntó Tovar, con sorpresa.

Marcus esbozó una amplia sonrisa.

—¡Los dedos, hombre, a ver ese pie!

Los soldados aclamaron la idea y Tovar sonrió con aire burlón.

—Ustedes lo pidieron —se inclinó y empezó a desatar los cordones de la bota—. El propietario de este espectáculo de horror recomienda que mujeres y niños aparten la mirada ante lo que van a

presenciar, pero como eso los incluye a casi todos ustedes, supongo que no van a hacerle caso —se quitó el calzado, comenzó a retirar el calcetín de su pierna pálida y peluda, y por fin se lo quitó con un movimiento histriónico—. ¡Contemplen esto!

Todos dieron un grito ahogado, mezcla de horror y de risa. Kira sonrió e hizo una mueca a la vez. El pie de Tovar era un muñón de tejido cicatrizado y callos; los cuatro

dedos más pequeños quemados o perdidos; y el dedo gordo, el último que le quedaba, estaba curvado de forma chocante hacia un lado, y le faltaba la uña. Su pie estaba totalmente blanco.

—Es un asco —dijo Kira, entre accesos de risa—. ¿Cómo dijo que le pasó eso?

—Yo era especialista en el Cuerpo de Marines —explicó Tovar, moviendo su dedo gordo deformado—. Demoliciones.

El ambiente cambió tan rápidamente que Kira habría jurado que pudo sentirlo: un frío helado en el aire, un rocío de agua fría mientras los soldados ponían sus armas en posición en un solo movimiento borroso. Aun sentado, Tovar perdió el equilibrio y se tambaleó hacia atrás, trataba de ponerse la media y casi se cae del sofá al intentar apartarse de las armas.

—¿Qué… qué hice?

—Tiene diez segundos para

decirnos dónde estuvo en las últimas cuarenta y ocho horas —dijo Jayden, apuntándole con su fusil—, o empezamos a dispararle por las dudas.

—¿De qué hablas? —gritó Tovar.

—Nueve —dijo Jayden, en tono feroz—. Ocho.

—Esperen —pidió Kira, extendiendo las manos para tratar de calmar a todos—. Denle tiempo para pensar.

—Siete —continuó Jayden.

—¡No sé de qué hablan! —protestó Tovar.

Ella se inclinó hacia adelante con desesperación.

—Cálmense —dijo, con voz firme—. Ni siquiera sabe de qué hablan.

—No hagas ninguna estupidez, Kira.

Ella se volvió hacia Tovar.

—Es porque usted dijo que estuvo en demoliciones. Hoy tuvimos un mal día en cuanto a explosivos; lo único que quieren

saber es si estuvo…

—Ni una palabra más, Kira, o sabrá exactamente qué negar.

—Solo díganos dónde más estuvo —insistió ella, con la vista fija en Tovar.

—Ayer estuve en Smithtown —respondió el hombre—. Luego vine directamente aquí. Allá tienen una granja en un viejo campo de golf. Fui a venderles armas.

—¿Armas?

—¿Qué creen que vendo?

¿Cachorritos? Soy marine, vendo lo que conozco. Allá afuera, sin la Red de Defensa que tienen ustedes para cuidarlos, la gente necesita armas. La mayoría de estas casas tienen armamento guardado en el sótano, entonces… yo las hago explotar y vendo las armas.

—No me está pareciendo menos culpable ahora —dijo Jayden.

La voz de Tovar estaba

cargada de desesperación.

—Por mucho que cueste creerlo con diez armas apuntándome, en la isla no todo el mundo tiene una. No todos cuentan con una patrulla de la Red de Defensa lista para entrar en acción cada vez que alguien les parece sospechoso. Aquí, la gente sabe que se aproxima una guerra entre East Meadow y la Voz y necesita defenderse. Solo me ocupo de darles las herramientas.

—Miente —dijo un soldado.

—No lo sabes —repuso Kira —. No se puede matar a alguien por una corazonada.

—¿Alguien trató de hacerlos explotar? —preguntó Tovar.

—¿Lo ven? —exclamó el soldado, dando un paso adelante—. ¡Lo sabe!

—Tranquilo —dijo Jayden—. No disparen hasta que lo ordene.

Kira tragó en seco.

—No hace falta ser un genio

para examinar los últimos minutos de esta conversación y adivinar que alguien trató de volarnos. Si él hubiera sabido sobre la bomba, no nos habría contado que estuvo en demoliciones, ¿verdad? —se volvió hacia Tovar—. ¿Alguna vez estuvo en Asharoken?

Tovar negó con la cabeza.

—Eso no puede ser el nombre de un lugar de verdad.

—Dice que vende armas y municiones —dijo Jayden—.

¿También vende explosivos?

—Sería un idiota si lo hiciera —respondió Tovar—. Cualquiera que los comprara estaría en lo mismo que yo, o bien planeando algo peor, como lo que les pasó a ustedes. Yo tengo mis explosivos muy bien guardados.

—¿Dónde? —preguntó Jayden.

—Algunos en ese carro, otros escondidos en distintas partes de la isla.

Gianna se apartó del carro de un salto.

—¿Estuve apoyada en una bomba?

—Es estable —dijo Tovar, poniéndose de pie. Los soldados volvieron a apuntarle, pero el hombre levantó las manos en gesto de inocencia—. Son perfectamente estables, ¿de acuerdo? —se acercó al carro con dificultad, cojeando con una bota pesada y un pie descalzo—. Es un gel de agua,

completamente inerte hasta que se activa, y aun entonces necesita un detonador.

—¿Dónde encuentra explosivos por aquí? —preguntó Jayden, aún siguiéndolo con su fusil—. Creí que los militares ya los habían recogido todos hace años.

—Se llevaron los de uso bélico, sí —respondió Tovar—, pero esto se usa comercialmente todo el tiempo —retiró la pesada lona que

cubría el carro y señaló un paquete de plástico blanco, como una bolsa de agua racionada—. Esto lo conseguí en una obra en construcción; el polvo activador está del otro lado del carro. Y juro que no le vendí nada de esto a nadie.

Kira miró a Jayden.

—Si es mentira —dijo—, es la mentira más rebuscada y bien actuada en la historia del mundo. El caso es que todos vamos camino a East Meadow,

entonces bajemos las armas y que ellos se encarguen. Si deciden que es culpable, pueden encarcelarlo; pero no dejaré que lo maten aquí.

—Es la segunda peor idea que he oído —dijo Tovar—, pero como la primera es que me disparen a la cara, me parece muy bien.

Jayden clavó la mirada en Kira; sus ojos la quemaban como brasas humeantes. Tras una espera que duró una

eternidad, bajó el arma.

—Bien. Pero si intenta algo antes de llegar allá, no esperaré tu aprobación: es de la Voz y morirá.

CAPÍTULO SIETE

Kira durmió a ratos, escuchando a Marcus y a los demás cambiar de posición, roncar y murmurar en la oscuridad. El camello se pasó toda la noche emitiendo extraños gemidos semihumanos y la casa crujía con la lluvia. Hasta los ratones, ubicuos en todas las casas que ella podía recordar, parecían más ruidosos y molestos que de

costumbre, correteando por el piso y las paredes. Ratas, quizá, o algo más grande.

Mientras tanto, no podía dejar de pensar en las palabras de Tovar. ¿Sería cierto que venía una guerra? ¿Acaso la Voz estaba tan desesperada... o tan organizada como para eso? El Senado los pintaba como terroristas semisalvajes, que atacaban, huían y mataban indiscriminadamente; pero por otra parte, supuso Kira, al

Senado le convenía dar esa imagen de ellos. Si realmente eran tantos como para montar un frente serio e iniciar una guerra de verdad, entonces eran una amenaza más grave de lo que ella había imaginado.

El RM iría estrangulando a la humanidad poco a poco, de a una muerte por vez, y no habría generaciones nuevas que la reemplazaran. En cambio, una guerra podría eliminarla en cuestión de semanas.

Kira se hundió más en el sofá, tratando de dormirse. Por la mañana, se sentía cansada y entumecida.

Tovar los condujo al exterior por la parte trasera de la casa y luego por su laberinto de protección: cruzaron un puente improvisado, atravesaron el patio de otra casa, desgastado por la intemperie, y regresaron al camino casi un kilómetro más adelante. Había dejado de llover y Dolly tiraba del carro con

rapidez, de modo que iban a buen paso. Kira trató de obligarse a no mirar atrás, a no concentrarse en las cien Voces fantasmas que imaginaba detrás de cada árbol y cada automóvil abandonado. Tenían que mantenerse visibles por si llegaban refuerzos de la Red de Defensa a buscarlos, pero esa exposición la hacía sentir vulnerable y desprotegida. Hasta Jayden parecía nervioso. Se detuvieron para almorzar

cuando el sol estaba en lo alto. Kira bebió lo último que le quedaba de agua mientras observaba las hileras de casas en ruinas. Nada se movía. Se frotó los pies doloridos y fue a ver cómo estaba Lanier en su camilla. Seguía inconsciente y su temperatura estaba peligrosamente elevada.

—¿Cómo está? —preguntó Gianna.

—No muy bien —respondió Kira, con un suspiro—. Nos

queda poco *Nalox*, y creo que ahora tiene una infección.

Hurgó en su maletín en busca de antibióticos y empezó a preparar una pequeña inyección.

—¿Es bueno que duerma tanto?

—No es excelente —respondió Kira—, pero tampoco es malo. Los analgésicos que le estamos dando son para uso en el campo de batalla; se le puede administrar bastante sin temor a

matarlo. En cambio, parece que nuestros antisépticos de campaña no están surtiendo efecto —lo pinchó con la jeringa y le ingresó la dosis completa—. Si no nos recogen pronto los refuerzos, estará en graves problemas.

Kira oyó un silbido lejano y levantó la vista de pronto; Jayden también lo había oído.

—Los exploradores —dijo Jayden—. Vieron venir a alguien.

Todos se escondieron en una casa cercana, que tenía las ventanas rotas y el interior lleno de tierra, lo suficiente como para que crecieran plantas; el sofá ya estaba cubierto de kudzu. Kira se acurrucó en un rincón, detrás de un piano vertical desvencijado; detrás de ella, Lanier temblaba espasmódicamente. Marcus la miró y se obligó a sonreír.

Kira oyó otra serie de silbidos cortos que significaban “las

personas sobre las que te advertí son amigables". Intentó ponerse de pie, pero Jayden le hizo señas de que se mantuviera agachada.

—No está de más asegurarnos —susurró.

Un minuto después, pasó una carreta: un carro largo y reforzado, tirado por seis caballos. Jayden emitió un fuerte silbido ("amigos saliendo, no disparen") y salieron de la casa. Kira y Marcus cargaron a

Lanier hasta el porche, donde los recibió otro equipo médico. Ella les dio un informe completo sobre el estado del herido, y los soldados recién llegados repartieron agua y barras de proteínas mientras ayudaban a todos a subir a la carreta.

Tovar salió con Dolly desde detrás de la casa, con una mueca de pesar.

—¿Van a matarme ahora o cuando lleguemos?

—Lo ideal es que no lo maten

—respondió Kira.

Jayden hizo un saludo al líder de los nuevos soldados; Kira no reconoció su insignia de grado.

—Gracias por recogernos.

El otro soldado le respondió el saludo.

—No esperábamos encontrarlos hasta dentro de varias horas; llevan buen ritmo.

—Este comerciante nos ayudó mucho —explicó Jayden, señalando a Tovar—. Trae la mayor parte de nuestro equipo

en su carro —bebió un sorbo de agua y se enjugó la boca con el dorso de la mano—. No hemos visto a nadie más, de modo que si alguien nos siguió, habrá decidido no meterse con una patrulla armada de la Red.

—Maldita Voz —dijo el soldado—. Hemos enviado soldados por delante para buscar todo lo que puedan encontrar; esa explosión levantó mucha polvareda en la ciudad. Vamos a detenernos en

Dogwood para que informen lo que pasó.

La carreta dio la vuelta y los llevó de regreso; el conductor mantenía a los seis caballos a buen galope. El sol calentaba el carro acorazado, por lo que el interior parecía un horno, y Kira sintió que se adormecía. Despertó con la cabeza apoyada en el regazo de Marcus y se sentó bruscamente cuando la carreta se detuvo con una sacudida. Dogwood resultó

ser una antigua central eléctrica, un cuartel de guardia en las afueras del área poblada de East Meadow. Estaba rodeada por una cerca alta de alambre de púas, y un soldado les abrió el portón cuando se acercaron. Kira vio más soldados en el perímetro.

—Desde aquí podemos caminar —dijo ella, pero el hombre que estaba al mando en la carreta negó con la cabeza.

—Mkele quiere tomarles

declaraciones a todos ustedes, no solo al comerciante.

Declaraciones, pensó Kira. *En jerga militar, significa "interrogar con amabilidad".*

—¿Quién es Mkele?

—Inteligencia —respondió el soldado—. El Comando se está asustando bastante con las noticias de ustedes. Creo que esperan que sepan algo importante.

Los ayudó a bajar de la carreta y los llevó al viejo

edificio del complejo industrial. Un hombre joven con uniforme de combate guio a Kira a una habitación, la dejó allí y cerró la puerta.

Kira oyó girar la traba de la cerradura.

La habitación era pequeña y no tenía adornos, aunque por el linóleo descolorido Kira se dio cuenta de que hacía poco se habían retirado varios muebles. El piso estaba lleno de contornos de escritorios y

estanterías como una oficina fantasmal, una imagen residual de un tiempo pasado. No había mesa, pero sí dos sillas en un rincón.

Se sentó a esperar, planificando su conversación, ideando un guión para ambos interlocutores en el que sonara brillante sin esfuerzo alguno. Pero la espera se prolongó y sus indirectas sutiles acerca de lo injusto que era que la retuvieran para un interrogatorio

se convirtieron en un furioso monólogo acerca de la detención ilegítima. A la larga, se aburrió y dejó de pensar en ello.

Había un reloj en la pared, de los antiguos —circular y con unos palitos negros—, y por enésima vez en su vida se preguntó cómo habrían funcionado. En su casa tenía uno similar, más bonito que ese; a quienquiera que hubiera vivido allí antes que ella, antes del

Brote, le gustaba mucho el vidrio. Aparentemente, las manecillas se movían si uno les daba energía, pero los relojes digitales consumían mucha menos energía y por eso eran los únicos que conocía.

Al menos, los únicos que recordaba. ¿Habría tenido su padre un reloj con palitos? Era una tontería que ella ni siquiera supiera cómo se llamaban; no había razón para que algo tan utilizado desapareciera del

vocabulario humano. Sin embargo, por más que se esforzara, no recordaba haber visto ninguno en funcionamiento ni haber aprendido a entenderlos ni haber oído su nombre. Eran una reliquia de una cultura muerta.

El palito más grande apuntaba al diez y el pequeño estaba a medio camino entre el dos y el tres. *¿Las diez y dos… y medio?* Se encogió de hombros. *Ese reloj se quedó sin*

batería exactamente a las diez y dos y medio. O como sea que se interpretara eso. Se puso de pie para examinarlo. *Debe de estar atornillado a la pared; si no, ya se habría caído.*

La puerta se abrió y entró un hombre. Kira lo reconoció como el hombre misterioso de la asamblea. Tendría unos cuarenta años y la piel más oscura que la suya —que era de ascendencia india—; de origen mayoritariamente africano,

supuso.

—Buenas tardes, Kira Walker.

El hombre cerró la puerta al entrar y extendió la mano. Ella se puso de pie y se la estrechó.

—Ya era hora.

—Lamento mucho la espera. Soy el señor Mkele —con un gesto señaló la silla de Kira; apartó un poco la otra y se sentó—. Siéntate, por favor.

—No tienen derecho a retenerme aquí…

—Te pido disculpas si te dio esa impresión —dijo Mkele—. No estamos reteniéndote; simplemente quise mantenerte a salvo mientras esperabas. ¿Te trajeron comida?

—No me trajeron nada.

—Debían hacerlo. Nuevamente te pido disculpas.

Lo observó con atención. El enojo por haber estado tanto tiempo encerrada en la habitación iba dejando paso a la suspicacia.

—¿Por qué “señor”? —le preguntó—. ¿No tiene grado militar?

—No soy militar, Walker.

—Pero está en un establecimiento militar.

—Tú también.

Kira mantuvo una expresión rígida, tratando de no fruncir el ceño. Había algo en ese hombre que la irritaba. Él no había hecho otra cosa que hablarle con calma, un modelo de buenos modales y cortesía;

sin embargo… había algo que no lograba identificar. Echó un vistazo a la silla que él le había ofrecido, pero permaneció de pie y con los brazos cruzados.

—Dice que me encerró aquí para mantenerme a salvo. ¿De qué?

El hombre levantó una ceja.

—Es una pregunta interesante, viniendo de alguien que acaba de regresar de la tierra de nadie. Tengo entendido que alguien trató de hacerte

explotar hace menos de dos días.

—No a mí personalmente, pero sí.

—Mi cargo oficial es director de Inteligencia, no del ejército sino de toda la isla. Lo cual en la práctica significa que soy el director de Inteligencia de toda la raza humana. Hoy mi trabajo consiste en asegurar que mañana aún haya una raza humana, y la manera de hacerlo consiste en saber cosas.

Piensa, si quieres, en las cosas que sabemos ahora —levantó una mano y contó con los dedos —: una, alguien, posiblemente la Voz o, Dios nos libre, los Parciales, ha ejecutado otro ataque exitoso contra las fuerzas de East Meadow. Dos, ese alguien está altamente capacitado en el manejo de explosivos y quizá de la radiotecnología. Tres, ha matado por lo menos a tres personas. Ahora bien: dado el

carácter siniestro de lo poco que sí sabemos, creo que estarás de acuerdo conmigo en que la cantidad enorme de cosas que aún ignoramos es, por no decir más, increíblemente preocupante.

—Pues, sí —dijo Kira—, claro que sí. Pero ya no estoy en la tierra de nadie, estoy en una base militar. Supongo que debe de ser el lugar más seguro de la isla.

Mkele la observó con calma.

—¿Alguna vez has visto un Parcial?

—¿En persona? No. Yo tenía cinco años durante la guerra, y desde entonces no se ha visto ninguno.

—¿Cómo puedes estar segura?

—¿A qué se refiere? —preguntó con el ceño fruncido—. Hace años que nadie ve uno, están… bueno, para empezar, estoy viva, de modo que aparentemente ellos tampoco

me han visto a mí.

—Supongamos —dijo el señor Mkele—, solo por un momento, que lo que sea que los Parciales estén tramando va más allá del asesinato de una adolescente.

—No tiene por qué insultarme.

—Una vez más, te pido disculpas.

—Entonces, ¿de eso se trata todo esto? —preguntó Kira, con un evidente asomo de exasperación—. ¿De los

Parciales? ¿En serio? ¿No tenemos amenazas más importantes que enfrentar?

—Si un Parcial estuviera planeando algo grande —dijo Mkele, ignorando su pregunta—, algún ataque insidioso contra nosotros, nuestros recursos o cualquier otro aspecto de nuestra vida, la manera más efectiva sería infiltrándose directamente. Tienen exactamente el mismo aspecto que los humanos; podrían

caminar entre nosotros sin temor a ser descubiertos. Eres paramédica; deberías saberlo mejor que nadie.

Kira volvió a fruncir el ceño.

—Los Parciales ya no están, señor Mkele; nos acorralaron en esta isla y luego desaparecieron. Nadie ha visto ninguno en ninguna parte: ni aquí ni en la frontera ni en otro lugar.

Mkele esbozó una sonrisa burlona.

—La inocencia complaciente de una hija de la peste. Dices que tenías cinco años cuando los Parciales se rebelaron; el mundo que ves es el único que has conocido. ¿Cuánto recuerdas de la rebelión, Walker? ¿Cuánto del viejo mundo? ¿Sabes de lo que es capaz un solo Parcial, ya no digamos todo un batallón?

—Tenemos problemas más serios que los Parciales —insistió Kira, tratando de no

perder la compostura. Parecía la misma actitud con que la trataba la gente del hospital; todos los adultos, en realidad: una insistencia brutal, obstinada, en hablar del ayer en lugar del presente—. Los Parciales destruyeron el mundo, lo sé, pero eso fue hace once años y luego desaparecieron, y mientras tanto, el RM sigue matando a nuestros niños. La situación está cada vez más tensa por la Ley de Esperanza,

la Voz anda por ahí atacando granjas y robando suministros, y no creo…

—Los integrantes de la Voz —la interrumpió Mkele— tienen un aspecto aún más humano que los Parciales.

—¿Adónde quiere llegar?

—A esto: quizá sea cierto que los Parciales ya no están, pero difícilmente necesiten emprender un ataque directo a la isla si siguen aumentando las tensiones entre el asentamiento

y la Voz. El RM está cumpliendo una función aún más insidiosa de lo que planearon los Parciales: nuestra incapacidad de procrear hijos sanos y las medidas que hemos tomado en consecuencia para tratar de resolver…

—Se refiere a la Ley de Esperanza.

—Entre otras cosas, sí… están destruyendo la isla. Me cuesta mucho creer que lo que le pasó ayer a tu equipo no esté

relacionado con eso y, a menos que haya pruebas irrefutables de lo contrario, voy a suponer que fue parte de un plan para desestabilizar a la civilización humana y, de esa manera, acelerar nuestra extinción.

—Es usted una persona increíblemente paranoica.

—Como te dije, me han puesto a cargo de la seguridad de la raza humana. Es mi trabajo ser paranoico.

La paciencia de Kira se iba

acabando.

—Bien, entonces, terminemos con esto. ¿Qué quiere saber?

—Háblame de la clínica veterinaria.

—¿Qué?

—La clínica a la cual tú y Marcus Valencio fueron asignados para el rescate. Cuéntame qué viste allí.

—Pensé que querría saber sobre la bomba.

—Ya he hablado con otros testigos que estuvieron

presentes antes y después de la explosión, y su información supera la que tú tienes sobre ese tema. De la clínica, en cambio, tuviste experiencia directa. Háblame de eso.

—Era una clínica —respondió Kira, buscando algo interesante que decir—. Igual a todas las clínicas donde hacemos rescates: vieja, olorosa, derruida. Había una jauría de perros viviendo allí y… esteee… ¿qué más quiere saber?

—¿Viste algún perro mientras estuviste allí?

—No, ¿por qué? ¿Es importante?

—No tengo idea —respondió Mkele—, aunque sí parece raro que una jauría de perros salvajes no haya defendido su territorio de un grupo de invasores.

—Supongo que sí. Quizá los ahuyentó el grupo de rescate que estuvo allí unos días antes.

—Es posible.

—Esteee… ¿qué más? —dijo Kira—. Empezamos a revisar los medicamentos, y al cabo de pocos minutos explotó la bomba, de modo que no alcanzamos a probar la máquina de rayos X.

—Entonces vieron la fachada, el vestíbulo y las reservas de medicamentos.

—Sí.

—¿Vieron algo fuera de lo común?

—No se me ocurre nada.

Salvo… —hizo una pausa al recordar las marcas en el polvo —. Ahora que lo menciona, alguien había tocado los frascos de píldoras antes de que llegáramos.

—¿Tocado?

—Cambiado de lugar —explicó Kira—, como si hubieran estado revisándolos o algo así. Como si hubieran estado buscando algo.

—¿Cuánto tiempo antes?

—No mucho. Había marcas y

huellas en el polvo por todo el lugar, tanto en el armario como sobre la mesa.

—Podría haber sido, como sugeriste con respecto a los perros, el grupo de rescate que estuvo allí antes.

—Supongo que sí, pero nunca antes vi que ellos revisaran así los medicamentos.

El señor Mkele frunció los labios, pensativo.

—¿Alguna de las drogas que encontraron allá tiene usos

recreativos?

—¿Piensa que alguien del grupo trataba de drogarse?

—Es una de muchas posibilidades, sí.

Kira cerró los ojos, devanándose los sesos para recordar los nombres de los medicamentos.

—No estoy segura… a estas alturas las cosas se hacen automáticamente, ¿sabe? Uno conoce cuáles duran y cuáles no, y los distribuye en pilas sin

pensarlo mucho. Pero esas clínicas veterinarias siempre tienen analgésicos, como *Rimadyl*, y una dosis grande de casi cualquier analgésico puede servir para drogarse. Aunque también puede provocar la muerte, a menos que se use uno militar de nanopartículas que, obviamente, no estaría en una clínica veterinaria. Pero aparte de eso… —hizo una pausa, pensativa. Si ella hubiera sido de la Voz y estuviera

viviendo fuera de la civilización y peleando con la Red de Defensa, tendría preocupaciones más serias que los analgésicos. Empezó a entender el porqué de las preguntas de Mkele, y pensó en la clínica como blanco militar—. Esas clínicas tienen muchos medicamentos que podrían ser muy útiles para un grupo de rebeldes. Antibióticos, antiparasitarios, polvos y champú para pulgas… hay

muchas cosas que serían provechosas para una banda de forajidos rurales.

—Interesante —dijo Mkele—. Sabrás disculpar mi ignorancia en el tema de clínicas veterinarias, pero ¿crees que haya algún modo de encontrar un registro de su inventario? Quizá sería posible averiguar, con poco margen de error, qué cosas había, qué faltaba y qué se había cambiado de lugar.

—Dudo que tuvieran algo en

papel —respondió Kira—, pero sí contaban con un sistema de computación. Podría conectarse a un generador y esperar que hayan guardado su inventario en el disco duro. Si lo guardaban en una red externa, probablemente no tendrá suerte.

En el hospital utilizaban computadoras gracias a los paneles solares; pero en el viejo mundo se habían usado para todo, y estaban conectadas en

una red mundial que Kira no lograba siquiera imaginar. Esta había colapsado junto con la red de energía eléctrica y su contenido se había perdido para siempre.

—Eso haremos —dijo Mkele, asintiendo—. ¿Se te ocurre algo más que pueda servirnos?

Ella se encogió de hombros.

—Si recuerdo algo más, se lo haré saber.

—Muchas gracias por tu tiempo —dijo Mkele, señalando

hacia la puerta—. Puedes irte.

CAPÍTULO OCHO

El soldado Brown llevó a Kira a casa en una carreta pequeña; ella iba sentada en la parte trasera, aferrada a la mano de Marcus. Jayden y sus soldados se quedarían para continuar el interrogatorio. No vio a Gianna ni a Tovar.

Se acercaba el crepúsculo y Marcus se adormecía por el balanceo del vehículo. Kira lo

observaba bajar la cabeza, levantarla con cada sobresalto y luego volver a bajarla. Una y otra vez. Los cascos del caballo resonaban con un ruido hueco contra las casas vacías, pero a medida que se acercaban a la zona poblada, Kira vio los indicios conocidos de la actividad humana: casas pintadas, frentes con el césped cortado, tejados aún enteros. East Meadow. Buscó el brillo de la luz reflejada y sonrió al verlo:

ventanas de vidrio. En el resto de la isla, los cristales habían sido destrozados por gatos y aves, y por el reacomodamiento desparejo de las paredes de madera al pudrirse. Aquí no. Aquí las ventanas estaban protegidas y bien cuidadas, y la mayoría aún estaba limpia y transparente, como un fragmento de cielo sólido. Fuera de la zona habitada había ladrones, estaba la Voz y el cuerpo agonizante de todo un

mundo.

Aquí había ventanas de vidrio.

–Despierta, dormilón –dijo Kira, empujando la cabeza de Marcus con el hombro–. Estamos llegando.

–Yo no pedí sushi.

–¿Qué?

Marcus abrió los ojos con recelo.

–¿Qué dije?

–Nada que te comprometa demasiado. Tienes suerte de haber estado soñando con

comida y no con chicas.

–Soy hombre –respondió Marcus, restregándose los ojos–. Era una probabilidad de cincuenta-cincuenta.

–Nuestras vacaciones de un día se convirtieron en dos días, un ataque de la Voz y un interrogatorio militar –dijo Kira–. ¿Crees que nos meteremos en problemas si hoy faltamos al hospital?

–Seguramente la Red de Defensa les habrá contado lo

que pasó –respondió Marcus, estirando el cuello para aflojar los músculos–. Supongo que si nos presentamos a trabajar el resto del día, nos mandarán a casa con una ración de sopa para cada uno.

Kira rio.

–Parece una excelente razón para no ir.

Marcus sonrió y miró el sol.

–De todos modos, no queda mucha luz. Y si no nos dejarían trabajar el turno de día, mucho

menos el de la noche.

–Entonces está resuelto –dijo Kira, acomodándose en el piso duro de la carreta–. Me voy a casa a tomar un baño y a dormir. Quizá me despierte para la fiesta de este fin de semana, pero no te prometo nada.

–No me perdería esa fiesta por nada del mundo –respondió Marcus–. Xochi va a preparar pollo… un pollo vivo, de verdad. Aunque no estará vivo por mucho tiempo. Lo desplumaré

yo mismo.

–¿Crees que vaya a estar su madre?

–¿La senadora Kessler? –preguntó Marcus, boquiabierto, con incredulidad–. Ahora Xochi tiene un arma; Kessler ni siquiera se acercará.

Kira rio y asintió. Esperaba que Xochi no llegara a dispararle a su madre adoptiva, pero no podía estar segura de eso.

–Esta vez acuérdate de llevar

algo para compartir –dijo, volviéndose hacia Marcus y dándole unos golpecitos intencionados en el pecho–. No voy a cubrirte como la última vez.

–Fue solo una vez –respondió él, riendo–, y no fue la última, sino hace cuatro años; yo te cubrí muchas más veces.

–Lo único que digo –insistió Kira, golpeándolo nuevamente en el pecho con la punta del dedo– es que no quiero que el

parásito inútil de mi novio me haga quedar mal delante de todo el mundo. Otra vez –lo miró simulando enojo y lo golpeó una vez más.

–¿Golpeas así a todos los muchachos o soy especial?

Ella se le acercó más.

–Solo a ti –le dio un beso en la mejilla–. Hasta que llegue otro mejor.

Marcus la sujetó por la nuca y la atrajo para darle otro beso, esta vez en la boca, lento,

suave y perfecto. Kira se apretó contra él, sintiendo su cuerpo, y pensó en lo que Marcus le había dicho en la clínica. ¿Habría llegado la hora? ¿Estaba lista?

–Oigan –dijo Brown–, estoy a medio metro de ustedes.

Kira se apartó, avergonzada.

–Lo siento.

–Yo no –dijo Marcus–. Valió la pena.

–Es la azul, ¿verdad? –preguntó Brown, señalando la hilera de casas.

–Sí, la azul es la mía.

–¿Romeo también baja aquí?

–Lo haría –respondió Marcus–, pero de todos modos Nandita no me dejaría entrar. Vivo dos cuadras más allá, si puedes llevarme.

–No hay problema.

El joven soldado aminoró la marcha e hizo que el caballo se detuviera. Kira le dio a Marcus un último beso en la mejilla y bajó de un salto.

–Allí está Nandita –dijo

Marcus, al tiempo que se enderezaba y señalaba. Kira giró y la vio trabajando en su huerta. Marcus bajó la voz–; fíjate si tiene hierbas para el pollo.

–Romero, supongo –respondió Kira, y Marcus asintió con una amplia sonrisa–. ¿Algo más?

–Lo que pueda darte. Todo lo que tiene en esa huerta es fantástico.

–Cuenta con ello –dijo Kira–.

Gracias, Brown.

El soldado sonrió.

–Llámame Shaylon.

–Tranquilo, tigre –lo previno Marcus–. Tiene pareja.

La carreta se alejó. Kira se echó la mochila al hombro y se dirigió a la casa.

Ella compartía la casa con otras chicas y su “niñera”, Nandita, que después de once años parecía más una abuela. Entre la Guerra Parcial y el RM, ninguna familia había quedado

intacta: las esposas que sobrevivieron se convirtieron en viudas; los niños, en huérfanos. Los pocos seres humanos inmunes al virus se habían agrupado en busca de protección. Se habían reunido allí, en Long Island, porque era una ubicación desarrollada y defendible, con buen acceso a la pesca y a tierras cultivables. Los niños se habían repartido entre los adultos y Nandita se había hecho cargo alegremente

de cuatro: Kira, Madison, Ariel e Isolde. Ariel se había mudado hacía casi tres años, al cumplir los dieciséis, mientras que Madison se había ido a vivir con Haru, después de casarse. Ariel casi no había vuelto a hablar con ellas, pero Kira las amaba a todas como a hermanas.

Nandita estaba trabajando en la huerta y Kira percibió el aroma de la mezcla exótica de hierbas: romero, nuez moscada, anís, cilantro, albahaca,

mejorana… aunque ayudaba en la huerta todos los veranos aún no lograba recordar el nombre de todas.

–¿Marcus quiere romero para el pollo del viernes? –preguntó Nandita. La anciana se enderezó y se sacudió la tierra de las manos. Habló rápido y casi sin inmutarse, pero Kira vio en sus ojos que había estado enferma de preocupación durante su ausencia.

–¿Lo escuchaste? –sonrió

Kira.

–No fue necesario –respondió Nandita–. Ese chico no piensa en otra cosa –se puso de pie con un rezongo y levantó la cesta con hojas, ramas y bayas frescas. Incluso para trabajar en la huerta, tenía puesto un sari–. Hoy fue buena la cosecha. Ayúdame a entrar.

Kira se echó al hombro la mochila y su maletín médico, subió detrás de la mujer los escalones del porche y ambas

entraron en la casa. Arriba, sonaba a todo volumen la música de Xochi, y Kira sonrió. Tendría que ir a hablar con ella cuando terminara de ayudar a Nandita.

La anciana amaba a todas sus chicas, pero siempre había tenido debilidad por Kira. Quizá porque era la menor, o tal vez porque era tan precoz. Kira recordaba que de niña la ayudaba en el mercado y, sin temor, llamaba a los adultos que

pasaban y les ordenaba que compraran una ramita de menta. Nandita la llamaba “Pequeña Explosión”.

A veces Kira sentía culpa por tener tantos recuerdos de ella y ninguno de su verdadera madre. A su padre lo había conocido, pero a su madre… Pero no importaba: tenía a Nandita.

–¿Pasó algo interesante mientras no estuve?

–Mi Pequeña Explosión casi se muere en una más grande –

respondió Nandita, empujando la puerta. Los dueños anteriores (los Martel, según los papeles, las fotos y los álbumes que habían encontrado en la casa) habían muerto con las puertas cerradas con llave, y los primeros sobrevivientes se habían visto obligados a romper las cerraduras para entrar y retirar los cadáveres. Nandita había cambiado la puerta cuatro veces en esos años, cuando una u otra de las chicas había

olvidado sus llaves después de una larga salida nocturna. Cambiar la puerta, decía, era preferible a dejarla sin llave. Además, no faltaban puertas disponibles en la isla. Kira dejó caer su mochila y siguió a Nandita a la cocina.

–Has crecido bien –dijo Nandita, al tiempo que se volvía en la entrada a la cocina y miraba a Kira con una sonrisa–. Serás una buena esposa.

–Esteee… ¿Debería ponerme

contenta?

La mujer se acercó a la mesa, apoyó la cesta y abrió las alacenas en busca de recipientes.

–¿No quieres ser esposa? ¿No vas a casarte con Marcus?

Kira abrió una alacena y le entregó un tazón de cerámica.

–En realidad… no lo he pensado.

Nandita se detuvo, dio media vuelta y clavó sus ojos en Kira. La muchacha cambió de

posición, incómoda, esperando que apartara la mirada; por fin, suspiró y levantó las manos.

–Está bien, sí lo he pensado, pero aún no me decido. No sé lo que quiero.

–Quieres ser feliz –dijo Nandita; extendió el brazo más allá de Kira hacia la alacena abierta y sacó toda la pila de platos–. Es lo que quiere todo el mundo. Solo que no sabes qué cosa te hará feliz.

–¿Y eso es raro?

Nandita sacudió la cabeza con bondad.

–La felicidad es lo más natural del mundo cuando la tienes, y cuando no, es lo más lento, extraño e imposible – distribuyó los platos y comenzó a clasificar las hierbas, separándolas en grupos, y a arrancar hojas y ramitas para los tazones. La cocina se llenó de aroma a menta–. Es como aprender un idioma extranjero: puedes pensar en todas las

palabras, pero no podrás hablar hasta que te armes de valor y las digas en voz alta.

–¿Y si las dices mal?

–Pues entonces simplemente le habrás pedido al camarero un tazón de elefantes de biblioteca –respondió Nandita–, o sea cual sea el equivalente metafórico de eso. No puedo extenderme mucho con estas analogías; me confundo.

–Lástima –dijo Kira, mientras tomaba un puñado de romero y

le arrancaba ramitas verdes pálidas para el tazón–. Esperaba que siguieras hablando de felicidad, amor, de todo… el propósito de la vida, supongo.

–¿De la vida de quién?

–¿Cómo *de quién*?

–Cada vida tiene un propósito distinto –respondió Nandita–, y algunas personas lo encuentran con más facilidad que otras. La clave –dijo, haciendo ademanes firmes con una ramita de

cilantro–, lo más importante que puedes llegar a saber, es que sea cual fuere tu propósito, no es tu única opción.

–¿Eh?

–No importa por qué estás aquí, no importa por qué cualquiera de nosotros está aquí: uno nunca está atado al destino. Nunca estás encerrada. Tú tomas tus propias decisiones, Kira, y no puedes dejar que nadie te quite eso nunca.

–Está bien. En realidad, no esperaba que la conversación llegara a esto.

–Eso es porque yo también tomo mis propias decisiones –dijo Nandita, al tiempo que levantaba la cesta. Aún le faltaba ordenar casi la mitad de las hierbas–. Llevaré esto a los vecinos; Armand está enfermo. Ve a asearte; quiero que mi casa huela a albahaca, no a axilas de adolescente.

–Hecho –respondió Kira, y

corrió a la planta alta. Allí la música se oía más fuerte: las canciones llenas de chirridos, estruendos y alaridos que Xochi siempre elegía cuando estaba sola. Kira sonrió; luego se olió, hizo una mueca y fue directo a la ducha.

En la muy breve lista de beneficios del fin del mundo, en primer lugar o muy cerca, estaba la ropa. En Long Island, alguna vez habían vivido casi ocho millones de personas, con

las grandes tiendas y los centros comerciales necesarios para vestirlas a todas. El Brote había reducido esa población a una fracción mínima y, al mismo tiempo, había eliminado el sistema económico, con lo cual toda esa ropa prácticamente estaba allí para quien quisiera usarla. Era horrible, Kira lo sabía, y los sobrevivientes vivían enfrentados a una mezcla de trabajo duro, desesperación y miedo. Pero estaban bien

vestidos.

Mucha de la ropa que había en la isla ya no estaba en buenas condiciones: mohosa, comida por las polillas, demasiado desteñida por la luz; pero había otra que aún se conservaba bien. “Ir de compras” era tan sencillo como recorrer una tienda vacía o un vecindario, buscar algo de la talla necesaria y lavarlo bien para quitarle todos los insectos y el olor. Lo mejor eran los

depósitos y almacenes. Allí la ropa estaba guardada en cajas en lugar de expuesta al mundo, y Kira había pasado muchos fines de semana con sus amigas, recorriendo centros comerciales arruinados en busca de alguna boutique conocida o alguna pequeña que nadie hubiera encontrado aún. Las chicas de Nandita tenían una habitación entera llena de todo tipo de vestimenta, que iba desde camisetas abolsadas

hasta vestidos de fiesta, pasando por toda una gama intermedia. Kira eligió algo que le permitiera mostrar las piernas –no estaba de más divertirse un poco después de pasar dos días cerca de la muerte– y fue a saludar a Xochi.

Xochi Kessler había llegado a vivir con ellas poco después de la mudanza de Madison. Acababa de cumplir dieciséis años y estaba ansiosa por escapar de su “madre”. Había

traído consigo cuatro bancos de energía solar (su madre adoptiva era rica, al menos), suficientes para alimentar las lámparas, una cocina eléctrica y hasta una tostadora, si lo deseara; pero en lugar de eso, hasta la última pizca de la energía producida por esos paneles iba directamente a su equipo de música. La música era prácticamente su vida. Kira la había conocido años atrás, mientras estaban de compras:

ella buscaba ropa y Xochi, equipos digitales de sonido. Eran tabletas de metal, plástico y vidrio que cabían en la palma de la mano, en las cuales sus antiguos dueños habían almacenado horas y horas de todo tipo de música. Había recogido casi cien de esos equipos.

Xochi saludó con la mano cuando Kira se asomó a la puerta.

–¡Un aplauso para Kira,

poderosa heroína de la infame incursión de rescate a Asharoken! Oye, te ves preciosa con esos shorts.

Ella sonrió y respondió al saludo.

–Cuando se tienen piernas como las mías –dijo con tono frívolo, girando sobre un pie–, tienes la responsabilidad de mostrarlas. Para la gente pequeña.

–¿Es un chiste irlandés? –preguntó Xochi, con el ceño

fruncido, fingiendo solemnidad–. Espero que sí.

La senadora Erin Kessler era una irlandesa orgullosa, y por eso Xochi había sido adoptada y criada en un hogar profundamente irlandés. Su verdadero origen era más bien del sudoeste, mexicano o azteca, pero eso no había impedido que la senadora ejerciera un intenso adoctrinamiento cultural. Cuando Xochi se enojaba, incluso

hablaba con un fuerte acento irlandés. A Kira le resultaba graciosísimo.

–No me refiero a los duendes irlandeses, sino a los plebeyos –respondió Kira–. Fue un chiste de campesinos, pero supongo que no resulta gracioso a menos que imagines que soy una princesa.

–Pues yo soy una princesa –repuso Xochi–, y reto a cualquiera a demostrar lo contrario.

–¿Princesa de qué? –preguntó Kira–. ¿De la avenida Lincoln?

–Mis padres gobernaban un imperio vasto y exótico –respondió Xochi, trenzando los dedos con aire misterioso–. O al menos, dado que nadie sabe quiénes fueron, bien podrían haberlo hecho.

–¿Qué piensas hacer para la fiesta este viernes?

Nandita era buena cocinera, pero Xochi era excelente y

siempre aportaba la comida para las ocasiones especiales.

–Pollo asado, papas fritas y donas, si consigo la harina. El arroz dulce es bueno, pero quiero un poco de chocolate, por Dios.

–¿Donas de chocolate? –preguntó Kira, y emitió un silbido apreciativo–. ¿Quién murió y te hizo senadora?

–Lamentablemente, mi madre no –dijo Xochi. Se levantó de un salto y se dirigió a la puerta–.

Ayer en el mercado encontré un tipo que juró que tenía un poco de harina de trigo. ¿Quieres venir?

–Estas piernas no le hacen ningún bien a la gente pequeña si se quedan aquí encerradas –respondió Kira, mientras se ponía de pie con un gesto elegante–. El pueblo necesita ver a sus princesas.

* * *

Era viernes. Día de la Reconstrucción. Hora de ir a la fiesta.

Ese día en la maternidad no hubo nacimientos ni bebés con fiebre a quienes monitorear, de modo que Kira volvió a casa exhausta pero dispuesta a divertirse sin sentirse culpable. Se bañó, se cepilló el cabello y eligió un atuendo de colores vivos de su sección "provocativa": una camisa de seda con bordado chino, un par

de sandalias de taco alto y unos jeans tan cortos que la hicieron pensar en el clima. Era verano pero hacía frío, y otro chubasco podría hacer que deseara haber salido más abrigada. Evaluó la decisión, comparando los jeans con otros más largos, y finalmente optó por los shorts. Combinaban con la camisa y le sentaban mejor.

Necesitaba sentirse bien. Valía la pena arriesgarse a tener frío en las piernas con tal

de volver a sentirse una persona normal. De todos modos, probablemente no saldrían al aire libre.

–Apúrate –dijo Xochi, al tiempo que le golpeaba la puerta del dormitorio. Estaba toda de negro, hasta el lápiz labial y el delineador de ojos, y tenía un delantal incongruentemente colorido atado a la cintura–. Ya llegaron Madison y Haru, y un tipo llamado Marcus: alto, con

aspecto de tonto, fácil de manejar. Te caerá bien.

–Ya entiendo por qué tus padres de la realeza se libraron de ti –dijo Kira con una mueca juguetona–. Puedes ser una persona deliciosamente altanera, cuando quieres.

–Mi agudeza es como tus piernas –dijo Xochi–. Sería egoísta de mi parte esconderla.

Kira la siguió hasta la cocina y saludó a Nandita, que estaba ocupada lavando platos en el

fregadero. Xochi tomó un tazón con rodajas de papas de la mesa, las roció con aceite de oliva, esparció por encima una cantidad generosa del romero de Nandita y las mezcló con las manos.

–Nandita, estas hierbas tienen un aroma fantástico.

–Gracias, tenebrosa.

Era un chiste entre ellas: todo el guardarropa de Nandita consistía en saris coloridos, y no podía entender la preferencia

de Xochi por el negro.

–Tu cocina huele delicioso –dijo Kira, tomando una bocanada de aire–, pero voy a buscar a Marcus.

–Dale un beso de mi parte –dijo Xochi.

–¿Con lengua?

–No demasiada. No quiero parecer fácil.

Kira caminó por el pasillo, inhalando profundamente una vez más al percibir otra oleada de exquisitos aromas. Dijeran lo

que dijeran sobre la madre de Xochi, sí le enseñó a cocinar.

El vestíbulo estaba iluminado con lámparas de gasolina, todas con pantalla y filtro para olores. Kira oyó las voces que provenían de la sala y el crepitar del fuego en la estufa de leña. *Así comen siempre los granjeros*, pensó. *Casi me dan ganas de probar esa vida.*

Casi.

Siguió el sonido de las voces hasta la sala. Marcus y Haru

estaban en el sofá, enfrascados en una conversación, mientras Madison estaba recostada cerca de ellos, en un sillón. El equipo de sonido estaba allí, y la música llenaba el ambiente como una nube de tormenta.

Madison saludó con una sonrisa.

–Hola.

–Hola, Mads. ¿Qué tal?

Madison hizo un gesto burlón y señaló con la mirada hacia Marcus y Haru.

–Aquí, descansando mientras tu noble novio soporta la furia virtuosa de mi marido. Hoy está con los nervios de punta.

Kira asintió. Haru era de conversación intensa.

–Por supuesto que se trata de libertad –decía Haru–; se trata de preservar la libertad por medio de la ley –había ferocidad en sus ojos, y Marcus se veía pálido pero decidido bajo esa mirada enardecida–. Toda sociedad necesita la ley

en cierta medida: en exceso se convierte en tiranía, pero si es muy poca cae en el caos.

–¡Kira! –exclamó Marcus, y prácticamente se levantó de un salto al verla. Se acercó, le dio un abrazo y cuando se apartó tenía la mano de ella firmemente enlazada con la suya. La miró de arriba abajo, intencionalmente, evitando mirar a Haru–. Estás hermosa.

–Gracias –lo condujo a un sofá y se sentaron, frente a

Haru–. Hola, qué bueno verte –no quería que volviera a tratar el tema sobre el que había estado vociferando, pero tampoco podía dejar de saludarlo.

–A ti también –dijo Haru–. Me alegro de que los dos hayan sobrevivido a su aventura en la costa.

Kira levantó una ceja.

–¿Te enteraste?

–Todo el mundo lo sabe –respondió Madison–. Supongo que todos tenemos cosas más

interesantes de qué hablar que una misteriosa estación de radio que escondía una enorme bomba que mató a tres personas, pero ya sabes cómo son las cosas. A veces también hablamos de temas aburridos.

–Fue la Voz –opinó Haru–. Esa mujer que estaba con ustedes, Gianna o como se llame, era una de ellos.

–¿Qué? ¿Ella estaba en medio de todo…? Yo la saqué de entre los escombros. ¿Acaso

dices que ella misma quiso volarse en pedazos? ¿A propósito? ¿O es solo una pésima terrorista?

–Quizá trataba de impedir que encontraran lo que sea que hubiera allá –sugirió Haru.

–Nunca regresó –dijo Marcus en voz baja.

Kira lo miró, sorprendida, y luego a Haru. Sacudió la cabeza.

–Regresó con nosotros.

–A la estación de Dogwood –

agregó Marcus, asintiendo. Kira notó tristeza en sus ojos; tristeza mezclada con confusión y un poco miedo–. Después de eso, nadie volvió a verla.

Kira negó con la cabeza; era una locura.

–Gianna no era una Voz. Jayden no le caía muy bien, pero es cierto que él estaba imponiendo su autoridad un poco más de lo necesario; a nadie le habría agradado mucho eso –miró brevemente a

Madison–. Sin ánimo de ofender.

–No me ofendes.

–Fue ella quien identificó ese lugar como una estación de radio –prosiguió Haru–, y la única persona que podía contradecirla murió en la explosión. Por lo que sabemos, el otro tipo se dio cuenta de que era una base de operaciones activa de la Voz y esa Gianna detonó la bomba para cerrarle la boca. Fue la única que

sobrevivió.

Kira lanzó una carcajada; luego se sintió culpable y trató de contenerla.

–Lo siento, pero eso es… increíblemente paranoico. Eres casi tan malo como el tipo que nos interrogó el otro día.

–Paranoico o no –repuso Haru–, es obvio que la Red de Defensa piensa lo mismo; si no, no la habrían mantenido en custodia.

Xochi entró en la sala y se

apoyó contra el marco de la puerta.

–¿Están hablando de esa especialista en computación de la incursión de rescate?

Kira levantó las manos, con los ojos muy abiertos.

–¿Todo el mundo lo sabe menos yo?

–Te pasas quince horas al día en el hospital –dijo Madison–. La Voz podría secuestrar a todo el Senado y tú no te enterarías.

–La Red de Defensa no

debería poder retener así a la gente –opinó Xochi–. Debería haber arrestos y juicios públicos, no personas que desaparecen sin razón.

–No es sin razón –replicó Haru–. Es una terrorista. Es una muy buena razón.

–No sabes si es una terrorista –dijo Xochi–, ¿o te volvieron a contratar en la Red de Defensa con la máxima autorización y olvidaste contárnoslo?

Haru la miró, enojado.

–¿Acaso te molesta que la Red de Defensa cumpla con su trabajo?

–Me molesta que, de pronto, parte de su trabajo sea “hacer desaparecer a la gente”.

¿Cuándo pasó eso?

–Su objetivo es protegernos y lo hacen de la manera que consideran mejor. Si no confías en ellos, ¿por qué sigues aquí?

–Tal vez creo que es mejor resolver los problemas que huir de ellos.

–¿Tal vez?

Esto se está acalorando demasiado, pensó Kira, pero justo cuando iba a intervenir para terminar la discusión, Marcus se le adelantó.

–Creo que ya es suficiente sobre este tema –dijo–. Cálmense todos –miró a Xochi–. ¿Quieres que te ayude con la comida?

–Está casi lista –respondió ella, con una última mirada de desdén a Haru–. Puedes

ayudarme a traerla.

Salieron al pasillo que conducía a la cocina y Kira respiró lentamente. Quería culpar a Haru por la pelea –y, sin duda, él había tenido mucho que ver con que hubiera llegado a serlo– pero sabía que no todo era su culpa. La tensión reinaba en East Meadow, probablemente en toda la isla, y todos estaban con los nervios de punta. ¿Sería verdad que Gianna era integrante de la

Voz? ¿Que el gobierno realmente la había hecho desaparecer?

En cierto modo, todo había sido más fácil cuando ella era pequeña y los villanos eran los Parciales. Las cosas terribles que habían pasado tenían una explicación, y por temible que esta fuera, al menos era sencilla. Había una clara división entre la oscuridad y la luz. Hoy en día… Kira no tenía idea de quién era el enemigo ni de quién

tenía la culpa ni de quién era confiable. Si Gianna era una Voz, entonces no se podía confiar en los vecinos; y si no lo era, no se podía confiar en el gobierno. A Kira no le agradaba ninguna de las dos posibilidades.

Haru se puso de pie, aún con cara de enojo.

–Voy a salir, necesito aire.

Se alejó, y Kira lo oyó abrir y luego cerrar la puerta trasera.

–Me da lástima –dijo Madison

con tristeza–. Está bajo mucha presión.

–¿Tuvo una mala semana en el trabajo? –preguntó Kira.

Haru trabajaba en construcción. No levantando nuevos edificios, pues todo lo que necesitaban ya había sido construido en el viejo mundo. En East Meadow, el Departamento de Construcción mantenía las estructuras que estaban en uso y analizaba las nuevas que el Senado pensaba que la

comunidad podía necesitar. Pasaban mucho tiempo en las incursiones de rescate, examinando la estabilidad de los edificios viejos antes de que los grupos los revisaran y se llevaran lo que servía. Haru había resultado ser hábil para ello, de modo que lo habían transferido desde la Red de Defensa, pero aparentemente no le había agradado el cambio. Kira sabía que, cada vez que algo salía mal en su trabajo,

Haru se pasaba días enteros malhumorado. En más de una ocasión, ella se había preguntado si el traslado de Haru no habría sido un modo de disimular un despido por algún conflicto o alguna infracción.

Kira se sorprendió cuando Madison negó con la cabeza.

–En el trabajo le va bien –respondió–. Es que… –se detuvo, con la mirada clavada en el suelo, y luego miró a Kira significativamente–. Ven aquí.

Madison habló con voz suave pero entusiasmada, y sus ojos se iluminaron de pronto, llenos de energía.

Kira agudizó la mirada, preguntándose qué cosa podía poner tan feliz a Madison y tan nervioso a Haru. Se acercó en el sofá mientras Madison miraba por encima de su hombro, y de pronto entendió; sintió el peso emocional de la comprensión como un puñetazo en las tripas. Contempló a Madison con los

ojos muy abiertos y el aliento contenido en la garganta.

–No…

Madison volvió a mirarla, con una sonrisa de oreja a oreja.

–Estoy embarazada.

Kira negó con la cabeza, aún tratando de respirar hondo.

–No, Mads, no…

–Sí, estoy segura. Llevo varias semanas descompuesta, a veces ni siquiera puedo comer; y luego, media hora después, muero de ganas de

comer algo absolutamente insólito. He querido comer tierra, Kira, como la tierra de la huerta. ¿No es una locura?

–Es que aquí no tenemos minerales en la dieta –susurró Kira–. Los antojos de una embarazada son la manera que tiene su cuerpo de decirle qué sustancias necesita. Con nuestra dieta, no me extraña que quieras tierra.

–En unos días iré al hospital a hacerme una prueba –dijo

Madison–, pero quería contártelo primero.

–No –volvió a decir. Aquello no podía estar pasando. Kira sabía que sí podía, que de hecho era muy probable, pero a la vez sabía que no, que era Madison, que era lo más cercano que le quedaba a una hermana, a una familia–. ¿Tienes idea de cómo es? –le preguntó–. ¿El dolor? ¿El peligro? Hay mujeres que mueren en el parto; aun con

todo nuestro equipamiento y nuestra experiencia en el hospital sigue ocurriendo, y aunque tú vivas, tu bebé no lo hará. Todavía no hemos curado el RM… vas a vivir con esto algunos meses más, vas a pasar por todo ese dolor, el terror, la sangre y todo lo demás, y luego morirá –Kira sintió que se desgarraba; una humedad caliente le llenaba los ojos y luego se derramaba fríamente por sus mejillas.

Imaginó a Madison donde había estado Ariel, con los ojos grandes y gritando, golpeando el vidrio mientras su hija se retorcía, lloraba y moría–. Haru hace bien en preocuparse –dijo, enjugándose el rostro con los dedos–. Esto es demasiado para ti, no lo necesitas.

–Sí, lo necesito –respondió ella, en voz baja.

–Es una ley estúpida –dijo Kira, levantando la voz con furia; luego echó un vistazo hacia el

pasillo y volvió a bajarla–. No es necesario que pases por esto. Dame más tiempo… finge que eres estéril o algo así, eso sucede, pero no vayas a…

–Ya está hecho –dijo Madison. Tenía la sonrisa dulce y beatífica que Kira había visto en una docena de madres, y eso le rompió el corazón. Madison apoyó su mano sobre la de Kira.

–No hice esto por la Ley de Esperanza, ni por el Senado. Lo

hice por mí.

Kira meneó la cabeza, todavía con lágrimas en las mejillas.

–Quiero esto –prosiguió Madison–. Nací para ser madre… está en mis genes, está aquí mismo, en el centro de lo que soy –se puso la mano sobre el pecho y parpadeó para contener las lágrimas–. Sé que te asusta, y a Haru también. Yo estoy muerta de miedo, pero es lo correcto. Aunque no dure más

que unos días… aunque sean apenas unas horas.

–Ay, Madison…

Kira se inclinó y abrazó a su amiga. Se sentía aterrada y culpable. Sabía que tenía razón pero sentía vergüenza por haberse descargado así con ella. Claro que Madison conocía los riesgos; en la isla todos los conocían. Madison no huía de ellos; les hacía frente sin vacilar.

Kira se apartó y volvió a enjugarse los ojos.

–Uno de estos días vamos a tener un sobreviviente –le dijo–. Es inevitable. Un niño va a sobrevivir. Podría ser el tuyo.

Marcus entró con una gran bandeja de madera y se detuvo al verlas abrazadas y llorando.

–¿Todo bien?

–Luego te cuento –respondió Kira, mientras se apartaba de Madison y seguía secándose las lágrimas. Le ardían las mejillas de tanto frotárselas.

–Bueno –dijo él lentamente, y

apoyó las cosas sobre una mesita baja.

Xochi había acomodado en la bandeja un pollo asado entero, jugoso y recubierto de hierbas, y una porción enorme de papas fritas. Luego llegó tras él con otra bandeja de vegetales, todos frescos en honor del día, y por último entró Nandita con un plato de donas bañadas en chocolate. A Kira se le hizo agua la boca; no recordaba la última vez que había comido

algo tan delicioso. Quizá había pasado un año entero, desde el último Día de la Reconstrucción.

Marcus se acercó a Kira.

–¿Necesitas algo? ¿Te traigo alguna bebida o lo que sea?

–Estoy bien, pero ¿podrías traerle un poco de agua a Mads?

–Traeré para ti también –le acarició el hombro suavemente y fue hacia la cocina.

Xochi miró a Madison y luego a Kira. No dijo nada, pero se

dirigió hacia el equipo de sonido.

–Creo que necesitamos algo un poco más tranquilo.

El centro musical era un pequeño panel apoyado sobre una repisa que ocupaba el largo de la pared. Estaba conectado sin cables a una serie de altavoces distribuidos en la habitación. En el medio del panel había una pequeña base para un reproductor de música digital, el que Xochi desenchufó y colocó en una cesta.

–¿Alguna petición?

Madison sonrió.

–Algo tranquilo estaría bien.

–Pon el de Athena –pidió Kira, mientras se ponía de pie para ayudar–. Siempre me gusta el de Athena.

Ambas hurgaron en la amplia cesta de mimbre llena de finos bloques plateados. Casi todos tenían alguna etiqueta: PARA CATELYN, DE PAPÁ. PARA CHRISTOPH: FELIZ CUMPLEAÑOS. Incluso los que

no estaban etiquetados llevaban alguna marca que los identificaba: una cubierta plástica o algún dibujo, una imagen grabada en el dorso, un dije colgado de una esquina. Eran más que receptáculos de música: eran registros de una personalidad, de un ser real, sus gustos y disgustos, sus aficiones y pensamientos secretos reflejados en sus listas de reproducción. Xochi había pasado años rescatando estos

reproductores de entre los escombros, y ella y Kira se tendían en el suelo durante horas, escuchando cada uno e imaginando cómo habría sido su dueño. PARA KATHERINE POR SU GRADUACIÓN estaba lleno de música country, alegre, vibrante y franca. JIMMY OLSEN escuchaba de todo: desde cánticos antiguos y sinfonías orquestales hasta rock pesado y metal. Kira encontró su preferido, ATHENA, MI

ÁNGEL, casi en el fondo y lo enchufó a la base. Segundos después empezó la primera canción, lenta pero enérgica a la vez, como una pared sutil de ondas electrónicas y guitarras disonantes, con voces roncas e íntimas. Era tranquilizadora, reconfortante y triste, una mezcla que coincidía perfectamente con el estado de ánimo de Kira. Cerró los ojos y sonrió.

–Creo que me habría caído

bien Athena. Quienquiera que haya sido.

Marcus volvió con el agua, y un momento después entró Haru desde el porche trasero. Se veía solemne, pero parecía más sereno y saludó a Xochi con un asentimiento amable.

–Eso huele delicioso. Gracias por prepararlo.

–Fue un placer.

Kira echó un vistazo alrededor.

–¿Esperamos a alguien?

Madison negó.

–Traté de hablar con Ariel, pero sigue sin responderme. Isolde va a llegar tarde y dijo que empecemos sin ella; hay algo importante en el Senado y Hobb va a retenerla más tiempo.

–Qué suerte tiene –dijo Xochi. Distribuyó platos y tenedores, y poco después empezaron a comer.

–Feliz Día de la Reconstrucción –dijo Marcus.

Levantó su copa de agua y los demás hicieron lo mismo. Las copas formaban un juego perfecto: eran de cristal, rescatadas de una mansión enorme en las afueras de la ciudad. El agua que contenían era fresca y estaba hervida, con un leve matiz amarillento por las sustancias químicas del purificador de Nandita.

–El viejo mundo se acabó –dijo Madison, recitando las palabras conocidas–, pero el

nuevo está empezando.

–Nunca olvidaremos el pasado –dijo Haru– y jamás renunciaremos al futuro.

Xochi levantó el mentón y sostuvo la cabeza en alto.

–De la muerte llega la vida, y la debilidad nos enseña la fortaleza.

–Nada puede derrotarnos –afirmó Kira–. Podemos hacer lo que sea –hizo una pausa y luego agregó en voz baja–: haremos lo que sea.

Bebieron, y por un momento hicieron silencio, salvo por la música que sonaba de fondo, suave y cautivante. Kira bebió el agua a sorbos lentos, paseándola por la boca, pensativa, sintiendo el sabor de los químicos. Rara vez lo percibía ya, pero allí estaba, fuerte y amargo. Pensó en Madison, en Haru y en su bebé, perfecto, inocente y condenado. Pensó en Gianna, en Mkele, en la explosión, en la Voz, en el

Senado y en todo lo demás, en el mundo entero, en el futuro y en el pasado. *No voy a dejar que muera*, pensó, mientras miraba el vientre de Madison, aún firme, plano e invisible. *Voy a salvarte, cueste lo que cueste.*

Haremos lo que sea.

CAPÍTULO NUEVE

–**N**ecesito una muestra de tu sangre –dijo Kira.

Marcus levantó una ceja.

–No sabía que habíamos llegado a esa etapa en nuestra relación.

Kira arrancó un puñado de pasto y se lo arrojó.

–Es para el trabajo, genio –respondió. Estaban en el frente de la casa de Kira, disfrutando

una rara ocasión en que ambos tenían el mismo día libre. Habían pasado algunas horas ayudando a Nandita con la huerta y tenían las manos ásperas y fragantes–. Voy a curar el RM.

–Ya me preguntaba cuándo llegaría el momento en que alguien se decidiera a hacer eso –dijo él, riendo–. Lo tengo en mi lista de cosas por hacer desde hace años, pero ya sabes lo que pasa: la vida nos mantiene

muy ocupados y salvar a la raza humana es tan inoportuno…

–Hablo en serio –dijo Kira–. No quiero seguir mirando cómo mueren los bebés. No puedo quedarme ahí, tomando notas, mientras el bebé de Madison se muere. No lo haré. Hace ya semanas que nos lo dijo; desde entonces estuve devanándome la cabeza buscando algo para ayudarla y creo que por fin encontré un punto de partida.

–Bien, entonces –dijo Marcus,

incorporándose en el pasto. Ahora estaba más serio–. Ya sabes que te considero brillante. Tus notas en virología eran mejores que… que las de todo el mundo. ¿Cómo esperas resolver de pronto el mayor misterio médico de la historia? Es decir, en el hospital hay todo un equipo tratando de descifrar el RM desde hace una década, ¿y ahora aparece una paramédica residente y… lo cura, así como así?

Kira asintió; expresado de esa forma realmente parecía una tontería. Miró brevemente a Nandita, preguntándose qué pensaría ella del asunto, pero la anciana seguía trabajando en la huerta, sin prestarles atención. Se dirigió nuevamente a Marcus.

–Sé que parece lo más arrogante del mundo, pero… – hizo una pausa y tomó aliento, mirándolo a los ojos. Marcus la observaba expectante; la

tomaba en serio. Ella puso su mano en la de él–. Sé que, al menos, puedo ayudar. Tiene que haber algo que hayan pasado por alto. Entré a trabajar en la maternidad porque creí que era el centro neurálgico, ¿sabes? Pensé que todo giraba en torno de ese sector, que allí transcurría todo. Pero ahora que estoy ahí y he visto lo que hacen, sé que no van a lograr nada. Si puedo presentarle algo concreto a

Skousen, te apuesto que puedo conseguir que me transfieran a investigación de tiempo completo; me tomará uno o dos meses, pero puedo lograrlo.

–Sería un buen cambio para ti –dijo Marcus–. Y para ellos, también; al provenir de la maternidad, tendrías una perspectiva diferente de la de los demás. Y sé que hay una vacante, porque el mes pasado alguien se pasó de investigación a cirugía.

–A eso mismo me refiero –dijo Kira–, a una perspectiva nueva. El equipo de maternidad, el equipo de investigación, todos vienen estudiando exclusivamente a los bebés. Pero no necesitamos buscar una cura; sino la inmunidad. Somos resistentes a los síntomas, entonces tiene que haber algo en nosotros que detiene al virus. Los únicos que no son inmunes son los bebés y, sin embargo, seguimos

estudiándolos a ellos.

–Y por eso necesitas mi sangre –dijo Marcus.

Kira asintió, acariciándole el dorso de la mano. Por eso amaba a Marcus: era gracioso cuando ella necesitaba reír, y serio cuando necesitaba hablar. Sencillamente, la entendía.

Arrancó una brizna de pasto y la peló lentamente hasta que no quedó nada más que la nervadura amarillenta del centro. La observó un momento

y luego se la arrojó a Marcus; pero esta voló unos centímetros hasta que la tomó el aire, se detuvo y revoloteó en círculos erráticos de vuelta a su regazo.

–Buen tiro –dijo Marcus, con una amplia sonrisa. Miró por encima del hombro de Kira–. Allí viene Isolde.

Ella giró, sonrió y saludó de lejos a su “hermana”. Isolde era alta, pálida y de cabello dorado: la única de tez blanca en el hogar sustituto improvisado por

Nandita. Isolde respondió el saludo con una gran sonrisa, aunque Kira se dio cuenta de que era una sonrisa forzada y fatigada. Marcus se movió a un lado para hacerle lugar en el pasto junto a ellos, pero Isolde sacudió la cabeza con amabilidad.

–Gracias, pero este es mi mejor traje.

Dejó caer su maletín y se quedó de pie junto a ellos, con aire cansado, los brazos

cruzados y la vista clavada al frente.

–¿Día duro en el Senado? –le preguntó Kira.

–¿Alguna vez no lo son? –dijo, y echó un vistazo alrededor, buscando algo en qué sentarse; luego suspiró y se sentó sobre su maletín, con las piernas cruzadas para no apoyar sus pantalones de color gris pálido en el pasto.

Kira la observó, preocupada; Isolde casi no podía hablar de

su trabajo sin mostrar adoración por el senador Hobb. Si no lo estaba haciendo, debía de estar verdaderamente exhausta.

Isolde se quedó con la mirada perdida, después tomó conciencia y miró a los dos.

–Oigan, ninguno de ustedes sale mucho de la ciudad, ¿verdad?

–No mucho –respondió Kira. Miró a Marcus, que negó con la cabeza–. Cuando nos llaman para alguna incursión de

rescate, pero nunca por nuestra cuenta. ¿Por qué?

–Porque acaban de votar que se implanten controles en la frontera –respondió Isolde–. La semana pasada, la Voz atacó una torre de vigilancia; la derribaron y se llevaron a los soldados que estaban ahí. Si sumamos eso al ataque al viejo depósito de la escuela, tenemos por lo menos una célula de la Voz operando aquí mismo, en East Meadow; quizá más –se

encogió de hombros–. Es demasiado cerca. El Senado cree que la mejor manera de erradicarlos es revisar a todo el que entre y salga de la ciudad.

–El perímetro es enorme –dijo Kira–. Es imposible patrullarlo todo.

–Pero eso no significa que no deban hacerlo –opinó Marcus–. Es mejor que nada.

–Por favor, no –pidió Isolde, masajeándose las sienes–. Hoy oí esos mismos argumentos

cien veces, y no necesito volver a hacerlo. Ya se votó, es oficial, dejemos de discutir sobre eso.

–¿Cómo votó el senador Hobb? –preguntó Kira.

Isolde era su asistente personal. Abrió un ojo, miró a Kira con gesto cansado, luego abrió el otro ojo y se cruzó de brazos.

–Si quieres saberlo, votó a favor –respondió Isolde–. No estaba de acuerdo en sacrificar el derecho a la privacidad, pero

tampoco quería ser un obstáculo para evitar otro ataque –se encogió de hombros–. No creo que tenga razón, pero no se me ocurre nada mejor. Si ahora la Voz ha empezado a secuestrar gente, ¿quién sabe qué hará después?

–¿Qué es lo que quiere lograr la Voz? –preguntó Kira–. Eso es lo que no entiendo. No necesitan provisiones: en toda la isla hay comida y ropa que puede tomar quien quiera, y sin embargo no

dejan de atacar East Meadow y las granjas. No están sumando apoyo a su causa; lo único que consiguen es que la gente se enoje y se ponga nerviosa… No lo entiendo. Probablemente les llevó varias semanas planificar y ejecutar ese ataque a la torre de vigilancia, y ¿para qué? No obtuvieron provisiones, no hicieron ninguna declaración; quizá se llevaron dos o tres cargadores con municiones de los soldados a los que

secuestraron… no lograron nada.

–Se llevaron a dos soldados –dijo Marcus–. Quizá fue una batalla montada para disimular una deserción.

Isolde meneó la cabeza.

–Por lo que se sabe, o al menos es lo que supone el Senado, están tratando de desestabilizar al gobierno. Si atacan suficientes blancos, provocan suficientes disturbios y levantan suficiente polvareda,

muy pronto los habitantes de East Meadow empezarán a enojarse. Eso los hará más difíciles de controlar, lo cual le complicaría las cosas al Senado, y a la vez le dará a la Voz una oportunidad inmejorable de lanzarse e intentar un golpe de Estado.

–Ay –dijo Marcus.

–Un momento –dijo Kira–. ¿Dijiste que para el Senado será más difícil "controlarnos"?

Isolde hizo una mueca.

–No quise decir eso, pero fue la primera palabra que me salió.

–Pero es la idea, ¿no?

Isolde cerró los ojos, pensativa. Kira se sintió culpable por presionarla, pero se estaba poniendo furiosa. Quería saber.

–¿Y bien? –insistió.

–Bueno, vamos, Kira, ya sabes lo que hace el Senado –Isolde se encogió de hombros débilmente–. “Gobierna”, y eso implica mucho control. No es que estén controlándonos la

mente ni nada de eso, simplemente… mantienen la paz. Se aseguran de que la gente cumpla con su trabajo. Ese tipo de cosas.

Kira oyó cascos de caballos y se volvió a mirar; dos soldados venían cabalgando por la calle. Su casa estaba en los límites de la zona habitada, de modo que no sería raro ver alguna patrulla por allí, pero era una hora extraña para que hubiera una. Se sintió nerviosa y

reconfortada a la vez. Hasta que empezaron a acercarse a ellos.

–Marcus –dijo Kira, en voz baja.

Él percibió la preocupación en su voz y se incorporó de inmediato.

–¿Qué pasa? –vio los caballos–. ¿Por qué vienen para aquí?

–No lo sé. ¿Los reconoces?

–Los uniformes no son los de siempre –observó Isolde–. No son de la Red de Defensa.

Marcus se quedó mirándolos, preocupado.

–¿Quiénes más usan uniformes? En realidad, parecen hombres de Mkele –uno tendría su edad, y el otro aparentaba unos cuarenta años–. No los reconozco; no creo que hayan estado apostados en East Meadow.

–¿Necesitan algo? –les preguntó Kira, pero los soldados siguieron de largo en dirección a Nandita. La anciana dejó de

remover la tierra y se puso de pie, mientras estos se detenían en su patio.

–¿Nandita Merchant? –preguntó el soldado más joven.

–Sí –respondió con calma–. Ningún parentesco.

–¿Qué?

–Señora Merchant –dijo el soldado mayor, mientras adelantaba su caballo–, nos informaron que usted suele salir de los límites de la ciudad. ¿Es correcto?

–¿Hay algún problema con eso? –preguntó Nandita.

–No dije que lo hubiera –respondió el soldado–. ¿Es cierto?

–Recolecta hierbas –intervino Kira; se puso de pie y caminó hacia ellos–. ¿Ven esta fantástica huerta? Ella las recoge en toda la isla.

–Puedo responder sola, Kira –dijo Nandita.

Kira apretó los labios con fuerza, nerviosa. El soldado

sostenía las riendas flojas y usaba las rodillas para mantener quieto al caballo. El animal también estaba nervioso.

–¿Recolecta hierbas? –preguntó el hombre, mirándola con firmeza.

–Las recolecto allá y las planto aquí y en un invernadero que hay en el patio trasero –respondió Nandita–. Las vendo en el mercado; son las mejores del lugar.

–¿Y adónde suele ir en esas

excursiones?

–Eso no es asunto suyo –dijo Kira. Las noticias de Isolde la habían enojado, y tenía ganas de gritarle a alguien–. ¿Creen que pueden meterse en la casa de alguien y preguntarle lo que quieran? Y si ella estuvo en algún lugar que no les gusta, ¿qué? ¿Van a arrestarla?

–Nadie habla de arrestar –repuso el soldado–. Solo estamos haciendo preguntas. Cálmese.

–Solo hacen preguntas –repitió Kira–. Bueno, ¿y si no quiere responder?

–Kira… –dijo Nandita.

–Por si no se dio cuenta –dijo el soldado mayor, enfilando su caballo hacia Kira–, estamos teniendo muchos problemas. Nos defendemos de un enemigo que quiere destruir la ciudad, y la única arma que tenemos contra él es la información. Pensamos que su abuela podría aportar algún dato que nos

ayude a seguir con vida. Ahora bien, si eso ofende alguna idea loca que usted pueda tener, lo siento mucho. Piense por un momento que el hecho de que los soldados averigüen lo que necesitan para protegerla es más importante que cinco minutos más de cavar un hoyo en la tierra.

–Asno arrogante…

–Voy a todas partes –la interrumpió Nandita, ubicándose delante de ella–. A la zona de

las granjas, cuando consigo quien me lleve, o más cerca de aquí cuando no. Ya no puedo caminar tanto como antes, pero incluso aquí, en East Meadow, hay muchas huertas abandonadas que solo esperan a alguien que sepa de botánica.

–Queremos lugares específicos –dijo el soldado joven–. ¿Hay algún motivo por el cual no nos está dando esa información?

–Es una buscadora –acotó el

soldado mayor–. No van a lugares específicos; simplemente van por ahí –volvió a mirar a Nandita–. ¿Podría decirme quién suele llevarla, cuando consigue a alguien?

–Algún comerciante –respondió Nandita–; a veces los granjeros que regresan del mercado –miró al hombre con ojos duros como el acero–. Incluso vagabundos, de vez en cuando, si parecen confiables.

–Y ¿qué aspecto tiene un

vagabundo confiable? –le preguntó el soldado sosteniendo la mirada.

–La semana pasada vi uno muy parecido a usted –respondió–. Con otra camisa, claro, pero tenía los mismos ojos, la misma arma, el mismo aire de importancia. Últimamente hay muchos de ustedes por ahí –miró brevemente al soldado joven–. También iba con un chico.

–Tiene que revisar esa actitud

–dijo el soldado joven.

–Y usted tiene que revisar la suya –agregó el otro, y señaló a Kira–. Es tan arrogante como ella –Kira se mordió la lengua; estaba ansiosa por seguir gritándole al soldado, pero reconoció que solo empeoraría las cosas. El hombre se volvió nuevamente hacia Nandita–. Esas son todas las preguntas que tenemos para usted, señora. Solo hacemos nuestro trabajo, intentamos ampliar

cierta información. Le pedimos disculpas por las molestias.

–No es nada –respondió Nandita, con su porte aún duro como la roca.

–Me alegra oír eso –dijo el soldado–. Ahora, con su permiso… –tiró de las riendas e hizo girar al caballo; luego se detuvo de pronto y retrocedió–. Disculpe, esto no es oficial, solo curiosidad: ¿cómo fue que vinieron a vivir aquí, tan cerca del límite?

–No sé si lo entiendo –dijo Nandita.

–Es solo que la mayoría de la gente trata de vivir lo más cerca posible del centro de la ciudad. En este vecindario hay principalmente chicos, parejas recién casadas que escogieron su casa hace poco, cuando ya no quedaban otras disponibles en el centro. Usted habrá elegido hace diez años, como casi todos los demás, pero está aquí. Me resulta curioso.

–Si lo pregunta como vecino intrigado y no como soldado, creo que debería al menos decirme su nombre.

–Sargento Jamison, señora. Alex.

–Mi casa en el centro se dañó por el agua, Alex –respondió Nandita–. Hace algunos inviernos, entró agua a los cimientos y se congeló, y al descongelarse en la primavera, la pared trasera prácticamente se derrumbó. Mis chicas y yo

necesitábamos otro lugar, y esta casa tenía un invernadero plástico en el patio. Fue lo mejor que encontré.

–Supongo que sí –dijo el soldado–. Gracias por su ayuda.

Dio media vuelta, el soldado más joven lo imitó, y se alejaron por la calle. Kira los observó marcharse, con un nudo en el estómago.

–¿Qué fue eso?

–El Servicio Secreto –

respondió Nandita–. Ahora los tienen en el mercado, vigilando a los vendedores.

–Solo hacen su trabajo –dijo Isolde–. No era necesario que reaccionaran así.

–Ellos no tenían por qué atacar a Nandita –replicó Kira, y miró a Isolde–. A eso exactamente me refería: el hecho de que estén a cargo no significa que estén a cargo de todo. No pueden darnos órdenes.

–Son el gobierno –le recordó Marcus–. Dar órdenes es su trabajo y, francamente, creo que hablar con la gente que viaja mucho es una buena manera de averiguar cosas. No trataban de enemistarse con nadie… aunque admito que el más joven era un tanto bocón.

–En esta isla están todos demasiado paranoicos –dijo Nandita–. Supusieron lo peor sobre mí, pero Kira supuso lo peor sobre ellos –miró a Kira

con severidad–. Tu actitud fue completamente injustificada. Si no la cambias, vas a meterte en muchos más problemas de los que puedes manejar.

–Lo siento –dijo Kira, pero luego agregó, impulsivamente–: si quieren que esté tranquila, deberían dejarme en paz cuando estoy sentada frente a mi casa en vez de venir a interrogarme. ¿No les parece?

Nandita la miró y luego se volvió para observar a los

caballos, que desaparecían en la esquina.

–Esto va a empeorar –dijo–. Cada nueva patrulla de frontera, cada nueva enmienda a la Ley de Esperanza, todo servirá para enojar más a la gente –echó un vistazo a Isolde–. Si la Voz está tratando de fomentar una rebelión, le está saliendo muy bien.

Kira sintió una súbita oleada de vergüenza; Nandita había estado escuchando toda su

conversación.

–Y ahora ¿qué? –preguntó Marcus–. ¿Vas a huir para unirte a la Voz?

–Voy a huir para curar el RM –respondió Kira–. Si este se acaba, se acaba la Ley de Esperanza. Y estoy empezando con un experimento. Tenemos una década de datos sobre cómo actúa el virus en los bebés infectados, pero no he visto un solo estudio sobre cómo actúa en quienes somos

inmunes. Es hora de cambiar eso.

Isolde la miró con curiosidad.

–¿Cómo?

–Voy a tomar una muestra de sangre de mi novio tan cariñoso, servicial y bien predispuesto –respondió Kira–, e inyectaré en ella el RM.

Marcus silbó.

–Tu novio parece un sol.

Nandita miró a Marcus, evaluándolo, y luego se agachó para recoger sus herramientas

de jardinería.

–Podría haber elegido mejor.

CAPÍTULO DIEZ

–¡Ay!

–Quédate quieto, no seas infantil –Kira apartó la aguja de la punta del dedo de Marcus y colocó un pequeño tubo de vidrio bajo la herida. Se llenó rápidamente; lo retiró y llenó otro. Tapó los dos tubos, los puso en una bandeja y presionó el dedo con un trocito de algodón–. Listo.

–No sé cómo lo haces –dijo

Marcus–, pero siento el dedo casi tan bien como si lo hubieras pinchado correctamente al primer intento. Me quito el sombrero ante tu habilidad.

–Es innata –respondió ella–. Retírate el algodón –Marcus levantó el algodón y Kira le envolvió el dedo con una venda apretada–. Ahora eres oficialmente la persona de más edad a quien le extraje sangre en la clínica de maternidad. Toma dos de estos y te sentirás

mejor en un segundo –se inclinó hacia él y le dio dos besos breves.

–Mmmm –dijo Marcus, tomándola por la muñeca–. ¿Cuántos me dijiste que tomara?

–Solo dos –respondió Kira–, pero supongo que no te haría daño tomar de más.

Volvió a inclinarse hacia él, pasándose la lengua por los labios, pero Marcus la detuvo con la mano.

–No –le dijo con firmeza–. Como paramédico, no me parece bien. No se debe jugar con los medicamentos… ¿Y si tengo una sobredosis? –la apartó suavemente–. ¿Y si me vuelvo adicto?

Ella volvió a acercarse.

–Qué aburrido eres.

–¿Y si desarrollo tolerancia? –preguntó Marcus, poniendo cara de horror–. Dos ahora y dos más tarde, y de pronto dos ya no serán suficientes…

¡necesitaré cuatro, ocho o veinte solo para sentirme mejor!

¿Crees que pueda tolerar tantos besos?

–Creo que podrías ingeniártelas.

Marcus se quedó inmóvil, observando cómo se acercaba seductoramente hasta que sus caras casi se tocaron. En el último momento la detuvo, poniéndole un dedo en los labios.

–¿Sabes? La mejor manera

de evitar una sobredosis es variar el ingrediente activo. Esa enfermera rubia de la clínica sur es excelente para extraer sangre; tú podrías darme dos, y ella, otros dos.

Kira gruñó, jugando, y lo sujetó por el cuello de la camisa.

–Ah, no, eso sí que no.

–Desde el punto de vista médico, sería perfectamente inocuo –prosiguió Marcus–. Incluso las dos podrían darme

dos al mismo tiempo. Quizá me maree un poco, pero… ¡ay!

–Todavía tengo la lanceta –le advirtió Kira, al tiempo que presionaba en su costado con la punta solo lo suficiente para hacerle saber que estaba allí–. Eres hombre de una sola extraccionista, Marcus Valencio. ¿Entendido?

–Entendido. Y hablando de eso… creo que mi dosis está perdiendo efecto.

–Basta por hoy –le dijo ella,

empujándolo de vuelta a su silla y sujetando los tubos con sangre–. Es hora de averiguar qué clase de hombre eres en realidad.

Se acercó a la *medicomp*, un dispositivo electrónico digital que estaba en un rincón, y la encendió. Mientras el sistema se iniciaba, empezó a preparar la muestra. Marcus la siguió y le fue pasando portaobjetos de vidrio, pipetas de plástico y otros instrumentos cada vez que

ella los necesitaba. Le agradaba trabajar con Marcus; le recordaba el ritmo fluido e implícito que tenían mientras clasificaban medicamentos en las incursiones de rescate.

Cuando terminó de preparar la muestra, la puso en el compartimento de la medicomp y deslizó los dedos por la pantalla. La máquina detectó la sangre y ofreció la información básica.

–Tipo 0 positivo –dijo Marcus,

leyendo por encima del hombro de ella–, bien el colesterol, bien la glucosa; humm… muy alto nivel de sensualidad, qué interesante.

–Sí –murmuró Kira, con sus dedos volando sobre la pantalla–, pero mira cuántas partículas de arrogancia.

Él empezó a protestar. Kira rio y escribió instrucciones para realizar un estudio más completo. Se le presentó la opción “Análisis de sangre

completo” y eligió “Sí”. Nunca había solicitado tanta información y, aparentemente, había una opción que lo incluía todo. Se preguntó qué tan distinta habría sido la vida en el viejo mundo, cuando las computadoras se usaban para todos los aspectos de la vida y no solo en los hospitales, cuando podían generar suficiente electricidad para ello.

Apenas unos segundos después, la pantalla mostró una

lista de diversos electrolitos, moléculas de glucosa y otros detalles de la sangre. Demoraría más para ofrecer un análisis completo y calcular, por ejemplo, qué sugería la densidad de la glucosa en relación con la salud del hígado de Marcus, pero la computadora iría agregando esos detalles a medida que los resolviera.

Kira empezó a tomar fotos de la sangre en 3D y a examinar

sectores individuales en busca de anomalías, hasta que la máquina emitió una pequeña señal de alerta y apareció un rombo azul brillante en una esquina de la pantalla. Frunció el ceño y echó un vistazo a Marcus, pero él se encogió de hombros y sacudió la cabeza. Volvió a mirar la pantalla y seleccionó la alerta.

Se abrió una nueva sección, una oración breve con un puñado de imágenes adjuntas:

27 instancias de virus RM.

–¿Qué? –murmuró Kira.

El número parpadeó y se actualizó a veintiocho. Seleccionó una de las imágenes y esta se amplió en una esquina; mostraba una representación tridimensional del RM. Era una esfera gorda y rugosa, resaltada en amarillo para que se destacara contra la imagen del fondo. Tenía un aspecto pútrido y amenazante.

El número no paraba de

aumentar: *33 instancias. 38. 47. 60.*

–Este virus está en todas partes –dijo Kira, pasando las imágenes casi con la misma rapidez con que aparecían. Había visto antes la imagen del virus, por supuesto, en el transcurso de sus estudios médicos, pero nunca así. Nunca en tal cantidad, y nunca en un humano vivo–. Esto tiene que estar mal.

–Obviamente, no estoy

enfermo –dijo Marcus.

Kira, asombrada, examinó una de las imágenes con más detenimiento. El virus se cernía como un depredador, vasto e insaciable.

–No está diciéndome que sea anormal –dijo Kira–, solo que está allí. Alguien le enseñó a la computadora a reconocerlo, pero no que fuera motivo de preocupación. ¿Hasta qué punto será común?

Volvió a mirar la señal de

alerta y vio un pequeño enlace a la base de datos. Lo seleccionó y apareció una nueva ventana: un rectángulo largo y angosto que ocupaba todo el lado derecho de la pantalla. Al expandirla, descubrió que era una lista de referencias similares. La recorrió con el dedo y fueron apareciendo más enlaces, página tras página. Seleccionó uno y encontró el archivo de otro paciente que tenía la sangre llena de RM.

Abrió otro y otro más, y siempre lo mismo. Casi no se atrevía a decirlo en voz alta.

–Todos somos portadores –dijo–. Todos los sobrevivientes lo llevamos dentro, todo el tiempo. Aunque seamos resistentes a él, podemos transmitirlo. Por eso mueren los bebés… por eso se enferman tan rápido. Incluso en una habitación hermética –levantó la vista y miró a Marcus–. No tenemos escapatoria.

Siguió pasando las imágenes del RM, tratando de recordar todo lo que había aprendido acerca de cómo actuaba y se diseminaba. Parte de su peligro era que no se comportaba como un virus normal de transmisión sanguínea: vivía en la sangre, sí, pero también en el resto del cuerpo. Podía transmitirse por la sangre, la saliva, el sexo y hasta por el aire. Kira examinó las imágenes, observando su estructura en busca de algo que

le revelara el secreto. Era un virus grande, lo suficiente para contener todas las funciones de un sistema muy complejo, aunque todavía no sabían con exactitud cuál era ese sistema.

Marcus se restregó los ojos y se pasó las manos lentamente por la cara.

–Es lo que te dije antes: los mejores cerebros que quedan han venido estudiando el RM desde hace años. Han analizado todo.

–Pero tiene que haber algo más –dijo ella, revisando la lista con frenesí.

–Estudios activos, estudios cerrados, filtros de sangre, diálisis, máscaras respiratorias. Hasta hay exámenes sobre animales aquí. Kira, han investigado literalmente todo lo que consiguieron.

Ella seguía revisando estudio tras estudio, variable tras variable. Y cuando llegó al final de la lista, se dio cuenta de

algo: había un espécimen que no figuraba en ninguna parte de la base de datos. Un sujeto que nadie había visto en once años.

Kira se detuvo, con la mirada fija en la pantalla, sintiéndose sucia e incómoda mientras el virus le devolvía una mirada oscura.

Si querían entender ese virus, ¿por qué no acudir a la fuente? Si querían ver qué aspecto tenía la inmunidad, ¿por qué no estudiar sujetos que fueran

realmente inmunes? Si en verdad querían curar el RM, ¿qué mejor manera que estudiar a un Parcial?

CAPÍTULO ONCE

–**A**delante –dijo el doctor Skousen.

Kira abrió la puerta lentamente, con el corazón en la boca. Había pasado una semana revisando las investigaciones con Marcus, convenciéndose de la necesidad de recurrir a Skousen, y varios días más planeando con exactitud qué le diría y de qué

manera. ¿Daría resultado? ¿Accedería o se reiría de ella y la echaría de su oficina? ¿O acaso se enojaría y la echaría directamente del hospital?

La oficina de Skousen tenía mucha luz, proveniente de los ventanales de vidrio y de una lámpara blanca muy luminosa que había sobre su escritorio. La luz eléctrica nunca dejaba de sorprender a Kira, sin importar cuántas veces la hubiera visto. Era una extravagancia que muy

pocos podían permitirse. ¿Se daría cuenta esa gente de la indiferencia con que la usaban en el hospital?

–Gracias por recibirme, doctor –dijo. Cerró la puerta al entrar y se dirigió rápidamente al escritorio.

Se había puesto su atuendo más profesional: blusa roja, falda color café con chaqueta del mismo tono y hasta zapatos de tacón alto. Por lo general, odiaba los zapatos altos; eran

ridículamente incómodos, tanto para su trabajo como para la vida en general posterior al Brote, pero Skousen se había criado en el viejo mundo y sabría apreciar su elección. Kira necesitaba que la viera como adulta, como una persona madura e inteligente, y para ello estaba dispuesta a usar cualquier ventaja que pudiera. Extendió la mano y el doctor Skousen se la estrechó con firmeza; tenía manos de

anciano, con la piel apergaminada y rugosa, pero aún eran fuertes.

–Por favor –dijo el médico, señalando una silla–, toma asiento. Tú eres Walker, ¿no es así?

Ella asintió y se sentó en el borde de la silla, con la espalda muy recta.

–Sí, señor.

–Me impresionó tu informe.

Los ojos de Kira se agrandaron por la sorpresa.

–¿Lo leyó?

–Sí. Muy pocos residentes intentan publicar informes de investigación; me llamó la atención –sonrió–. Imagina mi sorpresa al ver que no solo estaba bien elaborado sino que además era completamente original. Tus conclusiones sobre la estructura del RM tienen defectos, pero son novedosas. Tienes un futuro muy promisorio como investigadora.

–Gracias –dijo Kira, sintiendo

una oleada de emoción en todo el cuerpo. *Esto podría funcionar–.* De hecho, justamente de eso vine a hablarle.

Skousen se reclinó en la silla, con la mirada fija en ella. No estaba entusiasmado, pero la escuchaba.

–Piense en esto: la Ley de Esperanza no es, en realidad, más que una versión perfeccionada de lo mismo que venimos haciendo desde hace

años, es decir, tener la mayor cantidad posible de neonatos, y en más de una década no hemos tenido un solo éxito viable. Estamos arrojando lodo a una pared para ver cuánto se pega, y once años es demasiado tiempo para darnos cuenta de que la solución no es el lodo. Necesitamos empezar a arrojar otra cosa.

–¿Qué propones tú? –le preguntó Skousen, impasible.

–Quiero solicitar la

transferencia de maternidad a investigación.

–Hecho –respondió–. Iba a sugerir eso de todos modos. ¿Qué más?

Kira respiró hondo.

–Creo que es necesario que pensemos seriamente en los beneficios de instaurar un programa para el estudio de la fisiología Parcial.

–¿A qué te refieres con eso?

–A falta de una mejor manera de expresarlo, señor, creo que

deberíamos organizar un equipo para cruzar a tierra firme y obtener un Parcial para estudiarlo.

El doctor Skousen guardó silencio. Ella esperó, observándolo, sin atreverse siquiera a respirar. Oyó el rumor de la lámpara eléctrica, un zumbido tenso justo en el umbral de su conciencia.

–Pensé que tomabas esto en serio –respondió Skousen con voz grave y dura.

–Nunca en mi vida tomé algo más en serio.

–Tu vida no es una muestra muy grande.

–Hablamos de extinción –insistió Kira–. Usted mismo lo dijo. En este momento, nuestro único plan consiste en ponernos máscaras antigás, aislar a las madres y mantener registros completos sobre cómo mueren los bebés. Y sí: contra viento y marea hemos logrado obtener cierta información de utilidad a

partir de esos registros, pero no estoy dispuesta a dejar que el futuro de mi especie dependa de una versión poco probable de algo que, desde el comienzo, fue poco probable. Los Parciales son inmunes; ellos crearon un virus perfectamente diseñado para matar seres humanos, pero son inmunes a él.

–Eso es porque no son humanos –dijo Skousen.

–Pero tienen ADN humano –

repuso–, al menos en parte. El virus debería afectarlos tanto como a nosotros. Pero no es así, y eso significa que su inmunidad también fue creada, y *eso* significa que podemos descifrarla y aprovecharla.

–Tú estás loca.

–Estamos tratando de resolver el enigma de la inmunidad al RM estudiando a bebés que no son inmunes; no vamos a encontrar la respuesta allí, por muchos sujetos que

estudiemos. Si queremos aprender sobre inmunidad, tenemos que estudiar a los Parciales. No nos quedan registros de cómo fueron creados, de cómo se construyó su código genético, nada. Tiene que haber respuestas allá. Al menos, vale la pena intentarlo.

–No van a entregarse voluntariamente para que los estudiemos.

–Pues entonces capturemos uno –dijo ella.

–Si cruzáramos la línea, podríamos desatar otra guerra con los Parciales.

–En ese caso, moriremos mañana –replicó Kira–, pero si no curamos el RM, moriremos todos los días durante los próximos cincuenta años… o antes, si la Voz provoca una guerra civil. Y si no encontramos pronto una respuesta para el virus, eso va a suceder.

–No pienso hablar de esto con una hija de la peste –gruñó

Skousen–. No tienes edad suficiente para saber qué ocurrió cuando los Parciales se volvieron en nuestra contra. No viste cómo un grupito de esas cosas derrotaba a toda una brigada militar. No estabas mirando mientras todas las personas a quienes conocía se enfermaban, vomitaban sangre y hervían vivas en su propia fiebre.

–Yo perdí a mi padre…

–¡Todos perdimos a nuestros

padres! –gritó Skousen. Kira palideció al oírlo, y se echó atrás para rehuir la mirada furiosa del médico–. Yo perdí a mi padre, a mi madre, a mi esposa, mis hijos, mis amigos, vecinos, colegas, alumnos. En aquel entonces, estaba en un hospital; lo vi llenarse de pacientes y más pacientes hasta que ya no alcanzaban los sobrevivientes para retirar los cadáveres. Vi cómo todo mi mundo se devoraba vivo,

Walker, mientras tú jugabas con tus muñecas. Entonces no me digas que no estoy haciendo lo suficiente para salvar a la raza humana, y no te atrevas a decirme que podemos arriesgarnos a desatar otra guerra con los Parciales.

El rostro de Skousen estaba lívido y sus manos temblaban de furia.

Kira contuvo su respuesta, sin atreverse a hablar. Cualquier cosa que dijera ahora solo

empeoraría la situación. Bajó la cabeza y volvió a apartar la mirada, resistiendo el deseo de levantarse y salir de allí. No iba a hacer eso; él estaba enojado y era probable que la despidiera, pero Kira sabía que tenía razón. Si quería sacarla del equipo, pues tendría que despedirla.

Levantó la cabeza y lo miró directamente a los ojos, lista para oír su sentencia. Había terminado allí, pero no iba a

darse por vencida. Esperó que Skousen no la viera temblar.

–Preséntate mañana por la mañana en el departamento de investigación –dijo el médico–. Le avisaré a la enfermera Hardy que has sido transferida.

CAPÍTULO DOCE

Kira observaba a sus amigos mientras reían y bromeaban en la sala de Nandita. Era tarde y la habitación estaba iluminada por la luz tenue de las velas. La energía almacenada en los paneles solares de Xochi estaba dedicada, como siempre, al equipo de música. La selección de esa noche era FELICIDADES KEVAN, uno de

los preferidos de Xochi: mucho ritmo de bajo y batería, música electrónica violenta. Incluso a bajo volumen, hacía que el pulso de Kira se acelerara.

Nandita ya se había ido a dormir, lo cual era bueno. Kira estaba a punto de pedir a sus amigos que cometieran traición, y no sería justo que la mujer quedara atrapada en medio de aquello.

No lograba dejar de pensar en lo que había dicho Skousen,

sobre cómo había sido vivir el Brote. No podía culparlo por tener una reacción tan intensa –porque todos sentían lo mismo–, pero antes de ese momento, ella no se había dado cuenta de las diferentes maneras en que aquello había afectado a las distintas personas. Claro que Skousen había estado en un hospital cuando se liberó el virus; lo había visto llenarse en cuestión de horas, hasta los pasillos y el

estacionamiento. Todo su mundo, consumido en una tormenta causada por la peste. Su propia familia había muerto en sus brazos. Kira, en cambio, había estado sola: su niñera había muerto silenciosamente en el baño, y su padre simplemente había… nunca regresó a casa. Lo había esperado durante varios días, hasta que en la casa se terminó toda la comida que ella sabía preparar, y entonces salió a

pedir más. El vecindario estaba vacío; el mundo mismo parecía vacío. De no ser por una caravana del ejército que pasaba, en desesperada retirada desde el frente de guerra, podría no haber sobrevivido.

Skousen recordaba un mundo destruido. Kira recordaba un mundo luchando por salvarse. Esa era la diferencia. Por eso Skousen y el Senado tenían tanto miedo de hacer lo

necesario para resolver esto. Si alguien iba a hacerlo, tendrían que ser los hijos de la peste.

Haru ya estaba hablando; apasionadamente, pues esa parecía ser su única manera de hacerlo. Siempre era el centro de cualquier conversación en la que participara, no tanto por su carisma sino por pura determinación.

–De lo que ustedes no se dan cuenta –dijo– es de que al Senado no le importa. Ustedes

pueden decir que les robaron su niñez, pueden hablar de ciencia ineficiente, pero para ellos todo eso es secundario.

Corrían más y más rumores de que el Senado volvería a bajar la edad de embarazo. Haru había tomado la negativa de Isolde a hablar sobre eso como una confesión tácita de que los rumores eran ciertos.

–Han decidido que la mejor manera de derrotar al RM es ahogarlo en estadísticas, y eso

significa que van a bajar la edad de embarazo hasta donde crean que pueden salirse con la suya. Si la reducen de dieciocho a dieciséis años, tendrán ¿cuántas?: ¿cinco mil nuevas madres?, ¿cinco mil nuevos bebés cada diez o doce meses? No importa si resulta efectivo o no; eligieron la mejor forma de hacer que la estrategia avance, y la más rápida. Es inevitable.

–Eso no lo sabes –dijo Isolde, pero Haru sacudió la cabeza.

–Todos lo sabemos –replicó–. Es la única forma en que este gobierno sabe tomar decisiones.

–Entonces quizá necesitamos un nuevo gobierno –sugirió Xochi.

–No empieces otra vez con eso –pidió Jayden, pero era casi imposible contener a Xochi cuando se ponía a hablar.

–¿Cuándo fue la última vez que elegimos a alguien? –dijo–. ¿Cuándo fue la última vez que votamos? A los de dieciséis

años ni siquiera se nos permite votar. Ahora están tomando decisiones que nos afectan directamente, ¿y no podemos opinar? ¿Les parece justo?

–¿Qué tiene que ver que sea justo o no? –preguntó Haru–. Mira bien, pero muy bien el mundo, Xochi: es un lugar bastante injusto.

–El mundo, sí –dijo Xochi–. Pero eso no significa que debamos imitarlo. Me gustaría creer que los seres humanos

tienen un mayor sentido de justicia que las fuerzas de la naturaleza.

Kira observó a Xochi mientras hablaba, buscando… no sabía muy bien qué. Xochi estaba distinta últimamente, más fogosa que de costumbre. Los demás tal vez no lo habían notado (ella siempre era fogosa), pero Kira la conocía mejor que nadie. Algo había cambiado. ¿Acaso eso haría que fuera más probable que

colaborara, o todo lo contrario?

–La Ley de Esperanza se promulgó antes de que alguno de nosotros pudiera votar –recordó Madison–, pero aun así yo habría tenido que embarazarme al cumplir los dieciocho años, si no lo estaba ya antes. Así son las cosas.

Aún estaba en los comienzos de su embarazo, pero su cuerpo ya empezaba a hincharse. Se tocaba el vientre con frecuencia, casi como un reflejo; Kira había

observado que otras embarazadas hacían lo mismo. Allí había un vínculo, un lazo tangible, incluso en esta etapa en la que el feto era difícilmente reconocible como humano. A Kira le dio mucha lástima pensarlo.

Estaba segura de que Madison apoyaría su plan; al fin y al cabo, se trataba de su bebé. Ella era quien tenía más que ganar o que perder. Haru probablemente también lo haría,

por la misma razón, pero con él nunca se sabía. Más de una vez lo había visto discutir contra sus propios intereses. Sus opiniones eran más fuertes que sus necesidades. En cuanto a Jayden… bueno, era un misterio. Él no querría perder a su sobrino o sobrina, pero a la vez tenía una lealtad feroz a la Red de Defensa. No reaccionaría bien cuando Kira le pidiera que cometiera traición.

–Estás hablando de traición –

dijo Jayden, mirando fríamente a Xochi. Kira sonrió. Así era Jayden, siempre tan previsible–. Una cosa es reemplazar a un senador: se retiran y elegimos uno nuevo; eso sucede. Pero sustituir a todo el gobierno es revolución. Y también es suicidio. ¿Te das cuenta de lo vulnerable que sería esta ciudad si no estuviera el Senado para organizar a la Red de Defensa y mantener la paz? La Voz la volaría en los primeros diez

minutos.

–Si no estuviera el Senado, la Voz no tendría motivos para volar la ciudad –replicó Xochi–. De eso se trata.

–No me digas que ahora estás con la Voz –dijo Jayden.

–Si mis alternativas son gobierno de idiotas o de militares, tal vez gobierno de rebeldes no me suena tan mal –respondió Xochi.

–No son rebeldes –gruñó Jayden–, son terroristas.

Kira creía que Xochi querría colaborar, pero no sabía de cuánta ayuda sería en realidad. No tenía entrenamiento militar, más allá de las clases básicas de tiro que habían recibido en la escuela, y sus destrezas estaban en áreas sorprendentemente tradicionales: cocina, agricultura, costura y cosas así. Se había criado en las granjas y eso le daba cierta experiencia fuera de la ciudad, pero eso era

todo. Isolde era peor aún; probablemente accedería porque eso era ella, una seguidora; pero no iría con ellos, y tampoco debería hacerlo. Quizá pudiera colaborar detrás de escena, ocultando sus acciones a los ojos del gobierno y de la Red, pero hasta eso era poco probable. Para tener éxito, Kira necesitaba personas entrenadas que supieran desenvolverse en una operación semejante. Para el caso, ella

misma no encajaba mucho en la descripción, pero al menos era paramédica y tenía un poco más de experiencia con armas por su participación en las incursiones de rescate.

Y eso la llevó al último: Marcus. Estaba sentado a su lado, recostado tranquilamente en el sofá y observando por la ventana las últimas luces del sol poniente, feliz de negarse a participar en la discusión de Haru. No era soldado, pero

sabía manejar un arma bastante bien y era un talentoso cirujano, especialmente en situaciones de mucha presión. Lo habían seleccionado casi de inmediato para la sala de emergencias del hospital. Él la mantendría a salvo y en su sano juicio. Kira le palmeó suavemente la rodilla, preparándose para lo que estaba a punto de hacer, y se irguió en su asiento.

–Chicos, necesito hablar con ustedes –anunció.

–Sabemos lo que vas a decir –dijo Haru–. Tú tienes a Marcus. Por supuesto que no tienes problema con la Ley de Esperanza.

Kira dirigió una mirada incómoda a Marcus; luego miró a Haru y negó con la cabeza.

–En realidad no estoy segura de lo que pienso, pero no es eso lo que quería decir. Quiero hablar de su bebé.

Haru frunció el ceño y miró brevemente a Madison, que se

frotaba el vientre, distraída.

–¿Qué pasa con el bebé?

–¿Puedo hablar sin rodeos?

–Como todos los demás –dijo Isolde.

–Muy bien, entonces; el bebé de Maddy va a morir.

Haru y Jayden gruñeron al oír eso, y Kira sintió mucha lástima al ver la expresión de dolor de Madison.

–Lo siento, sé que es duro, pero tenemos que ser realistas. La Ley de Esperanza será una

estupidez, mala, necesaria o como la quieran llamar, pero en realidad no importa, porque no va a salvar al bebé de Maddy. Quizá sí a algún otro bebé dentro de unos años, pero no a este. A menos que hagamos algo.

–¿Qué tienes en mente? –preguntó Haru, mirándola con frialdad.

Kira tragó bruscamente, tratando de aparentar toda la certeza y la seriedad que

sentía.

–Quiero que capturemos a un Parcial.

Jayden frunció el ceño.

–¿Hablas de ejecutar un ataque organizado a tierra firme?

–No por parte de East Meadow –respondió Kira–, ni de la Red de Defensa. Hablé con Skousen, y es imposible que el Senado acceda a algo así. Me refiero a nosotros, los que estamos aquí, en esta sala. Es

posible que los Parciales sean la clave para curar el RM; por eso quiero que vayamos, crucemos el estrecho y capturemos a uno.

Sus amigos la miraban, boquiabiertos, con la música de Kevan, fallecido tanto tiempo atrás, rugiendo furiosa de fondo. Madison quedó muda, con los ojos muy abiertos de incredulidad; Isolde y Jayden tenían el ceño fruncido, probablemente seguros de que

ella se había vuelto loca; Xochi intentaba sonreír, preguntándose tal vez si era un chiste.

–Kira… –dijo Marcus lentamente.

–¡Sí, qué diablos! –exclamó Haru–. A eso me refería.

–No estás hablando en serio –dijo Madison.

–Claro que habla en serio –repuso Haru–. Tiene todo el sentido del mundo. Los Parciales crearon el virus, ellos

pueden decirnos cómo curarlo. Bajo extrema coacción, si es necesario.

–No me refería a interrogar a uno –aclaró Kira–. Hay un millón de Parciales; quizá no sea muy probable encontrar uno que tenga suficientes conocimientos de biología viral. Pero sí podemos estudiar a uno. Marcus y yo intentamos investigar el proceso de inmunidad a partir de los datos actuales, pero es un callejón sin

salida, no porque el equipo de investigación del hospital no esté haciendo su trabajo, sino porque lo ha estado haciendo demasiado bien desde hace más de una década. Literalmente han agotado las demás posibilidades. Nuestra mejor esperanza, la única que tenemos, es analizar la fisiología de los Parciales para encontrar algo que quizá podamos adaptar a una vacuna o una cura. Y tenemos que hacerlo

pronto, antes de que nazca este bebé.

–Kira… –volvió a decir Marcus, pero Jayden lo interrumpió.

–Vas a desatar otra guerra.

–No, si lo hacemos a pequeña escala –opinó Haru, inclinándose hacia adelante con entusiasmo–. Una invasión numerosa se notaría, sí, pero un equipo pequeño podría cruzar la línea, atrapar a uno y regresar rápidamente. Ni siquiera se

enterarían de que estuvimos allí.

–Excepto porque les faltaría uno de entre su gente –señaló Xochi.

–No son gente –replicó Haru, enojado–, son máquinas… máquinas biológicas, pero máquinas al fin. Perder a uno no les importa más de lo que le importaría a un fusil perder a otro. En el peor de los casos, algún comandante Parcial nota que falta un fusil en la armería y hace uno nuevo para reponerlo.

–¿Pueden hacer nuevos? –preguntó Isolde.

–¿Quién sabe? –dijo Haru–. Sabemos que no pueden reproducirse, pero ¿cómo saber si no habrán encontrado las máquinas de hacer Parciales en ParaGen y las habrán puesto a funcionar otra vez? Lo importante es que no puedes pensar en ellos como personas, porque ni siquiera ellos mismos se consideran tales. Robar un Parcial no es secuestro, es…

capturar un equipo.

–Bueno, nosotros nos enojamos bastante cuando la Voz captura nuestros equipos –le recordó Madison.

–No –dijo Jayden, con la mirada clavada en el suelo–, tienen razón –levantó la vista–. Podemos hacerlo.

–Oh, no, tú también… –rezongó Madison.

Kira aplaudió en silencio. No entendía por qué Madison se resistía tanto, pero si había

logrado convencer a Jayden, no tenía importancia. Lo miró a los ojos y asintió, decidida a no dejar que pierda el impulso.

–¿En qué estás pensando?

–Conozco a algunos tipos de la Red que nos ayudarían –respondió Jayden–. La mayoría son de las patrullas de reconocimiento. Ni siquiera sabemos a ciencia cierta dónde están los Parciales y, mucho menos, cómo están establecidos, así que

necesitaríamos un pequeño equipo de reconocimiento que cruce, busque a algún explorador solitario o una patrulla pequeña, capture a uno de ellos y regrese a la isla sin que nadie lo note –miró a Madison, y de nuevo a Kira–. No es el plan menos peligroso del mundo, pero podemos hacerlo.

–Yo voy –dijo Xochi.

–No, tú no vas –replicó Isolde–; nadie va.

Kira las ignoró, con los ojos

fijos en Jayden; lo necesitaba para que todo saliera bien.

–¿Conoces un buen lugar para cruzar el estrecho?

–No deberíamos cruzar el estrecho –opinó Haru, sacudiendo la cabeza–. Vigilamos nuestro lado como halcones; seguro que ellos también vigilan el suyo. Si queremos cruzar la línea, lo haremos por un lugar que esté vacío y aislado, donde sepamos que nadie está mirando.

Jayden asintió.

–Manhattan.

–Ahora sé que todos están locos –dijo Marcus, al tiempo que apoyaba una mano en el brazo de Kira–. La razón por la que nadie vigila Manhattan es que está llena de explosivos: en los puentes, en ambos lados de la ciudad y, por lo que sabemos, también en la frontera de los Parciales, sobre el río Harlem. Un movimiento en falso y toda la isla explotará.

–Solo que nosotros sabemos dónde están las bombas –dijo Jayden–. Puedo acceder a todos los planos y registros viejos que muestran exactamente cuáles son las rutas seguras.

–¿Hay rutas seguras? –preguntó Xochi.

–Habría sido una estupidez que no dejáramos ninguna –respondió Jayden–. Son pequeñas y difíciles de hallar, pero con los mapas indicados

podemos encontrarlas y pasar sin problemas.

–Quiero que todos dejen de hablar ahora mismo –dijo Madison, con voz más fuerte y grave de lo que Kira le había oído jamás; hablaba muy en serio–. Nadie irá a Manhattan, nadie va a caminar por un campo minado y les garantizo que nadie va a atacar y capturar a ningún Parcial. Son supersoldados; fueron creados para ganar la Guerra de

Aislamiento, no se entregarán así como así a un puñado de adolescentes. Son monstruos, increíblemente peligrosos, y no dejaré que mi esposo y mi hermano se acerquen a ellos.

–Lo hacemos por ti –explicó Haru.

–Pero no quiero que lo hagan –insistió Madison. Kira vio que se le llenaban los ojos de lágrimas, mientras con la mano envolvía su pequeño vientre con gesto protector–. Si quieren

proteger a mi bebé, no la dejen sin padre.

–Si me quedo –dijo Haru con voz suave–, nuestra bebé me tendrá durante unos tres días. Cuatro, si tenemos suerte. Kira tiene razón: si no hacemos algo ahora, ella morirá; eso es seguro. Pero si voy, y si logramos traer un Parcial, tal vez podríamos salvarla.

¿Ella?, pensó Kira. *Como si supieran que es una niña, aunque aún es muy pronto para*

saberlo. Es una persona real para ellos. ¿Acaso Madison no se da cuenta de que es la única manera?

La voz de Madison se quebró.

–¿Y si mueres?

–En ese caso, cambio mi vida por la de mi hija –respondió Haru–. En toda la isla no hay un solo padre que no sea capaz de hacer lo mismo.

–Me convenciste –dijo Xochi, cruzándose de brazos–. Yo voy.

–Yo, no –dijo Isolde–.

Concuerdo con Mads: es peligroso, es traición y es una probabilidad de uno en un millón. No vale la pena arriesgarnos.

–Claro que vale la pena –repuso Kira–. Di que es una estupidez, di que es imposible, pero nunca digas que no vale la pena. Sabemos muy bien que quizá no regresemos con vida o que tal vez no tengamos éxito. Lo reconozco, y no lo habría sugerido si no estuviera dispuesta a aceptarlo. Pero

Haru tiene razón: merece la pena cambiar a cualquiera de nosotros, o incluso a todos, por la oportunidad de iniciar una nueva generación de seres humanos. Si logramos usar un Parcial para curar el RM, no solo estaríamos salvando al bebé de Maddy, sino a miles, quizá millones de bebés: a cada ser humano que nazca hasta el fin de los tiempos. Estaríamos salvando a toda nuestra especie.

Isolde calló. Madison lloraba. Se enjugó los ojos y susurró a Haru, sollozando:

–Pero ¿por qué tienes que ser tú?

–Porque hasta que podamos demostrar que es lo correcto –respondió Haru–, todo este plan es ilegal. Cuantas menos personas sepan sobre esto, mejor. Jayden puede conseguir un par de personas más como apoyo, pero la mayor parte de lo que necesitamos está aquí,

en esta sala, y esta es nuestra única oportunidad de conseguirlo.

–Sigo pensando que están locos –dijo Marcus–. ¿Por lo menos tienen un plan? No es tan sencillo como atrapar un Parcial y luego presionar un botón que diga “curar el RM”. Suponiendo que lleguen a capturar uno, ¿tienen idea de qué hacer con él?

Kira se volvió hacia él, sorprendida de oírlo hablar en

contra.

–¿Cómo que *estamos* locos? –le preguntó–. Pensé que estabas de acuerdo.

–Nunca dije eso –respondió Marcus–. Me parece peligroso, innecesario y estúpido…

–¿Y todo lo que acaba de decir Kira sobre el futuro? –preguntó Haru–. ¿Y la especie? ¿Ni siquiera eso te importa?

–Claro que sí –dijo Marcus–, pero esta no es la manera de hacerlo. Es muy noble hablar de

ofrecer la vida por una causa, y el futuro de la humanidad es una causa extraordinaria, lo admito, sin embargo si nos tomamos diez segundos para ser más realistas, todo esto se desmorona. Hace once años que nadie ve a un Parcial; no sabemos dónde están, qué están haciendo, cómo encontrarlos, cómo capturarlos, de qué son capaces físicamente ni nada de eso. Y si, por algún ridículo milagro, se las ingenian

para atrapar uno sin ser masacrados, entonces ¿qué? ¿Piensan traerlo al centro de East Meadow y esperar que los Parciales no los maten en el acto?

–Nos llevaremos una de las medicomps portátiles –respondió Kira–, y un generador para hacerla funcionar. Podemos realizar allá todas las pruebas que necesitemos.

–No, no podrán –replicó Marcus–, porque estarán

muertos. Tú empezaste esto hablando sin rodeos, así que voy a hablarte del mismo modo: todos los que vayan a esa aventura idiota van a morir. No hay otro resultado posible. Y no dejaré que te suicides.

–¿Y desde cuándo diablos eso lo decides tú? –exclamó Kira, enojada. De pronto sentía el rostro caliente, la sangre le hervía y por sus manos corría un cosquilleo, mezcla de la súbita oleada de sangre,

adrenalina y emoción. ¿Quién se creía que era?

En la sala se hizo un silencio incómodo; todos se quedaron mirando la reacción de Kira. Ella se puso de pie y se alejó sin mirar a Marcus por temor a volver a gritarle.

–Nos llevará por lo menos un mes, tal vez más, preparar esto –dijo Jayden, en voz baja–. Haru tiene acceso a los mapas por sus contactos en la construcción, y yo puedo hablar

con un par de personas que sé que nos ayudarán. Diremos que vamos en una incursión de rescate, con personal que yo seleccionaré. Nadie pensará mal si no regresamos dentro del horario señalado. Para entonces ya será demasiado tarde para detenernos. Pero hacer todo ese papeleo sin despertar sospechas nos llevará tiempo.

–Está bien –dijo Kira–. No queremos perder tiempo, pero tampoco debemos

apresurarnos. Si vamos a hacerlo, lo haremos bien.

–¿Cómo vas a solicitarme a mí? –preguntó Xochi–. No estoy certificada para misiones de rescate.

–Tú no irás –respondió Jayden.

–Por supuesto que iré.

–Tienes que quedarte con Madison –respondió Haru–. Cada uno hace lo que puede, con lo que sabe hacer. Tratar de llevarte a territorio Parcial es

buscarnos problemas; serías más un estorbo que una ayuda.

–Por favor, quédate conmigo –pidió Madison, extendiendo una mano hacia Xochi. Tenía los ojos bien abiertos y llenos de lágrimas, el rostro desesperado y suplicante–. No soporto la idea de perderlos a todos juntos.

–Si Xochi no serviría de nada allá, yo sería peor –dijo Isolde–. Pero puedo distraer al Senado si notan que ustedes no están.

Eso sí: lo que decida hacer la Red está fuera de mi alcance.

–Bien –dijo Haru–, pero tendrás que hacer más. Tu trabajo será asegurarte de que, cuando regresemos, el Senado al menos escuche lo que tengamos que decir.

–Yo no iré –dijo Marcus–. Y Kira tampoco.

Kira dio media vuelta, caminó hasta el sofá dando grandes zancadas y jaló a Marcus del brazo para que se pusiera de

pie.

–Jayden, Haru: empiecen. Marcus y yo vamos a hablar afuera –lo arrastró por el vestíbulo hasta la puerta del frente, que abrió con violencia. Lo empujó para que bajara los escalones y, hecha una furia, se plantó con firmeza ante él, con su rostro muy cerca del suyo. Los ojos le ardían por las lágrimas–. ¿Qué crees que estás haciendo?

–Estoy salvando tu vida.

–Es mi vida, puedo salvarme sola.

–Entonces hazlo. ¿De verdad piensas que sobrevivirás a un viaje como ese? ¿Realmente quieres dejar atrás todo esto?

–¿Todo qué? ¿Te refieres a nosotros? ¿De eso se trata? ¿Tengo que sentarme a mirar cómo el mundo se va al diablo porque quizá tengamos que separarnos? No eres mi dueño, Marcus…

–No digo que lo sea,

obviamente no es eso lo que estoy diciendo. Es solo que no entiendo por qué estás dispuesta a perderlo todo por esto.

–Porque es la única manera –respondió Kira–. ¿No te importa? ¿No ves lo que está pasando? Nos estamos destruyendo. Si voy, es posible que muera mañana, sí; pero si me quedo, todos moriremos, inevitablemente, y con nosotros, toda la raza humana. Me niego

a aceptar eso.

–Te amo, Kira.

–Yo también te amo, pero…

–Pero nada –dijo Marcus–. No tienes por qué salvar al mundo. Eres paramédica… ni siquiera eres médica todavía: eres residente. Tienes talento para la ciencia y puedes hacer mucho más aquí, en el hospital. Donde estás a salvo. Que vayan ellos, si quieren, pero tú quédate –agregó, con voz vacilante–: quédate conmigo.

Kira cerró los ojos con fuerza; quería hacerlo entender.

–¿Que me quede contigo para qué, Marcus? –volvió a abrir los ojos y miró hasta lo más profundo de los de él–. ¿Quieres que nos casemos? ¿Quieres tener una familia? No podemos hacer nada de eso hasta que haya una cura para el RM. Bajen o no la edad de embarazo, me pasaré el resto de mi vida embarazada. La mayoría de las mujeres tienen

en promedio un niño por año, y todos mueren. ¿Es eso lo que quieres, de verdad? ¿Nos casamos, nos embarazamos y, veinte años después, tenemos veinte hijos muertos? No tengo lugar en el corazón para eso; no tengo suficiente fortaleza.

–Entonces nos iremos –insistió Marcus–. Nos iremos a una de las granjas o a algún pueblo pesquero, o nos uniremos a la Voz, no me importa… cualquier cosa, con

tal de hacerte feliz.

–La Voz y la Red van a destruir la isla si no encontramos una cura, Marcus; no estaremos a salvo en ninguna parte –lo miró fijamente, tratando de entenderlo–. ¿Sinceramente crees que yo podría ser feliz en algún pueblito, ignorándolo todo mientras el mundo se derrumba? –se le quebró la voz–. ¿Acaso no me conoces?

–Nunca habrá una cura, Kira –

respondió Marcus, su voz era baja y afligida. Respiró hondo y apretó la mandíbula–. Tú eres una idealista, resuelves enigmas; miras algo que no tiene solución y lo único que ves son las cosas que nadie ha hecho aún: las cosas locas y descabelladas que nadie ha intentado justamente porque son locas y descabelladas. Tenemos que enfrentar la verdad: lo probamos todo, buscamos en todas partes,

utilizamos todos los recursos razonables y aún no hallamos la cura para el RM porque es incurable. Morir del otro lado del río no va a cambiar eso.

Kira negó con la cabeza, tratando de encontrar las palabras que quería. ¿Cómo podía decirle algo así? ¿Cómo podía siquiera pensarlo?

–Tú no… –hizo una pausa, llorando, y volvió a empezar–. ¿Cómo puedes vivir así?

–Es la única manera que nos

queda, Kira.

–Pero ¿cómo puedes vivir sin futuro?

–Viviendo en el presente. El mundo ya se acabó. Quizá algún día un bebé sobreviva, quizá no. Eso no cambiará nada. Solo nos tenemos el uno al otro, así que disfrutémoslo. Estemos juntos, como siempre dijimos que estaríamos, y olvidémonos de toda esta mortandad y de todo lo demás. Simplemente vivamos. ¿Quieres

irte de la isla? Vámonos… vayamos adonde nadie nos encuentre: lejos del Senado, de la Voz, de los Parciales y de todo lo demás. Pero hagámoslo juntos.

Kira volvió a sacudir la cabeza, sollozando.

–¿De verdad me amas?

–Sabes que te amo.

–Entonces dame esto; no pido más –aspiró con fuerza, se enjugó el rostro y lo miró directo a los ojos–: no nos detengas.

Marcus empezó a protestar, pero ella lo interrumpió.

–No puedo vivir en el mundo del que hablas. Mañana me iré, y si muero, moriré… pero al menos habré intentado algo. Y si me amas, no le dirás a nadie lo que estamos haciendo, ni adónde vamos ni cómo detenernos. Prométemelo.

Marcus no dijo nada, y Kira lo sujetó por los brazos con fiereza.

–Por favor, Marcus,

prométemelo.

–Te lo prometo –respondió, con voz lenta y apagada. Luego dio un paso atrás, apartándose de ella–. Adiós, Kira.

SEGUNDA PARTE

TRES MESES DESPUÉS

CAPÍTULO TRECE

La carreta salió de la ciudad a las 12:02 con un pequeño grupo armado para la batalla. Jayden había encontrado un viejo informe de rescate para una localidad en el suroeste, una escuela secundaria en la Costa Sur de la que nadie había hecho el seguimiento. Las escuelas solían tener enfermerías bien equipadas, de modo que había

sido fácil conseguir que Kira formara parte del grupo. Además, esa escuela en particular era bastante antigua, con lo cual también fue fácil solicitar a Haru: él se encargaría de revisar la estabilidad del edificio, mientras que Kira buscaría los medicamentos. No había nada fuera de lo común, y los superiores de Jayden lo habían aprobado sin mucho análisis. La patrulla fronteriza ni siquiera los detuvo; vieron los

uniformes y les hicieron señas de que siguieran adelante.

Llegaron a la zona deshabitada. La primera fase había sido un éxito.

Kira y Marcus habían vuelto a discutir la noche anterior; él había hecho un último intento de disuadirla de viajar. A ella la enloquecía que pudiera ser tan obtuso, que pudiera entenderla tan poco, y seguía furiosa cuando se acomodó en la carreta de la Red, tratando de

pensar en otra cosa. Contempló al grupo que habían logrado reunir. Conducía el vehículo la misma chica que habían llevado en la última incursión, una muchacha menuda llamada Yoon-Ji Bak. A su lado, en el frente de la carreta, iba Gabriel Vasicek, una mole de hombre con cicatrices de batalla que no se conformaba con montar guardia con un arma cualquiera: llevaba un “minigun”, una monstruosidad gigante de metal

con un mínimo de ocho cañones. Difícilmente quien lo viera portar esa ametralladora multicañón le causaría problemas. En la parte trasera, junto con Kira, iban Jayden, Haru y dos soldados identificados como Nick y Steve; Kira no tenía idea de cuál era cuál, y prefirió identificarlos como Flojo y Flaco. Miraban pasar las casas vacías sin hacer comentarios.

Jayden desplegó un mapa de

la isla.

–Vamos al sur por Meadowbrook, luego tomamos Sunrise hacia el oeste y nuevamente al sur por el boulevard Long Beach hasta el borde de la isla. De hecho, pasaremos muy cerca de la escuela del informe de rescate, apenas a unas cuadras, así que si alguien nos ve y le preguntan algo, dirá que nos vio exactamente donde debíamos estar.

Kira señaló la Costa Sur en el mapa, un laberinto irregular de bahías, ensenadas e islas angostas.

–Tu ruta nos lleva a cruzar un puente… ¿estamos seguros de que todavía existe?

–Tú estás pensando en los de madera –intervino Haru–. Estos que vamos a usar son de acero, y aun sin mantenimiento, pueden durar mucho más de once años.

–Pero ¿por qué tan al sur? –preguntó Kira–. Si alguien nos

ve cerca de la escuela, bueno, tendremos un testigo, pero ¿vale la pena desviarnos un día o más por esa remota posibilidad?

–De todos modos tenemos que ir hacia el sur por dos razones –respondió Jayden, dando un golpecito en la mitad oeste del mapa–: la primera es el aeropuerto, este bloque señalado como “JFK”; es grande, sólido y no lo usamos para nada, lo cual lo convierte

en la capital de la Voz en la isla. Todos los que no quieren seguir las reglas terminan allí tarde o temprano.

–Todos menos nosotros –dijo Kira.

Jayden esbozó una sonrisa burlona.

–Además, está perfectamente situado entre East Meadow y la base militar de Queens, que es nuestro otro gran obstáculo. Si vamos demasiado al norte, nos toparemos con la Red de

Defensa, cosa que obviamente no queremos hacer. Si viajamos por el centro, nos arriesgamos a recibir algún ataque de la Voz desde JFK. Pero si vamos bien al sur, evitamos ambas cosas; nos acercamos bastante al aeropuerto, pero según nuestros exploradores, la Voz no suele patrullar tan al sur –hizo un gesto a Flaco y Flojo; uno de ellos asintió y el otro no hizo nada–. En la costa hay menos cosas que robar y

menos gente que asaltar, y es un camino bastante directo hasta aquí: Brooklyn –dio otro golpecito en el mapa y luego volvió a deslizar el dedo hacia el sur, hasta un sitio llamado Staten Island–. Esto, por lo que sabemos, está vacío. Además, la Red de Defensa derribó este puente, así que no hay una buena manera de cruzar. Obviamente, al sur de nosotros no hay nada más que mar, es decir que el noventa y nueve por

ciento de los militares están aquí arriba, en Queens, el punto más cercano entre nuestro territorio y el de ellos. En general, eso significa que la ruta que hemos planeado nos lleva bien al sur y luego rodea holgadamente todo lo que queremos evitar.

Kira asintió al comprender el plan.

–Entonces seguimos la Costa Sur, esperamos que todos estos puentes estén en

condiciones y luego rodeamos por detrás a la Red de Defensa, por… –escudriñó los rótulos del mapa– Brooklyn…

–Exacto –dijo Haru–, y cruzamos por el puente de Brooklyn.

Kira frunció el ceño, examinando el mapa.

–Si esta área cuenta con tan poca defensa, ¿por qué no nos preocupa que los Parciales crucen y nos maten? ¿Por las bombas de las que hablaban?

–Llenamos la zona con todos los explosivos que encontramos –respondió Jayden–. En toda el área hay puestos de guardia y torres de vigilancia, además de minas y trampas, tanto en la ciudad como en los puentes. Nosotros podemos eludirlas porque sabemos dónde están, pero si un ejército marchara por allí, volaría en pedazos, caería en las trampas y sería acribillado al tiempo que nuestras fuerzas acudieran a

rodearlo.

–¿Y los Parciales no van a tener las mismas defensas en… ¿cómo se llama? ¿En el Bronx?

–Es posible, si es que están allí, pero francamente no creo que les importe. Para ellos somos como hormigas: unos pocos miles de humanos contra más de un millón de Parciales. Probablemente no se defienden tanto como nosotros porque no esperan que cometamos la estupidez de atacarlos.

Kira bufó.

–No sé si ser más estúpidos de lo que ellos creen es tan buena estrategia de ataque.

–Confía en nosotros –dijo Jayden–. Sabemos lo que hacemos. Podemos eludir nuestras propias minas: Nick y Steve mismos colocaron la mitad, y encontraremos las suyas antes de que nos atrapen. Esto dará resultado.

Ella volvió a mirar a Flaco y Flojo. Uno de ellos asintió, el

mismo de antes. Su compañero nuevamente guardó silencio. Kira se apartó el cabello de la cara.

–¿Confiamos en toda esta gente? ¿Nick, Steve, Gabe, Yoon?

–Los eligió Haru –respondió Jayden–. Él confía en ellos, así que no hay motivo para que tú no lo hagas. Saben lo que estamos haciendo y por qué, y están de acuerdo en que vale la pena correr el riesgo. Los

conozco; no se volverán contra nosotros ni nos van a dejar abandonados a nuestra suerte, si eso es lo que quieres saber.

–Solo era curiosidad –dijo ella. Se volvió hacia Flaco–. ¿Qué opinas tú?, ¿por qué estás aquí?

–Quiero un pedazo de Parcial.

–Genial –comentó Kira–. Una razón muy respetable –miró a Flojo–; ¿y tú?

–Solo quiero salvar a los bebitos –respondió, y sonrió

escondido tras unas gafas negrísimas.

–Fantástico –dijo Kira. Miró a Jayden y abrió los ojos bien grandes–. Fantástico.

–Hay dieciocho kilómetros hasta Long Beach –comentó Haru–. Luego iremos al oeste tanto como podamos antes del anochecer. Si necesitan una siestecita, ahora es el momento. Vasicek, ¿tú vigilas adelante?

–¡Sí, Señor! –respondió Gabe.

–Yo vigilaré atrás por ahora. Los demás, descansen; va a ser una larga semana.

–Es un puente doble –anunció Yoon, que escudriñaba el camino con unos binoculares. Habían llegado al pequeño puente en la costa sur de la isla que llevaba a Long Beach–. De acero y cemento; ambos lados se ven bastante bien. Mejor que bien, en realidad; están casi limpios. Hay desechos en los

bordes, pero nada en el centro –bajó los binoculares–. Estos puentes se usan, y con regularidad.

Kira trató de ver adelante.

–¿La Voz?

–Probablemente solo una comunidad pesquera –respondió Jayden–, un par de familias improvisadas que usan el puente para vender pescado en East Meadow. Hay muchas por aquí –chasqueó la lengua y se encogió de hombros–. Eso no

significa que no sean bandidos cuando se les presenta la oportunidad.

–Entonces hagamos la oportunidad lo menos atractiva posible –dijo Haru–. ¡Vasicek!

El gigantón se movió ligeramente y en cuestión de segundos pasó de emitir unos ronquidos que hacían temblar la carreta a estar plenamente despierto.

–¿Señor?

–Vuelve adelante con esa

ametralladora; trata de amedrentar.

Gabe se echó el arma al hombro y se pasó adelante; la carreta se sacudió peligrosamente con cada paso suyo.

–¿Por qué diablos llaman "minigun" a esa cosa? –preguntó Kira–. Es más grande que yo… Es como llamar "Chiquito" a un gigante…

–Es de las que se usan para disparar a los tanques –explicó

Haru–, pero suficientemente pequeña para que la pueda usar la infantería. Cuando llamas a algo “mini”, tienes que recordar la escala del original.

–Así que eres un tanque con piernas –dijo ella, silbando por lo bajo, mientras Gabe se acomodaba en el asiento junto a Yoon–. Recuérdame que no te llame Chiquito.

–Vámonos –dijo Haru.

Yoon azuzó a los caballos y la carreta se puso en movimiento

con una sacudida. Kira observaba el puente a medida que se acercaban, echando a la vez algún vistazo a los edificios frente a los que iban pasando. Allí la calle era ancha, y a los costados había estacionamientos y comercios saqueados. En la intersección donde la calle se unía a otro camino había parches triangulares de pasto y árboles que crecían entre los carriles. Al pasar frente al último edificio en

la esquina, ella giró la cabeza rápidamente para mirar por la otra calle, esperando una emboscada en cualquier momento, pero lo único que vio fueron aparadores destrozados y automóviles oxidados.

La carreta siguió avanzando; los cascos de los caballos resonaban sobre el asfalto roto. Llegaron a la entrada del puente. Kira vio la bahía angosta que se extendía a cada lado y pensó que ellos estaban

allí, al descubierto frente a cientos de metros que cubrir, sin un árbol, un edificio ni nada que los ocultara. Nunca se había sentido tan expuesta. Se había criado en el centro de la isla, rodeada de… cosas, de todo lo que el viejo mundo había construido y cultivado y dejado atrás. Tenía sus peligros, pero ella había aprendido a enfrentarlos: huecos donde podían esconderse bandidos o animales, paredes que podían

derrumbarse sobre uno si no se tenía cuidado, púas de metal, vidrios rotos y cien amenazas más. Los conocía, estaba habituada a ellos. Pero estar allí afuera, lejos de todo, sin nada donde parapetarse ni bajo lo cual refugiarse, ni siquiera algo en lo que pudiera apoyarse, le hacía ver un mundo vacío y solitario.

Del otro lado de la península, la playa era aún peor, si acaso eso era posible. Un oleaje gris

golpeaba la costa, con olas blancas y encrespadas por un viento salino. Mientras que la costa norte daba a tierra firme, aquí el océano simplemente continuaba, plano y uniforme, hasta donde Kira alcanzaba a ver. A menudo había soñado con el mundo más allá de la isla, las ruinas y maravillas, el peligro y aislamiento. Aquí, este le parecía una gran nada gris: una pared rota, una playa vacía, una ola oscura que, lentamente, la

iba reduciendo a nada. Vio un perro muerto semienterrado en la arena; era de color café, salpicado con sangre vieja y gusanos blancos. Volvió a concentrarse en el camino.

Si había gente en Long Beach, no se dejaba ver. La carreta siguió avanzando sin novedades hasta otro puente en el extremo oeste. Allí volvieron a cruzar a la isla principal, franqueando una bahía amplia y pantanosa, y luego giraron

nuevamente hacia el oeste a través de otra ciudad vacía. Esta costa estaba mucho más cerca del camino de lo que parecía en el mapa, lo cual inquietó aún más a Kira, por razones que no podía explicar. Todos los soldados estaban despiertos, alertas mientras la luz iba menguando. Jayden le susurró:

–Esto es lo más cerca que estaremos del aeropuerto. Este camino lleva directamente allá;

no está a más de cinco o seis kilómetros.

–¿Crees que veremos bandidos?

–¿Tienes tu fusil?

Ella asintió, lo tomó y revisó la recámara. Respiró hondo para calmar sus nervios.

–Cargado y asegurado.

–Entonces estás lista, los veamos o no.

Kira tragó en seco y apuntó el extremo del arma fuera de la carreta, portándola como le

habían enseñado en la escuela: con la mano izquierda sosteniendo el cañón, la mano derecha en la culata y el dedo cerca del gatillo, pero sin tocarlo. Le quitó el seguro con el pulgar, y miró pasar las edificaciones: casas elegantes con árboles altos y añejos en el frente, que probablemente habrían costado millones de dólares antes del Brote. Ahora tenían las puertas y ventanas rotas, los patios cubiertos de

maleza y en sus entradas yacían autos oxidados, como gigantescos insectos muertos. Pasaron por un tramo arbolado y, más allá, por una hilera de edificios altos: un antiguo balneario, probablemente medio inundado ya. Vio un destello de luz en una ventana de un primer piso; ¿sería un reflejo del sol en un vidrio roto? ¿O una señal a alguien que se ocultaba en la ciudad?

Luego de los árboles había

más edificios, el corazón de la antigua comunidad. Pudo notar señales de habitantes modernos: graffiti en las paredes, lonas sobre los techos caídos, tablas clavadas sobre las ventanas rotas. Contra el frente de un viejo banco habían colgado un gran trozo de aluminio corrugado y habían formado una barricada amontonando los autos del estacionamiento. No logró discernir la antigüedad de

aquellos cambios ni si aún había alguien por allí. Nada se movía y nadie hablaba.

Dos cuadras más adelante, un fuerte chasquido resonó en el aire; Kira se sobresaltó y aferró su arma.

–¿Eso fue un disparo?

–Sonó como si algo se hubiera caído –respondió Jayden, escudriñando atentamente cada esquina y cada sombra por donde pasaban–. Una plancha de

madera laminada o algo así, no estoy seguro.

–Entonces, ¿no estamos solos?

–No, seguro que no.

Kira recorrió con la vista las ventanas a los costados del camino: casas viejas, edificios de apartamentos, restaurantes y heladerías, todos vacíos, todos saqueados, todos con las cicatrices del tiempo, la intemperie y la violencia humana. Yoon guiaba los

caballos en un andar estable, susurrándoles para calmarles los nervios. Gabe blandía su arma como un talismán, con un pie sobre su asiento para tener mejor apoyo. Flaco y Flojo iban agazapados en la carreta, apuntando con sus fusiles hacia lugares donde a Kira nunca se le habría ocurrido mirar: un contenedor de basura en un callejón, una cartelera, una camioneta de reparto volcada y abollada.

Se oyó el eco de pasos en la calle, y el corazón de Kira se tensó en su pecho. No podía distinguir si corrían hacia ella o se alejaban. Forzó los ojos pero no vio nada.

–Podrían ser Voces planeando una emboscada –dijo Jayden–, o pescadores que piensan que somos de la Voz.

–Ustedes traen uniforme –le recordó Haru–. Deberían saber que no corren peligro.

Kira sujetó su fusil con más

fuerza.

–Eso también nos convierte en blanco de la Voz.

Vio un movimiento furtivo en una ventana alta y giró rápidamente, apuntando el arma hacia el enemigo y llevando el dedo al gatillo para efectuar el primer tiro.

Era un chico de unos catorce años. La edad de Saladin. Tenía la cara sucia y llevaba una camisa raída y demasiado grande para él. Kira ahogó una

exclamación, con la respiración agitada, al verlo en la mira y sentir su dedo en el gatillo. Bajó el fusil.

–Que nadie le dispare.

Jayden ya estaba observando al chico en la ventana, y este los miraba impávido. La carreta siguió su camino hasta perderlo de vista. Kira se volvió y se desplomó contra la pared interna de la carreta; dejó el arma y se cubrió la cara.

La carreta avanzó dando

tumbos.

La península era larga, mucho más que la anterior. El sol empezaba a ponerse y los edificios proyectaban sombras largas sobre el camino. Kira observó cómo los comercios iban convirtiéndose en casas, las casas en apartamentos y los apartamentos en bosques de kudzu y retoños delgados. Justo cuando notó que estaba demasiado oscuro como para continuar el viaje, Jayden dio la

orden de detenerse y señaló hacia la oficina derruida de una marina. Flaco y Flojo bajaron de un salto y prácticamente desaparecieron, fundiéndose con las sombras. Ella esperó, estaba tan tensa y nerviosa que volvió a tomar el fusil. Trató de hablar, pero Jayden la hizo callar con un movimiento de la mano. Los minutos pasaron como horas, hasta que en las ventanas de la marina se vio una pequeña luz. Jayden silbó

suavemente; Yoon agitó las riendas y los condujo hacia el edificio. La pared del frente había sido toda de vidrio, un salón de exposición de barcos pesqueros, y la abertura era suficientemente ancha para entrar con carreta y todo. Jayden bajó de un salto y Gabe se dejó caer al suelo pesadamente, con los ojos en la calle que habían dejado atrás.

–Una puerta en el fondo – anunció Flaco– y dos ventanas

demasiado grandes como para cubrirlas con tablas.

–Vamos –dijo Jayden, y desaparecieron hacia las habitaciones traseras.

Haru se puso a desatar el equipo y Kira se acercó a ayudarlo: mantas, comida, municiones de reserva y hasta explosivos. Ella no sabía que los habían traído. Se los entregaron a Yoon y Flojo, y entre los dos llevaron todo a una habitación que no tenía otras entradas. Lo

último fue la medicomp, una unidad portátil con generador propio, diseñada para el trabajo de campo en países subdesarrollados. Kira no recordaba el aspecto del viejo mundo, los días de antaño, cuando era pequeña, cuando el sitio donde vivía aún estaba "desarrollado". Pensó en los gusanos del perro, arrastrándose, alimentándose, ciegos.

Atendieron a los caballos,

montaron una guardia y se acomodaron para pasar la noche. Kira se envolvió con fuerza en la manta; no tenía frío, pero aun así estaba helada y los dientes le castañeteaban en la oscuridad. En el aire se oía una voz suave que canturreaba; era Gabe, que estaba de guardia. Tenía un tono de voz grave y dulce, lo cual era sorprendente siendo él tan corpulento. Cantaba una vieja canción que la maestra de

Kira solía entonar en la escuela, que hablaba de perder un amor y esconderse de su recuerdo. Le hizo pensar en Marcus y en lo último que se habían dicho. Ella lo amaba, o eso creía, o creía que lo había amado. Y, sin embargo, cada vez que él hablaba de estar juntos, ella no lo toleraba.

¿Por qué no puedo hablar con él sobre las cosas que en verdad importan? ¿Y por qué no entiende que no basta con

darse por vencido y esperar el fin? ¿Cómo alguien puede pensar así?

Se cubrió la cabeza con la manta y escuchó el canto melancólico de Gabe. Cuando se durmió, soñó con la muerte; no solo la suya, no solo la de su especie, sino la de todos los seres vivos que había conocido. La Tierra era plana, ancha y marrón, una extensión tan yerma como la luna, un solo camino que se extendía hacia el

infinito. Lo último en caer eran los edificios, lejanos y solemnes, las lápidas de todo un mundo. Por fin desaparecían, y no quedaba otra cosa que la nada.

CAPÍTULO CATORCE

Jayden la despertó temprano por la mañana, y juntos levantaron a los demás y se pusieron en marcha en medio de una fina neblina gris. Esta vez Haru conducía los caballos, agitando suavemente las riendas y chasqueando la lengua para hacerlos andar. Yoon se sentó atrás, con Kira, y se puso a mover los hombros en círculos

lentos para aflojar los nudos en sus músculos. A la luz del alba se divisaba el aeropuerto al otro lado de una extensa bahía. Del agua surgían bancos de niebla.

Recorrieron algunos kilómetros más en la ciudad hasta llegar al siguiente puente, el más largo de todos, que se extendía a través de la bahía para reconectar la península con el cuerpo principal de la isla. Lo vieron mucho antes de llegar a él. Kira deseaba con

desesperación que aún estuviera intacto. Si no podían cruzar por allí, habrían perdido varios días de viaje.

¿Estarían buscándolos ya? Supuestamente, la incursión de rescate duraba dos días, por lo que todavía no deberían echarlos de menos… salvo que Marcus le hubiera contado a alguien la verdad acerca de adónde iban. Ella quería confiar en él; no se le ocurría una sola razón para no hacerlo, pero él

había rehusado colaborar. Se había negado a ir con ellos. Kira lo necesitaba a su lado más que al fusil que sostenía, sin embargo…

Pasaron junto a un estacionamiento enorme, que ocupaba una gran superficie entre ambas costas de la península. La entrada al puente estaba bloqueada; al llegar allí encontraron una barricada improvisada con automóviles viejos, abandonados mucho

tiempo atrás. Flaco y Flojo montaron guardia, mientras el resto jalaba y empujaba los caballos, que se abrían paso entre los autos. Al cruzar el puente, Kira se obligó a ir muy erguida en la carreta; era lo más alto que había en cientos de metros en cualquier dirección. Eso la aterraba. Y por eso mismo lo hizo.

El lado opuesto era más abierto que la península; había muchos campos y árboles en

lugar de edificios abandonados, y Kira respiró más tranquila ahora que el aeropuerto había quedado atrás. Continuaron por terreno abierto durante pocos kilómetros, y pronto volvieron a zambullirse en la ciudad. Tomaron una avenida ancha que pasaba por centros comerciales y casas de madera y ladrillo, muy apretadas entre sí. La mayoría de ellas estaba derrumbadas: ruinas cubiertas de enredaderas en una jungla

hambrienta.

En una intersección había un grupo de automóviles chamuscados y ennegrecidos por algún incendio antiguo; un accidente, quizá, o la hoguera central de algún disturbio ya olvidado. Esta ciudad era más grande que East Meadow, más densa y poblada que cualquiera de los lugares que Kira había visitado en las incursiones de rescate u otros viajes. La parte de la isla ubicada al este de

East Meadow había reaccionado al virus con dignidad: las familias se habían reunido y habían muerto en la tranquilidad de sus hogares. En cambio, en los distritos externos de Manhattan se habían resistido amargamente y se habían castigado a sí mismos cuando no les quedó otro enemigo con quien luchar, y eso se percibía en la ciudad ahora vacía.

Kira se había criado a la

sombra del hospital Nassau, el edificio más alto de East Meadow, y había dado por sentado que era también el más alto del mundo. La silueta lejana de Manhattan destruyó esa ilusión apenas llegaron a Brooklyn. La avenida era una ruta casi directa al noreste, pero Jayden sacó un nuevo mapa y guio a Haru por esquinas y calles laterales; a veces seguían por las avenidas y otras, daban largos rodeos para evitarlas. Al

cabo de algunos kilómetros, se detuvieron junto a un cementerio cubierto de maleza y dejaron que los caballos bebieran de una laguna. Mientras tanto, Yoon y Flojo les envolvieron los cascos con gruesos retazos de camisetas viejas para atenuar el sonido sobre el asfalto. Frente a los ojos de Kira una familia de antílopes, con hermosas rayas y delicadas astas en espiral, salió con sigilo de entre los árboles distantes. Mordisquearon los

brotes verdes que crecían entre las lápidas y luego se pusieron en movimiento al unísono, huyendo a toda velocidad. Los seguía de cerca una imagen oscura y borrosa.

–Una pantera –señaló Yoon.

–Es bueno saberlo –dijo Kira, acercando su fusil.

–Supuestamente, las panteras cazan de noche –dijo Yoon–. Esto no me inspira mucha confianza.

Subieron nuevamente a la

carreta y continuaron la marcha por la ruta tortuosa que indicaba el mapa trazado a mano de Jayden. Los edificios se hacían más grandes a medida que se acercaban a Manhattan. En un momento, durante la tarde, se detuvieron a la sombra de un complejo de apartamentos de treinta pisos y esperaron casi una hora, mientras Jayden espiaba con todo cuidado a la vuelta de la esquina. Flaco entró con sigilo en el edificio que

tenían al lado, y Flojo desapareció detrás de una hilera de automóviles. Kira se inclinó hacia Haru.

–¿Qué estamos haciendo?

–Hay una torre de vigilancia al final de esta calle –susurró Haru–. Dos hombres y una radio, que vigilan la línea por si hay algún movimiento de los Parciales. No tenemos manera de eludirlos, por eso estamos esperando.

–¿Esperando qué cosa?

–En algún momento tienen que orinar.

–¿Hablas en serio? –Kira espió a la vuelta de la esquina con cautela–. No veo nada.

–De eso se trata –explicó Haru, y la hizo retroceder–. Sabemos dónde observar, por eso Jayden los tiene en la mira. Apenas él se mueva, nos movemos.

–Y entonces nos descubre otro guardia –dijo Kira–. Si esto es tan fácil como ustedes lo

hacen parecer, cualquiera podría filtrarse.

–Solo hacemos que parezca fácil –respondió Jayden, tendido detrás de un auto con los binoculares montados sobre un trípode–. Es que somos muy buenos en nuestro trabajo.

–Hasta el guardia más esmerado se descuida después de una década de no ver nada –señaló Haru–. Es muy probable que su compañero esté durmiendo por haber trabajado

el turno de noche. Ten paciencia, pero debes estar lista para correr apenas demos la señal.

Kira se sentó en el borde de la acera y levantó la vista hacia los edificios altos que los rodeaban. Cada tanto distinguía un gato salvaje moviéndose entre los escombros u observándola desde el alféizar de una ventana. Los minutos parecían horas, y en el fondo de aquel cañón de acero y

concreto, no podía discernir cuánto tiempo pasaba en realidad. Empezó a arrojar trocitos de grava a la calle, tratando de acertar a la ventanilla abierta de un automóvil que estaba del otro lado de la calle, pero Gabe la detuvo con una mano carnosa.

–Ya sé que los guardias no te ven, y probablemente tampoco te oyen, pero sería mejor que no hagas eso.

Kira sonrió, avergonzada.

–Sí, lo siento, tienes razón.

Percibió un movimiento del otro lado de la calle y, al mirar hacia allá, vio a Flojo, que hacía señas desde atrás de una pared rota.

–¿Cómo llegó hasta ahí?

Jayden levantó la mano.

–Prepárense.

Yoon tomó las riendas; Kira se puso de pie y tragó con nerviosismo. Jayden hizo una pausa, con la mano en el aire, de pronto, la bajó.

–¡Adelante!

Yoon agitó las riendas y los caballos arrancaron con un brinco; sus cascos envueltos producían un sonido apagado en el asfalto. Kira corrió junto a los demás y echó otro vistazo hacia la torre de vigilancia, pero no vio más que edificios vacíos.

Llegaron al otro lado y escondieron la carreta tras la pared de otro edificio; Jayden espió por sus binoculares. Flojo emergió en silencio de entre las

sombras.

–¿Cómo llegaste hasta aquí? –le preguntó Kira.

Él se encogió de hombros y subió al vehículo.

–Todavía no regresa –informó Jayden, con los ojos clavados en lo que fuera que estaba observando–. Y no oigo señales de radio. Me parece que no nos detectaron –volvió a esconderse tras la pared y se puso de pie–; vámonos.

Flaco los alcanzó algunas

cuadras más adelante; apareció de la nada y subió a la carreta.

–No nos vio –dijo, simplemente.

–Perfecto –asintió Jayden.

Continuaron esquivando y rodeando edificios, avanzando siempre por calles bajas y angostas y utilizando el mapa para eludir a los guardias de la Red de Defensa. Se detuvieron en un gran edificio de piedra, un antiguo juzgado. Yoon empezó a desenganchar los caballos.

–Desde aquí no se ve –dijo Jayden–, pero estamos a pocas cuadras del río. Hay dos puentes, uno al lado del otro, y ambos están vigilados por un solo puesto de guardia. Creemos que podemos cruzar sin ser vistos, pero dejaremos aquí los caballos y la carreta.

Kira miró hacia el parque arbolado que había enfrente y lo imaginó lleno de panteras escondidas en las sombras.

–¿Yoon se queda con ellos?

–No. Prefiero tener un arma más en Manhattan, aunque me arriesgue a regresar a pie –dijo Jayden, y señaló la escalinata del edificio–. Vamos a ponerlos allí adentro y esperemos que no pase nada.

Los escalones eran demasiado empinados y la carreta demasiado pesada para arriesgarse a subirla de una sola vez. Primero cargaron su estructura y luego, con cuidado, hicieron subir a los caballos por

los angostos peldaños de granito. Las ventanas del juzgado estaban rotas, por supuesto, pero sus puertas macizas permanecían más o menos intactas. Yoon llevó a Gabe y a Kira al parque que había enfrente. Con un cuchillo grueso y curvo, cortaron una gran cantidad de pasto alto y se la llevaron a los caballos. Para improvisar un corral, empujaron los escritorios, cerraron las puertas y las bloquearon con

unos pesados sofás metálicos. A Kira se le ocurrió que, si no regresaban, los animales se quedarían encerrados allí para siempre. Sacudió la cabeza para no pensar en eso.

Los soldados revisaron sus armas meticulosamente para asegurarse de que los cañones estuvieran despejados, las recámaras cargadas y que las piezas móviles se desplazaran como debían. Kira examinó su fusil lo mejor que pudo,

verificando partes del arma en las que nunca había pensado, y por primera vez se dio cuenta de que literalmente su vida dependía de ellas. La recámara estaba cargada. Tenía más cargadores en la mochila, sujeta con firmeza a su espalda, y dos más al alcance de la mano, en el cinturón. Gabe revisó su ametralladora, comprobó la rotación de los cañones y se cargó al hombro una enorme mochila llena de municiones.

Jayden se colgó el fusil y examinó un par de pistolas semiautomáticas que llevaba en las caderas. Flaco y Flojo llevaban fusiles de cañón largo con gruesos supresores de sonido y fogonazo. El arma de Haru era corta y versátil y tenía culata plegable. Yoon tenía una similar, además del cuchillo largo que llevaba sujeto a la espalda.

Jayden palmeó a Kira en la espalda.

–¿Estás lista?

No, pensó Kira; *tengo frío, tengo calor, estoy cansada, estoy aterrada y nunca en mi vida estuve menos lista para algo.* Se obligó a sonreír.

–Estoy lista. Vayamos por esos supersoldados.

El puente empezaba junto al edificio del juzgado. Caminaron casi ochocientos metros antes de llegar al agua. Al acercarse a la costa se agacharon y avanzaron a cuatro patas por

debajo del borde de un muro que les llegaría a la cintura, una diminuta franja de cemento que los ocultaría de la vista del guardia invisible que estaba en uno de los edificios. Flaco y Flojo gateaban por delante, marcando las trampas y desactivando cables para que los demás pasaran sin peligro. A pesar de las marcas, por momentos Kira no veía cuál era cada trampa.

Imaginó un vasto ejército de

Parciales escondido en los rascacielos del otro lado del río, que casualmente –o no–, habían elegido ese preciso momento para atacar. Las trampas estaban desactivadas; la puerta estaba abierta. ¿Acaso ella estaba traicionando a la humanidad?

No. Estaba salvándola. Apretó la mandíbula y siguió gateando.

Si Brooklyn la había sorprendido con sus edificios

altos, Manhattan la asombró aún más al empequeñecer incluso a esos gigantes. La isla era una montaña de metal que se extendía hacia las nubes, hasta parecía literalmente rascar el cielo. La superficie de la ciudad era una alfombra verde: parques, árboles y pasto habían excedido sus límites hacía tiempo, ganando la calle. Las semillas habían encontrado grietas y las raíces, puntos débiles, haciendo que el asfalto

quedara combado y roto. Ahora las calles eran un bosque de retoños. El kudzu trepaba por los costados de los edificios, cubriendo los pisos inferiores con una capa de tallos y hojas tan gruesa que los mismos edificios parecían crecer del suelo.

Recién cuando el puente llegó al otro lado del río y se internó en la ciudad, ellos se pusieron de pie. Kira se encontró al nivel de las copas de los árboles en

una verdadera jungla urbana. Las aves habían anidado en las enredaderas y en las canaletas pluviales, y los gatos salvajes merodeaban con cautela por las estructuras cuadriculadas de las oficinas al descubierto, a decenas de metros del suelo. Escuchó aullidos de perros cazadores, y también, sin duda alguna, el barritar de un elefante a lo lejos.

–Esto debería llamarse Animalhattan –dijo Gabe, y

dirigió una rápida sonrisa a Kira. Ella sonrió y asintió.

–Todos abajo –ordenó Jayden–. Conocemos Brooklyn bastante bien, pero esto es territorio nuevo. No deberíamos ver Parciales por aquí, aunque no está de más tener cuidado –señaló un edificio descolorido que estaba apenas una o dos cuadras hacia el norte–. Aquella torre nos dará la mejor perspectiva de esta parte de la isla; subiremos, observaremos

cómo está todo y seguiremos desde allí. Manténganse cerca y traten de guardar silencio.

Kira avanzó a gatas detrás de los demás, mientras el puente entraba en declive y se curvaba atravesando un grupo de árboles altísimos. Al nivel del suelo, el mundo era otro: una mezcla esquizofrénica de selva y depósito de chatarra donde tenía que ser más prudente que nunca al caminar. Debido al volumen mismo de los

rascacielos que los rodeaban, había más escombros que de costumbre: fragmentos de vidrio y trozos de mampostería, pedazos de yeso y revoque desmoronado, además de innumerables resmas de papel, de las cuales algunas hojas volaban con el viento y otras se descomponían en una gruesa acumulación de tierra, hojas y hongos. Largos filamentos verdes envolvían latas desteñidas de gaseosas, se

entrelazaban en los rayos de bicicletas oxidadas y se aferraban con ferocidad a los costados de taxis, autobuses y carteles de tránsito.

Continuaron por la avenida con cautela, sorteando automóviles cubiertos de hojas, árboles enmohecidos y pilas de escombros irreconocibles. Cuando llegaron al edificio descolorido, Gabe se quedó montando guardia al pie de la escalera y los demás subieron

tan alto como se atrevieron, antes de que Haru comenzara a preocuparse por la estabilidad. Resultó que doce pisos eran suficientes: en esa parte de la isla había principalmente casas y apartamentos en lugar de gigantescos edificios de oficinas, lo cual les brindaba un panorama despejado del terreno hacia el norte.

–Esa franja de color verde más oscuro probablemente haya sido un parque –supuso

Jayden, señalando hacia el noreste–. Parece que mide por lo menos diez cuadras, y esos árboles nos mantendrán a resguardo.

–También nos harán más lentos –repuso Haru–. Deberíamos elegir una calle ancha y avanzar por ella.

Debatieron durante varios minutos, mientras Yoon se asomaba por la ventana contigua para arrullar a un par de aves de colores vivos. Kira

observó el horizonte, tratando de retener el trazado de la ciudad lo mejor posible. ¿Había algún punto reconocible que pudiera servirles? ¿Edificios distintivos que pudiera buscar y recordar si se perdía? Mientras sus ojos recorrían el paisaje urbano, divisó una fina línea blanca que parecía moverse: un reflejo, quizá; o… no. Era humo. Señaló hacia allí.

–Allá hay un incendio. ¿Lo ven?

Jayden y Haru dejaron de hablar y siguieron el dedo de ella con la vista.

–Justo pasando aquellos tres edificios marrones, los más altos.

–Lo veo –dijo Haru–. No es un incendio en un edificio; es demasiado pequeño y controlado. Creo que es una fogata.

–Es una chimenea –dijo Jayden, mirando por los binoculares–. Alguien está

viviendo allá.

Kira frunció el ceño, mirando el humo a lo lejos.

–¿Viviendo o acampando?

–No pensé que hubiera nadie en la isla –comentó Yoon–. ¿Por qué alguien seguiría viviendo aquí solo?

–Podría ser un puesto de vigilancia –sugirió Haru–. Una avanzada Parcial.

–Es demasiado bajo para ser una buena torre de vigilancia –respondió Jayden–. Es solo una

casa, de tres pisos como mucho.

–Un campamento Parcial, entonces –insistió Haru–, como dijo Kira. Una patrulla o algo así, descansando al final de la jornada.

–No tienen por qué ser Parciales –opinó Kira–. Podría ser simplemente algún viejo loco que no quiso abandonar su hogar.

–Es imposible que alguien sin entrenamiento haya llegado

hasta aquí sin detonar ningún explosivo –dijo Haru–. Deberíamos ir a ver; si son Parciales, podemos armar una emboscada y ahorrarnos días de viaje.

–Y si es un refugiado, corremos el riesgo de exponernos sin necesidad –replicó Jayden–. Cualquiera que esté lo suficientemente loco para sobrevivir aquí también debe de estar lo suficientemente paranoico para saber que

venimos, y para disparar primero.

–Tú eres quien está paranoico –dijo Haru.

–Seguro que sí –respondió Jayden–. Si no te asusta un ermitaño loco con un arma, ¿qué te parece una trampa de los Parciales? Bien podrían estar preparando esto para atraernos y atraparnos.

–Ni siquiera saben que estamos aquí.

–Viviremos más si suponemos

que sí lo saben –dijo Jayden–. No quiero acercarme.

–Entendido y anulado –repuso Haru–. Iremos hacia el humo, pero lo haremos con cuidado. Cuando lleguemos a esos edificios que señaló Kira, subiremos a uno para echar otro vistazo y enviaremos a Nick y Steve por los costados para que busquen algo fuera de lo común.

–Tú no estás a cargo –replicó Jayden–. Ni siquiera sigues siendo militar.

–Mi esposa y mi hijo se están muriendo allá –dijo Haru–. Puedes tratar de quitarme el mando, pero no te voy a facilitar las cosas.

–Esto no funciona así, Haru.

–Los exploradores están de mi lado –anunció Haru, con voz grave y tensa. Flaco y Flojo cambiaron de posición ligeramente, como para recordarles su presencia de un modo sutil–. ¿Tú qué tienes? ¿Un par de chicas? Iremos

hacia el humo.

En un segundo, la habitación se volvió fría y silenciosa; cada uno miraba a los demás, calculando la distancia y observándoles las manos.

Jayden apretó los dientes, tragándose su orgullo.

–Tendremos que usar las radios para coordinar –dijo.

La tensión se aflojó.

–Canal treinta y cinco, sin ubicaciones verdaderas por si los Parciales están escuchando.

Al edificio al cual vamos lo llamaremos Holly y las tres torres contiguas serán Max; los Parciales son Fred y los humanos, Ethel, suponiendo que tengan uniformes que nos permitan identificarlos. Cualquiera a quien no podamos identificar es Lucy.

Jayden trazó rápidamente un mapa de la zona, señalando el humo y otro punto identificable que encontró. El descenso por la escalera fue tenso, pero no

ocurrió nada. Haru explicó el plan a Gabe y se pusieron en marcha a través de la ciudad. Con frecuencia subían a los techos de los automóviles para poder ver por encima de los pequeños arbustos que poblaban la calle.

Kira estaba tomando nota mentalmente de los edificios claves al pasar, cuando se detuvo, sorprendida, al ver un grácil caballo negro pastando en una alcantarilla. Este la miró;

relinchó exageradamente, dio la vuelta y se marchó trotando por una calle lateral. Yoon lo observó alejarse casi con melancolía.

–¿Te agradan los caballos? –le preguntó Kira.

–Los caballos, los perros, los gatos: me gustan todos los animales. Durante años tuve un pingüino de mascota, antes de ingresar a la Red de Defensa.

–¿Y por qué ingresaste? ¿Por qué no te hiciste

veterinaria, granjera o algo así?

–Porque mi mamá era soldado –respondió Yoon, encogiéndose de hombros–. Al menos, estoy bastante segura de que lo era. Recuerdo que usaba uniforme… de la Marina, creo. Era azul. Tengo una foto en alguna parte –hizo una pausa, y luego se inclinó hacia Kira y susurró–: mantén los ojos abiertos. Todos sabíamos que Haru era un bocón, pero nunca pensé que llegaría a desafiar

así a Jayden. Y Nick y Steve vinieron con él, no con nosotros.

–¿Y cuando nos separemos? –susurró Kira–. ¿Cambiará la estructura de poder?

–Nick y Steve son mucho más peligrosos cuando no se los ve –repuso Yoon–. Que se vayan no me deja nada tranquila.

Kira vigiló a Haru como un halcón durante toda la tarde, pero no sucedió nada. Llegaron a las tres torres (en realidad, eran cinco edificios de

apartamentos iguales, ahora que podían verlos desde un mejor ángulo), y Flaco y Flojo se separaron para cumplir con su misión. Haru condujo a los demás hasta la torre norte, cuyo vestíbulo atravesaron cuidadosamente para subir por la escalera. Había un intenso olor a podredumbre, tanto vegetal como animal, y Kira se colocó la máscara para sofocar el hedor. Llegaron al último piso y, en silencio, abrieron la

cerradura de un apartamento. La familia seguía allí, con la piel apergaminada y tensa sobre los esqueletos resecos. Un enjambre de ratas se escurrió hacia las paredes, dejando en el suelo una golondrina muerta a medio comer. Jayden la apartó de un puntapié y se acercó a la ventana con sigilo.

Ahora el humo se veía con más claridad, apenas a unos ochocientos metros; como no había viento, se elevaba en una

sola columna desde la chimenea de una pequeña casa de ladrillos. Jayden, Haru y Yoon sacaron sus binoculares, mientras que Gabe se apostó en guardia en el corredor detrás de ellos. Kira miró por la ventana: cientos de casas y edificios, miles de ventanitas negras que los miraban como ojos ciegos. Uno de esos ojos los buscaba a ellos… ¿ya los habría visto? ¿Podrían ellos anticiparse? ¿Qué grupo de

soldados con binoculares encontraría al otro y qué pasaría entonces?

Siguieron observando y esperando. Un par de ratas salieron de la pared y arrastraron su golondrina debajo del sofá. Kira se sentía inquieta y fue a explorar el apartamento: había un esqueleto en el sofá de la sala, uno en el piso de la cocina y dos en el dormitorio del fondo. Tenían los brazos entrelazados en un abrazo final.

Kira cerró la puerta con suavidad y regresó a la sala.

Una radio crepitó a bajo volumen.

–Timmy llamando a Jimmy.

La voz salía tan distorsionada por la estática que Kira no pudo distinguir si era Flaco o Flojo.

Haru se llevó la radio a la boca.

–Aquí Jimmy. Informa situación.

–Tengo a Holly a la vista, pero no veo nada. ¿Quieres que

me acerque más?

–Negativo, Timmy. Mantén tu posición.

–Copiado –dijo la voz en la radio–. No hay rastros de Fred ni de Ethel, pero Holly parece habitado: hay senderos hasta la puerta, esa clase de cosas. Quienquiera que sea, lleva un tiempo allí.

–Copiado, Timmy. Avísame si hay algún cambio –Haru dejó la radio y se frotó los ojos–. Será mejor que veamos algo pronto.

No quiero dormir en este apartamento.

Kira abrió las alacenas en busca de comida enlatada. Había participado en tantas incursiones de rescate que había adquirido el hábito.

–Jimmy y Timmy, ¿eh? Ustedes sí que se identifican con nombres bien masculinos.

–Eso no es nada –respondió Haru–. El otro es Kimmy.

Como si lo hubiera oído, la radio volvió a crepitar. Kira tomó

tres latas de vegetales de una alacena que había arriba del refrigerador. Haru atendió la llamada.

–Kimmy llamando a Jimmy.

–Aquí Jimmy. Informa situación.

–El informe de Timmy era falso. Repito, falso. Fred está en Holly, los tengo a la vista ahora mismo. Tienen a Timmy.

–Silencio de radio –dijo Haru inmediatamente, y dejó el aparato–. Maldición.

Jayden se apartó de la ventana, con el ceño fruncido de súbita preocupación.

–Eso no es bueno.

Haru golpeó la mesa.

–¡No tenemos tiempo para esto! –gritó y volvió a golpear la mesa.

Kira frunció el ceño.

–Atraparon a… ¿Timmy? ¿Cuál de los dos es?

–Steve –respondió Yoon.

–¿Flaco o Flojo?

Yoon vaciló un momento.

–Flaco.

Kira soltó una palabrota.

–¿Crees que esté muerto?

–No nos consta que sea él –intervino Jayden–. La segunda llamada bien pudo ser una advertencia de que la primera fue falsa, pero también es probable que la segunda haya sido falsa, para confundirnos.

–Si la segunda fue falsa –dijo Kira–, ¿no habría vuelto a llamarnos el primero para ponernos sobre aviso?

–Apagué la radio –respondió Haru–. Si atraparon a uno de los exploradores, ya nos llevan ventaja. La única razón para revelar esa información es averiguar dónde estamos. Es posible que ya hayan rastreado la señal… no sé qué clase de tecnología poseen.

–Pero los dos mensajes usaron nuestras palabras en clave –dijo Kira–. Tiene que haber alguna manera de que los dos exploradores aún estén a

salvo. Tal vez no vieron lo mismo… tal vez estaban mirando dos casas diferentes.

–No. Llevan demasiado tiempo trabajando juntos; no se acusarían entre sí tan abiertamente si no estuviesen completamente seguros. Si la primera llamada fue real, la segunda no puede serlo, y si la segunda llamada fue real, obviamente tenemos que creer que el primero mentía.

–No pueden haber torturado a

nadie tan rápido –dijo Jayden, poniéndose de pie lentamente–. Es imposible que hayan obtenido las palabras claves a menos que… –hizo una pausa–. ¿Y si…? No, no puede ser; sería una locura.

–¿De qué hablas? –preguntó Haru.

–Nada –respondió Jayden–. Estoy paranoico.

–Me parece muy saludable estarlo en este momento –dijo Kira.

Jayden echó un vistazo a Haru y luego la miró a ella.

–¿Y si uno de los exploradores es un Parcial?

–Eso ni siquiera… –dijo Kira, pero se interrumpió a media oración. Estaba a punto de decir que no era posible, pero ¿y si lo era?

–Es ridículo –protestó Haru–. Conozco a Nick y Steve desde hace años.

–¿Desde antes del Brote? –le preguntó Jayden.

–Bueno, no –respondió Haru–, pero no importa. Es imposible.

–Por fuera son exactamente iguales a nosotros –le recordó Jayden–. ¿Quién puede asegurar que no hayan estado viviendo entre nosotros todo este tiempo?

Kira se recostó contra la pared; se le aflojaron las piernas y de pronto necesitaba ese apoyo. Las implicancias eran aterradoras, pero la lógica… no tenía sustento.

–¿Y entonces qué? –preguntó–. Si nos quisieran muertos, podrían habernos matado en cualquier momento. ¿Qué ganan al traicionarnos aquí, en medio de la nada?

–No lo sé –respondió Jayden–. Solo estoy pensando en voz alta.

–Cálmense todos –dijo Haru–. No son Parciales.

–Voces, entonces –propuso Jayden–. Podrían haber infiltrado un traidor en nuestras

propias filas para sabotear la misión.

–¡Yo avalé a los dos! – susurró Haru.

–A eso mismo me refiero – dijo Jayden, y Kira vio que su mano se iba acercando a su pistola.

Kira retrocedió hacia la barra de la cocina, atrapada entre los dos soldados. Afuera, en el corredor, Gabe se volvió para observar la discusión con una expresión de sorpresa y enojo.

Haru notó la posición de la mano de Jayden, reparó en su tono de voz y se puso rígido de inmediato.

–Maldito…

–Esperen –intervino Kira–. No tenemos tiempo para esto. Si uno de nosotros fuera un traidor, podría habernos delatado con mucha más eficiencia hace mucho tiempo –respiró hondo y dio un paso adelante, bloqueando la línea de fuego entre ellos–. Allá afuera

hay un enemigo de verdad, sea quien sea, y sabe dónde estamos. Si es cierto que atraparon a uno de los exploradores, ya sea que lo hayan torturado o como sea, probablemente ya les dijo que estamos en uno de estos edificios de apartamentos. Lo único que no sabía era en cuál. Eso significa que están más cerca de lo que pensamos…

Se detuvo y miró hacia el corredor. ¿Eso fue…? Le

pareció oír algo, pero luego ya no escuchó nada. Hizo un movimiento hacia su fusil.

Un fuerte disparo resonó en el corredor y Gabe cayó al suelo como una media res vacuna. Kira lanzó un grito ahogado y se quedó observando, aturdida, el cuerpo caído de Gabe. Haru corrió a la puerta y se detuvo unos centímetros antes para examinar el cuerpo. Se volvió e informó con señas: una explosión en una dirección, un

arma, y luego señaló claramente en la otra dirección. La sangre se había salpicado hacia la izquierda, tradujo Kira, es decir que el tirador estaba a la derecha. Haru sacó una granada de su cinturón, le quitó la espoleta y la arrojó hacia la derecha. La explosión hizo temblar el edificio y sacudió el polvo de las paredes.

–Eso nos dará un poco de tiempo –gruñó, mientras tomaba su fusil.

Kira se esforzó por recuperar la compostura, tratando de obligarse a reaccionar, y por fin echó a correr hacia la puerta. Haru trató de detenerla, pero ella luchó.

–Tengo que ayudarlo.

–Está muerto.

–¡Soy paramédica, puedo ayudarlo! –gritaba y forcejeaba para apartarlo.

–Está muerto, Kira –repitió Haru, con ferocidad, mientras sus manos la retenían como

bandas de hierro–. A Gabe le dispararon, lo mataron –le susurró al oído–. Quien lo hizo sigue en ese corredor, y el próximo que asome la cabeza morirá con él.

–¡Déjame ayudarlo!

–No hay nada que puedas hacer por él –le dijo Jayden con voz queda–. Ahora tenemos que buscar la manera de sobrevivir los próximos cinco minutos.

Kira levantó la vista y vio a Jayden y a Yoon con una rodilla

en el suelo, agazapados en los rincones de la habitación, con sus fusiles apuntando a la puerta. *Por supuesto*, pensó, recuperando poco a poco la compostura, *los Parciales mataron a Gabe y ahora vienen por nosotros.* Dejó de forcejear. Haru la soltó lentamente, levantó su fusil y se refugió en el vestíbulo. Ella lo siguió, con el arma levantada y los ojos clavados en la puerta abierta.

–¿Cuánto tiempo tenemos?

–No tengo idea –respondió Jayden, y cruzó hasta el pasillo donde estaban ellos, mientras Kira y Haru cubrían la puerta. Yoon lo siguió–. Haru arrojó esa granada bien rápido; van a pensarlo dos veces antes de arremeter.

–Es la única razón por la que seguimos vivos –dijo Yoon–. Si esto se convierte en una pelea frontal, perdemos.

–No hay otra salida –dijo Haru–. Tarde o temprano, esto

se convertirá en una pelea frontal.

–Podríamos salir por la ventana –sugirió Yoon–, quizá atacarlos por detrás.

–Nos expondríamos demasiado –respondió Jayden–. Además, estamos en un quinto piso.

Kira ladeó la cabeza, escuchando.

–Vienen otra vez. ¿Tienes más granadas?

–¿Los oyes? –preguntó

Jayden, con el ceño fruncido.

–¿Tú no?

Él negó con la cabeza, le quitó el seguro a una granada y la arrojó por la puerta a ciegas, más allá del cuerpo inmóvil de Gabe y hacia la derecha, hacia los Parciales. El edificio tembló. Kira apoyó una mano en la pared para sostenerse.

–Un par más de esas y ni siquiera tendrán un piso donde caminar –dijo Haru.

Jayden esbozó una amplia

sonrisa y sacó otra granada.

–No es mala idea.

–Espera –dijo Kira rápidamente, tomándolo del brazo–. Si destruyes el pasillo, solo estarás postergando el ataque.

–Lo sé –respondió Jayden–. Esa es la idea.

–¿Tienes algún otro explosivo? –susurró Kira.

Jayden la miró con curiosidad, y Haru se acercó a escuchar. Yoon seguía apuntando a la

puerta.

–¿Tienes algún otro explosivo? –repitió Kira, con un hilo de voz.

Haru palmeó su mochila.

–C4 –susurró.

Kira asintió.

–Si destruimos el pasillo, aun así nos atacarán, aunque no sabremos cuándo ni desde dónde. Pero si volamos esta sala mientras los Parciales estén aquí y nosotros no, neutralizaremos la amenaza.

–Eso podría funcionar –dijo Haru–. Y francamente, podría ser nuestra única oportunidad contra ellos, pero es posible que este viejo edificio no lo soporte; la mayor parte es de madera. Cualquier cosa lo suficientemente fuerte para eliminar a un grupo de Parciales podría volar todo el edificio, o al menos varios pisos.

–Un hueco en el piso sería una ruta viable de escape –comentó Kira–. Si sobrevivimos.

Es eso o una balacera, y en ese caso no creo que tengamos suerte.

Jayden respondió de inmediato.

–Hagámoslo.

CAPÍTULO QUINCE

Los Parciales se movían con cautela. Cuando Kira los oyó, ya estaban en la puerta de enfrente. Un paso tal vez, o una respiración intensa… no podía saber con certeza qué era, pero lo había oído. Esperó, y el silencio pareció prolongarse una eternidad. Luego, súbitamente, algo atravesó los escombros que había en la entrada con un

traqueteo, seguido de un estallido semejante a un disparo. Una granada de aturdimiento. Los cuatro se petrificaron y guardaron el mayor silencio posible en la habitación del fondo, mientras unos pies con botas pesadas corrían hacia la cocina.

Jayden estaba tendido en el suelo junto a la puerta cerrada, sosteniendo uno de los instrumentos médicos de Kira: un pequeño visor con mango

fino y flexible. Estaba hecho para examinar narices y gargantas, pero servía muy bien como una especie de periscopio diminuto. Lo había pasado por debajo de la puerta y enfocaba hacia un lado, lo que le daba una vista perfecta de la sala minada.

Kira oyó un leve murmullo que provenía de la sala, y prestó más atención. No estaba segura, pero le sonó como "*¿Qué grupo es este?*". No hubo

respuesta.

Jayden levantó la mano, preparándose para dar la señal, y Haru acercó el dedo al detonador. Kira lo detuvo, tratando desesperadamente de indicar con mímica que había uno más en el pasillo. Oía sus pasos. Haru pareció entender y esperó.

Jayden dio la señal y se acurrucó detrás de los colchones que habían apilado contra la pared. Al ver que no

había explosión, se volvió, alarmado; notó que Haru esperaba, articuló algunas palabrotas y volvió a dar la señal.

Kira señaló hacia el pasillo, indicando lo mejor que pudo que había uno más. Levantó tres dedos y los clavó en el aire enfáticamente. Lentamente y en silencio, Jayden volvió a acercarse al visor; apenas miró, saltó sorprendido y se abalanzó hacia Haru con los ojos

agrandados por el terror. La perilla de la puerta giró; uno de los Parciales estaba entrando. Kira bajó la mano de un golpe contra el detonador.

El mundo rugió.

La explosión sacudió el edificio y derribó molduras de las paredes y yeso del cielorraso. La pared se hizo añicos y voló hacia ellos que, aun con la protección de los colchones, sintieron como si los hubiesen golpeado en la cabeza

con un martillo. En el mismo instante, toda la habitación empezó a deslizarse hacia abajo, y el piso cedió con una horrible sensación de vértigo. Kira se aferró al armazón de la cama, aunque este también se resbalaba con todo lo demás. Oyó otro rugido colosal, vio una avalancha de madera y yeso que volaba hacia ella con un estruendo y soltó la cama para cubrirse la cabeza con ambas manos.

Sintió que la zarandeaban en todas direcciones, y luego que la envolvía algo áspero y enorme. El movimiento se hizo más lento, hasta que se detuvo. Al descubrirse poco a poco la cabeza notó que otras partes del edificio seguían tambaleándose: una lluvia de polvo y escombros, un refrigerador que caía, un tapete que se deslizaba lentamente hacia un agujero. Los pisos y las habitaciones del edificio habían

perdido todo sentido: ahora estaban aplastados todos juntos en un caos tridimensional. Intentó moverse; estaba hundida hasta la cintura en escombros. Sentía las piernas inmovilizadas por algo enorme y pesado.

Oyó un grito a lo lejos y respondió, con la garganta llena de polvo y la voz ronca.

–¡Hola! ¡Jayden!

Una mano surgió de entre los escombros delante de ella, con el uniforme gris oscuro y el

blindaje corporal que reconoció de innumerables fotografías de la época de la guerra. Era un Parcial.

Kira intentó liberar sus piernas, pero no pudo moverse; luego buscó su fusil. No estaba por ninguna parte; hasta su maletín médico había desaparecido. El brazo que salía de entre los escombros se movía lentamente pero con tenacidad, buscando al tanteo algo a qué aferrarse. Encontró

un trozo de una barra de refuerzo que asomaba y la asió con firmeza, tratando de liberar su propio peso. Ella vio que los escombros empezaban a removerse. El Parcial salía a la superficie…

Entonces una rata cayó del cielo.

Kira se echó atrás, sobresaltada, y su mente tardó un segundo en procesar el objeto. La rata golpeó el suelo, se retorció para enderezarse y

siseó. Kira agarró un trozo de yeso de la pila que la mantenía atrapada y se lo arrojó a la rata, para espantarla. Oyó más chillidos arriba y, al levantar la vista, vio una cornisa inclinada que bullía de roedores, medio metro por encima de su cabeza.

–No…

Un sofá que estaba detrás de las ratas de pronto avanzó veinte centímetros. Dos ratas más cayeron hacia ella, y una aterrizó en su cabello. Kira la

apartó de un golpe y empezó a cavar con desesperación entre los escombros que la rodeaban. El brazo del Parcial seguía esforzándose, mientras los cascotes se deslizaban y cambiaban de lugar. Poco a poco fue emergiendo un casco; la cosa tenía la cara cubierta por un visor negro, pero la oyó emitir un gruñido grave y gutural. Kira siguió cavando frenéticamente y empujando en vano para liberar sus piernas del

peso que las inmovilizaba. El sofá rechinó contra el suelo y provocó otra lluvia de ratas: tres, cinco, no se molestó en contarlas. El Parcial se lanzó hacia arriba, y de pronto tuvo los dos brazos libres. Se sacudió para quitarse más escombros de encima, apartando ladrillos rotos y trozos de madera.

Kira no tenía tiempo para pensar: extendió los brazos hacia arriba, se aferró a la

cornisa y tiró hacia abajo con todas sus fuerzas. Un aluvión de ratas la cubrió de pelos, garras y colas que se retorcían. El Parcial se lanzó hacia adelante, con las manos como pinzas. En ese preciso instante el sofá cedió y se precipitó como una roca, golpeándolo en la cara y volviéndolo a hundir en el suelo. Ella dio un alarido cuando el mueble le aplastó la piel de los nudillos, y siguió gritando mientras trataba de ahuyentar al

frenético enjambre de roedores. Hubo gritos de respuesta a lo lejos, pero no lograba descifrarlos. Volvió a hacer fuerza con las piernas y las sintió moverse, muy ligeramente; la caída del sofá debía de haber movido lo que la tenía atrapada. Jaló con todas sus fuerzas; luego cambió de idea y empezó a empujar, a presionar contra el peso para alejarlo más. Si el sofá lo había desplazado, quizá ella pudiera

correrlo un poco más.

El sofá volvió a moverse. Debajo, el Parcial seguía con vida.

Kira gruñó por el esfuerzo, apretó los dientes y empujó violentamente contra los escombros. Volvieron a ceder y la grava rozó sus piernas. Sintió que todo el piso debajo de ella desaparecía con un fuerte rugido y se la tragaba; lanzó un grito de terror. Cayó tres o cuatro metros y aterrizó en un

agujero negrísimo, luchando por incorporarse mientras seguían lloviendo escombros.

Oyó un susurró apremiante.

–¿Hola?

–Yoon, ¿eres tú?

–¡Kira! Ayúdame a mover este mueble.

Los ojos de Kira se fueron adaptando poco a poco, y la negrura se fue convirtiendo en un contorno gris oscuro de formas y ángulos. Aparentemente, todas las

ventanas estaban bloqueadas por los derrumbes. Siguió la voz de Yoon, resbalando y deslizándose sobre los escombros, y la encontró inmovilizada debajo de una pesada cómoda de madera. Kira tenía mejor ángulo de apoyo que Yoon, y juntas lograron empujarla a un lado. Se oyó un fuerte golpe seco detrás de ellas; al darse vuelta, Kira vio que el Parcial de arriba acababa de saltar tras ella al agujero.

Aterrizó con facilidad, como un gato, y se puso de pie inmediatamente. Kira volvió a agacharse, con la esperanza de que los ojos de aquella cosa tardaran más que los suyos en adaptarse a la oscuridad, pero se lanzó hacia ella con perfecta precisión y la derribó al suelo. Kira lo pateó y arañó, pidiendo ayuda a gritos, pero los brazos del Parcial parecían de acero; sentía su peso como una jaula, sus músculos sólidos como

barrotes. Pero de pronto, se puso rígido y arqueó la espalda. Yoon arrancó su cuchillo de la espalda del Parcial, giró y volvió a empujarlo hacia su garganta levantada. El Parcial cayó a un lado con un balbuceo sibilante y echando un chorro de sangre caliente.

Yoon jadeó.

–Tuviste mucha suerte, porque él no sabía que yo estaba aquí.

–Hay por lo menos dos más

que no hemos encontrado –recordó Kira, poniéndose de pie–. Tenemos que buscar a Jayden y Haru.

Dos pisos por debajo de la explosión, el edificio era más sólido y resultaba más fácil moverse. La primera puerta que encontraron estaba bloqueada por los escombros, pero la forzaron y exploraron en silencio, con oído atento. Divisaron a Jayden, que venía desde la otra dirección por el

largo corredor central; aún tenía sus dos pistolas, y le entregó una a Yoon.

–Parece que abajo no hay mucho daño –observó–, aunque la estructura se está debilitando en el lado oeste. Si Haru sigue con vida, está más arriba.

Kira asintió y caminaron con esfuerzo hasta una escalera situada del lado este del edificio, más estable. Dos pisos más arriba, oyeron una voz débil y la siguieron hasta llegar al otro

extremo. Entraba luz por un hueco ancho donde la pared exterior había volado. Haru colgaba de un caño expuesto: con un brazo se sujetaba y en la otra mano aferraba la tira de una mochila de la que pendía, inconsciente, un Parcial.

–Está vivo –dijo Haru, con los dientes apretados, obviamente haciendo un gran esfuerzo por no perderlo–. Lo atrapé justo cuando cedió la pared.

–Pues déjalo caer –repuso

Jayden, con el ceño fruncido; al tiempo que trataba de identificar un camino seguro para llegar a Haru rodeando el hueco abierto en el piso–. Te salvaremos y, una vez que él esté en el piso, le cortaremos el brazo o algo.

–Ni lo sueñes –replicó Haru. Gruñó por el esfuerzo y reacomodó la mano que sujetaba la tira–. Quiero llevarme esta cosa viva, para poder molerla a golpes cuando lleguemos a casa.

–No vamos a llevarlo; solo necesitamos sangre y tejido para analizar –respondió Kira.

–Vamos a llevarlo y a interrogarlo. ¿Nuestra gente no sabe dónde estamos y por alguna razón los Parciales estaban aquí, esperándonos? Quiero saber por qué están aquí, quiero saber qué hacen y si nuestros exploradores son agentes Parciales.

–Tiene razón –opinó Yoon–. Nick y Steve colocaron la mitad

de las trampas en Brooklyn; si alguno de ellos es Parcial, todo nuestro perímetro de defensa podría ser inútil. Y si los Parciales están tramando algo, como un ataque…

–Kira, ¿aún tienes tu equipo médico? –interrumpió Jayden.

–No, solo el bolso de la cintura; mi maletín se perdió.

–¿Algún sedante?

Ella se fijó y asintió.

–Un analgésico que le hará el mismo efecto, si le damos

suficiente –echó un vistazo al cuerpo que pendía del brazo de Haru–. Si su biología es como la nuestra.

–No quiero ser una molestia –gruñó Haru–, pero esta cosa pesa más de lo que parece.

Lentamente, Jayden avanzó por la periferia de la habitación hasta llegar a él. Kira examinó los escombros, encontró una pared sólida y bajó con cuidado al siguiente nivel. Yoon la siguió, y juntas sostuvieron al Parcial

que colgaba por fuera de la ventana y lo metieron. A la vez, Jayden rescataba a Haru.

Entre las dos tendieron al Parcial en una parte estable del piso. Kira le quitó el casco y se detuvo, con los ojos clavados en él. Sabía que tendría aspecto humano (por supuesto que parecían humanos, esa era la idea) pero aun así, ver uno por primera vez era… No podía definirlo con palabras.

Rostro humano. Boca y nariz

humanas. Ojos humanos con la mirada vacía clavada en el techo. Un hombre joven, apuesto, de cabello castaño corto y un incipiente hematoma en la mandíbula. El peor enemigo al que la humanidad se había enfrentado jamás, el monstruo vil que había provocado el fin del mundo.

No podía tener más de diecinueve años.

–Es extraño, ¿no? –comentó Yoon–. Tanto hablar de que se

parecen a nosotros, y mira… se parecen a nosotros.

Kira asintió.

–No sé si eso lo hace menos o más temible.

Yoon desenfundó la pistola semiautomática que Jayden le había dado y apuntó al Parcial.

–Lo que vayas a hacer, hazlo rápido.

Kira sacó un frasco de *Nalox*.

–En el mejor de los casos, esto lo mantendrá tranquilo – dijo, mirando de reojo a Yoon.

–Y en el peor de los casos, ¿morirá?

–No, despertará –respondió, luego preparó la inyección y sostuvo la jeringa sobre el cuello del Parcial–. No tenemos idea de cómo reaccionarán estas nanopartículas en su fisiología. En lo que a mí respecta, que muera está muy cerca de ser el mejor de los casos.

Le clavó la aguja en el cuello, empujó el émbolo y guardó la jeringa.

–Listo –avisó. Jayden estaba ayudando a Haru a bajar a la habitación–. Pero aún queda un Parcial que no hemos encontrado.

Haru levantó una ceja.

–¿No había dos más?

–Yoon mató a uno –explicó Kira, y los ojos de Haru se agrandaron. Kira lanzó una risita seca–. En serio. Prácticamente le cortó la cabeza. Claro que eso fue después de que quedó enterrado vivo dos veces, le

cayó un sofá en la cara, me persiguió por los escombros de dos pisos y casi me mata.

–Y la explosión mató al otro –agregó Jayden–; cuando estaba arriba encontré suficientes pedazos de él para saber que ya no es una amenaza. Debe de haber estado justo encima de la bomba cuando explotó. Así que deberíamos estar a salvo.

Levantaron al Parcial inconsciente, lo sacaron del edificio con cuidado por el cráter

de varios pisos y bajaron la escalera hacia las puertas exteriores. Jayden los detuvo.

–Esperen… me apresuré a hablar –dijo, recorriendo con la mirada el terreno cubierto de vegetación–. Hay por lo menos un enemigo que no tuvimos en cuenta: uno o los dos exploradores siguen allá afuera, y aún no sabemos de qué lado están. Además, podría haber más de estas cosas que no hayan atacado el apartamento.

Kira observó el terreno y vio los árboles jóvenes meciéndose con la brisa. Les darían cierta protección, pero esencialmente era terreno abierto.

–Tendremos que correr hasta aquellos edificios –dijo–, pero no podemos movernos muy rápido con este peso muerto entre nosotros.

Haru se frotó el brazo izquierdo, del que había estado colgado, tratando de recuperar la sensibilidad.

–No queda otra opción que hacerlo.

Jayden levantó al Parcial, soportando todo el peso con los hombros.

–Disculpen, señoritas, pero voy a tener que ser egoísta y quedármelo para mí solo. Ahora ¡corran!

Salieron a toda velocidad atravesando enredaderas y retoños. Al llegar al siguiente edificio, doblaron la esquina y continuaron corriendo entre los

autos hasta cruzar la calle y aproximarse a otro edificio. Justo cuando Kira pensó que estaban a salvo, una bala rebotó en el auto que estaba su lado, a pocos centímetros de su cabeza. Se agachó para protegerse.

–¡No dejes de correr, Kira, muévete!

Jayden pasó corriendo con su carga. Ella respiró hondo y volvió a ponerse de pie, pensando que en cualquier

momento se le incrustaría un proyectil en la espina dorsal. Otra bala pasó cerca, como a un metro hacia un costado. Llegaron a la siguiente calle, una avenida bordeada de árboles altos y comercios derruidos. Yoon viró a la izquierda y el grupo la siguió; aprovecharon que estaban a resguardo para cruzar la calle y refugiarse en lo que había sido un local de comidas.

–Son disparos aislados, no

tan seguidos –observó Jayden–. Probablemente significa que no es un grupo sino un solo francotirador.

–Flaco o Flojo –dijo Kira–, el que sea el traidor. Bien hecho, Haru.

–No nos consta que sea uno de ellos –gruñó Haru, pero Kira se dio cuenta de que él temía lo mismo. Yoon vigilaba desde las ventanas del frente, casi invisible tras un parapeto de mesas puestas de lado.

–No podemos quedarnos –dijo Kira.

–Saldremos por la ventana lateral y tomaremos esa callecita –dijo Jayden–. Necesitamos ir zigzagueando entre las calles; el francotirador no es tan peligroso si no vamos en línea recta y no le damos tiempo para apuntar.

–El parque que viste está a pocas cuadras hacia el oeste –recordó Haru–. Podemos ir por ahí la mayor parte del camino,

así no perderemos tiempo con tantas vueltas.

–De acuerdo –dijo Jayden–. Vámonos.

Salieron por el costado, trasladando al Parcial cuidadosamente sobre los vidrios rotos.

–Todavía no veo nada –dijo Yoon, mientras corría para alcanzarlos.

–¿Y el explorador que no nos traicionó? –preguntó Kira, tratando de recuperar el aliento

mientras corrían–. ¿No deberíamos esperarlo? ¿O tratar de encontrarlo?

Haru meneó la cabeza.

–Si no podemos confiar en uno, tampoco en el otro.

–Pero sabemos que uno es inocente.

–Y no sabemos cuál –repuso Haru–. Eso los convierte a ambos en sospechosos. Allá está el parque; corran hacia los árboles y vayan hacia la izquierda.

Otro tiro pasó silbando mientras cruzaban hacia el bosque denso. Kira maldijo por lo bajo al tiempo que se escondía detrás de un automóvil. Los demás pasaron corriendo; ella volvió a armarse de valor y echó a correr hacia los árboles. El parque resultó estar cercado, por lo cual no podían buscar la espesura del centro; pero aun así los bordes eran mejores que nada y siguieron avanzando de árbol en

árbol, siempre cubriéndose las espaldas. Cada pocas cuadras, una calle ancha cruzaba entre los árboles, pero el parque continuaba.

Jayden se detuvo junto a un grupo de taxis y bajó al prisionero Parcial al suelo, haciendo una mueca de dolor.

–No te detengas –dijo Haru, con ferocidad–. Podrás descansar cuando estés muerto.

Jayden asintió y se inclinó

para recoger al Parcial, pero Kira vio caer una gota de sangre de su brazo.

–¡Jayden, estás sangrando!

–¡Sigan corriendo! –insistió Haru.

–Le dieron en el brazo –dijo ella, mirando la herida de Jayden–. ¿Cuánto hace que pasó esto?

–Unas cuadras, nada más –respondió Jayden y se inclinó hacia el Parcial.

–Haru puede cargarlo –dijo

Kira–. Tú sigue corriendo. Te vendaré esto cuando lleguemos a un lugar seguro.

–Pero tengo el brazo prácticamente roto –protestó Haru.

–Pues aguántate y cárgalo –replicó Kira, al tiempo que lo empujaba hacia el Parcial. Ella tomó la pistola semiautomática de Jayden y revisó la recámara–. Yo iré a la retaguardia, ahora corran.

Volvieron a ponerse en

marcha; Yoon iba adelante entre un laberinto de cercos, árboles y autos oxidados. Pasaron por la entrada de un metro, una escalera oscura que se perdía bajo tierra, y Kira se asomó al pasar. Estaba inundada hasta la mitad. *Aquí no podemos refugiarnos.* Siguieron por el parque y pronto vieron una gruesa torre de acero que se erguía adelante.

–Ahí está el puente –dijo Jayden–. Tomen la primera

entrada que vean.

Kira meneó la cabeza.

–No es el mismo puente.

–¿Qué importa qué puente es? –preguntó Jayden–. Salgamos de esta maldita isla.

–Pero… ¡las trampas! –insistió Kira, echando un vistazo atrás mientras corría–. Este todavía debe de tener todos los explosivos en su lugar. Es demasiado peligroso cruzarlo.

Una bala pasó volando, y Jayden soltó una palabrota.

–En este momento no tenemos muchas opciones.

Salieron del parque a toda carrera y se hallaron en una calle ancha. El puente se elevaba frente a ellos en ángulo, hacia arriba y al sudeste en dirección al río. Los cuatro corredores estaban ya tan cansados que empezaron a subir la pendiente con dificultad, jadeando, con las gargantas secas e irritadas.

Un tiro rebotó en la barrera

de cemento, y se dejaron caer para ocultarse.

–No vi quién era –dijo Kira.

–Sea quien sea –respondió Yoon, mostrando su pistola–, el alcance de las armas de los Parciales es mucho más largo que el nuestro. No podemos responder el fuego.

–Tú ve por delante –dijo Jayden, tomando la pistola de Yoon–. Busca las trampas, desactívalas, márcalas o… lo que puedas hacer. Haru y Kira

seguirán con el Parcial. Yo cuidaré la retaguardia.

–Acaba de decir que no se puede responder el fuego –protestó Kira–. ¿Estás loco?

–No desde esta distancia –repuso Jayden, y señaló hacia la base del puente–. Pero desde allá puedo responder muy bien, si logro sacar ventaja. Tarde o temprano tendrá que doblar esa esquina si quiere perseguirnos; entonces me esconderé detrás de uno de los autos y esperaré.

–En ese caso, esperaré contigo –dijo ella–. Soy tu paramédica, imbécil; no voy a dejarte con un agujero de bala en el brazo.

–Bien, pero mantente abajo.

Yoon empezó a gatear y Haru la siguió, arrastrando al Parcial tras él. Kira volvió a bajar con Jayden y se ubicó detrás del grueso neumático de un camión. Jayden se acurrucó junto al siguiente neumático, vigilando el borde de la barrera más abajo.

El conductor del camión, un esqueleto marrón castigado por la intemperie, miraba hacia adelante con las cuencas de los ojos vacías.

–¿Quién crees que sea? –preguntó Kira–. El Parcial, digo: ¿Nick o Steve?

–¿Te refieres a Flaco o Flojo?

Ella rio sin ganas.

–No es que sean difíciles de distinguir, es que me daba vergüenza preguntar cuál era cuál.

–Supongo que ahora nos enteraremos –dijo Jayden.

Kira levantó la vista hacia el puente y luego susurró:

–Los guardias nos verán cruzar el río.

–Lo sé.

–Nos van a denunciar y a arrestar; y a ti probablemente te lleven a un consejo de guerra. Nuestra misión secreta dejará de ser secreta –Kira lo observó, pero él no dijo nada–. Empiezo a pensar que esto fue una idea

estúpida.

Vio un asomo de sonrisa en las comisuras de los labios de Jayden.

–Cállate, Walker –susurró Jayden–. Estamos tratando de hacer una emboscada.

Esperaron, él vigilando el borde de la barrera y ella el resto del camino. Apenas apareciera el Parcial podrían…

Kira oyó un chasquido.

–Suelten las armas.

Kira levantó la vista y vio a un

Parcial de pie frente a ellos: no era Flaco ni Flojo, sino un soldado Parcial, probablemente del equipo que habían encontrado, con su máscara negra resplandeciente al sol. De algún modo había logrado sorprenderlos por detrás. Hizo un gesto con su fusil automático.

Jayden dejó su pistola con un suspiro y Kira apoyó la suya al lado.

–No hagan ruido –ordenó el Parcial–. Hay un…

Una grieta ancha se extendió como una telaraña sobre su máscara, en torno de un pequeño agujero redondo que pareció surgir de la nada; medio segundo después percibieron el sonido apagado de un disparo con silenciador. El Parcial se desplomó en el suelo y Kira se quedó mirándolo, aturdida. Jayden recuperó su semiautomática. Oyeron pasos que corrían y Kira logró darse vuelta; al hacerlo, vio a Flojo

corriendo hacia ellos, con su fusil en las manos.

–Con eso se acabó el francotirador –les avisó Flojo–, pero vienen más. Tenemos que movernos rápido.

–Tú fuiste quien nos puso sobre aviso –dijo Kira.

–Puedes hacerte la sorprendida más tarde –repuso Flojo, mientras se agachaba con una rodilla en el suelo junto al Parcial muerto. Se colgó su fusil, tomó el automático del

Parcial y se volvió hacia Jayden–. En serio: hay por lo menos diez más que nos persiguen. Tenemos que huir ya.

Jayden hizo una pausa, luego se puso de pie y echó a correr pendiente arriba.

–Vamos, Kira. Este puente es muy largo.

Corrieron erguidos, sin molestarse en mantenerse por debajo de la barrera, confiando en que la velocidad y la distancia los mantendrían a

salvo de las balas. Alcanzaron a Haru entre un laberinto de autos abandonados.

–Qué bueno verte, Nick –Haru dejó al prisionero Parcial en el suelo con un gruñido por el esfuerzo–. Tengo el brazo roto y Jayden tiene un tiro en el suyo; hazte cargo del mestizo.

Flojo miró atrás, se encogió de hombros y entregó su arma a Haru. Antes de que pudiera levantar al prisionero, Haru le disparó a la cabeza. Kira lanzó

un grito agudo, Flojo se desplomó en el suelo y Haru volvió a dispararle.

–¿Qué diablos estás haciendo? –le gritó Jayden.

–Ya les dije –respondió Haru–. En lo que a mí respecta, los dos son culpables. No pienso volver con más Parciales que los necesarios.

–¡Él nos salvó! –gritó Jayden–. ¡Mató a un soldado Parcial!

–Eso no significa nada –

replicó Haru, revisando el fusil de asalto–. Ahora cállate y carga al prisionero.

–También decía la verdad sobre el grupo que nos seguía –dijo Kira, mirando hacia atrás–. Ya veo por lo menos un soldado. No llegaremos al otro lado a tiempo.

Jayden frunció el ceño.

–Si el conejo ya salió del sombrero, bien podemos atrapar también algunos ratones –apretó un botón de su radio y

empezó a gritar, mientras se cargaba al Parcial al hombro–. Llamando a todo el personal, repito, a todo el personal. Hay un equipo de la Red de Defensa cruzando el puente de Manhattan. Nos persiguen los Parciales, nos están disparando. Repito: soldados humanos bajo fuego enemigo. Solicito toda la asistencia posible.

Ya estaban corriendo, Kira por delante y Haru siguiéndolos

atrás; cada tanto, se giraba y hacía algunos disparos para frenar el avance de los Parciales.

–Kira –dijo Jayden–, cámbiame el canal –ella giró la perilla de la radio y él repitió el mensaje–. Llamando a todo el personal: hay un equipo humano bajo fuego enemigo en el puente de Manhattan. Solicito toda la asistencia posible –y se dirigió a ella–. Cambia el canal otra vez.

Ahora los disparos llovían

sobre ellos, lo suficientemente cerca para obligarlos a resguardarse. Avanzaron por entre los automóviles, observando el suelo en busca de cables trampa y otros detonadores, rogando con desesperación que Yoon los hubiera encontrado y marcado todos. Haru disparaba a los Parciales, esforzándose por mantenerlos alejados.

Kira se arriesgó a mirar atrás y vio por lo menos a siete, que

iban ganando terreno con rapidez. Jayden se quedó sin aliento, mientras cargaba al pesado prisionero; entonces Kira se hizo cargo de la radio, repitiendo el mensaje una y otra vez con la esperanza de que alguien estuviera escuchando. Alcanzaron a Yoon demasiado pronto, y ella sacudió la cabeza con expresión sombría.

–Es imposible escapar de ellos y a la vez evitar los explosivos. Este puente es una

trampa mortal.

–Me quedé sin balas –dijo Haru; dejó caer el fusil de asalto y tomó la pistola de Jayden sin dejar de correr–. Se están acercando –una bala dio en un auto justo delante de ellos e hizo añicos el espejo lateral.

–Llamando a todo el personal –repitió Kira, casi sin aliento, sujetando la radio con fuerza–, hay un equipo humano de ataque en el puente de Manhattan bajo…

–Los tengo en la mira, fuerza de ataque –crepitó la radio–. Identifíquense.

–No tenemos tiempo para eso –gritó Kira–. Nos persigue un ejército de Parciales.

–Jayden Van Rijn –dijo Jayden–, sargento primero.

–Hay una gran torre metálica de suspensión unos veinte metros delante de ustedes –dijo la voz.

–La vemos –respondio Kira, al levantar la vista.

–Procedan directamente hacia adelante por el carril externo, pasen el auto púrpura que está a la izquierda y dejen atrás la torre. Refúgiense detrás del camión rojo de reparto.

–Que nos refugiemos, ¿de qué? –preguntó ella. El grupo seguía corriendo tanto como podía por el sendero que les habían indicado. Cada paso parecía un lanzazo para los músculos exhaustos de Kira–.

¿Qué va a hacer?

–¿Qué crees que va a hacer? –preguntó Yoon, mientras les indicaba que se agazaparan detrás del camión de *Coca-Cola*–. Por lo que vi hasta ahora, este puente tiene más C4 que acero.

–No querrás decir que…

Detrás de ellos, el puente estalló en una gigantesca bola de fuego, tan intensa que a Kira le ardieron los ojos incluso estando protegida por el gran

vehículo. El puente se sacudió, los autos volaron por el aire y la fuerza de la explosión desplazó el camión unos tres metros más adelante; al hacerlo, empujó a los fugitivos sobre el asfalto. Kira dejó caer la radio y se cubrió los oídos. Una vez que pasó la onda expansiva, se puso de pie, tambaleante, para mirar.

Veinte metros atrás, más allá de la torre más cercana, el puente había desaparecido. De los cables de suspensión

colgaban trozos de acero y cemento. Abajo, el río era un mar hirviente de despojos caídos. Los Parciales que los perseguían se habían evaporado.

–Mantengan su posición –graznó la radio–. Enviaremos un equipo a recogerlos, y más les vale tener una muy buena explicación sobre esto.

CAPÍTULO DIECISÉIS

–**B**ien –dijo Mkele–; parece que tenemos otra oportunidad de charlar.

–Un placer, como siempre –respondió Kira.

Habían acampado para pasar la noche en un cruce de autopistas, al abrigo del viento. Luego de comprobar que no vendrían más Parciales a tratar de perseguirlos en lo que

quedaba del puente, la Red había vuelto a montar guardia y Kira y sus compañeros habían sido llevados tierra adentro. No estaban encadenados, pero un grupo numeroso de soldados de la Red de Defensa los vigilaba muy de cerca. El Parcial seguía inconsciente, firmemente sujeto a una gruesa barrera al costado de la autopista.

–La última vez que hablamos, Kira Walker, tocamos una serie de temas muy importantes –

Mkele había llegado momentos antes a caballo, con un grupo de guardias montados que se dispersaron rápidamente para fortalecer el perímetro. Apartó a Kira de los demás–. Te pido disculpas si, como parece, no fui suficientemente claro con respecto a esos temas. Empecemos por lo más obvio: se considera muy sospechoso y, de hecho, alta traición, ingresar en territorio Parcial, tener trato directo con ellos y

traer uno a territorio humano.

–Creo que tú y yo tenemos distintas ideas de lo que es "tener trato".

–¿Qué hacían en Manhattan?

–Soy paramédica en el hospital Nassau de East Meadow –respondió Kira–. Intento curar el RM y la única manera de lograrlo era consiguiendo un Parcial.

–Entonces simplemente decidiste… ir a buscar uno.

–Primero hice la solicitud por

los canales apropiados –dijo Kira–. Usted no tiene idea de lo valiosa que podría ser esa cosa para la medicina.

–Me cuesta creer que tenga que explicarte lo peligroso que es esto –dijo Mkele–. La estupidez que cometieron. El puente que volaron, ¿crees sinceramente que impedirá que vengan? ¿Que algunas de nuestras complejas defensas los pueda disuadir de atacarnos, en caso de que decidan hacerlo?

Ellos son un millón, Walker, todos mejor entrenados, mejor armados y físicamente más fuertes que nosotros. Solo estamos vivos porque los Parciales han decidido no matarnos. Y ¿quién sabe?, quizá acaban de cambiar de idea –su voz era un rugido furioso–. Y aunque no ataquen, ¿tienes idea de la amenaza que representa este Parcial solo? Nuestra inteligencia de la Guerra con los Parciales

sugiere que fueron ellos quienes liberaron el RM, no tecnológica sino físicamente, usando sus propios cuerpos como incubadoras vivientes. Si eso es verdad, cada Parcial es un arma catastrófica en potencia. ¿Quién sabe qué clase de armas biológicas podrían haber fabricado en los últimos once años? Su sola existencia es una amenaza para nuestra especie.

–Con más razón deberíamos estar estudiándolos –repuso

Kira–. Podríamos averiguar miles de cosas con solo una gota de su sangre. Y con el análisis de todos sus órganos y tejidos, ¿quién sabe qué más podríamos averiguar? Si ellos crearon el RM, y especialmente si usted está en lo cierto y lo preservan o sintetizan en sus cuerpos, es muy probable que también contengan el secreto de su cura. Usted tiene que entender eso.

–Tu trabajo es el futuro de la

humanidad –dijo Mkele–. Mi trabajo es su presente, y estarás de acuerdo en que sin el presente no hay futuro. Si tu trabajo entra en conflicto con el mío, el mío tiene prioridad.

–Eso es una estupidez.

–Es la verdad. Y como personal médico, ya conoces el juramento hipocrático: primero, no dañar. *Primero*. En todo el planeta quedan unos treinta y seis mil seres humanos con vida, y nuestra primera

responsabilidad es mantenerlos con vida. Una vez que nos hayamos ocupado de eso, y solo después, es nuestro trabajo asegurarnos de producir más seres humanos.

–Suena casi simpático cuando lo dice así –comentó Kira.

–Arriesgaste la vida de cinco soldados, un especialista técnico y un paramédico. Tres de esos soldados no regresaron. Y ahora, de todos modos, voy a destruir a este

Parcial.

–No puede hacer eso. Lo necesitamos –dijo rápidamente–. *Después de todo lo que pasamos para conseguir esta cosa, no dejaré que la destruya por nada.*

–Voy a permitirte extraer una muestra de sangre –dijo Mkele–, con el único propósito de analizarla, en una ubicación controlada y lejos de cualquier centro poblado, si el Senado lo permite.

–Con eso me basta –dijo ella–. Necesitamos los estudios médicos ahora; cada semana muere algún recién nacido…

–Estoy cansado de explicarte por qué eso es imposible.

–Pues interróguelo –pidió Kira, intentando que se le ocurriera algo que convenciera a Mkele al menos de esperar–. Era parte de una unidad más grande, en un lugar donde los Parciales no deberían estar operando, y con algún contacto

entre nuestros propios militares.

–Eso me informaron.

–Necesitamos averiguar por qué –insistió–. Es posible que uno de nuestros exploradores fuera un Parcial…

–O simplemente puede que lo hayan interrogado –repuso Mkele–. Un soldado torturado es una explicación más sencilla y, por ende, más probable que una infiltración extendida en toda nuestra sociedad.

–Se ven exactamente como

nosotros –dijo Kira–. Si no hubiera visto a dos de ellos sobrevivir a una explosión, jamás me habría dado cuenta de que no eran humanos. Dado lo fácil que podría ser y el caos que hubo cuando nos retiramos a esta isla por aquel entonces, sería una estupidez no tomar en cuenta al menos la teoría.

–Los Parciales no envejecen –dijo él–. Es imposible que uno de ellos pudiera vivir entre humanos durante once años sin

que se notara.

–Quizá no si es adolescente –repuso Kira–, pero ¿y si son adultos? ¿Y usted?

–Te aseguro que todo está bajo control –insistió Mkele, con un tono más peligroso que nunca–. No tengas el descaro de decirme cómo hacer mi trabajo, que gracias a ti ahora es mil veces más difícil.

Kira cerró la boca, observándolo, tratando de evaluar la situación. El hombre

tenía razón en parte: aquello había sido una estupidez, y muy peligrosa; pero ella también tenía razón. Era necesario hacerlo. No podía dejar que lo mandara todo al diablo ahora que tenían al Parcial allí mismo. ¿Hasta dónde podría presionar a Mkele? ¿Cómo podría conseguir más que una muestra de sangre antes de que lo destruyeran?

–¡Señor Mkele! –Mkele y Kira se volvieron y vieron a uno de

los soldados, que se acercaba corriendo y agitado el brazo–. Señor Mkele, recibimos una llamada del Senado en código.

Mkele se detuvo, con expresión furiosa; luego la miró a ella y señaló sus pies con gesto perentorio.

–No te muevas.

Siguió al soldado hacia la radio. Kira lo observó mientras sostenía una conversación que no alcanzaba a oír. Por fin, devolvió la radio al soldado y se

dirigió hacia ella hecho una furia.

–De alguna manera el Senado se enteró de lo que ustedes hicieron –le informó, en tono sombrío–. Quieren ver al Parcial con sus propios ojos.

Kira esbozó una leve sonrisa.

–Isolde al rescate –murmuró.

–No te entusiasmes demasiado –le dijo Mkele–. Tanto tu equipo como esa cosa serán interrogados y sentenciados en una audiencia formal del Senado. No van a

disfrutarlo.

De pronto, Kira levantó la vista. Algunos soldados se movían y tomaban sus armas mientras Jayden, Yoon y Haru observaban con recelo desde un costado. Mkele paseó la vista alrededor rápidamente, para ver qué los había puesto en alerta, y luego dio un paso atrás, sobresaltado.

El Parcial estaba moviéndose.

Se inclinaba a un lado, gimiendo suavemente. Mkele

permaneció atrás. El Parcial estaba sujeto por cuatro juegos de esposas: dos lo tenían encadenado firmemente a una valla de acero y cemento, pero aun así quedaba un amplio círculo en torno de él donde aparentemente nadie quería entrar.

Aun desde lejos, Kira vio que estaba atontado, que se esforzaba por despertar, pero de alguna manera seguía resultando una amenaza. Buscó

a tientas su fusil, recordó que la habían desarmado y maldijo por lo bajo.

El Parcial flexionó las rodillas hacia el pecho y luego se estiró hasta donde se lo permitían las cadenas. Apenas alcanzó ese límite, se puso tieso. Su cabeza se sacudía ligeramente mientras luchaba contra el sedante.

Mkele susurró:

–¿Cuánto hace que lo sedaste?

–Unas horas.

–¿Cuánto le diste?

–Doscientos miligramos.

Mkele se detuvo y se quedó mirándola.

–¿Quieres matarlo? Se va a asfixiar.

–No todo es morfina –respondió ella–. Es *Nalox*: en parte morfina, en parte naloxona en nanopartículas. Si el cuerpo pierde demasiado oxígeno, sintetiza más naloxona para reactivar los pulmones.

–En ese caso, podrías

administrarle un poco más. Es obvio que su cuerpo lo tolera –se volvió hacia su equipo–. Preparen armas y apártense de los costados; esto no es un linchamiento.

–No es una ejecución –agregó Kira–. Hay que llevarlo ante el Senado. Ellos lo ordenaron.

El rostro de Mkele se veía duro.

–A menos que resulte muerto en un intento de fuga.

–No puede hacer eso –dijo

Kira, echando un vistazo a la hilera de soldados armados; esperaban cualquier excusa para disparar, con los dedos prácticamente crispados sobre el gatillo.

Kira pensó en el bebé de Madison, en la angustia de su amiga.

–Apunten –ordenó Mkele.

Las armas se colocaron en posición con un chasquido seco. El Parcial volvió a moverse, tosiendo; su garganta sonaba

ronca y horrible.

De pronto, Haru se metió de un salto en medio del círculo, se paró junto a los pies del Parcial y se volvió hacia el pelotón de fusilamiento.

–No pueden matarlo.

–Quítate de ahí –gruñó Mkele.

–Esta cosa es la única esperanza de mi hija –dijo Haru–. El Senado ordenó que lo llevaran con vida.

El Parcial volvió a moverse,

luchando por ponerse de pie. La mitad de los soldados dieron un paso atrás; la otra mitad se adelantó, buscando con las armas una línea de fuego que eludiera a Haru. Este dio un respingo, apretó los dientes y cerró los ojos, pero no se movió.

–Esa cosa es una bomba con piernas –dijo Mkele.

–Sí, es peligroso –respondió Haru–. Pero es la herramienta más importante que hayamos

tenido en esta guerra. Necesitamos tiempo para aprender todo lo que podamos.

El Parcial volvió a gemir. Los soldados mantuvieron las armas levantadas, a la espera de la orden de disparar.

Por favor, pensó Kira, *por favor, no lo maten.* Se armó de coraje, se adelantó y se plantó junto a Haru.

El Parcial se movió otra vez y rozó el dorso de la pierna de Kira. Ella se estremeció y cerró

los ojos, creyendo que podía levantarse y matarla, pero se mantuvo firme.

Mkele la miraba con ojos que hervían de furia.

–Vuelve a sedarlo –ordenó, por fin–. Dale todo lo que tengas. No quiero que vuelva a despertarse hasta que lo tengamos en una celda. Saldremos hacia East Meadow a primera hora de la mañana.

CAPÍTULO DIECISIETE

–**S**e da comienzo a esta audiencia.

Kira estaba sentada en la primera fila de la pequeña cámara del Senado; a su lado Jayden, Haru y Yoon permanecían en silencio. Les habían dado una muda de ropa y les habían permitido asearse, pero seguían bajo custodia. Kira sentía los ojos de toda la ciudad

en su nuca, pero eran solo sus nervios, pues no había espectadores y, si Mkele había hecho bien su trabajo, nadie sabía siquiera que estaban allí. A los soldados presentes les habían tomado juramento de guardar el secreto; habían mandado retirar a los guardias locales, e incluso la mayor parte del Senado estaba ausente, con lo cual quedaba una comisión de apenas cinco políticos de rostros severos. Kira se sintió

agradecida al ver que el senador Hobb estaba entre ellos; él jamás iba a ninguna parte sin su asistente, y la presencia de Isolde le daba fuerzas.

Aunque Kira tenía aquel malestar, ni siquiera las pocas personas que había allí la miraban: observaban al Parcial, que estaba de pie, encadenado a un aparejo rodante de metal colocado en el centro de la sala. Estaba despierto, y sus ojos

observaban a todo el mundo con atención, estudiándolo, esperando en silencio… ¿qué cosa? Kira no sabía qué. Estaba sujeto con correas de cuero, esposas, cadenas y hasta varias vueltas de cuerda y alambre. Nadie sabía a ciencia cierta cuánta fuerza tenía; toda esa restricción podía ser una exageración o podía ser absolutamente insuficiente. La sala estaba rodeada de guardias armados, por las

dudas.

–Tienen un jurado interesante –susurró Isolde, sentada al lado de Kira. Señaló con la cabeza hacia la mesa que presidía la sala–. El senador Hobb será justo; al doctor Skousen ya lo conoces, tiende a quedarse callado durante las reuniones del Senado, pero con todo este punto de vista médico que planteaste, no tengo idea de lo que hará. A su lado está Cameron Weist, de quien no sé

mucho. Es el nuevo representante de la base de la Red en Queens. La del centro es Marisol Delarosa, presidenta del Senado y, desde luego, la arpía que está a su lado es la mamá de Xochi, la representante de las granjas. No tengo idea de por qué está aquí. Los he ablandado cuanto pude, pero… ten cuidado, de todos modos. No te quieren demasiado.

Kira observó al doctor

Skousen.

–Lo sé.

El senador Hobb apartó la mirada del Parcial y se puso de pie. Se veía apuesto, como siempre, casi al punto de turbarla.

–Esta audiencia se convocó por dos razones: la disciplina de estos cuatro adultos jóvenes, y para decidir qué se debe hacer con este… Parcial. Senador Weist.

–Como representante militar

en este consejo –dijo Weist–, empezaré por el asunto más claro. Jayden Van Rijn y Yoon-Ji Bak, pónganse de pie, por favor –ambos se levantaron–. Se les acusa de falsificar formularios militares, abandonar la misión asignada, desactivar el sistema de defensa del puente de Brooklyn, ingresar en territorio enemigo sin permiso y participar en actividades no autorizadas que ocasionaron la muerte de tres de sus compañeros.

¿Cómo se declaran ante estas acusaciones?

–Culpable –respondió Jayden. Tenía el rostro sombrío y desprovisto de emoción, con la vista clavada al frente.

El senador Weist miró a Yoon.

–¿Soldado Bak?

Yoon guardaba silencio, pero Kira vio que se le llenaban los ojos de lágrimas. Tragó en seco, levantó la cabeza y se puso lo más derecha posible.

–Culpable.

–El castigo para estos delitos es severo –continuó Weist–, pero la Red de Defensa desea ser indulgente. Los dos son jóvenes y, francamente, no podemos prescindir de muchos soldados entrenados, aunque sean delincuentes –echó un vistazo al Parcial, por una fracción de segundo y de reojo, y luego tomó un papel–. Esta mañana, un tribunal militar privado resolvió que la soldado

Yoon-Ji Bak, como subordinada en estas actividades, seguía las órdenes de su superior y por ello no es culpable. Soldado Bak, usted regresará conmigo al Fuerte LaGuardia, donde será reasignada. Puede tomar asiento.

Yoon se sentó, y Kira vio que ahora lloraba con más libertad. Extendió la mano y le dio un apretón afectuoso en la rodilla.

Weist miró a Jayden.

–Teniente Van Rijn: así como

el grado de la soldado Bak la hace menos culpable en este caso, el suyo lo hace más. Mintió a sus comandantes, puso en peligro a civiles e hizo que mataran a tres de sus propios hombres. El hecho de que fueran voluntarios y fueran copartícipes en la conspiración no nos importa, y a usted tampoco debería importarle; usted era su líder, y ahora están muertos.

–Sí, señor.

–Por lo tanto, será dado de baja sin honores del servicio militar y quedará bajo custodia del juzgado civil. La Red de Defensa recomienda una condena de prisión y trabajos forzados, pero eso es decisión del juzgado, no nuestra. Puede tomar asiento.

Jayden se sentó, y Kira le susurró por lo bajo:

–Es un bocón.

–Tiene razón –respondió, en voz baja–, y fue más que justo.

Deberían haberme ejecutado.

–Bueno, no lo digas con tanto entusiasmo.

–Gracias, senador Weist –dijo Hobb–. Ahora procederemos con la audiencia civil. Soldado Bak, puede retirarse si lo desea.

–Me quedaré con mis amigos, gracias –respondió ella, y permaneció en su silla. El senador Hobb hizo una pausa, se encogió de hombros y prosiguió.

–Señor Haru Sato, de pie, por favor.

Haru se levantó.

–Buena actitud, la de Yoon –susurró Isolde–. Demuestra solidaridad con ustedes. Al senador Hobb le encantan esas cosas.

–¿Favorecerá a los otros?

–No puedo asegurarlo –respondió Isolde.

–Haru Sato –dijo Hobb–, con sus veintidós años, usted es el miembro de más edad de este

grupo, y el único adulto. ¿Qué puede alegar en su defensa?

Los ojos de Haru estaban duros como el acero.

–No sea condescendiente con ellos, senador.

Kira oyó que un murmullo recorría la sala e hizo lo posible por disimular una mueca. *Haru, imbécil, ¿qué estás haciendo? Debes lograr que se pongan a favor, no en contra.*

–¿Podría explicar ese comentario? –pidió fríamente el

senador Hobb.

–Acaban de castigar a Jayden por tomar una mala decisión como oficial al mando, ¿y no lo llaman adulto? Kira y Yoon tienen dieciséis años, edad que ustedes mismos están pensando implantar como nueva edad de embarazo. ¿Van a obligarlas a tener hijos, pero no las llaman adultas? –miró fijamente a cada uno de los senadores, clavándoles la mirada–. Yo tenía once años

cuando sobrevino el Brote. Vi morir a mi padre en un ataque Parcial. Dos semanas más tarde, vi morir a mi madre y a mis hermanos en un gimnasio escolar tan lleno de refugiados que el RM se esparció como un incendio forestal. Fui el único que quedó vivo en toda la ciudad. Caminé treinta y dos kilómetros, solo, hasta que encontré otro grupo de sobrevivientes. Aquel día dejé de ser un niño, senadores, y

estos tres pasaron por lo mismo, siendo aún más jóvenes que yo. Todos los días arriesgan sus vidas por la sociedad, poseen empleos, y en cualquier momento van a exigirles que además tengan hijos, ¿y ustedes tienen el cinismo de no tratarlos como adultos? Esto no es el paraíso que perdieron con el Brote, y ya es hora de que acepten eso.

Kira escuchaba con los ojos dilatados. *Así se hace, Haru.*

Diles. Se inclinó hacia Isolde.

–A ver si con eso aprenden un poco de respeto.

–Para él, sí –susurró Isolde–. Para ustedes, en realidad, es muy malo. Haru está tratando de presentarlos como iguales, para que esto quede como una conspiración conjunta de adultos en lugar de ser un adulto que lidera a un grupo de menores. Si piensan que él fue quien lo planificó todo, podrían darle una condena más severa. Por eso

trata de no pagar por ustedes, como Jayden por Yoon.

–Pero eso es… –Kira frunció el ceño, mirando alternadamente a Haru y a los senadores–. Pero me pareció muy noble.

–Estuvo brillante –dijo Isolde–. Semejante comadreja está desperdiciada en el área de construcción.

–Muy bien –dijo el senador Hobb–. Kira Walker, ¿desea ser tratada como adulta?

Maldición. Muchas gracias, Haru. Kira se puso de pie y sostuvo su cabeza erguida.

–Yo tomé mis propias decisiones, senador. Conocía los riesgos y los entendía.

–Pareces muy segura de eso –observó el doctor Skousen–. Dime, Kira, ¿qué pensabas hacer con este Parcial una vez que lo hubieras capturado? ¿Cómo ibas a contenerlo? ¿Cómo ibas a manejar la amenaza de una nueva

contaminación?

–No pensaba traerlo aquí, señor. Esa fue idea de ustedes –hizo una pausa; observó cómo la frente del médico se oscurecía de ira y se preguntó si habría ido demasiado lejos. Echó un vistazo al Parcial; este le devolvió una mirada oscura y Kira trató de no imaginar con qué rapidez podía liberarse de las ataduras–. Yo pensaba cortarle la mano y examinarla allá con una medicomp que

llevamos a Brooklyn. Nunca hubo una amenaza para nadie hasta que…

–¿Que no hubo amenaza? –interrumpió el doctor Skousen–. ¿Y los tres hombres que murieron del otro lado del río? ¿Y las dos mujeres en edad reproductiva que casi mueren con ellos? Sin duda precisamente tú, que trabajas en la maternidad, entiendes la necesidad de proteger todos los embarazos posibles.

–Por favor, doctor –dijo Kira; sintió que el rostro le ardía de furia–. Hemos pedido que nos traten como adultos, no como ganado.

El médico se detuvo en seco y Kira apretó los dientes, obligándose a mantener un semblante lo más sereno posible. *¿Qué estoy haciendo?*

–Si desea que se le trate como adulta –replicó la senadora Delarosa–, le recomiendo que mida sus

palabras.

–Por supuesto, senadora.

–¿Puede explicarnos, oficialmente, qué espera obtener de su estudio de los tejidos del Parcial?

Kira miró brevemente al doctor Skousen, preguntándose cuánto les habría contado ya él.

–Hace años que estudiamos el RM, pero aún no sabemos cómo funciona. Todo lo que debería ser eficaz para vencerlo no lo es; todo lo que debería

protegernos de él no lo hace. Hemos llegado a un callejón sin salida y necesitamos un nuevo rumbo. Estoy convencida de que, si estudiamos la inmunidad desde la perspectiva de los Parciales (no la mutación al azar que nos impide desarrollar los síntomas, sino la resistencia diseñada que los hace a ellos totalmente inmunes), podemos encontrar la cura que hemos estado buscando.

El senador Weist entrecerró

los ojos con fastidio.

–¿Y le pareció que la mejor manera de hacer esto era irrumpir en territorio enemigo, sin ningún plan ni apoyo?

–Le pedí apoyo al doctor Skousen –respondió Kira–. Dejó en claro que no tendría apoyo del Senado.

–¡Lo que dejé en claro fue que no debías intentarlo de ninguna manera! –rugió Skousen, dando un manotazo sobre la mesa.

–Mi amiga está embarazada –dijo Kira–. La esposa de Haru; la hermana de Jayden. Si le hubiéramos hecho caso a usted, su bebé moriría, como todos los otros niños que no han salvado en once años. No estudié medicina para ver morir a la gente.

–Su motivación es admirable –dijo la senadora Kessler–, pero sus actos fueron tontos e irresponsables. Creo que en eso estaremos todos de acuerdo.

Kira la miró y volvió a ver, como siempre, un notable parecido entre ella y Xochi. No en su aspecto, claro, sino en sus actitudes: aunque era hija adoptiva, Xochi había heredado su fervor terco y apasionado.

–Tenemos leyes para tratar a la gente que hace cosas tontas e irresponsables –prosiguió la senadora–, también tenemos tribunales que aplican esas leyes. Francamente, la presencia de estos delincuentes

aquí me parece una pérdida de tiempo para el Senado. Yo opino que los derivemos al tribunal penal y se acabó. Esto, en cambio… –señaló al Parcial–. Estamos en una audiencia, y me gustaría oírlo.

–Tenemos leyes –admitió el senador Hobb–, pero me parece obvio que este es un caso bastante especial…

La senadora Kessler miró con enojo a Kira, quien se esforzó por sostenerle la mirada con la

mayor dignidad y resolución posibles.

–Propongo derivar esta audiencia penal al tribunal correspondiente –dijo Kessler, y miró a Hobb–, y que nos ocupemos del verdadero problema.

–Apoyo la moción –dijo Skousen.

–Y yo la objeto –dijo Delarosa–. Tener un Parcial en Long Island, y más aún aquí, en East Meadow, es de la más alta

confidencialidad. No podemos dejar que nadie, y menos un tribunal investigativo, se entere de esto. Hablaremos con el Parcial y luego decidiremos qué hacer con los acusados.

–Apoyo la moción –dijo Weist.

–No tengo objeciones –agregó Hobb.

Kessler hizo una pausa, con expresión severa, y luego asintió.

El senador Hobb indicó a Kira y a Haru que se sentaran, y se

volvió hacia el Parcial.

–Bien. Ahora tiene la palabra. ¿Qué quiere decir?

El Parcial no dijo nada.

–¿Por qué estaba en Manhattan? –le preguntó Delarosa. Esperó, pero el Parcial no respondió. Esperó más, y luego volvió a hablar–.Usted formaba parte de un grupo de ataque armado que acampaba temporalmente a pocos kilómetros de nuestra frontera. ¿Cuál era su misión?

El Parcial permaneció en completo silencio.

–¿Por qué ahora? –prosiguió Delarosa–. Después de seis meses de rebelión brutal y once años de ausencia total, ¿por qué vuelven ahora?

–Mátenlo –interrumpió el senador Weist–. Nunca debimos traerlo aquí.

–Estúdienlo –dijo Kira de pronto. Se puso de pie y nuevamente sintió todas las miradas sobre ella. Era su

última oportunidad; como el Parcial se rehusaba a hablar, habían perdido los pocos motivos que tenían para mantenerlo vivo. Estaría muerto en cuestión de minutos. Tenía que hacerlos entender; tenía que convencerlos de que no desperdiciaran esa oportunidad–. Fue una tontería ir allá por nuestra cuenta y miles de cosas podrían haber salido mal; probablemente muchas más cosas aún podrían salir

mal, pero miren lo que conseguimos: un Parcial vivo, aquí mismo, esperando que lo estudiemos. Castíguennos si quieren, mátennos si nos quieren muertos, pero por favor: que alguien aproveche esta oportunidad y lo estudie. Si me equivoco, está bien, el daño ya está hecho. Pero si tengo razón, podemos curar el RM y por fin empezar a reconstruir nuestra sociedad. Sin RM, sin Ley de Esperanza, sin Voz ni rebeliones

armadas… hizo una pausa y por fin dijo–: una sociedad unificada, con futuro.

Los senadores se quedaron mirándola un momento; luego Delarosa los llamó y se acercaron para hablar en susurros. Kira se esforzó por escuchar, pero no lograba entender lo que decían. De vez en cuando, alguno de ellos echaba un vistazo al Parcial.

–Bien dicho –susurró Isolde–. Espero que dé resultado.

Aunque no dejan de mirarte, y eso me pone nerviosa.

–Espera –dijo Kira–, ¿a mí? Creí que miraban al Parcial.

–De vez en cuando, sí –respondió Isolde–, pero principalmente te miran a ti. No sé lo que significa.

Los senadores siguieron debatiendo un momento más, y Kira pudo ver que, efectivamente, los vistazos iban más allá del Parcial, hasta donde ella estaba. Respiró

nerviosa, preguntándose qué castigo le aplicarían. Por fin volvieron a erguirse en silencio, y el senador Hobb se puso de pie.

–El Senado ha tomado una decisión –anunció con voz solemne–. Nos hemos convencido de la necesidad del estudio. Los Parciales son inmunes al RM y si logramos descubrir los secretos de esa inmunidad, quizá podamos hallar al fin una cura. El cuerpo de

este Parcial puede ser la clave de nuestra supervivencia, y no parece representar una amenaza inmediata en condiciones de sujeción y sedación –echó un vistazo al doctor Skousen, se enderezó y habló con voz fuerte y clara–. Lo trasladaremos a un sector seguro del hospital, en forma confidencial y bajo custodia, para un estudio y análisis detallado. Al cabo de cinco días, será eliminado y retirado.

En cuanto al estudio, lo llevará a cabo usted, señorita Walker –miró a Kira; ella estaba demasiado estupefacta para interpretar la expresión del senador, quien finalmente le dijo–: Tiene cinco días para trabajar e investigar. Úselos bien.

–¿Quiere decir que no estoy bajo arresto ni…? ¿Me darán el cuerpo? ¿Van a dejar que haga mis pruebas? –balbuceó, aún tratando de procesar la

información.

–No solo el cuerpo – respondió el doctor Skousen–. Puede realizar mejores pruebas si está vivo.

CAPÍTULO DIECIOCHO

–No tiene sentido –dijo Xochi–. Mi madre odia a los Parciales; habría matado a esa cosa con sus propias manos si la hubieran dejado acercarse. ¿Por qué lo quieren vivo?

–Baja la voz –pidió Kira. Volvió a mirar por la ventana, espiando por una rendija de las persianas–. Si alguien te oye, si alguien se entera de que te lo

contamos, nos va a costar muy caro.

–Probablemente Mkele quiere tratar de interrogarlo –dijo Jayden.

Él y Haru empezarían a cumplir su condena a trabajos forzados a la mañana siguiente, pero el Senado les había dado la noche para preparar sus cosas. Haru estaba en casa con Madison, pero Jayden había ido a casa de Nandita. Ella no estaba; había salido en otro de

sus viajes en busca de hierbas.

Kira se estremeció al pensar en cuántas explicaciones tendría que darle cuando regresara. Podía tolerar que la insultara alguien a quien odiaba, pero lo que siempre la superaba era la decepción de sus seres queridos. Se le llenaron los ojos de lágrimas de solo imaginarlo, y se obligó a pensar en otra cosa.

–Me parece que aquí están olvidando un dato clave –

intervino Isolde–. Parece que los Parciales son súper apuestos, ¿no? Si me hubieran dicho eso antes de irse, habría ido a Manhattan con ustedes.

–Vamos, Isolde, eso es asqueroso –protestó Kira, con una mueca.

–Tú lo viste, igual que yo –replicó Isolde–. Esa cosa es un Adonis. Hazme un favor: cuando estés pasando tus cinco días a solas con esa perfección genética, búscate el tiempo

para hacerle un examen físico de cerca. Solo para mí.

–Ni siquiera es humano –dijo Jayden.

–¿En qué sentido? –preguntó Isolde, provocándolo–. Tiene todo lo necesario en los lugares correctos. Si eso era lo que buscaba ParaGen cuando empezó a fabricar gente artificial, me da más tristeza aún pensar que se volvieron locos y nos mataron.

–Las preguntas de esta

audiencia no fueron nada –dijo Jayden, decidido a ignorarla–. Todo fue muy moderado. Esta noche van a llevarlo a algún sótano y van a torturarlo para averiguar todo lo que puedan. Una noche con algunos soldados de la Red en un cuarto insonorizado le quitará las ganas de pelear.

–Ahora sí que me estás excitando –dijo Isolde.

–Cállate –replicó Jayden, y Xochi rio.

–Pero ¿por qué quieren que yo esté a cargo? –preguntó Kira–. Hay investigadores con más experiencia que yo, técnicos de laboratorio más capacitados, hay…

–Lo sé –dijo Xochi–. Cualquiera en ese hospital sería mejor que tú para esto. Sin ánimo de ofender.

–No me ofendes –respondió ella–. Es lo que he estado diciendo toda la noche.

–Correcto –dijo Xochi–.

Entonces, piénsalo: ¿por qué poner a la estudiante más novata a cargo de algo tan importante, a menos que quieran garantizar que va a salir mal? ¿O para usarla como chivo expiatorio cuando todo se vaya al demonio?

–Tiene que haber un mejor motivo que ese –dijo Kira, aunque en el fondo no estaba tan segura. Volvió a mirar por la ventana y recorrió con la vista la calle oscura. *Nada*.

–No creo que venga –dijo Xochi.

Kira se volvió rápidamente.

–¿Qué? No, solo estaba… mirando los árboles. La calle despejada, sin panteras ni hiedra venenosa.

–Del otro lado de la línea, el mundo era muy distinto –comentó Jayden, asintiendo–. No sé cómo describirlo.

–Es porque no había gente –explicó Isolde–. Manhattan se está volviendo más primigenia

que Long Island porque no hay nadie que espante a los animales ni pise las plantas.

Jayden esbozó una leve sonrisa.

–En Long Island hay cuarenta mil personas –dijo–. Antes había millones. A veces pienso que esta isla ni siquiera sabe que estamos aquí.

–No solo en Manhattan –dijo Kira–, era en todas partes: vimos una pantera en Brooklyn. Vimos un bebé antílope, no

tendría más de dos meses. Algún día van a preguntarse adónde fueron a parar aquellos extraños animales de dos patas, van a beber de un río, a mirar las nubes, y luego se olvidarán de que alguna vez pensaron en nosotros. La vida continuará. Ni siquiera tiene sentido dejar un registro, porque nunca más habrá nadie que pueda leerlo.

–Alguien está deprimida –observó Jayden.

Xochi le dio un puñetazo en el

brazo.

–¿Alguien quiere más papas fritas?

–Sí, yo –exclamó Isolde, y se puso de pie–. Qué me importa la extinción… yo moriré el día en que finalmente se nos termine todo el aceite vegetal.

Xochi le entregó el plato y se puso de pie.

–Estoy harta de “Antonio, por su Bar Mitzvah”. ¿Alguna petición?

–Phineas –pidió Kira–. No…

Nissyen. Siempre me pone de buen humor.

Xochi hurgó en su canasta de reproductores de música y echó un vistazo rápido al generador para cerciorarse de que hubiera electricidad. Isolde le dio un mordisco a una papa, señaló a Kira con la otra mitad y dijo, con la boca llena:

–Creo que solo estás asustada –opinó–. Bromas aparte, esa cosa casi te mató allá y ahora tienes que trabajar

con ella.

–Con ella, no.

–Con ella en la misma habitación –aclaró Isolde–. Tú me entiendes. Creo que te da miedo.

–Y yo creo que tú das miedo –dijo Xochi. Enchufó el reproductor “Para Nissyen de Lisa” y empezó a oírse una chispeante música tecno–. Eres la más elegante de nosotros –prosiguió Xochi, sentada junto a Isolde– y mírate: levantando las

papas fritas como si fueras una vendedora callejera de las afueras.

–Tal vez estoy un poquito borracha –respondió Isolde seria, señalando a Xochi con su papa a medio comer. Levantó una ceja–. El senador Hobb me convidó champaña.

–Oh, la la –dijo Xochi.

–Tal vez porque la audiencia salió mejor de lo esperado –dijo Isolde. Se encogió de hombros–. No iba a decirle que

no.

–Pero si no consiguieron nada de lo que querían –protestó Kira, incorporándose en su asiento–. Cuatro chicos estúpidos los obligaron a… –se detuvo–. A menos que eso fuera lo que ellos querían.

–¿Lo querían vivo? –preguntó Jayden–. ¿Querían que lo estudiaras?

–No lo sé –respondió Kira–. No entiendo nada –miró por la ventana. Todavía nada.

–Pero ¿no les resulta un poco sospechoso? –preguntó Xochi–. Si el Senado tiene algún plan extraño con todo esto, ¿cuántas otras cosas estarán haciendo sin que lo sepamos?

–Estás paranoica –dijo Jayden–. ¿Qué clase de conspiraciones horribles piensas que están tramando?

–Están escondiendo un Parcial dentro de los límites de la ciudad –respondió Xochi–. Si son capaces de eso, ¿por qué

no de otras cosas?

Se hizo el silencio.

–Ataques a las granjas –prosiguió Xochi–. Acusados de la Voz que desaparecen en medio de la noche. Aceptamos esas cosas porque creemos saber las razones por las que suceden, pero ¿y si no es así? ¿Y si los motivos que nos contaron no son más que mentiras?

–Hace casi un año que soy la asistente del senador Hobb –

dijo Isolde– y puedo garantizarte que no estoy guardando ningún peligroso secreto de Estado.

–Estás defendiendo la honestidad de un grupo que te consta que está mintiendo a la gente de East Meadow –repuso Xochi–. Y lo están haciendo demasiado bien como para ser la primera vez. Lo único que me extraña es que para ustedes sea una sorpresa.

–Creo que ella tiene razón –dijo Kira. Sentía un hueco en el

estómago, que se hacía más profundo y oscuro cuanto más pensaba en la lógica de Xochi.

–¿Por qué estás tan desesperada por atacarlos? –preguntó Jayden–. Escucha, lamento que tu madre sea una perra, pero ella no es todo el Senado. ¿Y la Red de Defensa? Estás hablando de gente que nos defiende y nos mantiene a salvo, personas que mueren en las afueras para que tú puedas estar aquí sentada con tus

reproductores de música y tu comida de lujo, despotricando sobre lo oprimida que estás.

–Sin contar tu propio fiasco –replicó Xochi, enardecida–. ¿Cuándo fue la última vez que un soldado murió en combate?

–El año pasado, en un ataque de la Voz en las granjas de Hampton.

–¿Y cómo sabes que fue la Voz? –preguntó Xochi, en tono imperioso.

–¿Por qué habrían de

mentirnos?

–¿Cómo sabes que no fue algún granjero molesto, que se negó a entregar su cuota y por eso la maldita Red de Defensa de Long Island fue a darle una paliza?

–¿Por qué habrían de mentirnos? –repitió Jayden.

–¡Porque así nos mantienen a raya! –gritó Xochi–. Mira por cuántas cosas pasamos: soldados armados en las calles, requisas agresivas a todo aquel

que entra o sale del mercado; hasta han empezado a revisar las casas. El Senado nos dice que saltemos y nosotros preguntamos hasta dónde, porque nos han convencido de que, si no lo hacemos, la Voz nos matará. Nuestros muchachos van a la guerra y nuestras chicas se embarazan. Siempre hacemos todo lo que nos dicen y nunca cambia nada. Nunca mejora nada. ¿Sabes por qué? Porque si las cosas se

ponen mejor, ya no tendremos que hacerles caso.

Kira miraba primero a uno y luego al otro, asombrada por su arranque. Todos los demás parecían tan sorprendidos como ella.

Jayden rezongó y se puso de pie.

–Estás loca –dijo, mientras se dirigía a la puerta–. Tengo mejores cosas que hacer con mi tiempo que perderlo aquí.

–Idiota –masculló Xochi, y se

fue a la cocina hecha una furia.

Kira miró a Isolde, que le devolvió la mirada con los ojos muy abiertos y sobresaltados.

–No son malos –dijo Isolde–. Trabajo con ellos todos los días; solo son personas. Hobb realmente trata de hacer lo mejor que puede –hizo una pausa–. Mañana deberías llevar tu arma. No tenemos idea de cuánta fuerza tienen los Parciales ni de lo que son capaces. ¿Tienes una pistola?

Kira negó con la cabeza.

–Prefiero las armas largas, pero más que nada en casa. No me serviría de mucho en el laboratorio.

–Te daré la mía –dijo Isolde–. El ayuntamiento está repleto de soldados y tú acabas de convertirte en la cuidadora de un depredador hiperinteligente. La necesitas más que yo.

Kira miró por la ventana hacia la calle vacía.

–Supongo que podríamos ir a

buscarla ahora –dijo, en voz baja–. De todos modos, la fiesta se acabó.

Salió con Isolde, se detuvo en el porche y esperó unos largos segundos antes de bajar la escalera y marcharse.

Marcus nunca llegó.

El doctor Skousen condujo a Kira por un largo corredor.

–Esto era una sala de cuarentena –le informó, señalando la gruesa puerta de

acero que había al final del corredor–. Hace años que no la usamos para eso ni para nada más, en realidad. Los custodios pasaron toda la noche limpiándola. Temo que los sellos ya no son tan herméticos como nos gustaría, pero tenemos a los equipos de rescate trabajando horas extras en busca de nuevos comercios de artículos médicos, hospitales y clínicas, algún lugar donde puedan encontrar el plástico

indicado para las puertas y ventanas. Por ahora, estaremos bien.

Y yo estaré encerrada aquí con un Parcial, pensó Kira. Sujetó con fuerza sus tubos, cuadernos y otros elementos, tratando de que no se le cayera nada mientras seguía el paso rápido del médico.

Al doblar la última esquina, Skousen bajó la voz y susurró:

–Hemos pasado la noche examinándolo para ver si tenía

alguna cosa que pudiera usar como arma, limpiándolo, pesándolo y haciendo todas las cosas que requerían que estuviera desatado. Ahora está bien sujeto, y es todo tuyo.

Llegaron a la puerta, una barrera de acero de dos metros flanqueada por dos soldados con cascos y corazas. Uno de ellos era Shaylon Brown, el soldado al que había conocido en la incursión de rescate a Asharoken, y él le sonrió al

abrirle la puerta. Kira miró a Skousen, siempre sosteniendo su precaria carga de implementos.

–¿Algo más que necesite saber?

–Averigua todo lo que puedas –respondió con seriedad–. Yo no quería que hicieras esto y sigo pensando que fue una estupidez intentarlo, pero ahora que tenemos uno… es una oportunidad muy poco común y, francamente, no sé durante

cuánto tiempo van a permitirlo los demás senadores, por más que te hayan prometido cinco días. No dejes de informarme todo directamente a mí, especialmente si descubres algo… siniestro. Lo último que queremos es que cunda el pánico.

–Entendido –dijo Kira–. Bien, entonces –se volvió hacia la puerta, respiró hondo y pasó junto a los soldados–. Gracias por cuidarme, muchachos –*si*

me necesitan, estaré aquí, encerrada con el monstruo, pensó.

La entrada era un tubo corto de plástico claro y flexible, en cuyo interior se escuchaba un suave zumbido eléctrico que provenía de una rejilla en el suelo: una cuadrícula electromagnética cuyo propósito era retener las partículas adheridas a los zapatos. *Debería haber un…* Miró alrededor buscando los chorros

de aire, y en ese momento sintió en la cara un remolino, que la limpió y envió polvo, cabellos y otros contaminantes a la misma cuadrícula. Kira logró que no se le cayera ninguno de sus tubos y papeles, y cuando el chorro de aire se detuvo, ingresó en la habitación misma.

El Parcial yacía sobre una mesa de operaciones en el centro de la sala; su cuerpo estaba firmemente amarrado con gruesas correas de cuero y

la mesa, atornillada al suelo. Estaba despierto, con ojos alertas, y la observó entrar a la sala reconvertida. Contra las paredes había mesas, medicomps y otros equipos, todos limpios y bien iluminados. Kira llevaba la pistola semiautomática de Isolde sujeta a la cadera.

Nunca en su vida había estado tan aterrada.

Se quedó inmóvil un momento, sin decir nada, y

luego se dirigió a la pared y apoyó sus cosas sobre una mesa. Los tubos de muestras rodaron, ella los detuvo y los acomodó uno por uno en una gradilla de plástico. Tragó en seco, se quedó mirando la gradilla y finalmente se obligó a dar media vuelta y enfrentar al Parcial. No era nada: apenas un hombre; ni siquiera un hombre sino un adolescente, solo y atado. Unos días antes se había enfrentado a él y a otros como

él en condiciones mucho peores. Sin embargo, aquí todo parecía distinto, extraño y fuera de lugar. Un Parcial en tierra de nadie era un enemigo, y ella sabía cómo considerarlo; pero uno aquí, en East Meadow, en la misma habitación…

Vio de reojo un destello de luz y, al volverse, descubrió la lente de una pequeña cámara montada en el rincón. Obviamente era nueva y no concordaba con el lugar; la

habían colocado sobre la madera de la mesa con gruesos tornillos. Kira recorrió la sala con la vista y divisó cinco más: una en cada rincón, y dos más arriba para lograr ángulos específicos de la mesa del Parcial y del puesto de trabajo que ella ocuparía. Supuso que aquello era obra de Mkele, y sintió que los nervios cedían un poco al saber que él y sus soldados la vigilaban tan de cerca. Si el Parcial intentaba

algo, ellos reaccionarían.

Kira exhaló el aire que había estado conteniendo sin darse cuenta. No podía decidir si el hecho de saber que Mkele la observaba la hacía sentir más o menos segura. Pasó junto al Parcial atado y se dirigió a la ventana.

Estaba en el segundo piso y, a través de una serie de árboles altos, alcanzó a ver un amplio *parking* lleno de automóviles abandonados. Muchos de los

estacionamientos de la ciudad estaban vacíos (no había demasiado trabajo para los restaurantes locales cuando la civilización se derrumbaba alrededor), pero once años atrás el hospital había estado rebosante, y los vehículos habían quedado allí como recordatorios fantasmales.

Necesito extraer una muestra de sangre, se dijo Kira, obligándose a concentrarse en su tarea. *Necesito sangre y*

tejidos. Fui hasta una zona de guerra para cortarle la mano a un soldado enemigo; puedo tomar una biopsia de la cosa que está acostada y atada a cuatro metros de aquí.

Regresó hasta los tubos que había traído, los cuales contenían muestras de sangre que le había extraído a Marcus. Reliquias de su primer intento de estudiar el RM, antes de Manhattan, del Parcial y de todo lo demás. Antes de que Marcus

no viniera. Aún tenía todas las notas que había tomado, con descripciones completas de conteos de plaquetas, glóbulos blancos, glucosa, electrolitos, niveles de calcio y la vasta y aterradora masa de estructuras virales. Cada ser humano era portador y envenenaba a sus hijos mucho después de la desaparición de los Parciales. ¿Los Parciales también serían portadores? ¿Acaso toda aquella catástrofe había sido en

vano?

Kira respiró hondo, se enjugó la cara y se volvió hacia el Parcial. No era una cosa sin rostro con un visor negro, sino un hombre, un chico apenas mayor que ella, atado a una mesa y casi desnudo. Estaba sin camisa. Su cuerpo era fuerte y musculoso; no voluminoso como el de un físicoculturista, sino simplemente en buen estado: fuerte, delgado y capaz. La perfección genética, como lo

había expresado Isolde. Kira trató de evocar el fervor de la lucha en Manhattan y de imaginarse cortándole la mano para estudiarla. Tenía ojos pardos, como los suyos. La miraba con calma.

El doctor Skousen le había dicho que habían lavado al Parcial, pero Kira volvió a mirarlo y notó que tenía restos de algo en la cara y la cabeza. Se acercó para ver mejor, y luego un poco más. Eran

manchas de sangre, seca y negra, en torno a la boca, un ojo y la oreja del otro lado. Extendió la mano para apartarle el cabello de la frente, pero se detuvo a medio camino y dejó caer la mano al costado.

–Supongo que te golpearon.

El Parcial no dijo nada; simplemente siguió observándola. Kira pudo sentir su furia, que se irradiaba en oleadas, como el calor de una estufa de hierro. Intentó

concentrarse y volvió a extender la mano, pero esta vez el Parcial trató de atacarla, agitó la cabeza y tiró de sus ataduras. Ella dio un salto atrás involuntariamente, con el corazón acelerado, y buscó su pistola. No la desenfundó; solo la palpó, para sentirla sólida y reconfortante en su mano. Se obligó a calmarse y volvió a dar un paso adelante, erguida. Al cabo de un rato, sacó el arma y se la mostró.

–Yo fui parte del grupo que te capturó –le dijo–. No trato de amenazarte; solo quiero que veas que no estoy jugando. Pasaremos cinco días juntos, y si quieres pasarlos peleando, estoy más que lista.

La cosa la observó, con ojos fríos y duros, como si buscara algo que pudiera servirle, algún punto débil que pudiera aprovechar…

Sin embargo, detrás de la frialdad de su mirada, Kira pudo

notar que estaba aterrado. Se dio cuenta, con solo mirarlo, de que nunca en su vida había estado tan asustado. Dio un paso atrás y examinó la situación desde la perspectiva del Parcial: estaba solo, era prisionero de guerra, lo habían golpeado y encadenado a una mesa de operaciones y ahora ella le apuntaba con un arma.

Kira miró la pistola que tenía en la mano y la guardó.

–Por si no te diste cuenta,

aquí todo el mundo te tiene un miedo atroz. No sé qué eres capaz de hacer ni cómo funcionas. Por lo que sabemos, eres un arma biológica con piernas.

Hizo una pausa y esperó, pero él guardó silencio. Le hizo una señal con la mano para que hablara, pero nada. Ella suspiró. No estaba segura de lo que esperaba de él.

El Parcial la observaba; eso la hacía sentir incómoda, como

un insecto en un frasco. ¿Quién estaba estudiando a quién?

–Bien, entonces –continuó–. Si no quieres hablar, está bien. Francamente, creo que yo tampoco lo haría en tu situación, aunque no sé si podría evitarlo. Los humanos somos criaturas muy sociables; nos gusta comunicarnos para sentir…

–Hablas demasiado.

Kira se detuvo, con los ojos muy abiertos. El Parcial tenía la voz seca y ronca tras días de

no usarla (que ella supiera, no había dicho una sola palabra desde que lo habían capturado, hacía ya más de cincuenta horas). Casi dudó de que lo hubiera oído bien. *Soy el primer ser humano que se comunica con otra especie en once años*, pensó, *y me dice que me calle.* Cuando pasó la sorpresa inicial, casi comienza a reír.

–Tienes razón –le dijo–. Pero primero déjame explicarte lo que voy a hacer. La mayoría de las

pruebas serán a base de sensores, no invasivas; examinaremos tus órganos, esa clase de… –el Parcial cerró los ojos, demostrándole que la estaba ignorando. Kira se interrumpió–. De acuerdo, entonces nada de explicaciones médicas –se dirigió a una mesa lateral, hurgó en los cajones y volvió con un tubo de vidrio esterilizado y un puñado de instrumentos pequeños–. Pero permíteme advertirte que este

pinchazo va a dolerte un poco; no es nada terrible, solo un alfiler con resorte de unos dos milímetros. ¿Me vas a dejar pincharte el dedo o vamos a pelear otra vez?

El Parcial abrió los ojos, vio la lanceta y miró a Kira. Al cabo de un rato, abrió la mano y extendió los dedos.

–Gracias –dijo Kira, luego puso unas gotas de etanol en un trozo de algodón y lo pasó por el dedo índice del Parcial. Él

tenía las manos firmes y tibias. La lanceta era de tamaño y forma similares a los de un envase de hilo dental, y ella la presionó contra la punta de su dedo–. Prepárate.

Él apenas dio un leve respingo. El alfiler se clavó; Kira lo retiró enseguida y colocó un tubito delgado contra la herida. Se llenó lentamente de sangre, más despacio que de costumbre, y Kira apretó el dedo para extraer más. La

sangre dejó de salir aun antes de que se llenara el tubo.

–Tal vez tienes la presión baja –comentó con el ceño fruncido, mientras sellaba el recipiente–. Por lo general, puedo llenar dos tubos con un solo dedo. A menos que… –se acercó para mirar más de cerca y vio que la sangre extraída ya empezaba a coagularse. Miró el dedo del Parcial y presionó ligeramente la herida. Se había cerrado–. Es asombroso –susurró. Levantó el

tubo a la altura de los ojos; la sangre se estaba volviendo de un color marrón óxido, y se fue coagulando hasta quedar tapada en ambos extremos por una pequeña costra sólida.

Volvió a mirar al Parcial. Él no dijo nada.

El primer impulso de Kira fue volver a pincharlo, esta vez más profundo, pero rechazó la idea casi con la misma rapidez con que la tuvo. No estaba allí para torturarlo y, por rápido que él

sanara, aun así sentía dolor. Lo había demostrado el respingo que había dado con el pinchazo. Ella no tenía valor para herirlo solo para ver cómo reaccionaba.

Sin embargo, ¿no era eso lo que quería el Senado? ¿Acaso ella no estaba allí para eso? No iba a cortarlo con cuchillos, pero sí le habían dicho que lo estudiara. Si la resistencia del Parcial al RM se basaba en un potente sistema de

regeneración, tendría que probar los límites de ese poder de autocuración y averiguar de qué manera podrían usarlo ellos, de ser posible. Si no podía hallar la respuesta en otra parte, tendría que buscarla allí.

¿Soportaría un tiro? ¿Qué pasaría con la bala? Su curiosidad científica le estaba alborotando el estómago. Sacudió la cabeza y dejó el tubo con la sangre coagulada.

–No voy a torturarte –le dijo,

mientras regresaba a los cajones y buscaba una pequeña jeringa de plástico y una aguja corta y afilada–. Pero sí necesito otra muestra. La medicomp necesita sangre líquida para darme un informe completo sobre lo que pasa allí, y si la tuya se coagula instantáneamente al contacto con el aire, tendremos que impedir que este intervenga durante el mayor tiempo posible –preparó la jeringa con la aguja,

buscó un tubo con solución salina y cargó y descargó la jeringa varias veces, hasta estar bastante segura de que todo el espacio interno estaba humedecido. Limpió con alcohol la cara interna del brazo del Parcial y acercó la aguja a la vena–. Prepárate para otro pinchazo.

Esta vez no dio ningún respingo. Kira extrajo un centímetro cúbico de sangre y se dispuso a pegar un trozo de

algodón sobre la herida, pero pronto se dio cuenta de que, por supuesto, ya había empezado a sanar. Se sintió un poco tonta y se apartó.

Puso la jeringa completa, con aguja y todo, en la medicomp. La sangre seguía líquida. Empezó a marcar opciones en la pantalla, solicitando diversos análisis, estudios hepáticos y todo lo que se le ocurrió, hasta que apareció el mensaje de "Escaneo completo" que había

identificado el virus la última vez, con Marcus. Eligió “Sí” y esperó, prácticamente conteniendo el aliento, mientras la máquina catalogaba la sangre.

Aún no se había permitido pensar en Marcus; ni siquiera había tenido tiempo. Hacía menos de veinticuatro horas, todavía estaba en la parte trasera de un camión de la Red de Defensa, llegando a East Meadow para su audiencia

secreta con el Senado. Él no había ido a la fiesta de Xochi la noche anterior –ella tampoco había ido a buscarlo– y por la mañana se había dirigido directamente al hospital. ¿Seguiría enojado? Y ella, ¿seguía enojada con él? Sí, claro que sí, pero a la vez podía entender su posición. Ahora sabía que Marcus había tratado de… ¿de qué? ¿De protegerla? Ella no necesitaba que la protegieran, cuando era la única

allí que estaba haciendo algo. Pero ¿sería verdad que el virus no tenía cura y que estaban arruinándose la vida por intentarlo? Kira no podía creerlo; ni siquiera podía permitirse pensarlo. Iba a curar aquella peste, y que no se hablara más. Pero entonces, ¿qué era lo que creía entender de Marcus?

Que estaba asustado y pensaba que iba a perderla. Kira podía comprender eso. Ella

misma había estado medio convencida de que iba a morir.

La medicomp emitió un pitido y Kira volvió a mirar la pantalla. El Parcial tenía los electrolitos más altos que lo normal, un nivel de glucosa que parecía casi de diabético y un conteo de glóbulos blancos tan alto que Kira no pudo sino tomarle la temperatura, por temor a una infección. Tenía exactamente 37 grados, igual que ella. Tal vez su fisiología tenía valores de

referencia ligeramente distintos. Los resultados indicarían enfermedad en un paciente humano, pero por lo que veía, eran normales para un Parcial. Apuntó los detalles en su cuaderno y marcó las anomalías que quería estudiar más tarde.

Pero lo más importante del escaneo fue lo que descubrió que faltaba una vez que revisó todo. No tenía siquiera vestigios del RM.

No tenía el virus. Kira levantó

la vista, embelesada. El Parcial seguía acostado en la mesa, en silencio, con la mirada clavada en el techo, y aun así parecía peligroso. Cualquiera que estuviera en esa posición tendría el aspecto de haberse rendido, pero él tenía algo… la tensión de sus músculos, la expresión alerta de sus ojos, que indicaba que su mente estaba trabajando a toda velocidad.

En ese momento no

importaba. Ella sentía ganas de reír: el Parcial no tenía rastros de RM en la sangre, tal como había supuesto. Su cuerpo era capaz de destruir o expulsar completamente al virus. Lo único que tenía que hacer era averiguar cómo.

Empezó a dar golpecitos rápidos en la pantalla; sus dedos bailaban sobre la superficie mientras abría los archivos sobre el virus. Ahora que sabía que los Parciales no

lo portaban, tenía que averiguar exactamente de qué manera lo contraían los humanos. ¿Cuál era el proceso de infección? No bastaba con decir “se enfermaron”: tenía que saber cómo pasaba el virus de una persona a otra y qué pasaba una vez que ingresaba, con todo detalle. Necesitaba observar el proceso en un humano y en un Parcial, para ver en qué se diferenciaban. Volvió a abrir la imagen del virus, una especie de

burbuja amorfa amarillenta que vivía en la sangre. *Pareces un globo*, pensó, *pero mataste al 99,996 por ciento de la raza humana.*

Necesitaba concentrarse. ¿Qué información había ya en el archivo? El tamaño, para empezar: cuatrocientos nanómetros. Era enorme para esa escala; sin duda lo suficientemente grande para ser retenido por un buen filtro de aire. Miró hacia el túnel plástico

de la entrada y se preguntó qué tipo de filtro usaría. *Un sistema como ese debería poder frenar a un virus de cuatrocientos nanómetros*, pensó. *Con esa magnitud, tampoco debería poder ingresar en un feto; nada de ese tamaño debería poder atravesar la barrera placentaria. Eso podría explicar por qué los bebés no se enferman sino hasta después de nacer.*

Kira se detuvo, con una idea súbita. *Si el virus es*

suficientemente grande para ser contenido, ¿por qué no podemos hacer los partos en un entorno contenido?
Limpiaban bien la sala, esterilizaban los instrumentos, se ponían máscaras antigás; hacían todo lo que se les ocurría, pero el virus seguía pasando.

No soy la primera que se plantea esa pregunta, pensó. *Tanto Marcus como el doctor Skousen dijeron que esto se*

viene investigando desde el Brote. Eso significa que en alguna parte habrá registros de lo que descubrieron. Revisó los archivos de la base de datos en el microscopio, buscando estudios de todos los nacimientos en salas estériles. Encontró varios. Obviamente, ninguno había sido exitoso; la tasa de enfermedad y de contagio de RM era idéntica a la de los nacimientos normales, como si la esterilidad de la sala

no incidiera en absoluto. Anexo a los registros había otro conjunto de estudios, que se concentraban en la existencia de una variante del RM que solo se encontraba en el aire. Kira lo abrió con interés; sabía que el RM se transmitía por el aire, por supuesto, pero la estructura del virus de transmisión aérea no se estudiaba en los primeros niveles de medicina y tampoco se había hablado del tema en ninguna de sus clases. El

informe contenía más imágenes, similares a las de su muestra de sangre pero mucho más pequeñas: entre veintitrés y treinta y un nanómetros. Kira frunció el ceño. Algo así de pequeño sería imposible de filtrar, incluso en una sala estéril. Miró al Parcial, sintiendo renacer su viejo enojo.

–Ustedes se aseguraron bien de que no pudiéramos escapar de esta cosa, ¿no?

El Parcial giró la cabeza y la

miró. Ella tuvo la impresión de que casi podía ver cómo fluían sus pensamientos por su mente. Cuando habló, en sus ojos había casi… curiosidad.

–No pueden reproducirse.

–¿Qué?

–Por eso están tratando de curar el RM. Nosotros no tenemos hijos, por eso su ausencia no me llamó la atención al principio; pero ustedes no los tienen, ¿verdad? Quieren una cura porque sus

hijos no sobreviven.

Kira quiso gritarle, obligarlo a reconocer su propia responsabilidad en la extinción humana, atacarlo por atreverse a hablar con tanto desapego de algo tan terrible, pero se detuvo con un pensamiento que la intrigó.

¿Acaso desconocía que el virus seguía matándolos? Kira sabía que no debía confiar en él, pero le pareció que recién ahora él se estaba enterando.

No lo sabía. Y eso sugería dos cosas muy importantes: una, que los Parciales no estaban espiándolos. De vez en cuando surgían teorías acerca de que los Parciales se infiltraban entre ellos, que había espías de incógnito en la isla. Pero si era así, este Parcial ya debería haber sabido que los bebés humanos estaban muriendo. La sorpresa que manifestó revelaba que no estaban observándolos. *O, si están*

espiándonos, pensó, *no se están comunicando entre sí.*

Lo segundo que sugería era que los Parciales –o, al menos, este en particular– no sabían cómo funcionaba el RM. Este había esperado que el virus permaneciera, y presumiblemente la mayoría de los Parciales con quienes interactuaba pensaban lo mismo. ¿Acaso sus líderes ocultaban información a sus propios soldados, o ellos

tampoco lo sabían? Y ¿cómo era posible que no conocieran el funcionamiento de un virus que ellos mismos habían creado? A lo mejor lo que sucedía es que el virus había mutado.

Kira se estremeció al pensarlo: si algo tan mortal como el RM estaba mutando, sobrepasando sus parámetros originales, ¿quién sabía lo que era capaz de hacer?

Supuso que había una sola manera de averiguar cuánto

sabía el Parcial.

–Tú –le dijo–, Parcial. ¿Qué sabes del RM?

No respondió.

–Oh, vamos –dijo Kira, echando la cabeza atrás con frustración–. ¿Tenenos que pasar por esto otra vez? ¿No puedes decirme algo al menos?

–Bueno, humana –dijo–, en cinco días van a matarme. No veo mucho incentivo para decir algo.

Kira volvió a la medicomp

hecha una furia y se dejó caer en la silla, tan enojada que apenas podía pensar. Iban a matarlo porque había asesinado a Gabe, a Flaco y a otros seis mil millones de personas. Después de todo lo que había hecho, de todas las atrocidades en que había participado, ¿cómo podía atreverse a sugerir que era una víctima?

Las imágenes en la pantalla parecían deformarse, borrosas; ¿cómo iba a concentrarse con

esa cosa acostada a seis metros de ella? En momentos como ese, necesitaba a Marcus, para que hiciera algún chiste que le quitara dramatismo a la situación y le ayudara a darse cuenta de lo que importaba y lo que no. Miró hacia la puerta pero, desde luego, él no estaba allí. Ni siquiera sabía dónde estaba ella.

El Parcial estaba en lo cierto con respecto a una cosa: ella no

tenía más que cinco días. Necesitaba trabajar. Apartó de su mente a los Parciales y se obligó a enfocarse en la tarea que había empezado: una pantalla llena de imágenes virales, una serie de informes sobre la estructura del virus. Tenía dos formas, una para la sangre y una para el aire; la Burbuja y la Espora, la amarilla y la azul. *¡Concéntrate!* La Espora era diminuta, perfecta para viajar por el aire.

Seguramente así pasaba el virus de un huésped a otro. Pero entonces, ¿para qué era la Burbuja?

Ninguno de los estudios tenía la respuesta; sabían que existían ambas estructuras, pero no cómo funcionaban juntas. Kira volvió al informe sobre la muestra de sangre de Marcus y buscó en los resultados alguna señal de la Espora. Si *podía* entrar en el cuerpo, seguramente lo hacía;

tenía que haber algún rastro en la sangre de Marcus, pero no había nada. Eso significaba que, fuera lo que fuera que le ocurriera a la Espora al ingresar en el cuerpo, sucedía muy rápido y no dejaba huellas.

Es decir, la huella *era* la Burbuja. Kira analizó las posibilidades mentalmente. Era obvio que el virus reaccionaba a la sangre y los tejidos humanos; así funcionaba: utilizaba el material del cuerpo del propio

huésped para reproducirse, de modo que tal vez había un nivel más de interacción. Quizá la Espora no estaba destinada a reproducirse, sino solo a convertirse en la Burbuja y dejar que esta se reprodujera. Era extraño, pero posible. *Haga lo que haga*, pensó Kira, *tiene que hacerlo muy rápido: cuando llegamos a analizar la sangre, todas las muestras de la Espora ya se han convertido.*
Se pasó los dedos por el

cabello, tratando de hallar la manera de ver la transformación en acción. Si pudiera obtener una muestra de sangre no infectada y ponerla en la medicomp con suficiente prontitud, podría estudiar el proceso mismo de la infección. Pero ¿dónde podría encontrar sangre humana no infectada?

En los recién nacidos. En la ciudad había cuatro embarazadas que tenían fecha de parto para la semana

siguiente y tendría varias muestras más si alguna de las madres paría antes de tiempo.

Le haría llegar una solicitud al doctor Skousen, para ver qué decía. Siempre realizaban muestras de sangre al momento del nacimiento, pero por lo general tardaban varios minutos en analizarlas mientras se ocupaban de otros problemas; la mayoría de las muestras no eran tan urgentes. Si la teoría de Kira era correcta, tendrían

que analizar la sangre inmediatamente para poder ver esa reacción específica.

La siguiente pregunta era más difícil: si la Burbuja provenía de la transformación de las Esporas, ¿de dónde venían las Esporas? ¿Las creaba la Burbuja o volvía a transformarse? Sería difícil observar ese cambio, porque no tenía idea de cómo funcionaba y, por ende, de cómo recrearlo. Era obvio que la transformación

no podía producirse en la sangre, porque se revertiría al instante. Eso estaba demostrado por la falta de Esporas en la sangre de Marcus. *¿En los pulmones, entonces? ¿Será que la Burbuja reacciona al oxígeno del mismo modo que la Espora reacciona a los tejidos?* Era la respuesta más sencilla, y por consiguiente, el mejor punto de partida. Pero ¿cómo podía analizar eso?

Primero necesito aislar el

virus, pensó. Miró alrededor en busca de algo que pudiera atrapar el virus diminuto, y se detuvo en una caja de guantes de látex. Recordó que Marcus y ella solían inflarlos en la escuela, los apretaban con los dedos y soplaban dentro hasta llenarlos de aire. Si la transformación del virus realmente se producía en los pulmones, su aliento estaría lleno de él. *Y si un guante de goma puede contener el*

oxígeno, también contendrá al virus; al menos el tiempo suficiente para echarle un vistazo en la medicomp. Se dirigió hacia donde estaban los guantes de goma, se llevó uno a la boca y lo infló como un globo. *Y ahora, ¿qué?* Se quedó de pie en medio de la sala, sin saber bien qué hacer. ¿Podría la medicomp leer algo a través de la goma? Probablemente, aunque se sentía tonta al colocar un guante inflado en el

compartimento del sensor. Pero había otro problema: lo que hiciera con su propio aliento, tendría que repetirlo también con el aliento del Parcial. Las dos pruebas tenían que ser iguales o los resultados no significarían nada, y Kira estaba bastante segura de que el Parcial no querría colaborar en eso. Dejó que el guante se desinflara. Tendría que pensar en otra cosa.

–Estábamos ganando la

guerra –dijo el Parcial, en voz baja. Aun así, ella se sobresaltó, pues no esperaba que hablara.

–¿Qué? –Kira lo miró y se metió el guante en el bolsillo–. ¿Por qué diablos mencionas eso?

–Porque ustedes piensan que nosotros creamos el virus; por eso están estudiándome como parte de la misión de encontrar la cura. Piensan que lo fabricamos nosotros –sacudió la

cabeza–. No fue así.

–Es obvio que pensaba que me mentirías –dijo Kira–, pero esperaba que al menos fueras un poco más creativo.

–Es la verdad.

–¡No es cierto! –gritó Kira. El Parcial no respondió; simplemente la observó desde la mesa. Tenía los ojos oscuros y serios–. Nos atacaron, nos mataron y liberaron el virus para completar el trabajo.

–Estábamos ganando la

guerra –repitió–. Éramos la rama más numerosa de sus fuerzas armadas, por eso no pudieron defenderse con eficacia. Atacamos rápido, desactivamos sus comunicaciones, les impedimos contraatacar. No tenían manera de detenernos. En unas semanas más, quizá apenas dos, habríamos tomado el control del gobierno, y lo habríamos hecho sin perder la infraestructura que había creado

su sociedad: electricidad, gas natural, industrias, transportes y producción de alimentos…

–¿Ese era su plan? –preguntó Kira, con amargura–. ¿Usarnos como esclavos? ¿Como mano de obra para mantener la infraestructura?

–¿O sea, lo mismo que ustedes habían hecho con nosotros?

Kira lo miraba, más y más enojada a cada segundo, acalorada como si tuviera una

antorcha encendida en su interior. Sacó el guante del bolsillo, fue hasta la medicomp a grandes pasos y arrojó el guante en el contenedor de residuos peligrosos.

–No queríamos esclavizarlos –prosiguió el Parcial–. Y aunque así hubiera sido, no queríamos ni necesitábamos matarlos para eso. Liberar un virus mortal no tenía sentido, ni desde el punto de vista táctico, político ni ningún otro.

–¿Esperas que crea que un supervirus perfecto, que destruyó a la humanidad y a ustedes los dejó intactos, fue liberado por casualidad en medio de su ataque… y que ustedes no tuvieron nada que ver?

–Admito que parece poco probable.

–Por no decir mucho más.

–Desde entonces hemos buscado una explicación –dijo el Parcial–, pero aún no sabemos

de dónde provino.

–Ni siquiera sé por qué estoy hablando contigo –replicó Kira.

Era una locura pensar en dar crédito a algo que él dijera… el solo hecho de estar escuchándolo era en sí descabellado. Se volvió hacia la pantalla y se quedó mirando, furiosa, las imágenes y los datos, pero no pudo evitar observar de reojo al Parcial, una vez, y luego otra. Él sabía algo. Si ella lograba desentrañar sus

mentiras, tal vez hallaría algo de utilidad en sus palabras. Todo lo decía en tono monótono y sin emoción, casi como si no le importara o no pudiera importarle. Kira giró por completo hacia él y se inclinó hacia adelante en la silla.

–Está bien –dijo–, ya que estás tan conversador: ¿por qué estaban en Manhattan?

El Parcial no respondió. Kira esperó, mirándolo.

–¿Cuál era su misión? ¿Por

qué estaban tan cerca de la frontera? –insistió con frustración.

–No puedo decírtelo.

–¿Por qué no?

Él se quedó mirando el techo.

–Porque no quiero que me maten.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Era casi medianoche cuando Kira salió del hospital. Se estremeció ligeramente al sentir el aire fresco de la noche; aun en verano, las noches de Long Island podían ser bastante frías. El Parcial se había negado a decir algo más y, en parte, Kira se sentía agradecida por ello. Aunque estaba desesperada por saber a qué se refería,

también estaba asustada. Si lo que él sabía era tan peligroso que el solo hecho de hablar de eso podría hacer que lo mataran… Volvió a estremecerse de solo pensarlo.

Había pasado el día enfrascada en los archivos de la medicomp, estudiando el virus: su estructura específica, las proteínas que componían las paredes y los nodos receptores, la carga genética que llevaba dentro. El hospital tenía equipos

genéticos increíblemente avanzados; algunos, de la misma clase que se habían utilizado originalmente para crear a los Parciales, aunque todos los que sabían usarlos habían muerto en el Brote. Resultaba irónico que tuvieran una tecnología tan asombrosa, de una época tan reciente, y que ninguna persona viva pudiera entenderla. A veces, Kira los consideraba hasta mágicos, objetos místicos de

alguna civilización olvidada. El doctor Skousen y sus investigadores los estudiaban en habitaciones en penumbra, rodeados de los libros voluminosos y antiguos de su profesión, pero la magia se había perdido. Podían encontrar la codificación genética del RM, pero no cambiarla, ni tampoco leerla. Lo único que podían hacer era observar, adivinar y esperar algún descubrimiento.

Kira no había hallado nada.

Le quedaban cuatro días.

Caminó lentamente por la ciudad, deseando llegar a su casa y echarse a dormir, pero todavía sin rumbo, como si su cerebro estuviera demasiado cansado para concentrarse y quisiera simplemente vagar por allí. Ella se dejó llevar por la ciudad a oscuras, recorriendo casas silenciosas, aceras agrietadas y calles sucias y alisadas por el tránsito. De noche, East Meadow parecía

casi tan vacía como el mundo exterior: la vegetación omnipresente se mantenía a raya por la cantidad de gente y animales, pero las casas estaban igualmente oscuras, las calles igualmente desoladas y el mundo igualmente en silencio. De día, la ciudad estaba poblada pero con poca gente; de noche era solo una parte más de las ruinas que cubrían el mundo.

Kira dobló una esquina y tomó

conciencia de dónde estaba, hacia dónde había estado caminando inconscientemente, desde su salida del hospital. Se quedó en la esquina, inmóvil, contando las casas: *cinco, cuatro, tres, dos, una,* y por fin la de Marcus, a la derecha. Él había vivido varios años al cuidado de un hombre mayor; luego cuando este murió se había mudado con otro padre sustituto, y al cumplir dieciséis años se fue a vivir solo. No era

complicado mudarse: lo único que había que hacer era encontrar una casa en buen estado, limpiarla y listo. Los dueños estaban todos muertos, los bancos habían desaparecido y había más que suficiente para que todo el mundo tuviera dos, cinco o hasta diez casas si así lo deseaba. Long Island había sido el hogar de millones de personas. El viejo mundo se había consumido en la búsqueda de acumular más

cosas. Ahora había más cosas de las que se podían usar, y poco o nada de algo más.

Kira vio un resplandor amarillo, tenue y lejano. Se detuvo, escudriñando, y volvió a verlo. Decididamente, era en la casa de Marcus. ¿Por qué estaba levantado tan tarde? Se acercó, pasando cuidadosamente por encima de las grietas que las raíces de los árboles habían abierto en la acera, con la vista fija en la luz

mortecina. Era una vela, que brillaba tenuemente por la ventana. Se detuvo frente a la casa y espió en la habitación que estaba más allá: una vela, una silla y Marcus durmiendo sentado. Las paredes estaban desnudas, marcadas por los clavos que habían sostenido las fotos de otra persona y que habían sido retirados, guardados o descartados. Lo observó durante un momento interminable, y de pronto él la

estaba observando a ella, con la cabeza erguida y los ojos abiertos.

Se quedó inmóvil, mirándola con los ojos dilatados, esperando que se moviera. Ella se quedó quieta y siguió mirándolo.

La llama fluctuó.

Marcus se puso de pie y desapareció tras el marco de la ventana. Luego se abrió la puerta. Ella empezó a subir corriendo los escalones del

frente incluso antes de darse cuenta de lo que pasaba, y cuando Marcus apareció en la puerta, lo abrazó y hundió la cara en su pecho. Él la estrechó con fuerza y Kira cerró los ojos, tratando de empaparse de él: su fuerza, su aroma, su presencia, tan reconocibles como los propios. Había sido parte de su vida desde que ella podía recordar; era más real que cualquier cosa del viejo mundo. Aquella era la vida en la

que ella había nacido, pero esta –en East Meadow, con Marcus, hasta con el RM– era la vida que vivía. Lo abrazó con fuerza y levantó la cara buscando la de él. Sus labios se encontraron en un beso largo, feroz y desesperado.

–Perdóname por no haber ido contigo –susurró Marcus–. Me arrepentí cada día que no estuviste.

–Podrías haber muerto –respondió ella, sacudiendo la

cabeza. Volvió a besarlo.

–Pero debería haber estado contigo –insistió Marcus, en tono grave–. Debería haber estado allá para protegerte. Te amo, Kira.

–Yo también te amo –dijo ella suavemente, pero desde el fondo de su mente una voz dijo: *No necesitabas que te protegieran.*

Ignoró la voz, la ahuyentó. Ahora lo único que quería en todo el mundo era estar en

brazos de Marcus.

–Trajeron uno, ¿no?

Kira hizo una pausa; no quería hablar ni pensar en el Parcial, pero luego asintió.

–Sí.

–Se corre la voz. Todos saben que la Red trajo algo desde el extremo oeste de la isla, pero nadie sabe qué. No me costó mucho atar cabos.

Kira sintió que volvía a invadirla una oleada de inquietud al recordar lo tensa que había

estado la ciudad antes de su partida, lo cerca que estaba la gente de la guerra civil.

–¿Crees que alguien más se haya dado cuenta?

–Lo dudo –respondió Marcus–. Traer un Parcial al corazón de East Meadow no es precisamente lo primero que se le ocurriría a alguien.

–Quizá no lo primero –dijo Kira–, pero sí lo segundo, o lo quinto, o lo vigésimo. Alguien podría deducirlo.

De pronto sintió frío y se apartó de Marcus para frotarse los brazos. Él le rodeó la espalda y, con suavidad, la condujo adentro.

–Tenemos muchas otras cosas de qué preocuparnos –dijo, en un tono grave que no era común en él–. Hubo otro ataque de la Voz mientras ustedes no estaban, uno grande. Atacaron las perreras y mataron o secuestraron a casi todos los perros entrenados que

tenía la Red. Ahora no podemos…

Kira se detuvo y lo tomó del brazo, con el corazón acelerado.

–¿Las perreras? ¿Saladin no trabajaba allí?

–El chico maravilla –asintió Marcus–, el ser humano más joven del planeta. Se lo llevaron junto con los perros, y también a la mitad de los que trabajaban con él. Fue un golpe bastante grande, desde el punto de vista

psicológico. Sin los perros, ya no podemos rastrear a la Voz fuera de la ciudad, pero sin Saladin… es como si hubieran entrado y después de patear a un cachorrito se hubieran llevado a un bebé. Mucha gente está exigiendo una guerra total.

–¿Por qué harían eso? –preguntó Kira–. Era obvio que la gente se iba a enfurecer; es casi como si hicieran todo lo posible por hacernos enojar. Así no van a conseguir que nadie los

apoye. ¿Será que quieren iniciar una guerra?

–Es posible que piensen pedir rescate –dijo Marcus–. Es una muy buena carta de cambio. Y dejaron una nota.

–¿Una nota?

–Bueno, técnicamente llenaron las perreras con seis metros de graffiti, pero no importa. El mensaje fue claro, como siempre lo ha sido: "Deroguen la Ley de Esperanza".

Kira entró por el túnel de plástico.

–Buenos días.

Lo dijo sin pensar, y luego se detuvo a analizar por qué. ¿Cuándo había empezado a considerarlo una persona?

El Parcial, desde luego, no respondió. Ni siquiera pareció reaccionar. Kira se preguntó si estaría dormido. Se acercó con sigilo, tratando de hacer el menor ruido posible, pero el

Parcial gimió y tosió, giró la cabeza a un lado y escupió.

–¿Qué estás…?

Se quedó helada.

La saliva estaba roja de sangre.

Kira dejó sus archivos, corrió a su lado y le levantó la cabeza con suavidad. Tenía la cara llena de hematomas y costras de sangre.

–Santo cielo, ¿qué te pasó?

El Parcial volvió a gemir, y parpadeó lentamente hasta abrir

los ojos.

–Sangre.

–Sí –dijo Kira, mientras corría a las alacenas en busca de toallas–. Ya veo que estás sangrando, pero ¿por qué? ¿Qué pasó?

El Parcial no dijo nada. Ladeó la cabeza, haciendo sonar las coyunturas del cuello, y levantó el brazo derecho; se movió unos siete centímetros hasta que las correas lo detuvieron con un tirón. Estaba cubierto de

laceraciones finas, frescas y rosadas.

–Me cortaron.

Kira abrió la boca, horrorizada.

–¿Quién? –el horror se convirtió en ira casi al instante–. ¿Quién fue? ¿Los guardias? ¿Los médicos?

Él asintió ligeramente, y tanteó su boca con la lengua para asegurarse de que aún tenía todos los dientes.

–Eso es ridículo –dijo Kira,

furiosa.

Fue hasta el microscopio dando enérgicas zancadas, gruñó y volvió. Todo lo que había pensado hacer pero había rechazado por inhumano, lo había hecho otro. Dirigió una mirada larga y fría a la cámara del rincón, un ojo que no parpadeaba y le devolvía la mirada sin emoción. Quería destrozarla, pero respiró hondo y se obligó a calmarse. Con enojarse no resolvería nada. *Yo*

estoy tratando de ser la buena aquí, pero… ¿realmente es bueno "consentir" al Parcial? ¿Acaso le estaría haciendo un mejor servicio a la humanidad si pusiera a prueba sus límites? Caminó hasta el escritorio y se sentó, siempre con la vista al frente. *Ni siquiera sé qué hacer.*

Bajó la cabeza y divisó el guante de goma que había arrojado a la basura. El análisis de aliento… todavía necesitaba

hallar una manera de aislar el aliento del Parcial para investigar si contenía muestras del RM de transmisión aérea. La Espora. Aún no había encontrado una buena manera de hacerlo. Estaba bastante segura de que los guantes de goma servirían, pero solo si el sujeto estaba dispuesto. Echó un vistazo al Parcial, que estaba serio y callado sobre la mesa.

Se puso de pie, sacó otro guante de goma y se dirigió

lentamente hacia la mesa.

–¿Tienes nombre?

El Parcial la observó con atención, con una mirada lenta y calculadora; daba la sensación de que estaba analizándola de pies a cabeza.

–¿Por qué quieres saberlo?

–Porque estoy cansada de llamarte *Parcial*.

La observó un momento más; luego sonrió, lentamente y con recelo.

–Samm.

–Samm –repitió Kira–. Tengo que admitir que esperaba uno más original.

–Se escribe con dos emes.

–¿Por qué con dos emes?

–Porque eso decía en mi mochila –respondió Samm–. Sam M. No me di cuenta de que la M representaba un apellido. Tenía dos días de edad; nunca había conocido a nadie que tuviera apellido. Era solo… Samm. Lo escribí así en un informe y así quedó.

Kira asintió y se agachó a su lado.

–Samm –dijo–, sé que no tienes motivos para ayudarme ni para hacer nada que yo te pida, pero quiero que entiendas que esto es muy importante. Ayer adivinaste que el RM es una gran preocupación para nosotros, y acertaste. Todo lo que estoy haciendo aquí, todo lo que estamos haciendo todos, es buscar la manera de curarlo. Por eso estábamos en

Manhattan, porque nada de lo que queda aquí, en la isla, nos está dando respuestas. No sé si eso significa algo para ti, pero para mí tiene una importancia enorme. Daría mi vida por encontrar una cura. Sé que esto te va a sonar raro, pero voy a pedirte un favor –hizo una pausa, casi como para disuadirse, y luego levantó el guante de goma–. ¿Podrías soplar aquí adentro?

Samm levantó una ceja.

–Necesito que lo infles –explicó Kira–. Eso me permitirá aislar la muestra de tu aliento y analizarla en la medicomp.

Él vaciló.

–Dime cómo te llamas.

–¿Por qué?

–Porque estoy cansado de llamarte *Humana*.

Kira ladeó la cabeza, observándolo. ¿Era una broma? Su voz era tan monótona como siempre, pero en el fondo había algo casi juguetón. ¿Acaso

estaba tratando de congraciarse? ¿De ponerla a prueba? Muy en el fondo, aquella mirada serena y calculadora nunca abandonaba sus ojos. Fuera lo que fuera, él debía tener más de una razón para hacer lo que estaba haciendo. Ella frunció los labios, pensativa, y decidió acceder.

–Me llamo Kira.

–Entonces sí, Kira, inflaré tu guante de goma.

Le puso el guante en los

labios y sintió su aliento en la mano; luego presionó mientras él soplaba con fuerza. Tuvieron que hacer un par de intentos para que no se escapara el aire, pero pronto Kira consiguió una pequeña muestra de aliento y cerró el guante con firmeza.

–Gracias.

Colocó el guante en el compartimento de la medicomp para muestras, sintiéndose un poquito ridícula; luego cerró la recámara y empezó a pasar las

pantallas. El aparato inició el largo proceso de buscar la mayor cantidad posible de estructuras y guardarlas.

Casi de inmediato, apareció un pequeño mensaje en una esquina de la pantalla: el microscopio había encontrado una “coincidencia parcial” con algo que estaba en su base de datos. Ella sacudió la cabeza. *Y no es un juego de palabras, ¿eh, microscopio?* Un momento después apareció otra, luego

dos más y cuatro más, una coincidencia parcial tras otra. Kira abrió la imagen y encontró una extraña construcción proteica, completamente nueva y, sin embargo, como había informado el aparato, muy familiar. Miró más de cerca. Ahora había docenas de coincidencias, que ascendían rápidamente a centenares. Había algo en el aliento de Samm que se parecía mucho (pero no era exactamente igual)

a la Burbuja del RM. Los dedos de Kira volaron sobre la pantalla, agrandando la imagen, rotándola, separándola. Tenía un parecido notable con la versión del RM de transmisión sanguínea: tamaño y forma semejantes, incluso algunos de los mismos nodos y receptores en la superficie. No era exactamente el RM, pero se parecía lo suficiente como para hacer que Kira se estremeciera. Lo más aterrador eran las

escasas y pequeñas diferencias, porque significaban que era nuevo. Una nueva cepa del virus, tal vez.

Y Samm lo estaba exhalando.

Kira levantó la vista al techo y paseó la mirada de una esquina a la otra. Pensó en gritar o en salir corriendo de la sala, pero se detuvo. *Necesito pensar bien en esto.* En primer lugar, no estaba enferma; no tenía síntomas, molestias ni señales de un ataque patógeno.

Observó la pantalla con más atención, examinando el objeto: era semejante al RM, pero no parecía un virus. Un virus tendría una partícula central, un paquete de información genética que ingresaba en una célula huésped y la infectaba, pero el objeto en el aliento de Samm no la tenía. Lo examinó minuciosamente, utilizando los dedos para separar las capas de la imagen y estudiar la estructura con detalle. Por lo

que veía, aquella nueva partícula no tenía manera de reproducirse. Era como una versión no viral del virus.

Fuera lo que fuera, aquello había dado a Kira algo en qué concentrarse. Comparó la imagen con las de la base de datos, tratando de descubrir su propósito o función. De inmediato consideró dos posibilidades y las apuntó en su cuaderno: la primera, que el cuerpo de Samm podía, en

algún momento, producir la Burbuja, y que de cierta forma esa capacidad se había eliminado o reducido, dejando solo esta estructura inerte, no viral. Era una partícula vestigial, como el apéndice humano: la prueba de una función previa. Kira pensó en eso con la mirada fija en su cuaderno. ¿Era así como los Parciales diseminaban el RM? ¿Simplemente lo exhalaban y mataban a todo el mundo? Pero en ese caso,

¿cómo se eliminó esa función? ¿Qué accionó el interruptor que hizo que el virus mortal se volviera inerte? *Los Parciales fueron creados*, pensó. *Es posible que les hayan incorporado un interruptor, y el poder de encenderlo o apagarlo. Pero ¿quién tiene la llave que lo acciona?*

Ella se estremeció, pues las implicancias de lo que estaba pensando le retorcieron el estómago. Sin embargo, su

segunda deducción parecía aún peor: que la partícula en el aliento de Samm fuese precursora del virus activo, diseñada para transformarse al contacto con la sangre humana y convertirse en la mortal Burbuja. ¿Era ese el secreto de la inmunidad de los Parciales? ¿Un virus que ni siquiera podía accionarse hasta no encontrar un blanco humano? Para Kira esa era la peor de las situaciones, pues significaba

que quizá no hubiera nada que pudiera aprovechar, ningún mecanismo de defensa que pudiera copiar de los Parciales para luchar contra el virus. Si el RM apuntaba a los seres humanos en forma específica y directa, la única defensa posible consistía en dejar de ser humano.

Tal vez la única manera de sobrevivir era ser Parcial.

Kira sacudió la cabeza, dejó caer el cuaderno y apartó la

idea de su mente. No podía pensar así… no *quería* pensar así. Tenía que haber algo en el código genético Parcial que dejaba inerte el RM. Tenía que haber algún modo de copiarlo y aplicarlo al código genético humano. Y ella iba a encontrarlo. Lo único que esto demostraba, sin lugar a dudas, era que lo que Samm había dicho el día anterior era verdad: los Parciales sí poseían una conexión con el RM, pero en un

nivel muy básico. Pero ¿cuál era?

Dio un golpecito en la pantalla para abrir la información sobre la partícula y darle un nombre. La forma de transmisión sanguínea era la Burbuja, porque era gorda; la de transmisión aérea era la Espora, porque era, presumiblemente, la manera en que se contagiaba el virus. A esta nueva forma la llamó Acechadora, porque no tenía

ninguna función evidente. Solo estaba allí, esperando el momento de atacar.

–No vas a encontrar lo que buscas.

Kira volvió a sobresaltarse; Samm tenía un extraño sentido de la oportunidad. Pero le dio curiosidad.

–¿Y cómo sabes lo que estoy buscando?

–Estás buscando una solución.

–Estoy buscando una cura.

–La cura es solo una parte –dijo Samm–. Buscas una solución a los problemas que tienen: rebeldes, pestes, descontento político, guerra civil. Tienen miedo de todo, y a decir verdad, todo en su vida da miedo. Estás buscando algo que los ayude a salir adelante, a rearmar sus vidas. Pero no vas a encontrar las respuestas solo curando el RM. Y lo sabes.

Estuvo escuchándonos, pensó Kira. *Puede que haya*

oído muchas de esas cosas en la audiencia, pero no todo. Seguro que no se enteró por la Voz. Pero estuvo prestando atención y atando cabos. La primera idea de Kira fue dejar de hablar, para que él no pudiera obtener más información. Sin embargo, estaba atado y le quedaban cuatro días de vida. ¿Cómo podría ayudarlo a escapar el hecho de deducir que una guerra civil era inminente?

Kira se sintió atrapada en la sala y pasó junto a Samm para ir a abrir la ventana. No pudo. Trató de abrirla con todas sus fuerzas, mascullando insultos al Senado por haberla encerrado. Luego recordó que estaban en una habitación sellada y se sintió estúpida por haberlo intentado, lo cual la hizo maldecir más aún.

–No queremos que ustedes mueran –dijo Samm.

–Entonces, ¿por qué nos

mataron?

Kira se dio vuelta y lo enfrentó; sentía el rostro acalorado y enrojecido.

–Ya te dije que nosotros no creamos el RM.

–Lo que encontré en tu aliento sugiere otra cosa.

Si eso era una novedad para Samm, lo disimuló.

–Si los quisiéramos muertos, ya estarían muertos –dijo Samm–. No es una amenaza, es un hecho.

–Entonces ¿qué quieren de nosotros? –preguntó Kira, en tono apremiante–. ¿Por qué nos mantuvieron con vida? ¿Qué están planeando? ¿Por eso estaban en Manhattan?

Samm vaciló un momento.

–Parece que serías capaz de cualquier cosa para garantizar la supervivencia de la humanidad. ¿Hasta dónde estás dispuesta a llegar?

–¿De qué hablas? –preguntó Kira–. ¿Qué estás sugiriendo?

Samm echó un vistazo hacia el rincón, hacia la cámara que Kira sabía que estaba observándolos y escuchando todo lo que decían. Cerró la boca y miró al techo.

–No –dijo Kira, inclinándose sobre él–, no puedes decir una cosa así y volver a callarte. ¿Por qué empezaste a hablar si no ibas a terminar?

Él no respondió; ni siquiera la miró.

–¿A eso te referías ayer? ¿A

que no puedes decírnoslo porque no quieres morir? Pues te tengo noticias, Samm: de todos modos vas a morir. Si tienes algo que decir, hazlo. Ustedes estaban en Manhattan por una razón; ¿estás diciendo que tenía algo que ver con el RM?

Kira esperó todo un minuto, pero Samm guardó silencio. Ella se volvió hacia la ventana, enojada, y dio un golpe en el vidrio con la mano. El sonido del

golpe resonó a lo lejos. *Qué raro.* Kira frunció el ceño, mirando la ventana, y volvió a golpearla, preguntándose qué cosa había provocado el sonido. No pasó nada. Se acercó más, y de pronto se oyó una fuerte serie de estallidos cortos y rápidos procedentes de la ciudad. Miró hacia fuera: una columna de humo se levantaba desde algún punto detrás de los árboles. No podía ser muy lejos, apenas a unas cuadras de allí.

Las detonaciones continuaron: ráfagas cortas de un ruido breve y rítmico, pero no se dio cuenta de lo que era hasta que vio gente corriendo.

Disparos automáticos. Estaban atacando la ciudad.

CAPÍTULO VEINTE

–La Voz –dijo el senador Weist.

Kira estaba en una sala de conferencias del hospital con Mkele y los mismos cinco senadores que había conocido en su audiencia, y el ambiente estaba más tenso que nunca–. Atacaron el edificio del Senado. Fue el ataque más grande hasta ahora: al menos cuarenta insurgentes, quizá más, y no

capturamos a uno solo vivo.

–¿Y si hubiéramos estado allí? –preguntó Hobb, en tono apremiante mientras caminaba inquieto por la sala. Su cabello ondulado estaba sudado y sin cuerpo; y su rostro, pálido–. No tenemos suficientes guardias para esto…

–El blanco no era el Senado –dijo Mkele–. No había ninguna asamblea en curso y ningún senador presente; atacaron en un momento en que la vigilancia

era mínima. Es obvio que su intención era entrar con la menor resistencia posible.

–Entonces, ¿fue un robo? –preguntó Delarosa–. Aun así, no se entiende. Todo lo que almacenamos en ese edificio pueden conseguirlo más fácilmente buscando en las afueras.

–Buscaban el Parcial –respondió Mkele. La sala quedó en silencio–. Ya se está corriendo la voz. Por eso invité a

la señorita Walker a que nos acompañe.

–Uno de los soldados habló –dijo la senadora Kessler–, o tal vez Kira. Nunca debimos confiar en ella.

Kira empezó a protestar, eligiendo mentalmente sus mejores y más horribles insultos para decírselos en la cara a la presumida senadora Kessler, pero Mkele la interrumpió.

–Si Kira hubiera hablado –dijo–, habrían atacado el

hospital. Me parece más probable que la Voz no supiera lo que teníamos, sino solo que teníamos algo; obviamente desconocían dónde estaba. Incluso el mensaje que escribieron con aerosol en el edificio fue muy vago: “El Senado miente. ¿Qué están escondiendo?”. De haber sabido lo que escondíamos, ¿no creen que lo habrían dicho?

–Solo si querían iniciar una revuelta –respondió Weist–. Si

se revelara lo del Parcial, no pasaría menos que eso.

–Es posible que una revuelta sea su único objetivo admisible en este momento –opinó Delarosa–. La única manera de crear suficiente agitación como para desencadenar un golpe de Estado.

–Considerando lo poco que hemos perdido –dijo Mkele–, este ataque nos resultó más benéfico que dañino. La información que aparentemente

tenían, combinada con la que obviamente no tenían, me da un panorama valioso de su red de inteligencia.

–Qué bueno –dijo Hobb, con ironía–, pero ¿y antes del ataque? ¿Cómo trascendió nuestro secreto? Si usted es tan brillante, ¿por qué no impidió que ocurriera?

–Si usted tenía la ilusión de que esto se mantuviera en secreto en una comunidad tan pequeña como esta, se estaba

engañando –repuso Mkele–. Yo desaconsejé desde el principio la presencia del Parcial.

–Tomamos la decisión basándonos en las garantías que nos dio usted –dijo Kessler–. Si algo se está filtrando de la Red de Defensa, tiene que encontrar por dónde…

–Sabíamos muy bien en qué nos metíamos –intervino Delarosa–. Si nuestro plan con la señorita Walker resulta fructífero, cada ataque habrá

valido la pena. Los posibles beneficios son muchos más que los obstáculos.

–Si es que da resultado –replicó Kessler, lanzando una mirada penetrante a Kira–, y si la Voz no lanza un ataque consumado antes de que terminemos. Son demasiadas hipótesis.

Están hablando de mi trabajo como si lo estuvieran haciendo ellos, pensó Kira. Su primer impulso fue protestar, pero se

contuvo. *No. Si creen que estamos trabajando en esto juntos, significa que les importa el resultado. Están apoyando el proyecto. No les interesa quién se lleve los laureles con tal de que alguien encuentre la cura.*

–Demasiadas hipótesis –intervino Hobb–; basta que una salga mal y de pronto somos traidores y criminales de guerra. Weist tiene razón con respecto a la revuelta: si se llega a saber que tenemos un Parcial en

custodia, nadie va a esperar una explicación. La gente romperá todo lo que se interponga en su camino hasta encontrarlo, y después también van a destruirlo.

–Entonces tenemos que mudarlo –propuso Skousen–. El ataque al ayuntamiento causó mucha destrucción; si hacen lo mismo en el hospital, habrá demasiadas cosas en riesgo: los pacientes, las instalaciones, la estructura misma.

–Pero no podemos mudarlo –protestó Kira–. El hospital Nassau es el único establecimiento de la isla que cuenta con los recursos que necesitamos para el estudio. Ningún otro tiene estos equipos.

–Lo mejor es no decir nada –dijo Mkele–. La reacción inicial del senador Weist fue correcta, de acuerdo con mis proyecciones: si se llega a saber que estamos ocultando un Parcial en medio de East

Meadow, la protesta popular será fervorosa y violenta. La gente creará disturbios o se pasará en masa a la Voz. Recomiendo que dupliquemos las patrullas policiales y tripliquemos la guardia en el Senado.

–¿Por qué complicar las cosas? –preguntó Kessler–. Deberíamos ejecutarlo y ya.

–Aún podemos aprender mucho… –dijo Kira, pero se paró en seco cuando Kessler la

miró con furia. *¿Qué le pasa a esta mujer?*

–Estoy de acuerdo –dijo Mkele–. Lo que necesitamos decidir es si las cosas que podemos aprender justifican el riesgo de que este secreto se haga público. Walker, ¿puedes darnos un informe sobre lo que has averiguado?

Kira lo miró brevemente, y luego al panel de senadores.

–Creo que debemos completar los cinco días –dijo,

rápidamente.

–Queremos un informe –repuso Delarosa–, no una opinión.

–Las pruebas ya han revelado datos médicos invaluables –informó Kira–. Solo el primer análisis de sangre nos dijo más de lo que nunca supimos sobre la fisiología Parcial. Este hombre tiene un sistema avanzado de plaquetas…

–Cosa –la interrumpió el doctor Skousen.

Kira frunció el ceño.

–¿Perdón?

–Esa *cosa* tiene un sistema avanzado de plaquetas –la corrigió–. Estás hablando de una máquina, no de una persona.

Kira recorrió la sala con la mirada y vio los ojos de los senadores cargados de una mezcla de desconfianza y enojo, todos dirigidos a ella porque estaba hablando favorablemente de su enemigo. No podía

permitirse esa actitud mientras ellos decidían con qué celeridad matarlo. De todos modos, ¿cuándo había empezado a considerarlo un hombre? Asintió, obediente, y bajó la vista, tratando de parecer lo más inofensiva posible.

–Perdón, fue un lapsus. Tiene un sistema avanzado de plaquetas que le permite sanar los cortes y otras heridas a velocidad exponencial, varias veces más rápido que un ser

humano sano.

Weist se acomodó en su asiento.

–¿Y usted piensa que esa… capacidad avanzada de curación podría contener el secreto para curar el RM?

–Es posible –respondió Kira, aunque en su mente sabía que no lo era; tenía que dar un informe lo más positivo posible–. Pero es más probable que tenga que ver con algo que descubrí esta mañana –esto

también era una exageración, pero necesitaba conseguir más tiempo–. El aliento del Parcial contiene rastros de RM neutralizado.

Los senadores emitieron exclamaciones de sorpresa a coro; Hobb incluso sonrió. Kira se dio cuenta de que la noticia los complacía y prosiguió con decisión.

–Estaba analizando el aliento del Parcial para ver si encontraba rastros del virus de

transmisión aérea, lo que he denominado la Espora, pero en cambio hallé una forma inerte, no viral, del virus de transmisión sanguínea. Literalmente se ve como si alguien hubiera tomado una muestra de RM y le hubiera quitado todos sus elementos funcionales: no puede reproducirse ni contagiarse; no puede hacer nada. Hasta ahora, es la prueba más segura que hemos visto de que la biología Parcial puede ayudarnos a

combatir el RM.

–Estoy impresionada –dijo Delarosa, asintiendo. Echó un vistazo a Skousen–. ¿Usted sabía eso?

–Lo encontró esta mañana –respondió Skousen–. Aún no he tenido tiempo de revisar sus registros –el viejo médico se volvió hacia Kira, muy serio–. ¿Estás segura de que es un RM neutralizado, y no un RM en espera de ser activado?

Sabía que me iba a

cuestionar eso.

–Aún lo estoy investigando.

–Me parece prematuro presentarlo como algo tan definido cuando ni siquiera sabes lo que es.

–La poca evidencia que hay sugiere que es muy prometedor –respondió Kira–. Si fuera un virus nuevo, veríamos señales de él en alguna parte: nuevos síntomas, nuevos pacientes, probablemente una epidemia. Él… esa cosa… lleva varios

días bajo custodia humana y nadie se ha enfermado. Yo llevo mucho tiempo cerca de eso, y estoy muy bien.

–¿Y si no es un virus nuevo? –insistió Skousen–. ¿Y si es el mismo RM, al cual todos somos inmunes, y por eso la muestra permanece latente?

–Es posible, sin duda –respondió Kira–, pero me inclino a que la otra teoría también lo es. Esto podría ser una buena señal y, sea como sea, es la

pista más firme y alentadora que hemos tenido. Francamente, es más prometedora de lo que esperaba encontrar al cabo de apenas un día y medio.

–Aquí realmente podría haber algo –dijo Delarosa, y miró a Weist con una expresión que a Kira le pareció sorprendentemente dura–. Señorita Walker, coincido con su evaluación: positivos o no, vale la pena seguir estudiando

estos hallazgos. Aprenda todo lo que pueda, y no dude en pedir lo que necesite.

–Necesito sangre de recién nacido –se apresuró a decir. Hizo una mueca por lo truculento del pedido, y deseó haberlo planteado en forma menos grotesca–. La próxima vez que nazca un bebé, apenas corone, necesito una muestra de su sangre. Estoy tratando de estudiar el proceso de infección; por eso la premura.

Delarosa miró a Skousen, quien suspiró y asintió. La senadora volvió a mirar a Kira.

–Haremos lo posible.

–Pero ¿qué vamos a hacer con la seguridad? –preguntó Skousen–. Un ataque de la Voz al hospital sería devastador.

Delarosa volvió a clavar la mirada en el mismo punto fijo de la mesa, pensativa.

–Señor Mkele, esa es su área.

–Más soldados –respondió

Mkele–, aunque con el hospital debemos tener cuidado. Si la Voz se da cuenta de que aumentamos la seguridad aquí, seguramente será su próximo blanco.

–Pues entonces mudemos al Senado aquí –propuso Hobb–. Pensarán que el aumento de seguridad es por nosotros.

Mkele meneó la cabeza.

–Eso solo empeora las cosas. El Senado seguirá reuniéndose en el ayuntamiento…

–¿Está loco? –exclamó Hobb.

–La Voz ya revisó el ayuntamiento –explicó Mkele, levantando la voz sin dejarlo terminar–, y no encontró lo que buscaba. No volverán a atacar allí. Ahora nuestro objetivo es confundirlos con demasiados blancos, en vez de conducirlos a la opción más obvia. Aumentaremos las patrullas en toda la ciudad; retiraremos soldados de LaGuardia y agregaremos presencia policial

visible en todos los edificios principales de East Meadow. Nada de lo que hagamos les dará una idea de lo que escondemos ni dónde, y tendrán que basarse en sus propios agentes de inteligencia, que obviamente no son buenos. Eso nos dará tiempo, por lo menos.

–¿Cuánto tiempo? –preguntó el senador Weist.

Mkele miró a Kira.

–Lo único que necesitamos son tres días y medio más,

¿correcto? Luego destruimos esa cosa y ya.

Hobb meneó la cabeza.

–No basta con destruirlo, como dijimos antes. Se correrá la voz, y necesitamos parecer inocentes. Es la única manera de mantener el control.

–¿Control? –repitió Kira. Recordó cómo había reprendido a Isolde por usar esa palabra. ¿Así pensaba realmente el Senado con respecto a ellos?

Delarosa se volvió hacia ella,

con ojos fríos y penetrantes.

–Sí, control. Supongo que está al tanto de que en esta isla crece el descontento.

–Pues sí, pero…

–¿De la Voz? –prosiguió–. ¿Los atentados contra personas inocentes? ¿La posibilidad muy real de una guerra civil que haga pedazos lo poco que queda de la humanidad? ¿Qué propone usted que hagamos con esta situación, sino recuperar el control?

–No me refería a eso –dijo Kira.

–Pero es lo que está implicando –repuso Delarosa–. Sugiere que el control es malo, y que el pueblo, si se le deja a su suerte, resolverá este problema por sus propios medios, sin nuestra ayuda. No puede ver el estado del mundo y sugerir con sinceridad que puede arreglarse solo.

Kira vio de reojo que Kessler sonreía con sorna, pero de

todos modos habló.

–Lo que quiero decir es que quizá están presionando demasiado. La principal queja de la Voz es la Ley de Esperanza; piensan que ustedes están ejerciendo demasiado control sobre los derechos humanos comunes.

–¿Y qué alternativa tenemos? –preguntó Delarosa–. ¿Echarnos atrás? ¿Abandonar nuestro objetivo de tener partos inmunes y exitosos? La razón de

todo lo que hacemos es, como usted nos recuerda con tanta frecuencia, el futuro de la raza humana. Promulgamos la Ley de Esperanza para maximizar nuestras probabilidades de reproducción; es el método más simple y el mejor para hacerlo. Y sí, mucha gente se quejó, pero llega un punto en la vida de una especie en que las quejas y los derechos civiles pasan a un segundo plano en comparación con la pura y absoluta

supervivencia –dejó su lápiz sobre la mesa y entrelazó las manos–. ¿Sabe a qué me dedicaba antes del Brote, señorita Walker?

Kira negó con la cabeza.

–Era zoóloga. Trabajaba para salvar especies en peligro de extinción. En un momento llegué a estar a cargo de la población de rinocerontes blancos de todo el mundo: los diez que quedaban. Dos machos. ¿Tiene idea de lo que fue de ellos

cuando el mundo se derrumbó a su alrededor?

–No, señora.

–Abrí las puertas y los dejé salir. Abandoné el control –hizo una pausa–. A uno de ellos se lo comió un puma esa misma noche. Vi su cadáver a la mañana siguiente, camino al refugio más cercano.

–Así que es eso, ¿eh? –dijo Kira, tratando de ignorar el frío que la invadía–. No somos más que otra especie amenazada en

su zoológico.

–¿Acaso lo niega? –preguntó Delarosa.

Kira apretó la mandíbula, esforzándose por pensar una respuesta que no jugara en favor de la senadora.

–Nosotros somos más de diez.

–Gracias a Dios.

Kira miró la hilera de senadores, y a Mkele estoicamente de pie detrás de ellos. No se le ocurrió nada más

que decir.

–El mundo está en ruinas –dijo Hobb–. Eso lo sabemos. Lo que usted tiene que entender es que intentamos salvarlo de la mejor manera que sabemos. Mire esta sala: Skousen es el mayor cerebro médico del mundo; Delarosa es la mejor administradora a largo plazo que yo haya conocido, y Kessler es la razón de que usted tenga comida fresca para alimentarse: literalmente creó nuestro

programa de granjas y mercados. Ellos trabajan día y noche para resolver problemas que usted apenas empieza a comprender, y lo vienen haciendo desde antes de que aprendiera a leer. Hay planes, otros planes alternativos que ni siquiera podría adivinar. Por favor, confíe en nosotros.

Kira coincidió lentamente, sopesando los argumentos de los senadores.

–Tienen razón. Yo dije lo

mismo cuando planeamos nuestra incursión a Manhattan: nada es más importante que asegurarnos de tener un futuro. Estaba dispuesta a sacrificar cualquier cosa.

–Exacto –dijo Delarosa.

–Entonces… –Kira hizo una pausa–. Entonces su plan para el futuro es la Ley de Esperanza, y su plan para recuperar el control es matar al Parcial, como dijo el senador Hobb, de una manera que los

haga quedar bien parados.

–De una manera que mantenga el orden, sí –respondió Hobb.

Kessler resopló.

–No necesito que me ponga las cosas en claro.

–¿Y mi trabajo, entonces? –preguntó Kira–. ¿Y todo lo que estoy haciendo para encontrar una cura… cómo encaja en su plan? –frunció el ceño–. ¿Tiene alguna prioridad?

–Son planes dentro de otros

planes –respondió Hobb–. Si logra descubrir algo, lo aprovecharemos con mucho gusto, pero si no… tenemos que estar preparados.

¿Preparados para qué?, se preguntó Kira.

–Solo recuerde una cosa –dijo Delarosa–: absolutamente nadie puede enterarse de esto. Le permitimos participar, primero, porque nos obligó, y nuevamente porque ha demostrado ser inteligente y

capaz. Pero hay algo que debe haber sabido desde que volvió a poner un pie en esta isla: si alguien se entera de lo que estamos haciendo, no tendremos solo disturbios: tendremos una revolución.

CAPÍTULO VEINTIUNO

En lugar de regresar directamente al laboratorio, Kira se dirigió a la cafetería. Necesitaba tiempo para pensar.

¿Qué estaba planeando el Senado? Una parte de ella sabía que tenían razón, pero aun así había una vocecita en el fondo de su mente que le decía que debía estar alerta. Veían los mismos problemas que ella,

pero sus soluciones eran muy diferentes: Kira quería curar el RM, pero ellos parecían tomarlo como un medio para mantener el control. Y sí, tenían muy buenas razones para mantener el control; la sociedad de East Meadow no era en absoluto sólida, y más allá, en las afueras, era aún peor. Necesitaban un liderazgo fuerte, una mano firme que los guiara.

Sin embargo…

Cerró los ojos, respiró hondo

y trató de pensar en otra cosa. *Basta del Senado; tengo que volver a trabajar.*

Recorrió los pasillos a paso vivo, ignorando el ajetreo que había alrededor. Saludó con un movimiento de cabeza a Shaylon, que montaba guardia junto a la puerta, y entró en el laboratorio. La sopladora siseó, los circuitos de descontaminación zumbaron en el suelo, y allí estaba él, aún amarrado a la mesa, con los

brazos extendidos, la cara al cielo y los ojos oscuros y solemnes. La miró brevemente cuando entró, y luego volvió la vista al techo.

Kira dio un golpecito en la pantalla de la medicomp para activarla y halló el análisis del aliento aún abierto; el escáner había completado su tarea y catalogado miles de partículas diferentes. Reconoció muchas, tanto orgánicas como inorgánicas: los gases

habituales en la exhalación, fragmentos de células epiteliales muertas, motas de polvo microscópicas, cantidades mínimas de minerales y un puñado de bacterias comunes. Nada especial. En cambio, la lista de partículas no reconocidas era diez veces más larga. La expandió y fue revisándola con un golpecito del dedo: una imagen tras otra de compuestos químicos raros, algunos grandes, otros

pequeños, todos de formas irregulares e increíblemente extraños. Nunca había visto nada así. Advirtió que muchas de las imágenes eran similares, y los compuestos parecían dividirse en varias categorías principales que se repetían una y otra vez. Empezó a marcar las imágenes, a examinar las moléculas y a señalar aquellos que parecían ser identificadores claves; a estos los separó en subgrupos para enseñar a la

medicomp a reconocer los distintos elementos. Pronto la computadora estaba revisando la lista por su cuenta, dividiendo los compuestos en nueve tipos principales y un décimo grupo de elementos no vinculados. Sin embargo, aún no identificaba su función, y Kira no lograba adivinarla con solo mirarlos. Fueran lo que fueran, el cuerpo de Samm estaba lleno de ellos.

Ninguno de los compuestos era ni remotamente tan

complejo como la Acechadora, pero no concordaban con ninguna sustancia de las que Kira conocía: no se trataba de tela, comida ni, obviamente, mineral o plástico. Miró a Samm, luego miró otra vez la pantalla, frunció los labios y se puso de pie. Eran demasiado comunes y constantes para que fuera casualidad, de modo que era obvio que cumplían una función, y el cuerpo necesitaría puntos de creación o receptores

para aprovechar esa función. ¿Tendría eso algo que ver con su resistencia? Había una sola manera de averiguarlo. Caminó hasta la mesa de operaciones, destrabó las ruedas y empezó a empujarla hacia el otro lado de la sala. Supuso que Samm le preguntaría qué estaba haciendo, pero él guardó absoluto silencio.

Kira acomodó la mesa bajo el explorador DORD, un aparato de gran porte, casi tan grande

como algunos de los autos que se oxidaban en el aparcamiento. Era el arma más potente de su arsenal de laboratorio: un escáner médico capaz de catalogar un cuerpo entero, capa por capa y pieza por pieza. Accionó un interruptor para encenderlo y, mientras se iniciaba, regresó a la medicomp. Las definiciones que había creado para las categorías de compuestos aún estaban allí, junto con algunas de las

imágenes más claras. Las congeló en la pantalla; luego retiró la pantalla, la desconectó de la medicomp y la trasladó con cuidado hasta el DORD. Por sí sola, la pantalla tenía una capacidad de procesamiento impresionante, pero no era nada en comparación con los sistemas de sensores a los cuales podía acoplarse. Kira la conectó al DORD, oyó el clic cuando encajó en su lugar, y con algunos golpecitos quedó

lista para empezar. El escáner examinaría los pulmones, la garganta y las vías nasales de Samm en busca de algo que se pareciera a los compuestos misteriosos, y eso le daría una buena idea de su origen y destino. A partir de allí, tendría que intuir el resto. Kira levantó el conjunto de sensores, lo extendió y centró a Samm debajo; era un equipo grueso y plomizo, con revestimiento de plástico blanco, fácilmente lo

más pesado que había en el laboratorio, pero se sostenía a la perfección. Le dio la orden de iniciar y cobró vida con un zumbido.

Ella observó la pantalla con atención, ansiosa por ver qué mostraba el escáner. No era un barrido rápido. Nerviosa, tamborileó con los dedos sobre la carcasa del DORD; luego se volvió y caminó hacia la ventana. Quería preguntar a Samm si sabía qué eran esas partículas,

pero ahora que el examen había empezado, cualquier movimiento podía interferir. Se volvió nuevamente y lo observó: firme como una roca, casi como si estuviera quedándose quieto a propósito.

Notó un movimiento en la pantalla y se acercó a mirar. El DORD ya estaba presentando y categorizando algunas imágenes preliminares. Examinó la lista y abrió una del compuesto rotulado M, una partícula

pequeña en forma de herradura. El aparato había encontrado en el cuerpo de Samm varias estructuras que podían estar relacionadas con ella: una en la cavidad nasal y el resto en los pulmones. Kira las abrió, una al lado de la otra, en la pantalla y las examinó. Casi parecían glándulas, aunque no eran como ninguna que ella conociera. La de los senos paranasales era considerablemente más grande, y el DORD la había relacionado

con varios otros archivos. Kira abrió la lista y la revisó rápidamente, levemente sorprendida por lo que veía. Hasta ahora, el DORD había vinculado esa imagen con cada compuesto que había hallado en el barrido. Cada una tenía una pequeña glándula propia en los pulmones, pero todas estaban conectadas con la más grande, que estaba en la cabeza.

Examinó la glándula con más detenimiento mientras el

escáner seguía trabajando. ¿Qué función tenía? No podía pedirle a la computadora que adivinara, pero sí que buscara coincidencias parciales en su base de datos. Inició la búsqueda y volvió a mirar la imagen, preparándose para otra larga espera, pero los resultados fueron casi instantáneos: cero coincidencias. Kira frunció el ceño y volvió a hacer la prueba. Ninguna.

Supongo que voy a tener que hacer esto manualmente. Dado que cada partícula tenía dos estructuras relacionadas, la primera suposición obvia era que una estructura creaba la partícula y la otra la recibía: una creadora y una lectora. Lo cual implicaba que transmitían información. Hizo otra búsqueda, esta vez investigando en la base de datos algo que no fuera humano. El DORD encontró un viejo archivo,

anterior al Brote, en el cual alguien había examinado un perro, y Kira pidió a la computadora que buscara allí coincidencias parciales. Apareció una casi de inmediato; mostraba una estructura notablemente similar, aunque mucho más sencilla que la de Samm. Era un órgano vomeronasal.

Samm tenía un sistema de feromonas increíblemente sofisticado.

Kira buscó más archivos y leyó todo lo que encontró sobre feromonas. Se trataba de un sistema de comunicación química simple, como una forma de olfato pero muchísimo más especializado. Los insectos lo usaban para cosas sencillas como marcar rutas o prevenirse entre sí del peligro; los perros lo usaban para marcar su territorio e indicar épocas de reproducción. ¿Para qué lo usarían los Parciales?

Puedo preguntárselo, pensó.

–Háblame de tus… feromonas.

Como era previsible, Samm no respondió.

–Tienes un sistema altamente desarrollado de receptores y sintetizadores químicos; ¿puedes decirme algo sobre eso?

No hubo respuesta.

–No puedes culparme por intentarlo.

Reflexionó un momento, miró

alrededor y luego abrió la medicomp y sacó el guante de goma en el que Samm había exhalado. Lo acercó a su rostro, lo pinchó con una aguja y apretó con todas sus fuerzas, enviando el aire directamente a su nariz. Samm tosió y farfulló, sacudiendo la cabeza para evitar el chorro de aire, pero Kira vio con asombro cómo su semblante se volvía más tranquilo. Su ritmo cardíaco aumentó en reacción al aire

forzado, pero bajó casi de inmediato al reaccionar a… otra cosa. Las feromonas. Sus ojos se relajaron, su expresión se suavizó y su respiración se hizo más pareja.

Se parecía mucho, pensó Kira de pronto, a la cara que había puesto por la mañana, cuando accedió a exhalar dentro del guante.

–Maldición –dijo–. Eso no es justo.

Kira apoyó las manos en las

caderas.

–¿Qué acaba de pasar?

–Estás usando mis propios datos en mi contra, y ahora yo… maldición –cerró la boca y miró el techo.

–¿Qué datos? –le preguntó Kira–. ¿Las feromonas? ¿Así las llamas? –miró el guante que tenía en la mano, ahora desinflado y flácido–. Acabas de decirme algo que no querías, ¿verdad? Se te escapó. ¿Qué hicieron las feromonas?

Samm no dijo nada; Kira acercó el guante a su propia cara y lo examinó con detenimiento. Se dirigió al centro de la sala, tratando de recordar cómo había sido todo por la mañana: el DORD aquí, la mesa por allá y Samm encima de ella. Le había pedido que soplara dentro del guante y habían compartido algo, un momento de… de algo. De verdadera comunicación. Ella había bromeado sobre el

nombre de Samm, él había respondido del mismo modo, y entonces había accedido a ayudarle a tomar una muestra de aliento. Había confiado en ella.

Y ahora, cuando le echó el aire a la cara y le hizo una pregunta, volvió a confiar en ella; no por mucho tiempo, pero sí lo suficiente como para que su escudo de autocontrol hostil vacilara. Había respondido la pregunta.

Las feromonas habían recreado la confianza que Samm había sentido esa mañana y lo habían obligado a sentirla otra vez.

–Es como un sistema químico de empatía –dijo Kira en voz baja, al tiempo que regresaba hacia Samm–. Lo que estés sintiendo, lo transmites con estas feromonas, y otros Parciales también pueden sentirlo. O al menos, saber que lo estás sintiendo –se sentó en

la silla a su lado–. Es como el bostezo social: se puede generalizar el estado emocional de una persona en todo un grupo.

–Ya no puedes usarlo en mi contra –dijo Samm–. No voy a soplar más en tus guantes.

–No estoy tratando de usarlo en tu contra, sino de entenderlo. ¿Qué se siente?

Samm se volvió hacia ella.

–¿Qué se siente al oír?

–Está bien –dijo Kira–; fue

una pregunta tonta, tienes razón. No se siente nada, simplemente es parte de lo que eres.

–Había olvidado que los humanos no pueden enlazar –dijo Samm–. Todo este tiempo estuve muy confundido, tratando de entender por qué ustedes son tan melodramáticos para todo. Es porque no pueden captar las emociones de los demás en el enlace, por eso tienen que transmitirlas con

inflexiones de la voz y con el lenguaje corporal. Es útil, lo admito, pero es un poco… histriónico.

–¿Histriónico? –repitió Kira. Era el discurso más largo que había oído de él. ¿Estaba hablando abiertamente o se trataba de otro plan calculado? ¿Qué ganaba él hablándole? Ella prosiguió, tratando de alargar la conversación y ver si Samm seguía prestándose–. Si ustedes se basan en

disparadores químicos para informar a la gente lo que sienten, eso también explica muchas cosas sobre ustedes. Para la sociedad humana, tú demuestras poquísimas emociones; si a ti te parecemos melodramáticos, tú nos pareces absolutamente inexpresivo.

–No se trata solo de emociones –dijo él. Kira se inclinó hacia adelante, aterrada de que dejara de hablar en cualquier momento y que su

apertura desapareciera como una burbuja de jabón–. Nos avisa si alguien está en problemas o herido o excitado. Nos ayuda a funcionar como una unidad, a trabajar en conjunto. El propósito del enlace era usarlo en batalla, obviamente. Si un ser humano estuviera de guardia y viera algo, tendría que gritar una advertencia, y entonces los otros humanos tendrían que despertarse y entender lo que les dice, y luego

prepararse para el combate. Si un guardia Parcial ve algo, esos datos viajan por el enlace y los demás soldados lo saben de inmediato: les sube la adrenalina, se les acelera el ritmo cardíaco, entra en acción el reflejo de lucha o huida y, de pronto, todo el escuadrón está listo para pelear, a veces sin siquiera decir una palabra.

–Los datos –repitió Kira–. Enlaces y datos… palabras muy tecnológicas.

–Ayer me llamaste robot biológico –recordó Samm–. Eso no es del todo incorrecto – sonrió; era la primera vez que Kira lo veía hacer eso, y ella hizo lo mismo–. No sé cómo ustedes pueden funcionar. Con razón perdieron la guerra.

Sus últimas palabras quedaron flotando en el aire como una nube venenosa, y acabaron con toda esperanza de que la conversación se hiciera amistosa. Kira se volvió

hacia la pantalla, tratando de no gritarle. La actitud de él también había cambiado: estaba más solemne, en cierto modo. Pensativo.

–Yo trabajaba en una mina –continuó, en voz baja–. Ustedes nos crearon para ganar la Guerra de Aislamiento, y eso hicimos. Cuando volvimos a casa, el gobierno de los Estados Unidos nos dio trabajo. A mí me tocó trabajar en una mina. No era un esclavo: todo

era legal, correcto y "humanitario" –pronunció esa palabra con amargura–. Pero no me gustaba. Traté de conseguir otro empleo, pero nadie quería contratar a un Parcial. Intenté estudiar, prepararme para hacer algo mejor, pero ninguna escuela aceptaba mi solicitud. No podíamos movernos del barrio marginal que nos había asignado el gobierno, porque nuestros salarios apenas alcanzaban para vivir y, de

todos modos, nadie quería vendernos su casa. ¿Quién quiere vivir al lado de la gente artificial?

–Por eso se rebelaron.

–Los odiábamos –dijo–. Yo los odiaba –se volvió hacia ella y la miró a los ojos–. Pero no quería un genocidio. Ninguno de nosotros quería eso.

–Alguien lo quiso –dijo Kira, con la voz ronca por las lágrimas contenidas.

–Y ustedes perdieron toda

conexión con el pasado –agregó Samm–. Entiendo perfectamente cómo te sientes.

–No, no es así –replicó ella, furiosa–. Puedes decir lo que quieras, pero no te atrevas a decir eso. Nosotros perdimos nuestro mundo, perdimos nuestro futuro, perdimos a nuestras familias…

–A ustedes les robaron a sus padres –concluyó Samm–. Nosotros matamos a los nuestros, cuando los matamos a

ustedes. Por más dolor que sientan, no tienen que cargar además con esa culpa.

Kira se mordió el labio, tratando de entender sus propios sentimientos. Samm era el enemigo, y sin embargo se lamentaba por él; sus palabras la habían hecho enojar mucho, pero a la vez se sentía casi culpable por sentirse así. Tragó en seco, y se obligó a responder algo que era en parte una acusación y en parte un

ruego desesperado de comprensión.

–¿Por eso me cuentas todo esto? ¿Porque te sientes mal por habernos matado?

–Te digo esto porque tienes que entender que no basta con hallar la cura. La guerra fue devastadora, pero los problemas empezaron mucho antes.

Kira sacudió la cabeza, y sus palabras salieron con mayor dureza de lo que ella misma

esperaba.

–No me digas lo que tengo que entender.

Se apartó de su lado y volvió al trabajo.

–Es un sistema de comunicación –dijo Kira. Caía la tarde y, como no había almorzado, decidió acompañar a Marcus y cenar temprano. Él había comprado sushi en la calle, y estaban comiendo juntos en una sala vacía del tercer piso, lejos de

todo el ajetreo y la gente que había abajo. Kira tomó un bocado de sushi, lo tragó y siguió hablando, tan ansiosa que apenas podía seguir el hilo de sus pensamientos. Su conversación con Samm aún ardía en su mente, como una serie incandescente de brasas emocionales encendidas, pero se obligó a ignorarlas–. Un sistema químico de comunicación, como tienen las hormigas, pero millones de

veces más complicado. Imagínate poder hablar con la gente solo mediante la respiración… no tendrías que decir una sola palabra, pero lo sabrías todo…

–No te imagino sin decir una sola palabra –respondió Marcus–. Creo que antes te volverías loca.

–Ja, ja, ja –dijo Kira, con fastidio.

–Entonces, ¿cómo funciona?

–Bueno, no sé qué clase de

cosas pueden decirse químicamente; catalogué por lo menos veinte feromonas distintas, pero incluso diez veces esa cantidad sería un vocabulario muy limitado. Aunque si, por ejemplo, una de esas cosas fuera “Estoy herido” apenas un soldado resultara herido, todos los demás lo sabrían al instante y tendrían bastante idea de dónde buscarlo. Es un sentido que nosotros ni siquiera tenemos,

como un sentido social, y para él es algo constante, absolutamente natural. ¿Te imaginas lo que sería encontrarte desconectado de eso? Debe de sentirse más solo que… –pensó otra vez en lo que él había dicho, en que había llamado a la humanidad “mis padres”. ¿Cómo sería allá, el vasto territorio de los Estados Unidos vacío y silencioso?–. Están solos, Marcus. Es más bien trágico, ¿no te parece?

–Suerte que te tiene a ti para cuidarlo, entonces –dijo él–. Sería una pena que el pobre Parcial se sintiera solo.

–No me refería a eso –aclaró Kira–. Esto es lo que me gusta hacer, Marcus… tú también eres paramédico; pensé que entenderías por qué me entusiasma tanto. No se trata de Samm, sino de…

–Ah, así que ya se dijeron los nombres, ¿eh? –Marcus intentaba hacerlo pasar como

una broma, pero Kira se dio cuenta de que en el fondo había verdadera emoción. Lo conocía demasiado bien–. Es una broma, Kira. Pero, hablando en serio: es un Parcial. El peor enemigo de la humanidad, ¿te acuerdas?

–Eso es lo que trato de decirte: ya no estoy tan segura de que lo sean.

–¿Eso es lo que trata de decirte el Parcial? –Marcus la miró como lo habían hecho los

senadores. Como si fuera una imbécil–. Está solo y encadenado y eso te da lástima, pero intentó matarte, no solo en el Brote sino la semana pasada, en Manhattan, con un arma. Es un prisionero de guerra, y quién sabe qué les haría a ti y a toda la ciudad si lograra soltarse.

–Lo sé –dijo Kira–, lo sé. Pero tú no hablaste con él… No habla como un monstruo. No… no parece un monstruo.

–Hace dos días era tu sujeto

de investigación –le recordó Marcus–, un experimento. Dos días antes de eso, era un enemigo sin rostro al que estabas dispuesta a matar y desmembrar para estudiarlo. En dos días más, ¿quién sabe qué será? ¿Un amigo?

–No estoy diciendo eso.

–En tres días estará muerto. Te conozco mucho, Kira, y veo muy bien adónde está yendo esto. Primero sentirás lástima y te encariñarás con él y luego,

cuando muera, quedarás destrozada porque piensas que tienes que salvar a todos. Es como con los recién nacidos: te sientes personalmente responsable por cada uno que muere. El Parcial es solo un sujeto de pruebas; lo peor es que tiene la inteligencia para decirte exactamente lo que quieres oír. Lo único que digo es que no me parece bien que te apegues demasiado a él.

—¿Que me apegue

demasiado? –preguntó Kira. Nuevamente sintió que la invadía la furia–. ¿Crees que estamos muy apegados?

–Espera. No me refería a eso en absoluto.

–¿No? –insistió Kira, acalorada–. Porque me pareció que estabas acusándome de algo.

–No estoy acusándote de nada –se defendió Marcus–. Solo estoy advirtiéndote…

–¿Advirtiéndome?

–Eso sonó mal.

–¿Advirtiéndome qué cosa? –preguntó ella, en tono apremiante–. ¿Que no me haga amiga de nadie que tú no apruebes?

–Trato de prevenirte sobre ti misma –dijo Marcus–. Ya sabes que tienes una tendencia a envolverte en esos enormes sueños y luego sufres mucho cuando se te caen encima. No te conformas con ayudar a los bebés, también quieres curar el

RM; no te basta estudiar a un Parcial, también tienes que… ¿qué? ¿Hacer las paces con ellos? ¿Eso es lo que dice Samm?

–No, por supuesto que no –respondió Kira, pero aun mientras lo decía, no estaba tan segura–. Solo digo que, al margen de que yo le crea o no, no son como la gente piensa. Se rebelaron porque los humanos los habían oprimido, entonces quizá, si los tratamos

bien… esta vez las cosas funcionen. No lo sé –se frenó un segundo para ordenar sus ideas–. No estoy diciendo que tengamos que bajar nuestras defensas y olvidar todo lo que pasó; solo que tal vez ya no quieren hacernos daño. Y si ellos tienen la clave para curar el RM, es posible que la paz sea nuestra única oportunidad – miraba a Marcus con nerviosismo, rogando por dentro que la entendiera.

–Se rebelaron y nos mataron –repitió Marcus.

–Las colonias norteamericanas se rebelaron contra Inglaterra hace casi trescientos años –le recordó Kira–. Se repusieron y, a la larga, fueron buenas amigas.

–Estados Unidos no liberó un virus que destruyó el mundo.

–Y quizá tampoco los Parciales –dijo Kira–. Quizá hay muchas cosas que no sabemos de la guerra. Solo hablamos de

lo que nos hicieron, pero no puede ser así de simple. Si Samm dice la verdad…

–Todo se reduce a Samm, ¿verdad? –preguntó, sacudiendo la cabeza.

–¿Qué pasa, Marcus? –se volvió y lo miró de frente–. ¿Estás celoso? Yo te amo –siguió mirándolo a los ojos–. Por favor, trata de entender lo que digo.

–¿De verdad me amas?

–Claro que sí.

–Entonces cásate conmigo.

Los ojos de Kira se dilataron. Era lo último que había esperado que dijera, en ese momento, en ese lugar, en esa situación.

–Yo…

–Somos jóvenes –prosiguió Marcus–, pero no demasiado. Puedes vivir conmigo. Busqué esa casa grande para ti. Para nosotros. Podemos envejecer allí, y cuando cures el RM podemos tener una familia. Pero

no es necesario esperar. Podemos estar juntos ahora.

Kira lo miró, imaginando la cara de Marcus junto a la suya, por la noche al acostarse, por la mañana al despertar, siempre con ella en todo y para todo. Era lo que siempre había querido, desde que siendo niños contemplaban juntos las estrellas sobre el techo de la escuela.

Pero las cosas ya no eran tan sencillas.

Ella negó lentamente con la cabeza, tanto que apenas podía sentirlo, con la esperanza de que, si lo hacía muy suavemente, Marcus no la vería decir que no.

–Lo siento, Marcus. No puedo.

Marcus permaneció aparentemente impasible; casi pudo disimular sus emociones, pero no del todo.

–¿No puedes ahora o nunca?

Kira pensó en los recién

nacidos, en el virus, en la guerra, en los Parciales, en su trabajo en el laboratorio y en todo lo que le había dicho Samm. No bastaba con curar el RM, había dicho. ¿Acaso el siguiente paso era la paz? ¿Cabía esa posibilidad? Había demasiadas preguntas, demasiadas sombras que no la dejaban ver con claridad. Volvió a sacudir la cabeza.

–No puedo ahora. El resto no lo sabré hasta que llegue el

momento.

–Está bien –Marcus hizo una pausa, asintió y se encogió de hombros–. De acuerdo.

Lo estaba tomando bastante bien, como si hubiera previsto esa respuesta.

Eso fue lo más duro.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Kira había revisado dos tercios de las imágenes del DORD cuando todas empezaron a parecerle iguales. Quería saber cómo funcionaba el sistema de feromonas, pero empezaba a darse cuenta de que por allí no iba a avanzar en el tema del RM. Cuando llegó al punto en que apenas podía mantener los ojos abiertos, decidió que era

mejor dar por terminada la jornada de trabajo. *No quiero irme caminando a casa*, pensó. *Necesito un colchón para poder dormir aquí.* Necesitaba más ayuda; era imposible que una sola persona pudiera analizar todos los datos necesarios para estudiar la biología de Samm y hallar lo que buscaba. Él aún estaba despierto; en realidad, no estaba segura de que durmiera, pero desde que Kira había regresado de cenar,

había estado callado. Ella quería decirle algo, pero no sabía qué.

Los guardias nocturnos parecían más rudos que los del turno de día. Shaylon y su compañero se habían ido, y en su lugar había un par de soldados mayores, curtidos y serios. Al pasar junto a ellos Kira se detuvo, preguntándose si iban a “interrogar” a Samm una vez más esa noche, a golpearlo, cortarlo o aplicarle

quién sabe qué torturas horrendas. Quiso decirles que no lo hicieran pero ¿de qué serviría? La idea la entristeció; miró por última vez a los soldados, bajó la cabeza y se alejó por el corredor.

Una vez en la calle, se detuvo y aspiró lenta y profundamente el aire nocturno. Estaba más templado que antes. Empezó a caminar y divisó un movimiento a la luz de la luna. Se quedó inmóvil, temiendo lo peor: un

ataque de la Voz, que iba a tomar por asalto el hospital en busca de Samm, pero entonces oyó una voz, la de Haru, que atravesaba la oscuridad con desesperación.

–No te preocupes –decía–. Ya estamos llegando, no te preocupes.

Ella corrió unos pasos, esforzándose por oírlo con más claridad. ¿Era Haru? La oscuridad crecía y la voz se hizo más clara. Era Haru, y Madison

venía con él, jadeando breve y dolorosamente.

Kira los miró consternada, pero solo por un instante y luego reaccionó.

–¡Mads!

Madison apretó los dientes con dolor, aferrada a la mano de Haru con los nudillos blancos por el esfuerzo. Él la incitaba a seguir con suavidad pero a la vez con firmeza, y casi habían llegado al estacionamiento del hospital cuando Kira los alcanzó.

–Está sangrando –dijo Haru rápidamente–, y nunca había sentido un dolor así.

Kira miró hacia el hospital, tomó a Madison del otro brazo y la ayudó a caminar con el mayor cuidado posible.

–No debiste traerla así –dijo, en tono cortante–. Deberías haber conseguido a alguien que la trajera o haber venido a buscar una silla de ruedas y un técnico de emergencias que fuera a buscarla.

–¡No iba a dejarla sola en casa!

–No tendría que haber venido a pie, por más cerca que vivan.

–Solo… –Haru vaciló–. Ayúdala.

–Ven conmigo –dijo Kira–. Siempre hay personal completo en maternidad, incluso de noche.

Rezó en silencio mientras cruzaban las puertas, rogando a quien estuviese escuchándola que, por favor, salvara al bebé

de Madison. Era demasiado pronto; podría morir por falta de desarrollo o mala respiración incluso antes de llegar a contagiarse el RM. Ayudó a Madison a doblar hacia el área de maternidad y se detuvo, a punto de chocar con una enfermera que venía por el pasillo corriendo con desesperación.

–¡Sandy! –exclamó Kira, que la reconoció de su residencia en la maternidad–. ¡Ella necesita

atención!

–El bebé Barnes entró en paro –dijo Sandy, por encima de su hombro, sin dejar de correr–. ¡Dile que espere!

–¿No van a atenderla? –preguntó Haru.

–Todos están ocupados –respondió Kira–. Vengan conmigo.

Los condujo hasta una sala cuya puerta estaba abierta y encendió la luz; allí ayudó a Madison a acomodarse en un

sillón grande y cómodo.

–Otro bebé más –dijo Madison, apretando la mandíbula y hablando entre dientes–. Por favor, no.

Kira señaló una mesa rodante con una medicomp que había en un rincón.

–Enciende el ecógrafo –pidió a Haru–. Los enchufes marcados con rojo tienen electricidad –se agachó junto a Madison y le apartó el cabello de la cara–. Oye, Mads,

¿quieres decirme qué te pasa?

–Creo que son contracciones.

–Aún te faltan dos meses –dijo Kira–. Hasta ahora has tenido un embarazo muy sano; no hay razón para que empieces a tener contracciones.

–No son solo espasmos, Kira.

Madison hizo otra mueca de dolor, cerró los ojos con fuerza y apretó la mano de Kira tan fuerte que esta tuvo que morderse la lengua para no gritar. El dolor pasó y Madison

se desplomó en el sillón, jadeando.

–¿Es un dolor intermitente? –preguntó Kira. Madison negó con la cabeza–. ¿Puedes mostrarme dónde te duele? –Madison señaló una zona sobre su vientre y al costado, y Kira asintió–. No creo que sea el útero, Mads; eso es tu estómago. Voy a hacerte una ecografía.

–Está sangrando –repitió Haru–. ¿No vas a hacer nada al

respecto?

–Estoy haciendo lo que puedo, Haru; trae el ecógrafo.

Él arrastró la mesita y la acomodó junto al asiento de Madison con una expresión de terror en los ojos. Kira se puso un par de guantes esterilizados y le levantó la camiseta para dejar el vientre al descubierto.

–Quédate quieta –le dijo, y apoyó la sonda del ecógrafo sobre la piel de Madison–. Enciende la pantalla.

La pantalla se encendió, y en el centro apareció una cuadrícula en blanco y negro con una imagen en forma de cuña en el centro. La imagen destellaba y se movía: una recreación sonográfica de los órganos en el abdomen de Madison. Las primeras veces que Kira había visto una ecografía, había estado completamente perdida, pero al cabo de varias semanas de práctica las imágenes borrosas

le resultaban claras como el cristal.

–Esa es tu vejiga –le dijo, moviendo la sonda con una mano y señalando en la pantalla con la otra, definiendo rótulos y límites que luego la computadora recordaba y seguía en tiempo real–. Ese es tu estómago y ese es el pie del bebé. Allí está: el cuerpo del bebé –trabajaba con rapidez; sus dedos corrían por la pantalla, señalando mediciones

y abriendo estadísticas archivadas en las visitas previas de Madison–. Desarrollo de la cabeza, bien; desarrollo del tórax, bien; todos los órganos internos se ven bien. Los latidos están fuertes. La vejiga se llena y se vacía. La columna vertebral se ve bien.

Madison volvió a hacer una mueca de dolor, al tiempo que apretaba los dientes y aferraba los apoyabrazos del sillón.

Detrás de ellos, dos personas

entraron a toda prisa: Sandy y la enfermera Hardy.

–Ya llegamos, Walker, gracias por empezar.

Hardy se puso un par de guantes y tomó la sonda; Kira se la entregó con nerviosismo y dio un paso atrás mientras las manos más experimentadas de la enfermera Hardy se hacían cargo de la ecografía.

–Describe el dolor –pidió Hardy.

–Intenso pero no constante –

respondió Kira–, localizado hacia el costado con el estómago. Además está sangrando… Creo que es una abrupción.

–¿Y eso qué es? –preguntó Haru–. ¿Es grave? ¿Ella está bien?

–Estamos haciendo todo lo que podemos, señor –respondió Hardy–. Solo necesitamos espacio para trabajar.

–¿Y el bebé? ¿El bebé está bien?

La imagen aparecía y desaparecía al flexionarse el abdomen, y Kira señaló la pantalla.

Había una sombra.

–La vi –respondió la enfermera, mientras movía la sonda hacia abajo y al costado, cambiando el ángulo.

Madison dejó de moverse, la imagen se estabilizó en un gran óvalo negro, el estómago, y detrás de él, un triángulo borroso. La computadora lo

identificó casi de inmediato y lo marcó con rojo.

–La placenta se está separando de la pared –agregó–. Es una abrupción parcial, como dijiste –miró detenidamente la marca de un rojo profundo en el centro de la pantalla–. Buen trabajo, Walker.

Kira sintió que la oleada de tensión empezaba a abandonarla, bajando por sus pies hasta el suelo. Estaba agotada.

–¿Qué significa eso? –preguntó Madison.

–Significa que vas a estar bien –le respondió Kira–. La placenta se está separando del útero, lo cual no es bueno. Pero en realidad no es un peligro para ti ni para el bebé si se le presta atención. Van a ordenarte reposo, así que no puedes moverte mucho, y lo van a hacer aquí, para poder vigilarte las veinticuatro horas.

–No puedo quedarme en el

hospital –protestó Madison.

Kira tomó su mano.

–Piensa que son vacaciones: desayuno en la cama, sirvientes listos en todo momento… No va a pasarles nada a ti ni al bebé sin que estemos aquí para ayudarte.

–¿Seguro que no es peligroso? Si tienen que vigilarme todo el tiempo…

–Doce años atrás te habría enviado a tu casa con tampones y analgésicos –dijo la enfermera

Hardy–, pero hoy en día no nos descuidamos.

–Está bien –dijo Madison–, pero ¿reposo absoluto? ¿No puedo levantarme?

–Lo menos posible –respondió Hardy–. La abrupción placentaria no es común, pero en un caso como el tuyo, es casi seguro que se debe a haberse esforzado demasiado. Necesitamos frenar eso de inmediato.

–Basta de limpiar la casa –

dijo Kira–. Voy a hablar con Xochi y ya veremos cómo nos ocupamos de eso.

Madison sonrió con aire culpable y ahogó una exclamación.

–No debí venir a pie.

–Y yo voy a golpear a Haru con una cadena de bicicleta por haberte traído así –dijo Kira, y miró a Haru muy seria–. Pero por ahora, descansa.

–Tenemos que hacerte un análisis de sangre –dijo la

enfermera Hardy–, y luego te daremos unos analgésicos; después podrás dormir una siesta.

Kira apretó la mano de Madison y dio un paso atrás, mientras las otras enfermeras se acercaban a atenderla. Salió al corredor y se desplomó en una silla. *Eso estuvo muy cerca.* Soltó una larga y lenta exhalación, pensando en todo lo que podría haber pasado, todo lo que habría podido salir mal.

No soporto la idea de ver a Madison como a Ariel, golpeando con impotencia una ventana de vidrio solo para poder cargar a su bebé muerto.

Aún no sé cómo salvarlo.

Se quedó mirando el suelo, demasiado cansada para poder pensar.

–Hola.

Levantó la vista y vio a Xochi de pie a su lado. Se veía cansada y demacrada.

–Hola –respondió–. ¿Te

enteraste de lo de Madison?

–Sí –respondió–, pero no vine por eso.

Kira frunció el ceño. *Por favor, basta de calamidades.* Se incorporó en la silla, obligándose a enderezarse.

–¿Qué pasó? –preguntó, en un tono más fuerte de lo que ella se sentía.

–Isolde acaba de regresar del Senado –dijo Xochi–. Mañana van a hacer un anuncio. Enmendaron la Ley de

Esperanza. Ahora la edad de embarazo es a los dieciséis años…

CAPÍTULO VEINTITRÉS

–**Y**a es oficial –anunció Isolde. Estaba tendida en el sofá, con una botella de algún licor, medio vacía, en la mano–. Se aprobó esta tarde. O ayer por la tarde, supongo… ya es más de medianoche, ¿no?

–No puedo creerlo –dijo Xochi. Tenía la mirada fija en el suelo–. No puedo creerlo.

Isolde bebió un trago de la

botella.

–No importa si lo crees o no. Tu gobierno acaba de darte dos meses para embarazarte – levantó la botella, con el rostro inexpresivo y enrojecido–. Salud.

–Entonces mejor bebe todo lo que puedas ahora –respondió Xochi–. Pronto estarás bebiendo por dos.

Kira estaba sentada en el sofá en silencio, observando a las otras dos chicas quejarse y

pensando en los motivos del Senado. En apariencia, aquello tenía que ver con los ultimátums de la Voz. Cualquier otra cosa se vería como una concesión, y el Senado estaba tomando una medida en franca oposición. Pero en el fondo, Kira sabía que tenía que ser por Samm. Los "planes alternativos" que había insinuado Hobb. Ella les había advertido sobre la conveniencia de disminuir la presión, pero en lugar de eso, estaban actuando

con mayor rigor y ejerciendo más control. Por supuesto que la gente que creía en la Ley de Esperanza podía ver esa medida como una señal de fuerza y solidaridad, pero ¿y todos los demás? Era prácticamente una declaración de guerra.

Lo peor de todo era guardar el secreto. Sabía que Mkele tenía razón: si la verdad sobre Samm se volvía de dominio público en un momento de tanta

tensión, los disturbios serían terribles y ella quedaría en medio de todo. No se atrevía a decir nada más sobre Samm y los análisis. Era mejor trabajar con el mayor empeño y curar el virus antes de que tuviera que morir alguien más.

Y, sin embargo, al cabo de dos días no había adelantado mucho. Sabía cómo pensaba Samm, cómo se comunicaba, cómo respiraba, comía y se movía, pero aún no sabía cómo

funcionaba su inmunidad. Estaba confundida. Y, como no podía hablar de eso con nadie, estaba confundida y sola.

Sentía como si se estuviera ahogando.

Isolde bebió otro trago de la botella.

–Tomar alcohol durante el embarazo se castiga con cárcel y monitoreo constante –dijo–. Tengo que disfrutar esto ahora.

–Tu bebé es más importante que tus derechos –rezongó

Xochi–. Para el Senado, no eres más que un útero con piernas.

–Deja de lloriquear –dijo Kira, de mal humor.

Apenas lo dijo, se sintió culpable. Estaba de acuerdo con Xochi, entonces ¿por qué la atacaba? La Ley de Esperanza no estaba dando resultado y el Senado había decidido hacerla más rigurosa por motivos equivocados. Tal vez era como ella decía: había que concentrarse en los derechos

personales por encima de todo lo demás. Kira también pensaba así antes, pero ahora las cosas habían cambiado. Había visto a los senadores debatir sobre esto y había visto el miedo en sus ojos. Se enfrentaban a la extinción, como había dicho Delarosa. Las otras chicas se volvieron hacia ella, y sus expresiones de sorpresa la hicieron enojar más aún.

–¿Alguna vez se te ocurrió que quizá hay algo más

importante que tus derechos? ¿Que tal vez la supervivencia de toda tu especie sea más importante que tu derecho de quejarte?

Xochi levantó las cejas.

–Parece que estamos de mal humor.

–Es que estoy harta de oír hablar a todo el mundo de sus derechos civiles, su privacidad y su capacidad de decidir. O resolvemos nuestros problemas o nos extinguimos: no hay otra

opción. Y si vamos a extinguirnos, no quiero que sea porque a Xochi Kessler le preocupaban demasiado sus derechos para intervenir y salvarnos.

Xochi se enfureció.

–No estamos hablando de intervenir –replicó–; hablamos de legalizar la violación. Hablamos de que el gobierno asume el control de tu cuerpo: para qué sirve, qué haces con él y qué pueden hacer los demás

con él. Yo no voy a dejar que un viejo calentón me eche un polvo solo porque la ley dice que tengo que hacerlo.

–Pues elige un joven calentón –repuso Kira–, o haz que te inseminen artificialmente; tienes otras opciones y lo sabes. No se trata de sexo, sino de supervivencia.

–Pero el embarazo masivo es la peor solución para ese problema –dijo Xochi.

–Bueno, chicas –intervino

Isolde, arrastrando las palabras–, tranquilicémonos un momento. A nadie le gusta esto…

–Parece que a Kira sí –dijo Xochi–. Claro que ella es la única que tiene novio, así que tal vez eso lo explica; de todos modos, probablemente ya se acuesta con él.

Kira se abalanzó sobre ella con un grito, ciega de furia, con las manos extendidas hacia el cuello. Isolde se levantó de un

salto para detenerla y se le enredaron los pies, mareada por la bebida. Perdió el equilibrio, pero se sostuvo de Kira con tanta fuerza que no la dejó llegar a Xochi. Kira forcejeó con ella, tratando de hacerla a un lado, y le lastimó la frente con una uña. Isolde dio un ligero grito de dolor, y el forcejeo de Kira dio paso a las lágrimas.

–Maldición –exclamó Xochi.

–Siéntate –dijo Isolde, al tiempo que ayudaba a Kira a

acomodarse a su lado en el sofá. Kira sollozaba e Isolde la abrazó con suavidad. Miró a Xochi fríamente–. Eso estuvo mal.

–Lo siento –Xochi volvió a sentarse–. Perdóname, Kira, sabes que lo dije sin querer. Es que estoy volviéndome loca; todo esto está llegando demasiado lejos.

–Lo hecho, hecho está –dijo Isolde–. La ley está aprobada. Ahora bien, podemos quejarnos

o podemos emborracharnos hasta que ya no nos importe.

–Me parece que bebiste suficiente –respondió Xochi; se levantó y le arrancó la botella de la mano. La mano de Isolde estaba floja, pues había empleado toda su fuerza en el forcejeo con Kira, de modo que Xochi pudo quitársela con facilidad. Abrió la ventana y arrojó la botella afuera.

–¡Oye, Xochi! –dijo una voz en la calle, tal vez uno de los chicos

del barrio; Kira no reconoció exactamente quién–. Qué cosa, lo de la Ley de Esperanza, ¿no? ¿Quieren que hablemos, chicas? ¿Podemos entrar?

–Vete al diablo –respondió Xochi, y cerró la ventana de un golpe.

–Esa botella era mía –protestó Isolde, arrastrando las palabras. Nadie le prestó atención.

–Perdóname, Xochi –dijo Kira, enderezándose en el sofá. Se

enjugó los ojos con el dorso de la mano–. No estoy enojada contigo, sino con… con todo lo que pasa en el mundo. Pero el mundo no tiene cara, por eso iba a desquitarme con la tuya.

Xochi esbozó una sonrisa burlona, pero su expresión volvió a cambiar con la misma rapidez.

–No estoy lista –dijo, en voz baja–. Ninguna de nosotras lo está.

Isolde trazó un dibujo con el dedo en el sofá.

–Haru tenía razón, ¿saben? Cuando dijo aquello en la audiencia con el Senado. Ya no nos quedan niños; solo adultos que no saben lo que hacen.

Las chicas permanecieron en silencio, sumidas en sus pensamientos. Kira pensó en Marcus. Había rechazado su propuesta y ahora el gobierno lo había cambiado todo. Un período de gracia de dos meses para prepararse, y luego podrían arrestarla en el caso

que se negara. Si tenía que tener hijos, supuso que quería tenerlos con Marcus; nunca había pensado en nadie más, al menos no en serio. Pero si se lo decía ahora, él se daría cuenta de que era por la ley y no por él. No podía hacerle eso. Pero tampoco podía recurrir a otro sin lastimarlo más aún.

Además, no quería quedar embarazada. No de esta manera. Si iba a crear una nueva vida, quería hacerlo

porque significaba algo, no porque la obligaran. Y, sin embargo, acababa de gritarle a Xochi por proponer la misma idea. Ya no sabía qué pensar.

Por un segundo, solo una mínima fracción de un instante, pensó en Samm, y se preguntó si un niño mitad Parcial sería inmune.

–¿Alguna de ustedes se acuerda de su madre? –preguntó Isolde–. No la nueva, Xochi, sino la de antes del

Brote. Tu verdadera madre.

–Un poco –respondió Xochi–. Era alta.

–¿Eso es todo?

–Pero muy alta –prosiguió–. En todas las imágenes que tengo de ella, la veo a mi lado como una torre, y no porque yo fuera muy pequeña; era mucho más alta que todo el mundo. Un metro noventa y cinco, quizá dos metros –su voz se suavizó. Kira se dio cuenta de que estaba recordando; tenía los

ojos húmedos y desenfocados, con la mirada perdida. Separó un mechón de su cabello negro como el carbón–. Tenía el pelo oscuro, como yo, y siempre usaba joyas. De plata, creo. Tenía un anillo enorme en forma de flor, y yo jugaba con él. Vivíamos en Filadelfia; yo creía que así se llamaba el estado, pero era una ciudad. Filadelfia. Algún día quiero volver allá a buscar ese anillo –puso los ojos en blanco–. Bueno… algún día.

–Mi mamá vendía aviones –dijo Isolde–. No sé cómo ni a quién, pero eso fue lo que me contó, y a mí me pareció fantástico, y ahora lo recuerdo y pienso: ya ni siquiera tenemos aviones. No tenemos combustible para usarlos, y si lo tuviéramos, no sé si queda alguien que sepa volar, pero mi mamá los vendía como si nada, como quien vende pescados en el mercado.

–Yo creo que no tuve madre

–dijo Kira–. Es decir, obviamente la tuve en algún momento, pero no la recuerdo; solo a mi papá. Ni siquiera recuerdo que él hablara de ella, aunque estoy segura de que lo hacía. Supongo que estaban divorciados o que ella había muerto. Probablemente estaban divorciados; no teníamos ninguna foto de ella.

–En ese caso, imagínate algo magnífico –dijo Xochi–. Si no te acuerdas de tu mamá, significa

que puede haber sido quien tú quieras: una actriz, una modelo o la presidenta de una compañía gigantesca… lo que quieras.

–Si no puedes saber la verdad –acotó Isolde–, vive la mejor mentira que se te ocurra.

–Muy bien –dijo Kira–: era médica, como yo; una científica brillante, reconocida por su trabajo con los niños. Inventó… la secuencia genética. Y la nanocirugía –sonrió–. Y la

cirugía normal, y la penicilina, y curó el cáncer.

–Es un sueño fantástico –dijo Xochi.

–Sí –respondió Kira–. Supongo que los sueños fantásticos son lo único que nos queda.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

–Hoy mantente alerta –dijo Shaylon.

Kira miró al joven soldado con recelo; aún tenía los ojos enrojecidos por las lágrimas y la fatiga.

–¿Más que de costumbre? ¿Qué pasa?

–El señor Mkele piensa que alguien está planeando un ataque –respondió, sujetando su

fusil con más fuerza–. Que la Voz todavía se esconde en la ciudad, buscando lo que no encontró en el Ayuntamiento. Probablemente la nueva enmienda a la Ley de Esperanza no ayudó a calmar los ánimos. Está enviando más patrullas afuera, pero nos dijo que, de todos modos, tengamos cuidado aquí, por las dudas.

–Mantendré los ojos abiertos –aseguró Kira.

Empujó la puerta, entró en el

túnel de descontaminación y se frotó la cara con las palmas de las manos al recibir la ráfaga de aire. *Debería estar aprovechando más a Shaylon. Si logro encontrar una manera de hablar con él a solas, quizá después del trabajo, tal vez pueda enterarme mucho más de lo que está haciendo la Red.*

Suspiró. *Como si tuviera tiempo para otro proyecto.*

Apoyó su pila de cuadernos y se agachó junto a la mesa de

Samm para examinarle la cara y los brazos, un ritual que ya se había hecho costumbre.

–Otra vez te golpearon.

Samm, desde luego, no dijo nada.

Kira lo observó un momento y luego miró, nerviosa, hacia los rincones.

–No deberían estar haciéndote esto. Es inhumano.

–Es poco probable que esa afirmación cause algún efecto en mí.

–No importa si eres humano o no –dijo Kira, palpando las espinillas del Parcial a través de la tela de sus pantalones en busca de más heridas–. Ellos son humanos, y eso significa que deberían portarse como tales –le levantó las perneras del pantalón–. Aquí tienes algunos cortes nuevos, pero no están sangrando, obviamente, y no deberían causarte problemas –volvió a bajarlas–. Estas heridas nunca se infectaron –se

preguntó si el cuerpo de Samm produciría algún tipo de antibiótico o antiséptico natural, y tomó nota mentalmente de analizar eso más tarde, por algún medio que no implicara cortarlo con un cuchillo sucio–. Creo que estarás bien –dijo, y se dirigió a la computadora.

Kira se dio cuenta de inmediato de que alguien había leído los archivos: sus imágenes del DORD, sus notas preliminares sobre las

feromonas, hasta los apuntes que había hecho en su cuaderno. Alguien los había movido, clasificado.

¿Será que Skousen está revisando mi trabajo?, se preguntó. *¿Estará duplicándolo?* Algunos de los archivos eran nuevos; habían hecho estudios mientras ella no estaba. No sabía si debía estar agradecida porque la estaban observando o indignada porque no confiaban en sus resultados.

Se sentía muy cansada como para que le importara.

Solo quedan tres días, se dijo. *Deja de quejarte y ponte a trabajar.*

Se esforzó por concentrarse en las imágenes del DORD, buscando cualquier discrepancia entre la fisiología de Samm y la de un ser humano, pero no podía dejar de pensar en lo que él había dicho el día anterior. En la sinceridad de su voz. ¿Y si estaba diciendo la verdad? Si

era cierto que los Parciales no habían creado el virus, entonces ¿quién lo había creado? La Acechadora que vivía en su aliento, fuera lo que fuera, demostraba que Samm tenía alguna relación con el RM, pero no significaba que lo había creado. Los Parciales eran soldados, no especialistas en genética; tenían médicos, pero no eran capaces de desarrollar ese grado de ingeniería. ¿Y si la similitud significaba algo

totalmente distinto?

¿Y si era el indicio de un linaje común? ¿Y si tanto el RM como los Parciales habían tenido el mismo creador?

Kira cerró los ojos, tratando de recordar lo que había aprendido en la escuela. *¿Cómo se llamaba la compañía? ¿Para-algo?* Le costaba mucho acordarse de los detalles del viejo mundo; nombres, lugares y tecnología que no significaban nada en la vida moderna. Las

empresas de alimentos eran más fáciles, porque sus ruinas estaban a la vista por doquier: *Starbucks*, *MacDonalds* y una docena más. Hasta recordaba haber comido en algunas de ellas siendo pequeña, antes del Brote. En cambio, las compañías de genética estaban completamente fuera de su área de experiencia. Había aprendido el nombre en la clase de historia, pero no le había dado mucha importancia. Era el

gobierno el que había encargado los Parciales; Para-algo era solamente el contratista.

Para-Genética, recordó. *Se llamaban ParaGen. Haru los mencionó hace unos días, pero ¿qué podían tener que ver con el RM? Sin duda no lo habían creado; ellos también eran humanos. No tenía sentido.*

–¿Tuviste madre? –le preguntó Samm.

La pregunta interrumpió al

instante los pensamientos de Kira, y lo miró con curiosidad.

–¿Qué?

–Que si tuviste madre.

–Eh… por supuesto que tuve madre; todo el mundo tiene.

–Nosotros no.

–¿Sabes que eres la segunda persona que me pregunta por mi madre en las últimas doce horas? –comentó Kira, con el ceño fruncido.

–Solo tenía curiosidad.

–Está bien –dijo ella–. En

realidad, nunca conocí a mi madre. Supongo que eso nos hace más parecidos de lo que creíamos.

–Padre, entonces –insistió Samm.

–¿Por qué quieres saber sobre él? Yo tenía cinco años cuando murió; apenas lo recuerdo.

–Yo tampoco tuve uno.

Kira acercó su silla, rodeando el escritorio.

–¿Por qué tienes tanta

curiosidad? –le preguntó–. No hablas nada durante dos días seguidos, y de pronto esta mañana estás obsesionado con las familias. ¿Qué pasa?

–Estuve pensando un poco –respondió–. Pensando mucho. ¿Sabes que no podemos reproducirnos?

–Fueron creados así. Eran… bueno, los crearon para ser armas, no personas. No querían armas que se reprodujeran.

–Sí –dijo–. Se suponía que

nunca existiríamos fuera de la infraestructura que nos creó, pero existimos, y ahora todos esos viejos parámetros de diseño están… –se interrumpió de pronto y echó un vistazo a las cámaras–. Escucha, ¿confías en mí?

Kira vaciló, pero no por mucho tiempo.

–No.

–Lo supuse. ¿Crees que podrías llegar a hacerlo alguna vez?

–¿Alguna vez?

–Si trabajáramos juntos… si alguna vez les ofreciéramos una tregua. La paz. ¿Podrías aprender a confiar en nosotros?

A eso había estado apuntando indirectamente desde el primer día, desde que ella le preguntó qué estaba haciendo en Manhattan. Por fin estaba dispuesto a hablar de eso, pero ¿podía contar con él? ¿Qué trataba de obtener de ella?

–Podría confiar en ustedes si

demostraran que son dignos de confianza –respondió Kira–. Yo no… no diría que desconfío de ustedes por principio. Ya no. Pero mucha gente sí.

–¿Y qué tendríamos que hacer para ganarnos su confianza?

–No haber destruido nuestro mundo hace once años –dijo Kira–. Aparte de eso… no sé. Volver a ponerlo en condiciones.

Samm hizo una pausa, pensativo. Kira lo observó con

detenimiento: la manera en que se movían sus ojos, como examinando dos objetos distintos frente a él. Cada tanto, echaba un vistazo muy fugaz a una de las cámaras. *¿Qué está planeando?*

Kira lo miró a los ojos. *Cuando tengas dudas, no te contengas.*

–¿Por qué me estás diciendo esto?

–Porque la única esperanza, tanto para ustedes como para

nosotros, es ayudarnos. Trabajar juntos.

–Ya dijiste eso antes.

–Me preguntaste por nuestra misión. Era eso, Kira: veníamos aquí a tratar de hacer las paces. Para ver si podíamos trabajar juntos. Ustedes necesitan nuestra ayuda para curar el RM, pero nosotros también los necesitamos.

–¿Por qué?

Samm volvió a mirar hacia la cámara.

–Aún no puedo decírtelo.

–Pero tienes que hacerlo… ¿no es por eso que estás aquí? Si viniste en misión de paz, ¿qué pensabas decir? ¿“Necesitamos su ayuda, pero no podemos decirles por qué”?

–No sabíamos cuánto nos odiaban todavía –respondió Samm–. Pensábamos que tal vez podríamos convencerlos con el ofrecimiento de trabajar juntos. Cuando me capturaron y me trajeron, cuando vi lo que

está pasando aquí… vi que es imposible. Pero tú, Kira, tú escuchas. Más que eso: entiendes lo que está en juego. Que ningún precio es demasiado alto cuando significa la supervivencia de tu especie.

–Entonces, dímelo –pidió Kira–. Olvídate de las cámaras, olvídate de quienquiera que esté escuchando del otro lado y dime qué es lo que pasa.

–No se trata solo de que no me crean –dijo Samm–. Si

averiguan por qué estoy aquí, apenas sepan la razón seré hombre muerto.

Esta vez fue Kira quien echó un vistazo a la cámara, de pronto llena de inquietud; pero Samm sacudió la cabeza y miró sus heridas.

–No importa, ya saben que tengo un secreto.

Kira se cruzó de brazos y se recostó en la silla. ¿Qué podía ser tan peligroso que podían matarlo por solo decirlo? ¿Algo

que no querían escuchar… o algo que sí? Se devanó los sesos en busca de una teoría que tuviera sentido. ¿Sería Samm realmente una bomba, como habían temido al principio, y pensaba que el Senado lo mataría para deshacerse de él? Pero ¿qué tenía que ver eso con la paz?

Paz. Era exactamente lo que ella había esperado mientras hablaba con Marcus el día anterior. Quería poder extender

la mano y tocarla, saborearla, saber qué se sentía vivir sin tener miedo constantemente. No conocían la verdadera paz desde la promulgación de la Ley de Esperanza, desde la rebelión de la Voz y desde que la isla había entrado en una lenta espiral descendente hacia el caos. Ni siquiera lo habían sabido en los años anteriores, con la desesperada reconstrucción después del Brote, el Brote mismo y la

rebelión de los Parciales, y hasta la Guerra de Aislamiento, que había generado la creación de los Parciales. Ella había vivido en un mundo en discordia desde su nacimiento, y antes de eso la vida no había sido mejor. Estaban al borde de la destrucción y cada uno tenía su propia solución, pero Kira había sido la única en sugerir que tal vez necesitaban a los Parciales. Que quizá necesitaban trabajar juntos.

Es decir, había sido la única hasta ahora. Ahora un Parcial estaba sugiriendo lo mismo.

–No –dijo lentamente; la sospecha trepaba por su mente como una araña–. Es demasiado perfecto. Es como si estuvieras diciendo exactamente lo que quiero oír –sacudió la cabeza–. No te creo.

–¿Por qué querríamos otra cosa? –preguntó Samm–. Es el instinto más básico de la vida: perdurar. Construir otra

generación que llegue a ver el mañana.

–Pero si ustedes nunca conocieron una familia –dijo Kira–. No tuvieron familias, no crecieron; ni siquiera tienen idea de cómo es. ¿Y si la creación no es más que un instinto fantasma, un remanente de algún fragmento perdido de ADN?

Como un relámpago, Kira recordó un perro. Era gigante en su recuerdo: una masa de

músculos y dientes que le gruñía. La perseguía por un parque o un jardín, algo verde con pasto y flores, y ella estaba aterrada, y el perro casi la alcanzaba, y de pronto aparecía su padre. No era un hombre fuerte; no era corpulento ni poderoso, pero se colocó entre ella y el perro. El animal lo mordió, y a Kira le pareció que lo lastimó mucho. Lo hizo para salvarla. Eso hacía un padre.

—¿Qué crees que dice de

nosotros el hecho de que no tengamos padres? –preguntó Kira, levantando la vista. Samm la miró–. No me refiero a nosotros ni a los niños; me refiero a no tener padres: toda una sociedad, dos sociedades completas, sin padres. ¿Qué crees que nos haya ocasionado eso?

Samm no dijo nada, pero seguía mirándola. Había una lágrima en sus ojos; era la primera vez que lo veía llorar.

La científica que había en Kira quería estudiarla, tomar una muestra, averiguar cómo, por qué y qué cosa estaba llorando. La muchacha simplemente pensó en la Ley de Esperanza y se preguntó si una ley así podría ser aprobada democráticamente si un votante supiera que sería obligatoria para su propia hija.

Kira miró la pantalla y no vio la imagen, sino su recuerdo de Manhattan: el ataque Parcial, el

cuerpo de Gabe caído en el corredor donde los Parciales le habían disparado. *Si estaban en misión de paz, ¿por qué lo mataron?* Frunció el ceño, tratando de conciliar ese hecho con la declaración de inocencia de Samm. *Ni siquiera intentaron hablar con nosotros primero. No tiene sentido.*

Hurgó en su cerebro en busca de más recuerdos, tratando de evocar cualquier cosa que apoyara lo que ansiaba con

desesperación que fuera verdad. *¿Qué habían dicho los Parciales justo antes de que voláramos el apartamento?* Se esforzó por recordar. *"¿Qué grupo es este?".* Lo había oído claramente; al menos, eso creía. *¿Qué grupo de qué? ¿Acaso esperaban a alguien más, tal vez a un grupo de bandidos o a la Voz? ¿Fue por pura suerte que encontraron a Kira, el único ser humano que parecía dispuesto a*

escucharlos?

¿O acaso Samm estaba diciéndole exactamente lo que ella quería oír?

Las puertas se abrieron súbitamente con un zumbido y los ventiladores de descontaminación se pusieron en marcha con un rugido. Shaylon entró por el túnel con una jeringa de plástico llena de sangre en la mano, y corrió hacia ella.

–Me dijo la enfermera que te

diera esto –dijo rápidamente, extendiéndole la jeringa–. Dijo que tú sabrías qué hacer.

–No puedes entrar aquí –exclamó ella.

–Dijo que era una emergencia –insistió Shaylon; luego se detuvo y miró a Samm–. ¿Es él?

Kira tomó la jeringa con recelo; el tubo aún estaba tibio por la sangre que contenía.

–¿Qué es?

–Ella dijo que tú sabrías –dijo

Shaylon–. Viene de maternidad.

Los ojos de Kira se dilataron al comprender.

–¡Es de un recién nacido! ¡Una de las madres tuvo a su bebé! –corrió hasta la mesa y empezó a sacar portaobjetos, tubos y pipetas a toda prisa–. ¿Sabes cuál de ellas?

–¡Ella dijo que tú sabrías qué hacer!

–Lo sé –respondió Kira–. Cálmate.

Por favor, Dios mío, que no

sea Madison. Con una pipeta puso una gota sobre un portaobjetos tan rápidamente como se atrevió y corrió a la medicomp.

–Esto es sangre no infectada, ¿entiendes? Los bebés nacen sanos y luego se contagian el virus, y tenemos apenas unos minutos, quizá menos, hasta que el virus se transforme y ataque –pulsó las instrucciones y regresó deprisa a la mesa para preparar otra laminilla–. Hay un

virus de transmisión aérea y otro de transmisión sanguínea, y estoy tratando de captarlos durante la transformación de uno a otro. Enciende el microscopio.

–¿Cuál es el microscopio?

–Ese.

Kira atravesó la sala a toda prisa con la laminilla en la mano; abrió el compartimento del visor y la colocó ahí. Accionó todos los interruptores y esperó, tamborileando con los dedos

ansiosamente, mientras el microscopio cobraba vida poco a poco con un zumbido. Cuando la pantalla se encendió, inició el visor y ordenó a la computadora que buscara virus. Un leve *ping* le indicó que ya había encontrado una de las formas de transmisión aérea, y Kira abrió la imagen de inmediato. El virus diminuto apareció en la pantalla: un punto resaltado en rojo en medio de un mar gris. Ya empezaba a cambiar, pero

era una imagen estática que lo captaba a medio camino entre una forma y la otra. El microscopio era muy avanzado, pero nada podía captar un video con semejante grado de aumento. Sonaron más señales a medida que aparecían más virus.

–Si logramos imágenes buenas de las diferentes etapas de la transformación, es probable que podamos reconstruir todo el proceso –dijo

Kira.

Ordenó a la medicomp que tomara otra imagen de la misma área, para ver si el virus de transmisión aérea ya se había transformado por completo en su forma más grande. La computadora emitió un pequeño aviso: *coincidencia parcial.*

Shaylon señaló la pantalla y preguntó con voz aterrada:

–¿El bebé es un Parcial?

–No: significa que el objeto que encontró coincide solo

parcialmente con los registros de la base de datos –*igual que la Acechadora*, pensó–. Tenemos algo que es similar al RM, pero no es un virus –abrió la imagen y se quedó mirándola, sorprendida. No la reconoció–. Esto no es bueno.

–¿Qué es?

–Es una nueva forma del virus –respondió Kira, mientras lo giraba en la pantalla para tener la mejor vista posible–. Se supone que la Espora, de

transmisión aérea, se convierte en la Burbuja, de transmisión sanguínea. Son las únicas dos variantes del RM en toda nuestra base de datos –intentó comprender desesperadamente–. Esto es nuevo.

Movió los dedos por la pantalla, seccionando la imagen lo mejor que podía, separando sus partes para ver cómo funcionaba. La computadora tenía razón: era una

coincidencia parcial con la Burbuja, pues tenía muchas de las mismas estructuras proteicas en la misma disposición básica, pero más allá de eso era completamente nueva y, a diferencia de la Acechadora, era decididamente viral. *¿Será por Samm? ¿Acaso este nuevo virus es resultado de la Acechadora?* Kira marcó la imagen y ordenó a la computadora que volviera a buscar en la base de datos algo

que se le pareciera más. Encontró cinco: todos en el archivo de análisis practicados a recién nacidos, la mayoría bebés prematuros, más uno nacido muerto; todos databan de más de ocho años atrás. *No apareció tantas veces como para destacarse, pero sí apareció, y años antes de que llegara Samm. Eso significa que Samm no tiene la culpa. Pero entonces, ¿de dónde vino el virus?*

Kira volvió al reproductor principal de imágenes de la medicomp. *Si no es tan común,* pensó, *quizá sea solo una mutación. Tal vez es la única instancia en la muestra, y yo elegí justamente el peor lugar para empezar a buscar.* Ordenó al microscopio que buscara más coincidencias con otras muestras de sangre, y hubo un aviso casi de inmediato; luego otro, otro y otro más; muchos más que cuando había estado

buscando la Espora. *Está por todas partes.* Kira abrió imagen tras imagen; el nuevo virus las llenaba todas, multiplicándose a más no poder. Frenéticamente, Kira pidió una nueva búsqueda de la Espora, pero no había nada. La computadora había guardado las imágenes originales, pero la estructura en sí ya había desaparecido de la sangre. Todas las instancias de la Espora se habían transformado en esta, la

Depredadora, y seguían reproduciéndose.

Shaylon habló lentamente, con voz débil y nerviosa mientras miraba a Samm.

–¿Qué es eso?

–No tengo idea.

Kira apretó los dientes y se sumergió en la pila creciente de informes, escaneos e imágenes, decidida a encontrar lo que buscaba: el proceso de evolución de la Espora en la Burbuja, los detalles que le

dirían cómo funcionaba el virus, los pasos químicos individuales detrás de cada proceso. Era como tratar de beber de una cascada.

Shaylon se paralizó con un dedo en su auricular, y luego se agazapó de repente.

–Agáchate.

–¿Por qué? ¿Qué pasa…?

–¡Agáchate! –ordenó Shaylon, al tiempo que tiraba de ella hacia el suelo, detrás del cuerpo metálico del microscopio–. Hay

alguien, alguien merodeando. Creen que podría ser una fuga de la cárcel.

Kira echó un vistazo más allá del borde de la computadora; Samm los observaba con interés. *¿Realmente vienen por ti?* La pistola de Kira estaba sobre la mesa, enfundada, lejos de su escondite; si llegaba alguien, ella no podría tomarla a tiempo.

Miró atrás y vio que Shaylon escuchaba con atención por el

auricular.

–Creen que está afuera –dijo, en voz baja–. Quédate aquí, voy a mirar por la ventana.

Se incorporó apenas y corrió agazapado hasta la pared opuesta, con el fusil preparado. Kira miró a Samm, luego hacia la puerta; por fin corrió hasta la mesa, tomó la pistola y volvió con ella al suelo. Estaba a resguardo de la ventana, pero no de la puerta. ¿Estaría aún allí el segundo soldado? Kira

desenfundó el arma y arrojó la funda de cuero al rincón; luego revisó el cargador y la recámara para cerciorarse de que estaba lista.

–No lo veo –decía Shaylon. Se puso de pie con cuidado, mirando por la ventana y buscando el mejor ángulo posible. Tenía la mano contra la oreja y hablaba en tono nervioso con Mkele–. No veo… espere, entre los autos. ¿Todavía están tan lejos?

No tiene sentido atacar el hospital de día, pensó Kira. *Los autos brindan buena protección, y hay árboles en la base del edificio, pero está muy lejos de ser lo ideal. Si van a entrar por la pared, ¿por qué no hacerlo de noche? ¿Por qué no esperar hasta poder llegar al edificio sin ser vistos?*

Un momento, pensó de pronto, *si van a entrar por la pared…*

Se levantó de un salto y corrió

hacia Shaylon.

–¡Atrás! Estás demasiado cerca de la…

Y entonces la pared estalló; ladrillos, metal y yeso se hundieron hacia adentro como una burbuja gigante. La onda expansiva atrapó a Kira y la arrojó hacia atrás como una mano invisible. Shaylon voló a un costado, dio contra la pared y se desplomó como un muñeco de trapo. Hasta Samm salió volando; la fuerza de la

explosión desplazó la mesa de operaciones como si fuera una hoja. Se estampó contra el escritorio de Kira y se volteó en el suelo.

Kira golpeó contra la pared del fondo con una fuerza tremenda que la dejó sin aire y le arrancó la pistola de la mano. Cayó detrás del enorme DORD, que ya estaba oscilando sobre un borde, y al caer con ella la aplastó dolorosamente contra el suelo. Gritó de dolor, segura de

que tenía una pierna rota, pero se obligó a calmarse.

Respira profundo, Kira, respira profundo. Contrólate. Poco a poco, el mundo volvió a entrar en foco, y el dolor en su pierna se hizo más claro a medida que respiraba. *No está rota, solo atrapada. Puedo liberarme si hago fuerza.* Oyó movimiento en la sala, escombros que caían y se esparcían. Miró alrededor con angustia, pero el DORD le

tapaba la visión de todo, salvo de la puerta. El túnel de plástico colgaba del cielorraso, hecho jirones; un montón de escombros de la pared lo había destrozado y había caído contra la puerta cerrada, bloqueando el paso. Kira sintió una pequeña descarga eléctrica en la pierna atrapada y vio que la carcasa plástica del escáner se había quebrado. *La máquina está en cortocircuito. Tengo que apartarme de ella.* Oyó más

ruidos, y esta vez sin duda hubo movimiento. *¿Es Shaylon o Samm?* Apretó los brazos y la espalda contra la pared, apoyó las piernas contra la máquina y empujó con todas sus fuerzas.

Logró moverla un par de centímetros, y luego otro tanto, cada vez con lentitud y angustia. De pronto oyó un chasquido en las entrañas de la máquina, y una fuerte descarga de electricidad le atravesó el cuerpo.

El dolor era insoportable. Todos sus músculos se tensaron a la vez, con más fuerza de la que había creído posible. De repente el dolor pasó y ella trató de tomar aire. Sentía que su cabeza giraba y se esforzó por pensar; era como si la hubieran golpeado con una barra de metal, pero no sabía bien dónde. Trató de hablar y le salió una voz ronca.

–Socorro.

Volvió la descarga, y un

torbellino furioso de corriente eléctrica le recorrió el cuerpo. Los ojos se le pusieron en blanco y el mundo se oscureció. Su universo era un dolor amorfo e imposible de localizar, y de pronto volvió a pasar. El corazón le latía errático, y sentía la cabeza más y más liviana. Se esforzó por mantenerse despierta.

–Ayúdenme –susurró, con voz débil y ronca–. El explorador me está… electrocutando…

La interrumpió otro golpe de electricidad que la ahogó de dolor, y cuando cesó, sus pulmones tardaron cinco segundos en volver a funcionar; su corazón latía con irregularidad y su cuerpo estaba demasiado confundido como para saber qué hacer. Cuando por fin volvió a respirar, inhaló con desesperación y percibió el hedor acre de su propia carne quemada. Sus ojos se enfocaron poco a poco, y vio

que ahora la puerta estaba abierta unos pocos centímetros, y que un ojo espiaba hacia el interior… dos ojos, uno blanco y uno negro.

No es un ojo, pensó, con el cerebro hecho puré. *Es el cañón de un arma.*

La puerta se sacudió ligeramente, mientras los soldados la empujaban inútilmente contra la pila de escombros. No se movía.

–Es la chica. ¿Hay alguien

más con vida allí adentro?

–Tienen que ayudarme –dijo, con voz ronca–. Se me detiene el corazón.

–¿Puede ver al prisionero? ¿Ya escapó?

–Los latidos son… demasiado erráticos –dijo. Sentía que su cuerpo empezaba a apagarse; sus músculos, su corazón, sus pulmones, poco a poco se disolvían en la nada–. Ayúdenme. Una descarga más… y…

Oyó voces, gritos que parecían venir de muy lejos, a muchos kilómetros de distancia. Sintió una brisa tibia en la cara y abrió los ojos. El mundo era un borrón sin forma; sin embargo, allí había algo que se movía, y de pronto la presión que apretaba sus piernas desapareció. El enorme DORD voló al otro lado de la sala; el mundo resonó en sus oídos. Unos brazos fuertes la rescataron de entre los

escombros, y Kira trató de concentrarse. Alguien la tenía en brazos, la cargaba y revisaba sus heridas.

–Gracias –tosió. Tenía la voz tan débil que ella misma apenas podía oírse. Se aferró con fuerza a su salvador–. Creo… que se escapó.

–Estoy aquí, Kira.

Conozco esa voz.

Kira se esforzó por pensar, exigiendo la vista, y lentamente el mundo entró en foco. Samm

estaba cargándola; la ropa aún le humeaba por la explosión y las correas desgarradas colgaban inútilmente de sus brazos. Alrededor, la sala estaba destruida; el piso, cubierto de escombros, y había un gran agujero en la pared. Los árboles se mecían con el viento. En un rincón estaba la masa retorcida del DORD; en otro yacía Shaylon, inmóvil y ensangrentado.

Kira miró a Samm.

–Me salvaste.

Por fin se abrió la puerta, y entraron soldados como una inundación.

–¡Bájela!

–Él me salvó.

–¡Bájela ahora mismo!

Samm se arrodilló y depositó a Kira suavemente en el suelo. Apenas la dejó, los soldados se adelantaron y lo golpearon con las culatas de sus fusiles. Ella quiso protestar, pero estaba demasiado débil. Lo único que

pudo hacer fue mirar.

CAPÍTULO VEINTICINCO

La habitación estaba a oscuras. Los equipos médicos emitían un leve e intermitente *bip* y sus lucecitas titilaban en la penumbra. Kira abrió los ojos y volvió a cerrarlos, ahogando una exclamación; su mente estaba llena de dolor y luz, como si todavía estuviera en medio de la explosión.

Samm me salvó.

Los soldados lo habían golpeado casi un minuto completo antes de volver a amarrarlo, patearlo en el vientre y pegarle con sus fusiles. Él nunca se defendió: no huyó cuando tuvo la oportunidad, y luego dejó que lo golpearan, una y otra vez, en una serie angustiante de ruidos sordos, crujidos y gruñidos de dolor.

Es un Parcial, se dijo Kira. Se había repetido lo mismo cien veces en los últimos tres días.

Ni siquiera es humano. No sabemos qué hace aquí, qué está pensando, qué está tramando. Y sin embargo, aun mientras lo decía, no se lo creía. Samm quería lo mismo que ella: resolver sus problemas en lugar de tratar de evitarlos. En toda la isla, era el único que aparentemente estaba de acuerdo con ella.

Pero era un Parcial.

Kira trató de incorporarse, pero un dolor en la pierna la

dejó sin aliento. La misma pierna que le había quemado el explorador DORD. Levantó la manta para verla mejor, pero estaba vendada o no pudo ver bien. Reconoció el ardor y la picazón que significaban que sus fibras musculares estaban volviendo a entretejerse, y comprendió que le habían aplicado un regenerador. Pasaría un tiempo hasta que pudiera volver a sentarse, y más para levantarse o caminar.

Oyó un suspiro leve y miró hacia el otro lado de la habitación, donde había otra cama. En el hospital había cuartos de sobra, pero la electricidad solo alcanzaba para algunos pisos, de modo que solían ubicar dos pacientes por habitación. Examinó con atención la forma que estaba en la otra cama, casi sin rostro en la penumbra, y con un sobresalto se dio cuenta de que era Shaylon. La explosión debió

destrozarlo; a juzgar por cómo estaba vendado, seguramente tenía muchos huesos rotos y cientos de cortes y laceraciones por las esquirlas. Respiraba débil y superficialmente, pero lo hacía sin asistencia y parecía estable. Iba a recuperarse.

Shaylon había visto la Depredadora en la sangre y había oído a Kira especular acerca de su naturaleza. ¿Le había dado demasiada información, quizá? ¿Acaso

había revelado demasiados secretos? La isla estaba lista para estallar en llamas ante la menor chispa. *Cuando despierte, por favor, que no diga nada.*

Kira oyó pasos en el corredor y miró hacia la puerta justo a tiempo para verla abrirse.

–Estás despierta –observó la enfermera Hardy.

–¿Qué pasó? –le preguntó Kira, en tono apremiante–. ¿Cuánto tiempo estuve

inconsciente? –se detuvo al ver que la enfermera traía otra cama a la habitación. Era Madison. Kira se incorporó rápidamente y ahogó una exclamación al sentir una punzada de dolor en la pierna.

–Madison, ¿estás bien?

–Empezó un trabajo de parto prematuro –dijo la enfermera Hardy–. Logramos detenerlo, pero no sé si aguantará mucho tiempo más.

–Estaré bien –respondió

Madison. Miró a Kira–. Ya no me dejan estar sentada, y mucho menos, caminar. Ni hablar de ir al baño.

–Quédate tranquila y descansa –le dijo la enfermera Hardy–. Te mantendremos aquí unas horas mientras te recuperas. Luego veremos si podemos llevarte de vuelta a tu habitación. Tienes que relajarte.

–Lo haré –respondió Madison, obediente–. Voy a quedarme mirando el techo, sin

mover un solo músculo.

–Deberías dormir –dijo la enfermera Hardy. Miró brevemente a Kira–. Y tú también. Apenas dormiste unas horas, y tu cuerpo necesita descanso. Veamos cómo está tu pierna.

Retiró la sábana sobre la pierna y levantó el borde del vendaje. Kira contuvo el aliento, tratando de no reaccionar cuando el movimiento del vendaje tiró de su quemadura.

La enfermera Hardy chasqueó la lengua con desaprobación al ver el área de piel renegrida del tamaño de la palma de una mano, untada con crema para quemaduras y antiséptico.

–Está sanando, pero es una herida muy fea. Hace unas horas le aplicamos una sesión de regenerador, así que tendremos que esperar un poco para hacer otra aplicación.

–Gracias –dijo Kira, con un ligero gemido, mientras la

enfermera volvía a bajar el vendaje con cuidado.

–Duérmanse –ordenó–; las dos.

Salió de la habitación y cerró la puerta silenciosamente. Kira miró la silueta de Madison en la oscuridad.

–Mads, ¿sabes qué pasó allá arriba? ¿Fue la Voz?

–Seguramente, pero no sé mucho más que tú. Hubo una explosión. Alguien atravesó el perímetro de seguridad.

–¿Y Samm? –titubeó Kira.

–¿Samm?

–El Parcial.

Madison la miró, extrañada.

–Lo siento, Kira, no lo sé.

Tuve más problemas con el desprendimiento de la placenta, y me estaban examinando cuando ocurrió la explosión. No he podido moverme, y mucho menos hablar con nadie que tenga idea de lo que pasa.

Kira volvió a reclinarse sobre su almohada y gruñó al aflojarse

la tensión en su pierna quemada.

–No puedo quedarme aquí. Tengo que averiguar qué está pasando.

–Pues estamos igual.

Kira rio con amargura.

–Parece que estás en tan mal estado como yo.

–Bueno, ya sabes: en esta vida no todo son flores – Madison se movió en la cama, tratando de hallar una posición cómoda–. Me quedan diez

semanas, pero tendré suerte si llego a cuatro –su voz se puso más queda y triste–. Voy a perderla, Kira.

–No vas a perderla.

–Aunque nazca a término… aunque nazca tarde, con tiempo suficiente para desarrollarse… voy a perderla por el RM.

–No dejaré que pase eso.

–No puedes evitarlo –replicó Madison–. Sé que lo estás intentando. Sé que has hecho todo lo posible por ayudar, pero

no basta. Tal vez algún día lo logres, pero será tarde para mí –se le quebró la voz–. Y para Arwen.

Kira ladeó la cabeza.

–¿Quién es Arwen?

Pensaba que conocía a todas las embarazadas. *¿Arwen será nueva? Apenas llevo tres días trabajando con Samm, pero es bastante tiempo para que se haya agregado una nueva madre.*

Madison abrió la boca, vaciló,

y por fin susurró:

–Arwen es mi bebé. Le puse nombre.

La idea golpeó a Kira como un puñetazo en el estómago.

–Mads…

–Sé que no debería haberlo hecho, pero amo a esta bebé, Kira. La amo más de lo que puedo explicarte. Es como si ya la conociera: es tan independiente, tan fuerte y tan… graciosa. Sé que parece ridículo, pero me hace reír

todos los días. Es como si estuviéramos compartiendo un chiste que nadie más puede oír. No podía dejar de ponerle nombre. Es una persona real.

–Cuánto lo siento, Mads –Kira se enjugó los ojos–. No logro imaginar lo que debe de ser para ti que Samm esté en este mismo edificio…

–Haru no sabe que le puse nombre –prosiguió Madison–. Y no, no odio al Parcial –a Kira le pareció verla encogerse de

hombros en la oscuridad–. Lo que hicieron los Parciales pasó hace años; si les guardara rencor después de tanto tiempo, estaría tan muerta como todos los que dejamos atrás. No quiero vivir en un mundo lleno de muertos –hizo una pausa y respiró profundamente–. De todos modos, si no sobrevive, al menos habré llegado a conocer a mi hija. Al menos pude reírme con sus bromas.

La puerta volvió a abrirse y

entró la enfermera Hardy con una jeringa. Kira se enjugó los ojos.

–Es algo para ayudarte a dormir –dijo.

–No lo necesito –protestó Madison.

–No lo quieres –la corrigió la enfermera, preparando la aguja–. Yo decido lo que necesitas. Te hará bien dormir un poco –destapó la vía intravenosa de Madison, insertó la aguja y apretó el émbolo–.

Listo. Tardará solo unos minutos en hacer efecto, y por fin podrás descansar. Las veré por la mañana.

Madison suspiró.

–Bueno.

–Quiero ver a Mkele –dijo Kira–. Ahora mismo.

–¿Y qué esperas que haga yo? –preguntó la enfermera Hardy–. Hubo un atentado al hospital; Mkele está ocupado.

–¿Puede buscarlo?

Hardy señaló con un gesto a

Madison y se encogió de hombros con impotencia.

–Ella es una de siete madres que tenemos internadas en este momento. Yo también estoy muy ocupada –suspiró–. Si lo veo, le diré que lo buscas.

–Gracias.

La enfermera Hardy salió y la habitación quedó otra vez en penumbra.

–Arwen Sato –dijo Kira, y volvió a enjugarse los ojos–. Es un hermoso nombre.

–Mi abuela se llamaba así –respondió Madison–. Sé que Haru quiere un nombre japonés, pero creo que este le va a gustar.

–Yo creo que le gustará mucho –dijo Kira.

–Entonces nos vemos… mañana.

Madison bostezó otra vez. Kira la observó mientras se iba calmando poco a poco, se aquietaba y por fin se dormía. Su respiración se hizo profunda

y rítmica.

No voy a dejar que muera tu hija, pensó Kira. *No me importa lo que tenga que hacer. Ese bebé va a vivir. Pero ¿cómo?;* sacudió la cabeza, completamente abrumada. *Es posible que la guerra civil ya haya empezado, y yo apenas puedo caminar. Y esa última muestra de sangre… fue exactamente lo que no esperaba. ¿Una nueva cepa del virus que nunca se había visto?*

No tiene sentido. Creía saber cómo funcionaba el RM, pero ahora… todo lo que creía saber es incorrecto. Y se me acabó el tiempo para buscar las respuestas.

Nerviosa, golpeó con los dedos los barrotes de su cama. *Necesito armar este rompecabezas.* Pensó en las cosas que había aprendido tratando de mirarlas desde otra perspectiva. El RM tenía cuatro formas, o al menos las que

había encontrado hasta ahora eran cuatro: la Espora de transmisión aérea, la Burbuja de transmisión sanguínea, la Acechadora del aliento de Samm y la Depredadora de la sangre del recién nacido. *Yo pensaba que la Espora se transformaría en la Burbuja, pero no fue así. Se convirtió en la Depredadora. Y según los registros anteriores, había hecho lo mismo en el pasado, así que no era una anomalía.*

¿Será que eso ocurre siempre? ¿Y si la Depredadora es un paso intermedio entre la Espora y la Burbuja?

Mentalmente reordenó las versiones del virus y denominó a la Espora, Etapa 1; a la Depredadora, Etapa 2 y a la Burbuja, Etapa 3. Nadie había visto nunca a la Burbuja matar a nadie; estaba en la sangre de todo el mundo, y por eso habían llegado a esa conclusión lógica, pero siempre había estado en la

sangre de los *sobrevivientes*.

¿Y si en realidad no era mortal?

¿Y si la asesina es la Depredadora, y para cuando llegamos a hacer un análisis ya se convirtió en la Burbuja?

Kira sacudió la cabeza, maldiciendo la explosión. *Si pudiera analizar otra muestra sin que me interrumpa una explosión, podría averiguar con certeza qué es lo que ocurre.*

Tal vez. Pero ya no tengo tiempo para análisis; ni siquiera

tengo un laboratorio. Volvió a tratar de incorporarse y sintió una punzada de dolor en la pierna. Gritó con frustración. *¿Cómo voy a resolver esto si ni siquiera puedo moverme?*

La puerta volvió a abrirse y al levantar la vista Kira vio al doctor Skousen, seguido por el señor Mkele. El doctor se acercó al cuerpo inconsciente de Shaylon.

Mkele cerró la puerta con llave.

–Estás despierta –dijo Mkele, observando a Kira con atención. Ella alisó las sábanas sobre sus piernas y le devolvió la mirada con aire desafiante–. Me alegro. Esto te concierne.

–¿Qué pasó? –preguntó Kira–. Y ¿dónde está Samm?

El doctor Skousen se acercó a la cama de Madison y le palpó la cabeza y la cara cuidadosamente.

–Está dormida.

–Bien –dijo Mkele–.

Empecemos.

–¿Qué diablos está pasando? –repitió Kira, tratando de imprimir a su voz toda la firmeza y autoridad que pudo. En realidad, se sentía débil y vulnerable, herida y cansada, semidesnuda en una cama de hospital. Tiró de la sábana para cubrirse mejor los muslos y la espalda–. Fue un atentado de la Voz, ¿verdad? ¿Atacaron algún otro lugar? ¿Empezó la guerra civil? ¡Y que alguien me diga

qué pasó con Samm!

El doctor Skousen sacó un frasquito del bolsillo de su chaqueta de laboratorio, luego una jeringa y una aguja diminuta. La aguja captó la atención de Kira con un brillo suave bajo la luz tenue.

–Samm está bajo control – respondió Mkele. Tenía los ojos cansados y el rostro demacrado–. Hemos venido a ocuparnos del otro cabo suelto.

Kira se puso tensa y sus ojos

recorrieron a toda prisa la habitación en busca de otra salida. La puerta estaba cerrada; la ventana, también y su pierna gritaba de dolor de solo pensar en correr. Miró al doctor Skousen, que llenaba la jeringa lentamente, y luego a Mkele.

–¿Van a matarme?

–No –respondió Mkele, caminando hacia ella–, aunque sí te pedimos que no grites.

El doctor Skousen levantó la

jeringa y le dio un golpecito con el dedo. Los ojos de Kira se dilataron y abrió la boca para gritar, pero Mkele le tapó la boca con la mano, la tomó por el hombro y la mantuvo quieta. El doctor Skousen no se acercó a ella, sino que volvió hacia Shaylon. Insertó la aguja en la vía intravenosa del joven soldado y vació la jeringa.

–No queríamos esto –dijo Mkele, prácticamente susurrándole al oído. Tenía la

voz ronca y gruesa–. Pienses lo que pienses de nosotros, ten en cuenta esto: nos vimos obligados.

Kira observó horrorizada mientras la sustancia química de la inyección recorría la vía y entraba en el cuerpo de Shaylon. *No*, pensó. *No, no, no.*

–Ahora voy a soltarte –dijo Mkele, aún tapándole la boca–. Y no vas a gritar –esperó que Kira asintiera, con los ojos todavía dilatados por el terror;

luego retiró las manos y se apartó–. Listo. Ya está.

–¿Qué hicieron?

–Le dimos un medicamento –respondió Mkele–, pero temo que ni siquiera con eso se pondrá bien.

–Lo mataron –dijo Kira. Miró al doctor Skousen–. Lo mató.

–No –dijo Skousen, y suspiró–. Murió trágicamente por las heridas que le produjo la explosión.

–Pero ¿por qué? –preguntó,

angustiada.

–Vio demasiado –respondió Mkele–. Mucho más de lo que debía. Se lo habría contado a otros, y no podemos permitirlo.

–Podríamos haberlo detenido –dijo Kira–, haberlo aislado, haberle explicado lo que necesitábamos y…

–Tú lo conoces –dijo Mkele–. Confío en que vaya adonde lo envío y dispare donde le digo que apunte, pero no confío en que guarde este secreto. No

después de lo que pasó.

–¿Y yo, entonces? –preguntó Kira–. Es obvio que tampoco sé conservar un secreto; ¿por qué no me matan a mí también?

–Shaylon era una carga. Usted es útil.

Kira sintió que un escalofrío le corría por la espalda.

–No falta mucho –dijo el doctor Skousen, al tiempo que volvía a guardar los instrumentos en su bolsillo y echaba un último vistazo a

Shaylon. Miró a Kira sin decir nada y se volvió.

–En cuanto al Parcial –dijo Mkele–, vamos a reunirnos apenas podamos para decidir la mejor manera de deshacernos de él.

El corazón de Kira se detuvo en su pecho.

–Pero me quedan dos días.

–Ya no tiene laboratorio y ni siquiera puede sentarse en la cama. East Meadow se está convirtiendo en zona de guerra y

no tenemos tiempo para nada que ponga en riesgo nuestra capacidad de ganar esa guerra. Albergar a un Parcial vivo es un riesgo demasiado grande, pero a uno muerto… –Mkele suspiró y se frotó los ojos. Cuando volvió a hablar, lo hizo con un tono suave, casi triste–. Tenía la esperanza de que lo lograras, Kira, de verdad. Quizá algún día podamos volver a intentarlo.

–No tenemos por qué darnos por vencidos.

–No estás más cerca de la cura que cuando empezaste. De hecho, estás más lejos. Tus registros se destruyeron en la explosión, junto con todos los equipos que estabas usando, y la mayoría son irreemplazables. De no haber sido por la Voz, habríamos podido recuperar algo, cualquier cosa, pero no nos queda tiempo. Teníamos que actuar –se enderezó, y su rostro y su postura recuperaron el aire frío de siempre–. Es hora

de que intervengamos para recomponer esta sociedad, de un modo u otro. Buenas noches, Kira.

Abrieron la puerta y salieron.

Kira miró a Shaylon con el corazón acelerado. El soldado yacía inmóvil. Ella observó las luces que parpadeaban en la pared detrás de él. *Tengo que hacer algo.* Se quitó la sábana y trató de mover las piernas, apretando los dientes para no gritar al estirar la herida. Si la

droga que le habían dado era un veneno, era posible que hubiera un antídoto; tenía que haber algo que ella pudiera hacer para salvarlo. Respiró profundamente, se armó de coraje y bajó las piernas por un costado; se aferró a la barandilla de la cama y lanzó un fuerte gemido cuando la atravesó otra oleada de dolor. Las luces empezaron a parpadear con más rapidez, y los sonidos suaves se hicieron

más estridentes. Kira puso los pies en el suelo frío y vigorizante, y se levantó rengueando, con cuidado de no apoyar el peso en su pierna herida. Aun así, el cambio de posición resultó más doloroso de lo esperado y sus piernas no la sostuvieron, con lo cual cayó al suelo. Lanzó un grito de dolor; sus manos se cerraron como garras, sus piernas se agitaron en el aire sin control, y en ese momento comenzaron a sonar

las alarmas detrás de la cama de Shaylon. Su cuerpo empezó a sacudirse y retorcerse, y sus huesos rotos se entrechocaban. Se oyeron pisadas apresuradas en el corredor; las enfermeras irrumpieron en la habitación y encendieron las luces. Kira trató de soportar el dolor y luchó por incorporarse.

–Es un ataque cardíaco –dijo una enfermera.

–Traigan el carro de paro –ordenó un médico.

Ignoraron a Kira; trataban desesperadamente de salvarle la vida a Shaylon mientras su cuerpo quebrado se agitaba y retorcía. Lo drogaron, le aplicaron descargas, lo sujetaron, lo golpearon e hicieron todo lo que se les ocurrió, y mientras tanto ella los observaba desde el suelo, rezumando sangre nueva y sollozando incontrolablemente.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

–No debería estar levantada.

Kira hizo una mueca de dolor, apoyándose con fuerza en el soporte del suero.

–Estoy bien.

No lo estaba, pero no tenía tiempo para quedarse acostada. Su tiempo se había acabado: iban a matar a Samm, la cura se perdería, Arwen moriría y la isla entera parecía a punto de

derrumbarse bajo una nube de escombros. Kira tenía un plan y no iba a dejar que una pierna quemada le impidiera cumplirlo.

La enfermera movió la cabeza en un gesto reprobatorio.

–Tiene una quemadura de tercer grado del tamaño de una pelota de tenis. Déjeme ayudarla a acostarse.

Kira extendió la mano, tratando de no apoyar peso en su pierna quemada.

–Estoy bien, en serio. El

regenerador ya compuso la mayor parte de la piel, y apenas había daño muscular. Déjeme caminar.

–¿Está segura? –preguntó la enfermera–. Parece que le duele mucho.

–Estoy segura.

Kira dio otro paso, usando el soporte del suero como bastón y arrastrando la pierna quemada con cuidado. La enfermera la observaba y ella se esforzó por sonreírle y aparentar

normalidad. En realidad, se sentía muy mal: se había aplicado una segunda sesión del regenerador, a pesar del riesgo de sobredosis, y las células quemadas apenas empezaban a restituirse. Pero tenía que levantarse. Tenía que llegar al Senado.

Estaban cerca, lo sabía. Probablemente seguían usando el ayuntamiento, como había sugerido Mkele, pero para una reunión secreta de su comité

maquiavélico sabía que estarían allí, en el hospital, escondidos del mundo y rodeados de guardias.

Solo tenía que averiguar en qué parte del edificio estaban.

El soporte del suero tenía rueditas, que chirriaban suavemente mientras ella caminaba rengueando por el largo pasillo blanco. Cada paso era angustiante. Se detuvo en una estación de enfermería, jadeando por el esfuerzo.

–¿Estás bien, Kira?

Era Sandy, la enfermera de maternidad.

–Estoy bien. ¿Sabes dónde está el doctor Skousen?

La chica meneó la cabeza.

–Pidió que no lo molestaran.

–Sandy, ya sé que está en reunión con los demás senadores –susurró Kira. Observó su rostro en busca de alguna señal de reconocimiento, la vio y sonrió por dentro–. Es en relación con el proyecto

secreto en el que me tenían trabajando. Necesito estar allí.

Sandy se inclinó hacia ella.

–Mira, no quiero tener nada que ver con esto. Están en la salita de conferencias del cuarto piso. Haz lo que necesites hacer.

–Gracias, Sandy.

Se dirigió hacia la escalera lo más rápido que pudo. *El cuarto piso: subir diez escalones, doblar, diez escalones más. Repetir dos veces.* Kira ahogó

una exclamación. *No podré llegar.* Sacudió la cabeza, recordando el cuerpo agonizante de Shaylon, recordando a Samm. *Tengo que encontrarlos. No hay otra alternativa.*

Se aferró con fuerza a la barandilla de la escalera, subió el soporte al primer escalón y se alzó lentamente. El soporte se tambaleó ligeramente sobre sus rueditas, pero logró mantenerlo firme. Cada paso

hacía que le doliera la pierna, y pronto tenía los brazos exhaustos por tanto esfuerzo para soportar su peso. En el primer descanso, se dejó caer contra la pared y apoyó la cabeza mientras tomaba grandes bocanadas de aire. La pierna le dolía más de lo que había imaginado, pero no podía detenerse. *Van a matar a Samm.* Apretó la mandíbula y siguió subiendo, obligándose a dar un paso más, y otro, y otro

más. Descanso tras descanso. Piso tras piso. Al llegar al cuarto piso, cayó al suelo y fue arrastrándose hasta que un soldado que custodiaba la sala de conferencias corrió hasta ella. Era el mismo guardia de la reunión anterior, lo cual significaba que la reconocería. Kira rezó en silencio una plegaria de agradecimiento y esperó que no le hubieran dado instrucciones de no dejarla entrar esta vez. Pero ¿por qué

habrían de hacer eso? Pensaban que estaba en cama.

–¿Se encuentra bien? –el guardia la ayudó a ponerse de pie–. No me avisaron que vendría.

Gracias. Se levantó con dificultad, sosteniéndose del soldado con una mano y, con la otra, del soporte del suero.

–No quise perdérmelo. Ayúdeme a entrar.

Se apoyó en el brazo del hombre, caminó rengueando

hasta la puerta y la abrió con toda la fuerza que pudo reunir.

Mkele y los senadores estaban amontonados en torno de una mesa, y en un rincón estaba Samm, encadenado. Todos la miraron, sorprendidos. Kira sintió el odio en los ojos de Kessler como un láser. Delarosa se limitó a levantar las cejas.

Hobb se volvió hacia Skousen.

–Nos dijo que estaba demasiado malherida para moverse.

–Pues resulta que no es muy buen médico –dijo Kira; hizo una mueca de dolor y entró arrastrando la pierna. El soldado la tomó por el hombro para detenerla.

–Disculpen, senadores –dijo–. No me di cuenta. La llevaré de vuelta.

–No –dijo Delarosa–. Llegó hasta aquí; lo menos que podemos hacer es escuchar lo que tiene que decir.

–Sabemos muy bien lo que va

a decir –replicó Kessler.

Delarosa se volvió hacia el soldado con expresión adusta.

–Gracias. Haga el favor de esperar afuera. Y si aparece alguien más, anúncielo antes de hacerlo pasar.

–Por supuesto, señora.

El soldado cerró la puerta con la cara ruborizada, y Kira miró a Samm. No lo habían aseado desde la explosión y la ropa le colgaba en andrajos sucios. La piel que estaba a la vista tenía

arañazos y cortes que ya estaban sanando, pero que eran visiblemente dolorosos. No dijo nada, pero la saludó con un movimiento de cabeza.

Kira se volvió hacia los senadores, aún jadeando por el esfuerzo, y se desplomó en una silla.

–Lamento llegar tarde.

–Esta reunión no le concierne –dijo Weist–. Su proyecto ya terminó; vamos a deshacernos de… esta cosa y, si tenemos

suerte, quizá logremos componer este desastre.

–Pero el proyecto sigue en marcha –protestó Kira–. Casi termino de delinear el desarrollo del virus, y con un poquito más de tiempo…

–No has logrado nada –replicó Skousen–. Arriesgamos la seguridad de nuestra ciudad y la integridad de este consejo para que pudieras estudiar a un Parcial, y cuando necesitamos ver los resultados, ¿lo único que

haces es pedir más tiempo?

–Pero ahora entendemos…

–¡No entiendes nada! –Skousen estaba demasiado furioso para dejarla continuar–. Dices que el virus tiene múltiples formas. ¿Qué desencadena la transformación de una forma en otra? ¿Podemos detenerla? ¿Podemos eludirla? ¿Es posible atacar o desactivar alguna de esas formas? En la ciencia se necesitan datos específicos, Walker, no gestos de desafío

ampulosos e impotentes. Si puedes proporcionarnos un mecanismo de cambio o un medio específico de defensa, hazlo, pero si no…

–Por favor, solo necesito más tiempo.

–¡No tenemos más tiempo! –gritó Delarosa. Era la primera vez que levantaba la voz, y Kira se amedrentó al oírla–. Nuestra ciudad se está destruyendo… toda la isla se está destruyendo. La Voz ataca en las calles;

estallan bombas en el hospital; los rebeldes huyen de la ciudad, se infiltran en nuestras defensas y matan a nuestros ciudadanos. Necesitamos conservar una apariencia de civilización.

–¡No están escuchándome! –exclamó Kira, y el sonido de sus propias palabras la sobresaltó–. Si Samm muere, morimos todos; no hoy, pero sí será inevitable y no habrá nada que podamos hacer para impedirlo.

–Eso es una obsesión –dijo

Delarosa–. Una obsesión noble, pero una obsesión al fin, y es peligrosa. No dejaremos que destruya la especie humana.

–Son ustedes quienes van a destruirla –replicó Kira. Se le empezaron a llenar los ojos de lágrimas.

–Se los dije –comentó la senadora Kessler–: repite el mismo mensaje una y otra vez –miró a Kira–. Hablas exactamente como Xochi, como la Voz, con ese argumento

incendiario sin fundamento.

Kira buscó palabras, pero se le atoraron en la garganta.

–Tu trabajo es el futuro –dijo Mkele, con voz serena–. El nuestro es el presente. Te lo advertí antes: si alguna vez ambos objetivos entran en conflicto, el nuestro tiene prioridad. Es inminente un ataque organizado de la Voz a East Meadow y no podemos librar tantas batallas. Antes que nada, hay que destruir al

Parcial.

Kira miró a Samm. Como siempre, estaba impasible, pero se dio cuenta de que él sabía que esto pasaría. Se volvió hacia los senadores.

–¿Así como así? Sin siquiera un juicio, una audiencia o…

–La audiencia fue hace cuatro días –dijo Weist–. Usted estuvo allí y oyó la decisión.

–Nos dieron cinco días de investigación –le recordó Kira–. Solo hemos tenido tres.

–El laboratorio está destruido –dijo Skousen–, y con él, la mayor parte de tu trabajo. No estás en condiciones de continuar, tampoco hay datos suficientes para que otra persona lo termine. No hay tiempo.

–Entonces denos otro laboratorio –insistió Kira–. Seguramente tenemos los equipos en algún otro lugar; lo único que necesitamos es tiempo. De todos modos, el

plazo de cinco días era arbitrario.

–¿Y arriesgarnos a más atentados? –preguntó Delarosa–. De ninguna manera.

Hobb se inclinó hacia adelante.

–El plan que estamos analizando toma en cuenta…

–Entonces déjenlo en libertad –volvió a interrumpir Kira. Tragó con nerviosismo, y vio que la miraban con enojo y suspicacia. Siguió hablando antes de que

pudieran protestar–. Él no hizo nada para perjudicarnos; hasta colaboró con la investigación. No hay razón para que no lo dejemos vivir.

–¿Es una broma? –preguntó Kessler, furiosa.

–A ustedes les conviene –prosiguió Kira–. Quieren hacerlo desaparecer: pues desaparecerá. En todo caso, ayudará a reducir la posibilidad de una represalia de los Parciales.

Skousen y Kessler la miraron con ira. Weist sacudió la cabeza.

–¿Sinceramente piensa que eso servirá de algo?

–Claro que sí –respondió Mkele–. Es una idealista.

–Es una hija de la peste –intervino Kessler–. Te has apegado a esa cosa, pero no tienes idea de cómo son los Parciales en realidad.

–¿Y ustedes sí? –preguntó Kira. Trató de ponerse de pie,

ahogó una exclamación ante el tremendo dolor, volvió a sentarse y giró en la silla–. Ustedes pelearon con ellos hace once años… ¡once años! ¿Acaso no pueden pensar que algo podría haber cambiado?

–No puedes creer todo lo que él te diga –dijo Mkele.

–Es un soldado, no un espía –repuso Kira. Se volvió hacia Samm, tratando de decidir, en ese último instante y de una vez por todas, si podía confiar en él.

Si había sido sincero en los últimos días o si realmente era el monstruo que los senadores creían.

El Parcial la observó, sereno por fuera pero sin disimular del todo su nerviosismo y su decisión. Su esperanza. Kira lo miró a los ojos y habló con voz firme.

–Samm ha enfrentado el cautiverio y la tortura a manos de personas que quieren ver destruida a toda su especie, y lo

ha hecho sin llorar, sin quejarse, sin rogar, sin otra cosa que fortaleza y decisión. Si los demás Parciales tienen la mitad de la comprensión que él demuestra, podríamos tener una posibilidad…

–Estoy en misión de paz –dijo Samm, con voz firme y segura. Kira se volvió hacia él; nuevamente se le formaron lágrimas en los ojos al verlo adelantarse hasta donde le permitían sus ataduras. Los

senadores guardaban silencio–. Mi escuadrón estaba en Manhattan porque veníamos hacia aquí para hablar con ustedes. Veníamos a ofrecerles una tregua.

–Mentiras –gruñó Kessler.

–Es la verdad –repuso Samm–. Necesitamos su ayuda.

Pero ¿por qué?, pensó Kira. *No podemos confiar en ti si no nos dices por qué.*

Samm miró a Kira un momento, fijamente a los ojos;

luego se volvió hacia los senadores y se irguió, haciendo acopio de todo su orgullo.

–Estamos muriendo.

Los ojos de Kira se dilataron; en la sala se hizo un silencio absoluto.

–Igual que ustedes, no podemos reproducirnos, aunque la nuestra es una esterilidad incorporada a nuestro ADN, un seguro para que no nos desmandáramos. Eso nunca nos molestó porque tampoco

envejecemos, así que no había peligro de que desapareciéramos. Pero parece que también hay un seguro contra eso.

El doctor Skousen fue el primero en recuperar la voz.

–¿Están… muriendo? ¿Todos?

–Descubrimos que ParaGen nos diseñó con fecha de vencimiento –explicó Samm–. A los veinte años el proceso que detiene nuestro envejecimiento

se invierte, y entonces nos consumimos y morimos en cuestión de semanas, a veces días. No es un envejecimiento acelerado. Es descomposición. Nos pudrimos en vida.

Kira estaba atónita. Ese era el gran secreto que no se atrevía a contar: que los Parciales tenían un cronómetro en marcha, igual que los humanos. Por eso querían una tregua. Estaba demasiado asombrada para moverse, pero

miró a los senadores, tratando de adivinar lo que pensaban. Kessler sonreía, pero Hobb y Weist tenían los ojos fijos en Samm y la boca abierta. Delarosa parecía estar tratando de no ponerse a llorar, aunque Kira no pudo deducir si eran lágrimas de alegría o de tristeza. Weist mascullaba por lo bajo; su boca se movía casi como si él no se diera cuenta. Mkele permanecía callado e impasible.

–Están muriendo –dijo Kessler, y Kira sintió rechazo ante el júbilo perverso que reflejaba la voz de la mujer–. ¿Saben lo que significa eso? Los primeros Parciales fueron creados en la época de la Guerra de Aislamiento, o sea… diez años antes de la guerra con los Parciales. Hace veintiún años. El primer grupo habrá empezado a morir el invierno pasado, y a los más jóvenes les quedarán… ¿cuántos?, ¿dos

años? ¿tres, como mucho? Y entonces desaparecerán para siempre.

–Todos desapareceremos para siempre –dijo Samm, y Kira percibió más emoción en su voz, más seriedad que nunca–. Ambas especies se están extinguiendo; todas las formas de vida inteligentes del planeta van a morir.

–Nosotros duramos más que ustedes –repuso Delarosa–. Creo que nos arriesgaremos a

seguir solos.

–Es que eso es lo que trato de decirles –dijo Kira, que al fin pudo volver a hablar–. Sin ellos, no habrá cura –miró a Samm; al fin lo entendía–. Tenemos que trabajar juntos.

–Ustedes pueden tener bebés –agregó Samm–, pero mueren de RM; nosotros somos completamente inmunes, pero no podemos reproducirnos. ¿No se dan cuenta? Nos necesitamos. Ninguna de las

dos especies puede sobrevivir sola.

–Piensen en cómo esto levantará la moral de la gente –dijo Hobb–. Cuando se enteren, van a… van a declarar un día de fiesta. Un nuevo Día de la Reconstrucción.

–¡¿Pero qué les pasa a ustedes?! –exclamó Kira; se esforzó por levantarse, pero volvió a desplomarse en la silla–. Él pensaba que lo matarían cuando descubrieran

su secreto, ¡pero esto es peor!

–Íbamos a matarlo de todos modos –dijo Mkele–. Eso nunca se puso en duda.

–Solo que ahora –agregó Delarosa– vamos a hacerlo en público, para que la noticia se difunda y cumpla su cometido: unificar a la raza humana.

–Intenta ver más allá de los detalles –dijo Hobb–. Tú estás tratando de salvar a un grupo de personas que se están matando en las calles. ¿Crees que un

acuerdo con el enemigo cambiará eso? Si ni siquiera nos hacen caso a nosotros, ¿qué te hace pensar que harían algo por un Parcial? –Hobb se inclinó hacia adelante, con expresión seria e intensa–. La Voz estaba pidiendo nuestras cabezas mucho antes de que apareciera el Parcial, y si se revela que tenemos uno escondido, será peor. La gente va a querer respuestas, va a *necesitar* respuestas. Y necesita que

nosotros le demos esas respuestas, porque al dárselas recuperaremos su confianza. Volveremos a tener el control de la isla; volveremos a tener paz. Sabemos que tú quieres la paz.

–Por supuesto –dijo Kira–, pero…

–Cuidado –dijo Delarosa, mirando al senador Hobb–. ¿Qué le está diciendo?

–Ella puede ayudar –respondió. Miró a Kira fijamente con esos ojos tan profundos y

azules, como agua en un vaso, que ella se sintió atrapada y atraída–. Eres idealista –prosiguió–. Quieres salvar a la gente. Pues bien: nosotros queremos darte la oportunidad de hacerlo. Además eres inteligente, así que dime: ¿qué quiere la gente?

–Quiere la paz –respondió Kira.

–Nadie vuela un edificio porque quiere la paz –replicó Hobb–. Piensa en otra cosa.

–Quiere… –Kira observó el rostro de Hobb, preguntándose adónde quería llegar con eso. *¿Qué quiere la gente?*–, una cura.

–Demasiado específico.

–Un futuro.

–Quiere un propósito –Hobb abrió las manos, haciendo gestos exagerados al hablar–. Quiere despertar por la mañana sabiendo lo que tiene que hacer y cómo tiene que hacerlo. Un futuro le dará ese propósito, y la

cura le dará un futuro, pero en el fondo, lo único que quiere es un propósito. Quiere algo adonde apuntar, una meta para intentar alcanzarla. Cuando establecimos East Meadow, pensamos que la meta de curar el RM sería suficiente. Pero no hemos podido alcanzarla, y durante tantos años de no ver resultados, la gente se descorazonó. Su propósito se marchitó y murió. Necesitamos darle algo asequible… ¿Ves

adónde quiero llegar? Necesitamos darle a Samm.

–¡No! –gritó Kira.

–Nadie sabe qué provocó esa explosión –dijo la senadora Delarosa–. Es probable que haya sido la Voz, sí, pero ¿y si fue un Parcial?

Kira sintió que empezaba a hacer frío en la sala.

–Pero no fue él.

–Pero si lo fue, ¿qué significaría eso para la humanidad? –Hobb se pasó la

lengua por los labios, y siguió haciendo gestos con las manos al hablar–. La humanidad necesita un propósito, y ahora este Parcial ha volado nuestro hospital –chasqueó los dedos–. He ahí su propósito: ¡un enemigo! La gente se enfurece… no contra, sino con nosotros. La isla se une contra un enemigo común. Hasta podría ser que la Voz cambiara de actitud; ¿te imaginas qué gran cambio? Todos los

rebeldes volverían a estar de nuestro lado; toda esa ira y esa violencia estarían dirigidas hacia afuera, en lugar de hacia adentro. La raza humana se está autodestruyendo, Kira, pero esto la salvará. Seguramente entiendes eso.

–Pero es mentira –protestó Kira.

–Porque solo una mentira nos salvará a tiempo –repuso Delarosa–. Yo quiero más que nadie que se encuentre una

cura, y sí, una cura de verdad podría unirnos, pero se nos acabó el tiempo. La Voz ha emitido un ultimátum de guerra civil; el diablo está en nuestra puerta. Si no hacemos algo ahora o mañana, perdemos nuestra oportunidad de hacer lo que sea.

Había algo que no encajaba en su relato; incluso más allá del engaño obvio, había algo más profundo y oscuro oculto en alguna parte, y hacía que Kira

sintiera náuseas.

–¿Por qué me dicen esto?

–Este plan funcionará sin ti –respondió Hobb–, pero piensa cuánto mejor sería contigo. Eres joven y bonita, capaz e idealista, y has participado plenamente en todo lo que hemos hecho: fuiste a Manhattan y trajiste el secreto, buscaste la cura y resultaste herida en el cumplimiento de tus obligaciones por el primer ataque Parcial en once años –

señaló con un gesto la pierna de Kira–. Si *nosotros* contamos esta historia, la gente va a creerla; pero si la cuentas tú, serán capaces de morir por ella. Tú puedes convertirla en algo personal y significativo; puedes ser la heroína que vuelva a unir al mundo. Serás el rostro de la paz.

–Eso es perverso –respondió ella–. Están pidiéndome que mienta a toda la gente que conozco –señaló a Samm–. Que

participe en su asesinato.

–Los lobos están hambrientos –dijo Delarosa–. Podemos matarnos combatiéndolos o podemos arrojarles un cadáver. La muerte de un Parcial es el precio más bajo que podemos pagar por la paz.

Y entonces, de pronto, como un relámpago en su cerebro, Kira entendió el secreto más profundo que antes se le había escapado. Los senadores querían usar esa explosión para

volver a ganar la confianza de la Voz, pero eso nunca daría resultado si la Voz había sido responsable de la bomba, pues sabrían que el Senado mentía. La única manera de culpar a Samm era aprovechar un hecho sobre el cual nadie supiera la verdad, y eso significaba que la Voz no había puesto la bomba.

Para que el plan del Senado diera resultado, la bomba tenía que haber sido puesta por… el Senado.

Kira casi lo gritó allí mismo, los acusó sin pensar, pero por una vez en su vida logró cerrar la boca a tiempo y contener una verdad que haría que la mataran allí mismo. El Senado había colocado la bomba; había orquestado todo aquello desde el comienzo. Querían resolver el problema de la Voz creando un enemigo común, y ella les había dado uno: les había entregado a Samm en bandeja de plata con su estúpido viaje a Manhattan.

Por eso lo habían traído a la ciudad, y por eso la habían puesto a ella a cargo del proyecto: para que un día pudieran volarlo todo sin perder a nadie importante; para que pudieran posar con los despojos y unir a todos contra el enemigo feroz al que nunca podían renunciar. Era el mismo plan general que acababan de explicarle, pero más profundo, más viejo y mucho más siniestro. Ya no se echarían

atrás, por más que ella intentara convencerlos.

Kira miró a Samm; no solo lo miró: lo miró fijamente con los ojos y la mente, tratando de transmitirle que la entendiera, deseando con todo su ser poder enlazarse con él y respirar sus ideas para que fueran directo a su cerebro. *Perdóname*, pensó. *No puedo detenerlos. Por favor… perdóname.*

–Llegó el momento de que tome una decisión –le dijo

Delarosa–. O se une a nosotros, trae la paz a la isla y pone fin a la amenaza de la Voz… o sigue siendo rebelde y vive el resto de sus días en el exilio. Podría vivir cómodamente en una de las granjas –se inclinó hacia adelante–. Usted es una agitadora, señorita Walker; la gente la sigue, y si se une a nuestra causa, la seguirán hacia el futuro más brillante que hemos visto en décadas. Un nuevo amanecer para la

humanidad. La decisión es suya.

Perdóname, volvió a pensar. Se aferró al soporte del suero, apretó los dientes y arrastró la pierna un paso hacia los senadores.

–No puedo hacer nada para impedir esto.

Sintió la sorpresa y la consternación de Samm como una oleada de traición, que la golpeó en la espalda y la recorrió hasta la cabeza. *Confía en mí*, pensó. *Voy a salvarte.*

Hobb la miró con suspicacia.

–¿Vas a hacerlo?

–No –se volvió a medias, sin atreverse a mirar de nuevo a Samm–. No puedo seguir luchando contra ustedes; mírenme, apenas puedo pararme. Pero eso no significa que voy a entregarlo para ayudarlos a ustedes ni a mentir a mis amigos –le rodó una lágrima por la mejilla, pero mantuvo la mirada firme, desesperada por que le

creyeran–. Hagan lo que tengan que hacer y acaben con esto –se giró hacia la puerta, dio un paso doloroso y se detuvo a tomar aire–. Y pídanle a uno de sus matones de afuera que me lleve abajo; casi no puedo moverme.

–Por supuesto –respondió Hobb–. Tómate tu tiempo. Recupérate. De todos modos, nos llevará varias horas preparar esto.

Kira asintió. *Justamente con*

eso estoy contando.

CAPÍTULO VEINTISIETE

El guardia la acostó con cuidado en la cama del hospital e hizo una mueca al oírla gemir de dolor. No estaba simulando: la pierna le dolía más ahora que mientras subía la escalera. Trató de cubrirse con la manta, pero hasta ese movimiento le llenó los ojos de lágrimas. El guardia le acomodó las piernas, luego apagó la luz y salió. Kira

cerró los ojos, apretó los dientes y se obligó a incorporarse.

Nunca me subestimen.

El regenerador aún estaba en la habitación, y Kira se aplicó otra dosis —la tercera en menos de ocho horas— para acelerar su crecimiento celular más allá del tiempo y la dosis inocuos. Le provocaría daños a largo plazo, pero le permitiría caminar muy pronto. Espió por la puerta y sonrió con aire

sombrío. Su herida era tan grave y su andar tan debilitado que el guardia ni siquiera se había quedado a vigilarla.

Encontró a Marcus sentado en la cafetería, en silencio y con la mirada fija en un plato de arroz intacto. *¿Me ayudará? Tiene que hacerlo.* Se acercó a él lentamente por la sala vacía.

—Hola.

Marcus alzó la vista, con los ojos abiertos por la sorpresa, y se levantó de un salto.

—¿Dónde estabas? Entré apenas volvieron a abrir el edificio y no te encontré en tu habitación; recorrí todo el edificio hasta que finalmente me hicieron venir a esperar aquí —la miró de arriba a abajo, con el ceño fruncido por la preocupación renovada—. ¿Cómo diablos llegaste aquí? Apenas puedes caminar.

—Magia —dijo, restándole importancia—. ¿Puedes hacerme un favor?

—Por supuesto.

—Necesito una resonancia magnética.

—¿No quieren hacértela?

—Quiero que me la hagas tú.

—¿Por qué?

—Quiero que me tomes de la mano mientras dure el estudio.

—Eh… está bien —hizo una mueca, visiblemente confundido —. ¿No prefieres un DORD? Son mucho mejores…

—Necesito una resonancia magnética.

—Entonces déjame buscar a alguien que maneje el equipo mientras yo…

—Solo tú —insistió con firmeza—. Solo tú y yo.

Marcus asintió, con el rostro fatigado y preocupado, pero había una expresión en sus ojos que revelaba que había empezado a captar lo que ella estaba haciendo.

—Está bien, claro.

Le ofreció el brazo y ella lo aceptó de buena gana; caminó

a su lado con dificultad hasta el vestíbulo principal.

—¿Qué pasa en realidad? —susurró Marcus.

—Tómalo como una corazonada médica. Quiero ver algo.

Kira vaciló un momento, tratando de pensar qué contarle. No habían hablado desde la propuesta de matrimonio.

Marcus caminaba en silencio, y Kira hizo lo mismo.

Después de todo lo que le hice, ¿volverá a confiar en mí?

Atravesaron el vestíbulo hasta el centro de radiología y buscaron una sala privada. Marcus la ayudó a acomodarse en la mesa de examen. Kira lanzó una exclamación cuando dejó de apoyar la pierna. Sentía como si hubiera estado corriendo un maratón en un mar de vidrios rotos. La máquina de resonancia magnética era más pequeña que el DORD y mucho

menos potente, pero ese campo electromagnético era justo lo que ella necesitaba.

—Voy a encenderla —dijo Marcus.

Corrió hacia la sala de monitoreo, accionó algunos controles.

Kira respiró profundamente. *Este es el momento. O es el comienzo o es el fin.* La máquina se encendió con un zumbido y el campo magnético comenzó a recorrerla. Cuando

Marcus regresó, Kira le extendió la mano.

—No tenemos mucho tiempo, así que escúchame —dijo, y se recostó mientras el aparato realizaba su secuencia—. Mkele me tiene muy vigilada y estoy casi segura de que tengo encima algún tipo de micrófono. El campo de esta máquina lo alterará, pero no sé cuánto tiempo tendremos hasta que sus matones empiecen a sospechar —miró brevemente a Marcus, y

luego volvió a mirar adelante—. ¿Confías en mí?

—¿Qué?

—¿Confías en mí?

Sintió los ojos de Marcus fijos en ella, pero mantuvo la vista al frente.

—Sí, claro que sí. ¿Qué pasa?

—El Senado puso la bomba que destruyó mi laboratorio. Mataron a Shaylon y me amenazaron a mí. Samm, los estudios, la bomba, todo fue

parte de una estratagema para generar suficiente miedo con una intención precisa: cimentar su poder en la isla. Ahora están aprovechando esta situación para… —bajó la mirada; luego se armó de coraje y finalmente lo miró—. Marcus, van a matar a Samm.

Vio que algo pasó por la cara de Marcus. Si era horror, sorpresa o celos, no pudo discernirlo. Los ojos de él apuntaron brevemente al techo;

luego, lentamente, volvieron a ella.

—Kira —dijo—, siempre tuvieron la intención de hacerlo. De matar a Samm. Tú lo sabes —habló en tono sereno y controlado, aunque Kira sabía que debía de estar reprimiendo algo intenso—. Además, ¿por qué habrían de volar a su propia gente? ¿Su propio hospital?

—Porque es parte de sus planes —respondió Kira—. Nunca entendí por qué me

habían asignado al estudio de Samm, pero debe haber sido por eso. Para ellos soy solo una hija de la peste, la paramédica menos experimentada y más prescindible. Si la bomba me hubiera matado, habrían podido usarme como mártir, pero como sobreviví, me ofrecieron el papel de figura decorativa: la científica joven y valiente que sobrevivió al atentado Parcial.

—¿Los Parciales pusieron la bomba?

—El Senado puso la bomba, ya te lo dije. Pero van a culpar a Samm, van a matarlo y usarán su muerte para recuperar apoyo —le rogó con los ojos que le creyera—. Ellos le dijeron a Shaylon que se acercara a la ventana, Marcus. Le ordenaron ubicarse junto a la pared segundos antes de volarla.

—No —dijo Marcus, sacudiendo la cabeza—. Fue la Voz; hace semanas que vienen atacando East Meadow; es

probable que haya al menos una célula aquí en la ciudad —Kira sintió que la duda empezaba a filtrarse en la voz de Marcus.

—¿Alguien los vio? —le preguntó—. ¿Alguien realmente atacó el hospital o los militares dijeron eso solo para cubrirse?

Él se quedó mirándola, sin decir nada.

—Sé que parece una locura… —dijo ella, pero Marcus la interrumpió:

—No, no es una locura. Sería

una locura viniendo de Xochi, pero de ti… —la tomó de la mano—. Confío en ti, Kira. Si dices que quieren matarte, te creo.

Kira cerró los ojos y rezó a quienquiera que la escuchara. *Gracias, gracias, gracias*. Miró a Marcus y habló rápidamente.

—No sé cuánto tiempo nos queda hasta que alguien venga a ver por qué el micrófono no funciona —respiró hondo—. Necesitamos liberar a Samm.

Luego te explicaré, pero esa es nuestra meta: lo sacamos de aquí, lo llevamos al norte y lo seguimos adonde vive. Se están muriendo, igual que nosotros, y nos han ofrecido una tregua. Vamos a aceptarla.

Marcus tartamudeó, buscando las palabras.

—¿Es-estás loca?

—Él me salvó, Marcus. Samm tuvo la oportunidad de irse cuando estalló la bomba: estaba libre de sus ataduras, nadie lo

vigilaba y había un agujero gigante en la pared. Podría haber huido y quedado en libertad, pero en cambio levantó el DORD que me estaba electrocutando y me salvó la vida.

Marcus se quedó inmóvil, mirándola fijamente a los ojos, muy hondo, hasta un punto que ella solo podía imaginar. Le dio mucha lástima ver el dolor que había en su rostro.

—Yo debería haber… —dijo,

con la mirada aún perdida—. Traté de…

—Trataste de salvarme y no quise escucharte —Kira ahogó un sollozo—. Fui imprudente y estúpida y ahora lo sé. Estoy demasiado metida en todo esto; sé que quieres sacarme y ponerme a salvo, pero no podemos hacer eso… todavía no. Necesito que vengas conmigo. Sé que es peligroso y sé que no quieres hacerlo, pero te necesito, Marcus. Necesito

que me creas; que confíes en mí. Necesito oírte decir que vendrás conmigo.

Él guardó silencio. Se frotó los ojos, se estiró la cara con las manos, apretó los dientes. Ella se cubrió la boca con la mano y soltó una larga exhalación, sin dejar de mirarlo. *Por favor, Marcus. Por favor, di que sí.*

Marcus se puso de pie y se volvió hacia un costado. Kira cerró los ojos y lloró en silencio.

—Lo haré —dijo Marcus.

Los ojos de Kira se abrieron al instante.

—¿Sí?

—Te ayudaré a liberarlo, te ayudaré a llevarlo a su lugar; haré lo que sea por ti. Por ti —dijo, acercándose a la mesa.

—Oh, Marcus…

—La última vez que te fuiste, me sentí de lo peor. No voy a dejar que hagas esto sola —la miró fijamente, con amor y anhelo; luego se volvió y levantó

las manos en ademán de impotencia—. Pero ¿cómo diablos vamos a hacerlo?

Kira abrió la boca y volvió a cerrarla. No tenía idea.

—Sea como sea, debemos hacerlo esta noche.

—Necesitaremos la ayuda de Xochi —dijo Marcus—. Xochi e Isolde, por lo menos. Jayden y Haru, si logramos convencerlos.

—No. Jamás van a confiar en un Parcial. Tenemos que hacerlo sin ellos.

Él emitió un silbido por lo bajo.

—Es una locura —se encogió de hombros—. Reúne a Xochi e Isolde, y dame tiempo para conseguir algunas cosas. Nos veremos en tu casa en dos horas.

—Perfecto —dijo Kira—. Ahora vuelve allá y haz algún análisis de las imágenes que tomó esta cosa… cualquier cosa, no importa; necesitamos que parezca una resonancia

magnética de verdad.

Marcus asintió y corrió a la computadora; se sentó y escribió algo. Apenas un minuto después, un soldado asomó la cabeza por la puerta. Kira estaba acostada en silencio en la mesa, mientras Marcus observaba la pantalla en la sala de monitoreo. El soldado miró alrededor, asintió y volvió a salir.

Marcus esperó hasta que se cerró la puerta; luego posó los

ojos en Kira y se quedó mirándola.

Ella le devolvió la mirada.

Tenían dos horas.

Kira flexionó la pierna. Había sentido la tentación de volver a usar el regenerador, pero la herida parecía estar sanando bien; el problema era el dolor. Había decidido compensar y se había aplicado una inyección prodigiosa de analgésicos. Revisó por última vez el vendaje

de su quemadura para asegurarse de que estaba bien ceñido y se puso los pantalones. Caminaba rengueando y se sentía bastante mareada, pero al menos podía andar.

Espió por la puerta de su habitación: aún no había ningún guardia. O los senadores habían creído en su voluntad de aceptar su plan o pensaban que la vigilancia de Mkele era suficiente para seguirla de

cerca. Pero eso no quería decir que no hubiera guardias en el corredor: había por lo menos diez, quizá más, armados hasta los dientes y agrupados junto a una puerta en el extremo más alejado. *Al menos sabemos dónde tienen a Samm*, pensó Kira. Salió con sigilo al corredor y rengueó rápidamente en la dirección opuesta. Sandy no estaba en su escritorio. A Kira todavía le quedaba un poco de suerte.

Se acercaba el anochecer, una media luz que ella reconoció por tantos días largos de trabajo, pero ahora esa familiaridad le hacía un nudo en la garganta. No pudo evitar preguntarse si esa sería la última vez que caminaría por East Meadow, que cruzaría la autopista, que pasaría por la gran casa azul de la esquina, que observaría a los vendedores de sushi recorrer lentamente las aceras. Dobló en

su calle, entró en su casa y, en silencio, empacó en su mochila todo lo que cupo: baterías y luces extras, varios pares de calcetines limpios, un cuchillo y un juego de herramientas. Plegó su fusil y lo guardó también, disimulándolo lo mejor posible en la mochila; esta vez no sería un operativo militar, así que solo tendrían las armas que llevaran consigo. Aún tenía la pistola de Isolde sujeta a la cadera (últimamente no era un

accesorio poco común) y se cercioró de llevar bastantes municiones para ambas armas. Por último, tomó su maletín médico, cerró bien sus bolsos, los dejó junto a la puerta de la calle y se dispuso a esperar a que llegaran los demás. Se sentó, frunció el ceño y se dio cuenta de que Nandita aún no regresaba de su viaje.

La mujer llevaba fuera más tiempo que nunca. Kira se dirigió a la cocina; de pronto estaba

inquieta. Casi todo se veía normal. Regresó a la parte trasera y, al no ver a nadie, se apresuró a recorrer toda la casa. Nandita no estaba por ninguna parte.

¿La habría detenido la policía? ¿La habrían atacado mientras recogía hierbas? Era posible que simplemente se hubiera marchado, como Kira estaba a punto de hacer ahora; que hubiera empacado sus cosas más importantes y se

hubiera ido a una granja o a una comunidad en las afueras, pero jamás lo habría hecho sin decir nada. *Esto no está bien.*

Marcus llegó primero; la saludó en silencio, con un ademán de la cabeza y la recorrió lentamente con un estetoscopio digital. Kira lo miró con curiosidad, pero él le hizo señas de que tuviera paciencia. Xochi e Isolde llegaron unos minutos después, y Kira les indicó que guardaran silencio

mientras observaban a Marcus revisar el resto de la habitación. El estetoscopio emitió un sonido leve al pasar por el centro musical.

—Oye, Xochi, ¿puedo poner música? —dijo Marcus en voz alta y clara.

—Por supuesto —respondió Xochi, con la misma claridad. Echó un vistazo a Kira y esta vio, por el brillo en sus ojos, que Xochi había adivinado lo que Marcus estaba haciendo. Se

volvieron para observarlo trabajar.

Marcus se acercó al centro musical, sacó el reproductor que estaba inserto en el aparato (KAYLEIGH, 2052) y lo revisó, pero no halló nada. Luego desenchufó el panel y lo retiró de la repisa; lo dio vuelta y lo examinó desde todos los ángulos. Se detuvo, mirando la parte trasera del panel, e hizo señas a las chicas para que se acercaran a ver. Señaló a

través de la rejilla metálica un objeto pequeño que estaba escondido adentro. Ellas asintieron y dieron un paso atrás.

—Cuidado con esa bebida —dijo Xochi—. La última vez casi me arruinaste el reproductor.

Kira llenó un cubo con agua en la cocina y lo colocó delante de Marcus, quien se inclinó sobre el recipiente.

—Gracias. ¡Ay, maldición…! —exclamó, mientras sumergía

el estéreo en el cubo, empezando por el altavoz interceptado. Lo dejó en el agua varios segundos. Luego volvió a pasar el estetoscopio, no encontró señal y sonrió. Revisó rápidamente a Xochi e Isolde, no encontró nada e hizo una señal afirmativa a Kira.

Ella conectó KAYLEIGH, 2052 a un altavoz más pequeño, subió todo el volumen y lo colocó en el centro de la habitación.

Marcus levantó el estetoscopio digital.

—Yo era uno de los paramédicos de guardia esta mañana cuando estalló la bomba y, por casualidad, pasé con una de estas cosas cerca de uno de los micrófonos de Mkele en tu laboratorio. Parece que funciona muy bien como detector —lo dejó caer sobre el sofá—. La habitación está limpia, y a cualquiera que esté afuera le costará mucho trabajo

oírnos con la música a este volumen.

—Estamos a punto de cometer traición, así que si alguien quiere salirse, este es un buen momento para hacerlo —dijo Kira mirando a sus amigas.

—¿Se trata de lo que yo creo? —preguntó Xochi.

—¿Crees que se trata de atacar el hospital, liberar al Parcial, llevarlo a su lugar y conspirar con su gente para

salvar al mundo?

—En realidad no —respondió Xochi con los ojos muy abiertos—, no estaba pensando en eso —movió la cabeza rápidamente, como si se estuviera sacudiendo agua—. ¿Rescatar al Parcial? ¿Hablas en serio?

—Nos han ofrecido una tregua y el Senado la rechazó —Kira tomó aliento—. Si puedo trabajar con ellos, puedo curar el RM… sé que puedo hacerlo. Pero tienen que confiar en mí.

La mandíbula de Xochi subió y bajó, sin encontrar las palabras. Por fin respondió:

—Confío en ti, Kira. Cometamos traición.

—Excelente —dijo Marcus. Isolde también asintió, pero se veía pálida y nerviosa.

Kira se sentó y, por las dudas, habló en voz baja a pesar de que la música sonaba a todo volumen.

—El Senado se volvió loco. Volaron el hospital para poder

culpar a Samm y ahora van a matarlo para recuperar poder político. El bebé de Madison llegará en estos días y aún no tenemos la cura, y la Voz prácticamente se muere de ganas de dar un golpe de Estado.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Xochi con una amplia sonrisa.

—Tenemos que sacar a Samm del hospital y de la isla —respondió Kira—. Empiecen

por empacar ropa, equipo de campamento y armas; nos reuniremos en la esquina de la autopista Turnpike y la calle Prospect en una hora. Isolde —dijo, al tiempo que abría la funda del arma—, todavía tengo tu pistola…

—No puedo ir con ustedes.

—Dijiste que participarías —le recordó Xochi.

—Haré todo lo que pueda desde aquí —dijo Isolde—, pero no voy a poder ir.

—Necesitaremos a todos si las cosas se ponen difíciles allá —dijo Kira.

—No puedo ir —insistió Isolde —. Si fuera solo yo, iría con ustedes, pero estoy… —hizo una pausa— embarazada.

Kira se quedó con la boca abierta.

—¿Que estás qué?

—Estoy embarazada —repitió Isolde—. Me enteré esta mañana. Sabes que te ayudaré, pero… no puedo arriesgarme —

miró a Kira a los ojos—. Lo siento.

Kira sacudió la cabeza, aún tratando de asimilar la información. Miró el vientre de Isolde, todavía plano como el de una supermodelo, y luego su rostro.

—¿Fue… artificial?

Isolde negó con la cabeza.

—El senador Hobb.

Kira ahogó una exclamación.

—¿Fue consentido? —gruñó Xochi—. Porque si no, antes de

salir de la ciudad pasaré por el Senado y le pegaré un tiro.

—No —respondió Isolde rápidamente—, no hubo nada impropio… Bueno, supongo que algo sí, porque es mi jefe, pero no me obligó. Yo quería que lo hiciera. Nos quedamos trabajando hasta tarde y…

—¿Habías bebido? —preguntó Marcus.

—Eso es asunto de ella —intervino Kira—. Dijo que fue su decisión —miró a Xochi con

expresión dura—. Podemos matarlo de un tiro cuando regresemos. Isolde se quedará y cubrirá nuestras huellas. La última vez lo hizo perfectamente bien.

—¿Qué camino tomaremos? —preguntó Marcus—. Aun cuando podamos sacarlo del hospital, ¿qué? ¿Iremos por Brooklyn, como hicieron antes?

—No. Esa ruta estará vigilada apenas se den cuenta de lo que estamos haciendo. Necesitamos

ir al norte y cruzar el estrecho.

Se hizo silencio; la sola idea era aterradora. Ninguno de ellos sabía conducir un barco, y Xochi era la única que sabía nadar bien. Además, la tierra que había entre aquí y allá era territorio de la Voz.

—Tiene razón —dijo Xochi lentamente—. Hay demasiadas patrullas de la Red de Defensa entre nosotros y Manhattan; el mejor camino es hacia el norte. ¿Cuánta ayuda nos puede dar

ese Parcial? ¿Sabrá dónde hallar una embarcación?

—Hay barcos por toda la costa norte —respondió Kira—. Siempre los vemos en las incursiones de rescate. Lo único que tenemos que hacer es encontrar uno que tenga el tanque lleno; la gasolina estará vieja y destruirá el motor, pero deberíamos poder llegar al otro lado antes de que eso pase.

—Si es que logramos llegar —dijo Marcus—. Tal como

están las cosas hoy, es muy probable que la Voz ataque a un grupo de East Meadow.

—No van a atacar a un grupo de chicos desarmados —objetó Xochi.

—Es que iremos armados —aclaró Kira.

—Aun así —insistió Xochi—; son revolucionarios, no asesinos.

—Estás planeando con demasiada anticipación —observó Isolde—. Nada de esto

va a importar si no logran sacar a Samm del hospital. O si ni siquiera consiguen entrar al hospital.

—Esa es la parte difícil —admitió Kira—. Lo tienen en una habitación reforzada del primer piso; lo vi al salir. Hay un montón de guardias. Si encontramos una manera de sorprenderlos…

—En realidad, no está ahí —dijo Marcus. Kira alzó las cejas y Marcus se adelantó para

susurrar—. Mkele puso los guardias en el primer piso para despistar. A Samm lo tienen arriba, en la sala de conferencias, con solo dos guardias en la puerta.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Xochi.

Marcus sonrió y miró a Kira.

—¿Te acuerdas de ese nuevo vendedor de pescado que trabaja en el estacionamiento del hospital? Hice probar sus ostras a uno de los guardias, y

me pidió que esta noche le llevara algunas para la cena. Nada más hay dos —sonrió—. Son las ventajas de ser simpático.

—Eso nos ayudará a entrar —dijo Xochi—, pero apenas lleguemos a esa sala van a pedir refuerzos, y no podremos volver a salir.

—¿Y si creamos una distracción? —sugirió Isolde—. No estaré con ustedes, pero podría hacer algo para llamar la

atención de los soldados en otra parte.

—Eso podría dar resultado —respondió Marcus—, pero tendrá que ser algo muy, muy grande. No podemos tan solo distraerlos; tenemos que ocuparlos en otra cosa y, con suerte, lograr salir en medio de la conmoción.

Kira coincidió y se quedó mirando el suelo. Si iba a hacerlo, tendría que hacerlo con todo.

Habló lentamente.

—¿Qué les parece si creamos disturbios en toda la ciudad?

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Kira estaba en la esquina de la autopista y la calle Prospect, a una cuadra del hospital, al amparo de un viejo restaurante en ruinas, *Aladdin's*. Parecía ser un lugar donde servían kebab, pero estaba derruido y cubierto de vegetación. La capa de kudzu le ayudaba a espiar a la vuelta de la esquina sin ser vista. La gente empezaba a

juntarse: había corrido el rumor.

—Isolde lo está haciendo muy bien —murmuró Kira—. Supongo que cuando una asistente conocida del Senado disemina un rumor, la gente la escucha.

—El Senado sabrá que fue ella —dijo Xochi—. La matarán por esto.

—Aunque se den cuenta de que fue ella, no le harán nada —repuso Kira—. Ahora está embarazada. Ni siquiera Mkele

se arriesgaría a hacerle daño.

—¿Para preservar su propia imagen? —preguntó Xochi—. Ni eso le quedará cuando terminemos. Matar a un bebé será lo más leve que haya hecho en la semana.

—Isolde estará bien —insistió Kira. Dio algunos pasos para probar su pierna; aún le dolía terriblemente e hizo una mueca al pensar en la cantidad de ejercicio que estaba a punto de imponerle. Se detuvo, pensó un

poco, luego se quitó la mochila de los hombros y abrió su maletín.

Xochi la observó con el ceño fruncido mientras Kira sacaba una jeringa y un frasco de *Nalox*.

—¿Drogas?

—Apenas puedo caminar —respondió Kira, mientras preparaba la aguja—. Si voy a pasar la noche huyendo de soldados de la Red, quiero más analgésicos.

Xochi rio con amargura.

—¿Trajiste suficiente para todos?

—Cállate.

Kira se puso la inyección en la pierna y luego colocó una tirita adhesiva sobre la diminuta burbuja de sangre que se formó con el pinchazo. Sintió el efecto casi de inmediato, más en la cabeza que en la pierna: una ligera disminución en su percepción, una demora en sus movimientos. La morfina era

fuerte. *¿Me habré aplicado demasiado?*

—¿Mejor? —le preguntó Xochi. Kira asintió, y Xochi sacudió la cabeza—. Mantente delante de mí si tenemos que disparar. No quiero que me maten porque ahora tienes los reflejos más lentos.

—Allá está Marcus —dijo Kira, y señaló hacia un grupo grande de personas que avanzaba por la calle.

En el centro se distinguía la

silueta alta de Marcus. La multitud gritaba, mascullaba y discutía en voz alta. Kira captó algunas frases: “dijo que un Parcial”, “por qué no nos dicen”, “nuevo tipo de RM”, “el Senado sabía”…

—Ahora sin duda el secreto salió a la luz —dijo Kira—, y arruinará los planes del Senado.

Al pasar, la multitud furiosa llamó a Kira y a los demás a unírseles. Ella recogió sus cosas y se acopló a la

retaguardia del grupo y Xochi la siguió.

Marcus se acercó a ellas.

—Linda noche para un operativo justiciero —les susurró.

Frente al hospital un gentío enorme gritaba y cantaba. Las puertas de entrada estaban bloqueadas por un muro de soldados armados, y las personas se movían ante ellos, hacia adelante y hacia atrás, como una marea indecisa. Kira

sintió una punzada de duda: ¿y si los disturbios provocaban más muertes? Madison y las otras madres, al menos, estarían a salvo; la maternidad era el lugar mejor protegido de la ciudad. Ahora era demasiado tarde para echarse atrás. Rezó una plegaria en silencio y siguió caminando.

—Tendremos que ser muy cuidadosos al rescatarlo —dijo Marcus—. Si este grupo lo encuentra, va a descuartizarlo.

—No saben qué aspecto tiene —respondió Xochi—. Podemos sacarlo como si fuera uno de nosotros.

—Es tan probable que confundan a un humano con un Parcial como a la inversa —dijo Kira, nerviosa, mientras recorría con la mirada a la muchedumbre alborotada—. Tal vez nos extralimitamos.

—Todavía no hemos hecho nada —repuso Xochi, sin dejar de avanzar—. Esta multitud

recién nos ayudará cuando logre entrar y empiece a romper cosas —apretó el paso para adelantarse, gritando bien fuerte al caminar—. ¡Siempre fueron cómplices del Parcial! Así lo hacen: nuevas enfermedades, nuevas muertes, nuevas opresiones. ¡No es la primera vez!

Kira y Marcus la seguían lo mejor que podían, avanzando a los empujones entre la gente enardecida. La confusión que

provocaba la droga en la mente de Kira le hacía percibir aquellos apretujones como surrealistas y aterradores, intensos, furiosos y más fuertes de lo que en realidad eran. Trató de concentrarse.

Xochi llegó al frente, dio media vuelta y se trepó al techo de un viejo automóvil.

—¿Saben por qué están haciendo esto? ¡Porque quieren controlarnos! Porque si tenemos miedo, haremos cualquier cosa

que nos digan —la multitud rugió su apoyo, y Xochi prosiguió—. “¡Delaten a sus amigos!” “¡No salgan de la ciudad!” “¡Embarácense antes de que nos mate el RM!”.

La gente gritaba más fuerte y enardecida. Se agitaba violentamente en torno de Kira. Alguien arrojó una piedra hacia los soldados; pero erró y esta se estrelló contra el vidrio que estaba tras ellos. Siguieron más piedras, como un granizo feroz,

y Xochi continuaba gritando a más no poder.

—¡Estamos hartos de secretos! ¡Si el Senado tiene un Parcial allí adentro, que lo saquen adonde podamos verlo!

La multitud se lanzó hacia adelante, como una inundación de puños y de ira. Los soldados dispararon al aire y la gente se replegó, pero no demasiado; ahora la brecha era más pequeña que nunca.

—No dispararon a nadie —

observó Kira—. Probablemente tienen órdenes de no hacerlo. Tenemos que entrar ahora, antes de que los autoricen a aplicar una defensa letal.

—¡Están disparando a su propia gente! —gritó Xochi, y acercó la mano a su pistola. Kira y Marcus avanzaron, alarmados, tratando de llegar a ella antes de que convirtiera la protesta en una balacera.

—¡Tienen fusiles automáticos! —le advirtió Kira, pero la

multitud ahogó el sonido de su voz—. ¡Xochi, no!

Xochi se volvió con el arma en la mano; Marcus la tomó por la pierna y tiró hacia abajo. Ella cayó con un golpe sobre el techo del auto, con la pistola hacia arriba, y Kira se la arrebató. Xochi se atragantó; le costaba respirar. Luego gimió y tosió cuando al fin recuperó el aliento.

—¡Ay! —exclamó.

—No puedes disparar todavía

—le dijo Kira, enojada—. Los soldados convertirán esto en una masacre.

—Entonces necesitamos actuar ya mismo —dijo Marcus, y saltó sobre el auto junto a Xochi, con una piedra en cada mano—. ¡Ataquen las puertas! —gritó, y arrojó la primera piedra, que le dio a un soldado en el brazo.

Inmediatamente, el soldado levantó su fusil y lo apuntó a la muchedumbre. El oficial que

estaba a su lado lo obligó a bajar el brazo y le gritó algo que Kira no oyó. Marcus arrojó la segunda piedra, que dio justo en el centro de una de las puertas. El vidrio de seguridad estalló en miles de cubitos diminutos. Fue como una señal para la multitud, que volvió a acometer. Xochi guardó su pistola en la funda, sujeta a su cadera, y los tres echaron a correr junto con los demás, pero tuvieron que frenar súbitamente cuando la primera

fila se topó con los soldados. Kira sintió que la aplastaban desde ambos lados, le pisaron los pies y una patada dio contra su quemadura y casi la hace caer de rodillas. *Si me caigo, voy a morir pisoteada.* Tomó aire y empujó hacia adelante con todas sus fuerzas.

—Cuando atravesemos las puertas, la gente irá hacia la derecha —dijo Marcus, gruñendo por el esfuerzo—. Vayan hacia la izquierda, y a la

escalera.

Atrás, el gentío empujaba con demasiada fuerza, pero no había adónde ir. El pecho de Kira se compactó bajo la presión, y poco a poco fue perdiendo el aire de los pulmones. Empezó a ver puntos y a sentir la cabeza ligera, y de pronto fue como si se rompiera una represa. Los revoltosos se lanzaron a través de las puertas, empujando a los soldados hacia atrás o

simplemente rodeándolos. Kira corrió ciegamente, trasladada por la multitud, y solo se esforzó por mantenerse erguida. Pasó por las puertas y llegó al amplio vestíbulo; allí apretó el paso a medida que la gente se esparcía luego de superar el cuello de botella. Sacudió la cabeza tratando de despejarse; luego recordó la escalera y giró a la izquierda, serpenteando entre la muchedumbre exaltada, sin apartar la vista de la puerta

sin cartel que daba a la escalera. Marcus llegó al mismo tiempo que ella, y Xochi, justo después. La abrieron y se zambulleron en la bendición de aquel espacio vacío y silencioso.

Kira jadeó, la pierna le latía con un dolor sordo. Poco a poco fue recuperando el aliento.

—¿Nos sigue alguien?

—Parece que no —respondió Xochi—. Corramos; tenemos que ir ahora, antes de que los

soldados recuperen el control.

—Suponiendo que logren hacerlo —acotó Marcus, al tiempo que subía los escalones de dos en dos. Dobló en el descanso y su voz resonó hacia abajo—. Después de esto, tendremos suerte si nos queda una isla para salvar.

Kira desenfundó la pistola y subió tras él, seguida de cerca por Xochi. *Cuarto piso*, pensó, contando cada tramo de escaleras al pasarlo. *¿Será que*

la Red retirará los guardias de Samm para que ayuden abajo o se darán cuenta de lo que pasa y agregarán más?

Cuando llegaron, Kira se agachó junto a la puerta.

—Denme un minuto para preparar mi escopeta —pidió, al tiempo que buscaba su bolso—. Si vamos a tirotearnos con soldados armados, quiero tener algo más que este matagatos…

La interrumpió el fuerte estallido de un disparo al otro

lado de la puerta. Kira levantó la vista, alarmada.

—¿Ya están disparando?

—No a nosotros —respondió Xochi—. Alguien llegó primero a la sala del Parcial.

—Por la otra escalera —dijo Kira, y abrió la puerta.

A mitad del corredor, los soldados estaban agachados; miraban en la dirección opuesta y apuntaban sus armas hacia el otro extremo del pasillo. Kira ahogó una exclamación: Haru

estaba allí, también Jayden y otros tres rebeldes armados, aunque ella no lograba distinguir quién era quién. Se dejó caer al suelo y apuntó la pistola al frente, aunque a esa distancia no le serviría de mucho.

—¡Detrás de nosotros! —gritó uno de los soldados, volviéndose hacia Kira, y en ese instante uno de los rebeldes acertó un tiro en su hombro. El soldado gritó y cayó. Haru giró con su fusil y le disparó al

amotinado. El único soldado que quedaba retrocedió más aún hacia la puerta.

—¡Estamos rodeados! —gritó, accionando su radio—. ¡Necesitamos refuerzos en el cuarto piso ahora mismo!

—Van a matar a Samm —gruñó Kira, y echó a correr—. ¡Haru! ¡Jayden!

El segundo soldado cayó, y por lo menos uno de los rebeldes estaba en el suelo, varios metros detrás del resto.

El grupo preparó sus fusiles, pero Haru y Jayden reconocieron a Kira y ordenaron a todos que volvieran a bajarlos.

—Kira —dijo Haru—, no puedo decir que me sorprenda verte aquí —revisó la recámara de su arma y accionó la corredera, señalando en la dirección por donde habían venido—. Bloqueen esas puertas. La gente todavía no se dio cuenta de que está aquí arriba, pero a la larga lo sabrá.

—No vinimos a custodiarlo —aclaró Kira—. Vinimos a rescatarlo.

Haru se quedó mirándola; luego rio y sacudió la cabeza.

—¿Hablas en serio? ¿Estás loca? Trajimos eso aquí para poder interrogarlo y disecarlo, ¿y ahora quieres hacer un trato con él? Antes te apoyé, Kira, pero esto ya ha ido demasiado lejos.

Le apuntó al pecho con el fusil. Xochi y Marcus le

apuntaron a él, y Jayden y los otros tres respondieron apuntando a su vez sus armas. Kira quedó en medio, respirando lentamente, tratando con desesperación de no perder la calma. La cabeza le daba vueltas por la morfina.

—Samm es inocente —explicó Kira—. El grupo con que nos topamos en la isla venía camino a East Meadow para ofrecernos una tregua. La paz, Haru.

—¿Cómo sabes eso?

—Nos lo dijo él.

Haru miró alrededor, como preguntando si él era el único que no había perdido la cabeza.

—Es verdad —dijo Marcus.

—Trató de matarnos —replicó Haru, apuntando a Marcus—. Mataron a nuestro explorador, le dispararon a Gabe en la cara y nos persiguieron hasta salir de la isla con un escuadrón lleno de fusiles, ¿y de pronto todo eso

significa que querían la paz? Esa no es la paz que yo quiero.

—Es aliado —insistió ella—. Puede ayudarnos a reconstruir.

Haru hizo un ademán negativo con la cabeza, como si el mundo se hubiera vuelto loco.

—Malditos hijos de la peste… ¿tienes idea de lo que perdimos la última vez que confiamos en los Parciales? —señaló hacia la ciudad con un gesto enojado—. Todas esas casas estaban ocupadas. Todos los edificios

estaban en pie; todas las escuelas estaban llenas de niños. Kira, murió el 99.9 por ciento de la población. Si eso volviera a pasar, nos quedarían dos personas. Dos, en toda la isla. Nunca llegaremos a reconstruir nada.

—Se están muriendo —dijo Kira—, igual que nosotros. Si trabajamos juntos, podemos salvarnos todos…

—¡No quiero que nos salvemos todos! —gritó Haru—.

¡Quiero salvar a mi hija y matar a todos los Parciales del mundo!

—¡Si estamos aquí es para salvar a tu hija! —replicó ella, levantando la voz—. Puedes custodiarlo toda la noche, si quieres, pero el Senado va a matarlo por la mañana, y aún no tenemos la cura. Si me voy con él, podemos encontrarla.

Haru se quedó mirándola; sus ojos reflejaban rabia y confusión a la vez.

—No dejaré que te lo lleves.

—Ella le puso nombre, Haru —Kira sintió que se le quebraba la voz y se obligó a mantenerse firme—. Tu bebé tiene nombre: Arwen Sato. Tu hija se llama Arwen Sato —miró a Jayden—; tu sobrina se llama Arwen Sato —volvió a mirar a Haru—; podemos salvarla.

—No, no a tiempo —repuso Haru. Tenía los ojos húmedos, la cara enrojecida y los dientes al descubierto.

—No.

Era Jayden. Movió el brazo y con él, el fusil. Dejó de apuntar a Marcus y apuntó a Haru.

—Kira tiene razón. Baja el arma.

—¿Estás loco?

—Odio a los Parciales tanto como tú —dijo Jayden—, pero Maddy lo necesita. Si hay alguna posibilidad de salvar al bebé de mi hermana, estoy dispuesto a aprovecharla.

—¿Y por eso vas a matar a tu cuñado?

—No, si bajas el arma —Jayden lo miró con frialdad—. Los demás también, déjenlas en el suelo.

Haru obedeció lentamente y, después de él, los otros tres hombres.

Xochi recogió las armas mientras Jayden los cubría con su fusil. Kira probó la puerta, tratando de hacer girar la perilla; luego buscó en los bolsillos del soldado muerto hasta que encontró un llavero.

—Este sigue vivo —observó Marcus, examinando al otro soldado caído.

—¿Estable? —preguntó Kira.

—Si detenemos la hemorragia.

—Ponle una venda —dijo Kira, al tiempo que se incorporaba—. Lo encerraremos con los demás y podrán ayudarlo después de los disturbios.

—Hablando de eso —intervino Xochi—, tenemos que salir de

aquí. Estos tipos pidieron refuerzos, y apenas empiecen a dominar la situación enviarán aquí a todos sus soldados.

—Fíjate si puedes ver cómo están las cosas —le pidió Kira.

Xochi corrió hacia la escalera. Kira se volvió hacia la puerta y probó varias llaves hasta que dio con la correcta. La sala estaba a oscuras y Samm estaba encadenado a una silla en el centro de la habitación, lleno de cortes, sangre seca y

hematomas.

—Te ves horrible —dijo Kira.

—No te preocupes —respondió Samm, con un gruñido de dolor, pero Kira habría jurado que vio un asomo de sonrisa—. Tengo un sistema de plaquetas muy avanzado.

Corrió hacia él con la pierna dolorida y buscó en el llavero algo para liberar las cadenas. Había dos pares de esposas y tres candados distintos, y abrió cada uno con un giro y un

chasquido.

—No tenías por qué salvarme —dijo Samm.

—Y tú tampoco.

Quitó el último candado, retiró las cadenas y se detuvo allí, agachada a su lado. Samm apartó los ojos de la puerta y la miró por una fracción de segundo. Sus ojos estaban a pocos centímetros, y su aliento daba en la mejilla de Kira.

Cuando ella volvió a hablar, lo hizo en un susurro.

—Gracias.

Samm se puso de pie y la siguió al corredor; entrecerró los ojos, cegado por la luz, y movió la cabeza a un lado y al otro para aflojar los nudos de sus músculos.

Cuando salieron, Jayden condujo a Haru y a los demás a la sala. Haru escupió a Samm al pasar, pero este no reaccionó. Marcus terminó de vendar la herida del soldado, lo llevó a la sala oscura con los demás, y

Kira cerró la puerta con llave.

Al final del pasillo se abrió la puerta. Jayden y Kira se volvieron de inmediato, con las armas listas; pero era Xochi, que corría hacia ellos, preocupada.

—Tenemos que salir de aquí *ahora*. Los soldados se replegaron de la sala que estaban custodiando como señuelo y se fueron a proteger la maternidad, así que ahora la gente está recorriendo todo el

edificio en busca de esto —señaló a Samm con el mentón—. Es solo cuestión de tiempo hasta que lleguen aquí arriba.

—Denme una de las armas de los soldados —pidió Samm.

—¿Confiamos en él como para darle un arma? —preguntó Jayden.

—A estas alturas, creo que sí —respondió Xochi, y le entregó el fusil de Haru. Kira se tensó inconscientemente cuando Samm lo tomó, pero si él lo

notó, lo disimuló muy bien. Revisó el arma como un experto; luego se agachó y recogió rápidamente las municiones que quedaban en el suelo.

—¿Cómo salimos? —dijo, mientras se ponía de pie con calma.

—En el ala norte hay una escalera de servicio —respondió Marcus—. Está cerrada con llave en todos los pisos, así que no habrá nadie,

pero podríamos volar la cerradura.

—Los rebeldes podrían hacer lo mismo —dijeron Samm y Jayden, casi al unísono. Se miraron, y Jayden levantó una ceja.

—Por el hueco del ascensor, entonces —sugirió Kira—. Hay una escalera de mano que llega a la planta baja; solíamos jugar ahí cuando Marcus y yo estudiábamos, mientras estábamos de guardia.

Podemos seguir hasta el subsuelo y buscar la puerta de servicio para salir por atrás.

—Eso podría ser peligroso con tanta gente revisando el edificio. Seguramente los ascensores estarán funcionando —observó Samm.

Marcus silbó.

—Ahora sí quiero visitar Parcialandia. ¿Tienen suficiente electricidad para usar los ascensores?

—Ah —dijo Samm,

comprendiendo—. Entonces por el hueco del ascensor fuera de servicio.

Corrieron por el pasillo en busca de los ascensores y encontraron una puerta de mantenimiento en un sector lateral. El hueco del ascensor era largo; estaban en el cuarto piso, y además el hospital tenía dos subsuelos y un sótano lleno de maquinaria de los ascensores. Kira se asomó por el borde y echó un vistazo al

fondo del pozo: desaparecía en la negrura pocos pisos más abajo. Se armó de valor y empezó a descender. Marcus la siguió rápidamente, y luego los otros, uno por uno. Jayden bajó último y trabó la puerta. La mochila de Kira parecía más pesada que antes, ahora que estaba colgada en un pozo de siete pisos, y su maletín se balanceaba a más no poder con cada peldaño de la escalera de mano. A la altura del tercer

piso, Kira oyó voces a través de la pared, y en el primer piso alguien golpeaba con fuerza las puertas de los ascensores. Fuertes ruidos metálicos resonaban en todo el pozo.

—¿Por dónde salimos? —susurró Xochi.

—Por donde termina —respondió Kira, tratando de no levantar la voz—. Si vamos hasta el subsuelo, hay una plataforma de carga que usaban para recibir la mercadería; son

todos pasillos y salidas de servicio, así que no creo que nos topemos con nadie.

—¿Y si nos topamos con alguien? —preguntó Samm.

Kira no tenía respuesta para eso.

Abajo, los vestíbulos estaban aún más oscuros que los de arriba. En aquel piso no había electricidad ni ventanas que dejaran entrar la luz de la luna. Gritos y golpes lejanos le indicaron que la muchedumbre

ya había llegado allí abajo.

Kira buscó una linterna en su bolso y dirigió el débil haz blanco hacia las paredes. Marcus y los demás se le acercaron en silencio para buscar la salida.

—¿Recuerdas dónde está esa plataforma de carga? —susurró Marcus.

—Más o menos.

—Genial.

Kira encontró la salida del pozo y apagó la linterna antes

de abrir la puerta, para no llamar la atención. El vestíbulo estaba oscuro y vacío. Volvió a encender la linterna y la cubrió con la mano; daba una luz suave y rojiza, apenas suficiente para ver las paredes.

—Por aquí.

Avanzaron por el vestíbulo con sigilo. Oyeron el eco de unos pasos detrás de ellos, suelas de goma que chirriaban sobre el linóleo y luego se alejaban. Kira contuvo el aliento

y siguió caminando.

Cuando llegaron a una encrucijada ella destapó la linterna, arriesgándose a usar el haz de luz completo. Nada a la izquierda, pero a la derecha súbitamente vieron rostros, ojos que brillaban en la oscuridad.

Kira retrocedió, pero Samm se lanzó hacia adelante y uno de los intrusos cayó flácido al suelo, antes de que ella se diera cuenta de lo que pasaba. La luz intensa de la linterna se sacudió

cuando Kira se apartó, tambaleándose, y el corredor se convirtió en una proyección intermitente de diapositivas de oscuridad y terror: el pie de Samm en el costado de la rodilla de un hombre que gritaba, la culata del fusil de Samm dando de lleno en la cara de otro hombre. Rayos de luz emergían como destellos titilantes sobre una insignia de la Red en un brazo golpeado; gotas de sangre que flotaban en

el aire; un hombre a medio caer mientras intentaba huir. Jayden levantó su fusil al mismo tiempo que Kira recuperó el control de la linterna, y para entonces ya todo había terminado. Samm estaba de pie, inmóvil, listo para contraatacar, y a su alrededor el suelo estaba lleno de soldados caídos. Kira contó seis hombres, todos inconscientes.

—Santo cie… —murmuró Jayden, con la mirada clavada en la escena. Apuntó su fusil

hacia Samm—. ¿Qué acabamos de liberar?

—Ninguno está muerto —se justificó el Parcial—. La sangre es de la nariz del tercero.

Kira trató de aclarar su mente.

—¿Qué acaba de pasar?

Samm se agachó para recoger las armas de los soldados y las desarmó con eficiencia de experto.

—No estoy acostumbrado a los humanos; me basé

demasiado en el enlace y por eso pudieron llegar tan cerca. Pero creo que todo está bien, no tuvimos que dispararle a nadie.

—Bueno, gracias por no dispararle a nadie —dijo Marcus —. Mi aporte fue tratar de no orinarme en los pantalones. Pueden agradecerme más tarde.

—Tenemos que irnos —dijo Samm, incorporándose; tenía en la mano los percutores de los

soldados caídos, y se los guardó en el bolsillo—. Hay por lo menos dos grupos más aquí abajo, y quizá otros que no puedo oír.

—De acuerdo —dijo Kira, lentamente—. Pero… no les hagas eso a los civiles.

—Sí, señora.

Kira condujo al grupo hacia la izquierda y luego a la derecha, deteniéndose aquí y allá para leer la señalización en la pared y sentir si se oían más pasos.

Había por lo menos dos grupos más en el subsuelo, caminando, gritando y riendo en la oscuridad. Oyó el sonido de un vidrio al romperse. Siguió avanzando.

Encontró un túnel amplio que terminaba en una puerta alta de metal, y empezó a trotar.

—Aquí es; del otro lado hay una rampa grande que conduce al estacionamiento trasero. Iremos al norte. Manténganse alertas ante la presencia de

patrullas; habrá soldados de la Red de Defensa por todas partes, pero estarán distraídos. Mientras no llamemos la atención, deberíamos poder escabullirnos por las brechas —se volvió hacia Jayden—. Gracias por tu ayuda; nunca habríamos podido salir de aquí sin ti.

—¿Cómo que gracias? Voy con ustedes.

Kira lo miró con atención; tenía una palidez fantasmal por

la luz de la linterna.

—¿Estás seguro?

—Vas a necesitar toda la ayuda posible —respondió—. Además, acabo de liberar a un Parcial y de encerrar en su celda a cinco patriotas muy enojados. Si me quedo, tendré suerte si me arrestan antes de matarme.

Kira aceptó y los demás hicieron lo mismo. Puso la mano en el picaporte y abrió la puerta lentamente. El cielo estaba

oscuro, pero aun así, más claro que los túneles negros del subsuelo. Subió la rampa con un trote lento, escuchando los sonidos de una ciudad en medio del caos: gritos y alaridos, los golpes y roces de pies que corrían, los chasquidos intermitentes de los disparos. Llegó al final de la rampa y vio un fuerte resplandor anaranjado entre los árboles, hacia el este: un incendio. Un grupo de tres o cuatro rebeldes pasó corriendo

en la oscuridad.

Xochi susurró por encima del hombro de Kira.

—¿Habrá llegado Isolde al edificio del Senado?

—Espero que sí —respondió Kira—. Va a ser el único lugar seguro en la ciudad durante las próximas horas.

—¿Habremos hecho lo correcto? —preguntó Xochi con voz vacilante, insegura—. ¿Seguiremos teniendo un hogar aquí?

—Creo que Mkele hace su trabajo mejor de lo que le reconocemos —dijo Kira—. Las cosas podrán verse diferentes cuando regresemos, pero todo seguirá aquí —se volvió hacia atrás, vio que el grupo estaba reunido y miró adelante, hacia la oscuridad y el caos—. Vámonos.

TERCERA PARTE

CUATRO HORAS MÁS TARDE

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Era casi medianoche cuando llegaron lo suficientemente lejos de East Meadow como para sentirse cómodos hablando con normalidad. Estaban en un amplio bosque más allá de la carretera, lejos de las casas omnipresentes.

—Hacia el norte hay un grupo de granjas —dijo Jayden, mientras caminaba con cuidado

entre la maleza—, cerca de unos antiguos clubes de campo. Uno de ellos tiene puerto; seguro que allí encontraremos una embarcación.

—¿En la Costa Norte? —preguntó Kira—. No hay muchos asentamientos por allí.

—Está en una bahía —explicó Jayden—, y relativamente cerca de la base de la Red en Queens. No es que vayamos a tener problemas con ellos —se apresuró a agregar—, pero

cuanto más nos acerquemos a Queens, menor será la distancia para cruzar el estrecho.

—¿Sabes cómo se llama la bahía? —preguntó Samm.

Jayden negó con la cabeza.

—¿Importa?

—Quiero tener una idea de dónde vamos a desembarcar cuando crucemos.

Jayden lo miró con extrañeza.

—¿Qué tanto conoces nuestra isla?

—Hemos enviado

exploradores, desde luego —respondió Samm—, pero nunca se adentraron mucho y, obviamente, los mapas que tenemos están demasiado desactualizados.

—Nunca se adentraron mucho —repitió Xochi—. Te dije que no había infiltrados en la isla.

—Dije que *nosotros* no llegamos tan lejos —aclaró Samm rápidamente—. No significa que nadie lo haya hecho.

—¿Quién más podría ser? —preguntó Kira—. Están ustedes y estamos nosotros, ¿no? Todos los demás están muertos… lo dijiste tú mismo. A menos que… ¿quedan más humanos con vida en el continente? —Kira sintió que su corazón se alegraba al pensarlo; era una tontería, algo imposible, pero solo por un segundo, antes de tomar conciencia, deseó que fuera cierto.

Samm sacudió la cabeza.

—No hay más humanos.

—Entonces, ¿quién?

Samm volvió a mirar por encima de su hombro.

—Podemos hablar de eso más tarde; ahora tenemos que seguir.

—No —dijo Jayden, al tiempo que encaraba a Samm y detenía al grupo—. Acabamos de traicionar a nuestra propia especie para sacarte de la cárcel, así que puedes terminar

con los secretitos y contarnos lo que sabes, *ahora* —exclamó, mirándolo con firmeza. Kira tomó conciencia de que ambos tenían sendos fusiles a un costado.

Samm le devolvió la mirada. Sus ojos oscuros analizaron a Jayden como si fuera un insecto clavado en una pared. Suspiró.

—No hay más humanos —repitió—. Pero hay otros grupos de Parciales.

—¿Qué? —exclamó Marcus

—. ¿No era que no podían reproducirse?

—No son Parciales nuevos —aclaró Samm—. Es que… ya no estamos precisamente unificados.

Kira no pudo distinguir la expresión de Samm en la oscuridad, pero se dio cuenta de que le incomodaba profundamente admitir aquello.

—Habría sido bueno saberlo antes de partir nuestra isla en dos —dijo Marcus.

—Pero ¿y el enlace? —preguntó Kira—. Ustedes tienen un sistema químico de comunicación que normaliza las emociones y la conducta… ¿Cómo pueden rebelarse a eso?

—¿Tienen mente de colmena? —preguntó Jayden.

—No es así —respondió Samm—. Es como un… no tenemos los mismos pensamientos, simplemente los compartimos.

—Caminemos mientras hablamos —propuso Marcus—. Todavía nos persiguen, ¿saben?

Samm se puso en marcha, y los demás le siguieron el paso.

—El enlace es… aún no sé cómo describirlo. Es un sentido. Es como explicarle lo que es la vista a alguien que nació ciego.

—¿Es un dispositivo de red? —preguntó Jayden—. ¿Un implante? Me pareció que te habíamos quitado todo cuando

te atrapamos en Manhattan.

—No es un dispositivo —respondió Samm, extendiendo las manos—. Es solo un… enlace. Todos estamos unidos por él —señaló con un ligero movimiento de cabeza hacia las casas que los rodeaban—. Si fuéramos un equipo de Parciales caminando de noche entre estas ruinas, todos sabríamos intuitivamente cómo se sienten los demás. Si Kira viera algo que la pusiera alerta,

lo registraría químicamente y todos lo percibiríamos y, en cuestión de segundos, todos estaríamos alertas. Nuestra adrenalina aumentaría, nuestro reflejo de lucha o huida se pondría a punto y todo el grupo estaría listo para algo que solo uno de nosotros vio. Si alguien de nuestro grupo resultara herido o capturado, todos podríamos percibir lo que está mal y seguir esa sensación hasta donde estuviera ese

soldado.

—Probablemente no se pierden muy a menudo, entonces —observó Marcus—. Si yo pudiera saber dónde están todos ustedes, no me perdería jamás.

—No —dijo Samm con firmeza—, no lo harías.

—Por lo que dices, parece que además eso podría indicarte si alguien es amigo o enemigo —dijo Jayden, asintiendo—. Eso sería muy útil.

—No funciona con los humanos —respondió Samm—, porque ustedes no transmiten datos. Pero sí, en efecto, nos ayuda a identificar a otros Parciales que no están en nuestra unidad, lo cual hace que sea muy sencillo distinguir mi facción de las demás. Pero también facilita que otras facciones me encuentren, y eso podría ser problemático.

—Justamente eso es lo que no entiendo —dijo Kira—. El

enlace les permite distinguir amigos y enemigos, distinguir una unidad de otra… es obvio que también debe transmitir autoridad, ¿no es así? Ustedes fueron creados como un ejército, con generales, tenientes, cabos y todo eso. ¿Acaso el enlace tiene que ver con esa estructura de mando?

—Sí —respondió Samm con incomodidad.

—Entonces, ¿cómo es posible que se hayan dividido en

facciones? No tiene sentido.

Samm no dijo nada: siguió avanzando a zancadas entre la maleza. Al cabo de una larga pausa, dijo:

—Después de… —calló casi de inmediato, y se quedó parado en medio del camino—. No es fácil hablar de esto.

—Tienen desacuerdos —dijo Kira, simplemente—. Todo el mundo los tiene, siempre…

—Nosotros, no —repuso Samm, con voz serena, pero

Kira percibió cierto dejo de… ¿frustración?—. ¿Acaso la desobediencia es tan común entre los humanos que no entienden por qué nosotros querríamos obedecer? Somos un ejército, obedecemos a nuestros líderes. Seguimos órdenes —volvió a ponerse en marcha—. Cualquiera que no lo haga es un traidor.

—Estamos llegando a un puente —anunció Xochi.

El grupo aminoró la marcha

para examinar el terreno a la luz de la luna, y luego se detuvo a deliberar.

—¿Un río? —preguntó Samm.

—Solo si lloviera muchísimo —respondió Kira—. Ese puente cruza la autopista; casi todos estos caminos pasan por encima de ella.

—Deberíamos seguirla hacia el oeste —dijo Jayden—, pero tal vez no en forma directa. Sería demasiado fácil que nos

encontraran.

Kira se preguntó cuánto tardaría Mkele en descubrir cuál era su plan; apenas lo hiciera, lo tendrían pisándoles los talones. Que fueran a escaparse de la isla no era lo primero que sospecharía, y eso podría darles un poco de tiempo. Apoyó las mochilas en el suelo y estiró la espalda, torciéndose a un lado y al otro para aflojar las contracturas.

—¿Nos conviene ir al oeste

ahora o después de cruzar? —preguntó Kira.

—Después, sin duda —respondió Jayden—. Quedaremos al descubierto hasta llegar al agua, por eso es mejor hacerlo cuanto antes.

—Entonces, no tiene sentido esperar —dijo, y lenvantó su mochila y fusil.

Avanzaron con sigilo entre los árboles, escudriñando el puente y con los oídos atentos a cualquier cosa que se

diferenciara de los sonidos ambientales. Estaban mucho más allá de las viejas zonas urbanizadas; aquí no había más que espesura y árboles antiguos. El follaje menos denso que había a la derecha probablemente conducía a alguna vieja mansión, con jardines ahora cubiertos de kudzu y cientos de retoños diminutos. El puente era ancho, fácilmente el doble que el camino secundario por el que

venían. Cruzaron otro camino angosto y corrieron entre los árboles hasta la gruesa barrera de cemento que bordeaba el puente.

—No hay más que hacer —dijo Marcus.

Sujetaron bien sus bolsos y armas, respiraron hondo y echaron a correr.

El puente era más corto que los que habían cruzado en el viaje a Manhattan, pero el miedo y la tensión dieron a Kira la

misma sensación de exposición peligrosa. La autopista se extendía muchos kilómetros en ambas direcciones; cualquiera que estuviera vigilando podría verlos. *Solo nos queda esperar que seamos los primeros en llegar.* Al alcanzar el otro lado, volvieron a internarse entre los árboles, jadeando por el esfuerzo, y evaluaron la situación.

—Despejado —dijo Samm, al tiempo que bajaba su fusil.

—Yo no vi a nadie —dijo Xochi.

—No significa que no nos hayan visto —repuso Jayden—. No podemos detenernos hasta haber cruzado el estrecho.

Siguieron adelante un tramo corto y luego llegaron a una T; allí doblaron al oeste para seguir la curva de la autopista.

Marcus trotó unos pasos para alcanzar a Kira.

—¿Cómo está tu pierna?

—Casi no vale la pena

mencionarla, dadas las circunstancias —en realidad, tenía una comezón espantosa: eran los efectos secundarios del regenerador, y tenía que esforzarse mucho para resistir la tentación de arremangarse el pantalón y rascarse con un palito por debajo del vendaje. Le preocupaba la posibilidad de haber exagerado con el tratamiento y arruinado los tejidos, pero se obligó a no pensar en ello; de todos modos,

allí no podía hacer nada—. Y tú, ¿cómo estás?

—Caminando a la luz de la luna con la chica de mis sueños —respondió Marcus, y luego agregó—: y Xochi, Jayden y un Parcial armado. Es casi mi fantasía secreta hecha realidad.

—Cuéntanos más sobre el… —empezó a decir Xochi, pero en ese momento se oyó el relincho de un caballo y el grupo se detuvo en seco.

—Ahora puse celosos a los

caballos —dijo Marcus, pero Jayden lo hizo callar con un gesto.

—Vino de allá —susurró, señalando hacia el lado norte del camino—. Una de las granjas que les comenté.

—Entonces, ¿estamos cerca?

—No, pero vamos bien. Seguiremos este camino hacia el oeste hasta… hasta que sintamos el aroma del mar, supongo. Si me hubieran dicho que esta noche vendríamos por

aquí, habría traído un mapa.

—Al oeste, entonces —dijo Kira—, y callados.

Continuaron el camino sinuoso hasta que llegaron a un nuevo tramo con edificios, la zona estaba densamente arbolada y los edificios, apartados del camino. Se elevaban, vacíos y ominosos, detrás de los árboles; estaban demasiado lejos de las tierras de labranza como para usarlos de granjas y, a la vez, demasiado cerca de la

Costa Norte para resultar de utilidad para otra cosa. Ni los bandidos se acercaban a esa zona.

Siguieron avanzando en silencio. Unos dos kilómetros más adelante, el camino cruzaba una avenida, y el viejo mundo había celebrado la ocasión con un centro comercial que ahora estaba agrietado y derruido. Debatieron sobre si debían ir hacia el norte, pero Jayden insistió en que siguieran

hacia el oeste, por lo menos dos kilómetros más.

—Si vamos al norte demasiado pronto, podríamos quedar atrapados en medio de las granjas, lejos del agua —dijo —. ¿Cuál era tu plan? ¿Seguir hacia el norte hasta que se acabara la tierra?

—Más o menos —respondió Kira—. Hay embarcaciones por todas partes.

Oyeron un murmullo sordo detrás de ellos; era un motor.

—Están más cerca de lo que pensé —dijo Jayden—, y ese sonido significa que están usando los jeeps. Se lo están tomando muy en serio —hizo una pausa y tomó aliento—. Ellos tienen mapas y nosotros no. Nos llevan ventaja, lo admito. Pero les prometo algo: si vamos al norte ahora, quedaremos atrapados entre los soldados y las granjas. Alguien nos encontrará.

—Esto parece haber sido un

complejo residencial detrás del centro comercial —observó Marcus—. Podemos ir por dentro y evitar la mayoría de las patrullas.

—¿Están seguros que nos están siguiendo? —preguntó Samm—. Si nos estuvieran buscando irían más despacio.

—No necesitan buscarnos: saben adónde vamos —respondió Xochi; era lo mismo que pensaba Kira—. Quieren llegar al agua antes que

nosotros.

—En ese caso, vayamos al norte —dijo Samm—. Tenemos que adelantarnos a ellos.

—Tú mandas —respondió Jayden, aunque Kira se dio cuenta de que no le gustó.

Siguieron por la avenida, prácticamente trotando para mantener la velocidad. La calle estaba bastante despejada y podían avanzar con rapidez aun en la penumbra. Xochi y Marcus jadeaban y se esforzaban por

seguir el ritmo de los demás, y Kira hacía una mueca de dolor casi a cada paso, pues sentía punzadas al apoyar la pierna herida. Pronto oyeron más motores, más cercanos y frecuentes, y la siguiente vez que Kira se dio vuelta vio unas luces que parecían ojos brillantes.

—Salgan del camino —gruñó, y el grupo se lanzó hacia la espesura y se escondió detrás de algunos árboles y del kudzu.

Pasaron tres jeeps pequeños; sus motores rugían como animales salvajes.

Kira contó cuatro o cinco soldados en cada uno.

—Ni siquiera nos están buscando —observó.

Marcus se asomó para espiar el camino.

—Nada detrás de ellos. ¿Creen que sea casualidad?

—Intentan cortarnos la salida —dijo Samm—. La buena noticia es que si están por aquí,

significa que vamos por el camino correcto.

—Eso no nos sirve de mucho ahora —repuso Jayden—. Debemos ir hacia el oeste.

—No sabemos qué hay al oeste de aquí —dijo Kira—. Podríamos toparnos justo con el ejército de la Red. Estos podrían ser escoltas.

—Lo más sensato es seguir hacia el norte —concordó Samm—. Al menos así sabemos en qué nos metemos.

—De acuerdo —dijo Marcus —, pero quedémonos entre los árboles. Ahora que se nos adelantaron, podrían estar esperando en alguna parte y vigilando el camino.

Los árboles los obligaban a ir más despacio y a moverse casi al tanteo entre la densa vegetación. En varias oportunidades tuvieron que cruzar calles laterales, y cada vez que lo hacían Kira contenía el aliento, segura de que oiría

un grito de alerta o —peor aún — un disparo. No pasó nada. Cuando llegaron a un tramo largo sembrado de ruinas, viejos comercios y oficinas, cruzaron al otro lado de la avenida y se mantuvieron al abrigo del bosque.

Paulatinamente, la vegetación se fue haciendo menos densa. Kira observó una amplia extensión de calles que se cruzaban y estacionamientos vacíos. Había edificios bajos

que se levantaban como hongos gruesos y decaídos, y la acera estaba agrietada y salpicada de maleza y árboles, pero aun así era un terreno aterradoramente abierto.

—Otro centro comercial —susurró—. No podemos cruzar por aquí.

—¿Quieres rodearlo? —preguntó Marcus, agachándose para recuperar el aliento—. ¿O vamos al oeste? Llevamos varios kilómetros viajando hacia

el norte; seguramente estamos cerca de la bahía de la que hablaba Jayden.

—O bien es eso o hemos ido demasiado lejos —dijo Jayden — y estamos a punto de meternos en las granjas.

—No sé cuánto más pueda seguir —dijo Xochi. Kira apenas le veía la cara en la oscuridad, pero notó que arrastraba las palabras del agotamiento.

—No podemos detenernos — insistió Samm.

—Nosotros no tenemos tu resistencia —señaló Jayden—. Yo estoy entrenado, pero ellos podrían desplomarse en cualquier momento. Hemos corrido… ¿cuánto? ¿Quince kilómetros? ¿Dieciséis?

—Trece y medio —respondió Samm. Ni siquiera parecía cansado.

—Estoy bien —resopló Marcus, pero a Kira le pareció que estaba a punto de caer. Xochi apenas podía hablar.

—Iremos al oeste —decidió Kira—. Cuanto antes subamos a un bote, más pronto podremos descansar.

Xochi reanudó la marcha, dolorida pero decidida. Samm tomó la delantera trotando, y los demás lo siguieron en una línea lenta y dispar.

La calle lateral se dirigía en diagonal hacia el oeste, rodeando el centro comercial, y luego volvía a curvarse hacia el sur. Samm hizo otra señal y se

lanzó hacia los arbustos. Esperaron en un silencio tenso, mientras pasaban algunos caballos. Aguardaron un rato más, hasta que los animales se alejaron; luego se pusieron de pie con dificultad y siguieron caminando despacio, con las piernas doloridas. A Kira la quemadura le producía un dolor insoportable, como un fuego incesante dentro de la pierna. Apretó los puños con fuerza mientras respiraba con

bocanadas cortas y trataba de no pensar en ello. *Solo necesito llegar hasta ese árbol. Solo hasta ese árbol y estaré bien. Solo unos pasitos más. Ahora hasta ese otro árbol, más allá. Es todo lo que tengo que hacer. Un árbol por vez.*

—Ya huelo el mar —anunció Samm, y pronto Kira también pudo sentirlo: un aroma salado y denso, fresco y penetrante en el aire de la noche. Redoblaron sus esfuerzos, jadeando

intensamente. Ya no les importaba el sigilo, simplemente trataban de no detenerse. Los árboles dieron lugar a otro centro comercial y, más adelante, a otro. Ahora Marcus caminaba más cerca de Kira, igualmente tembloroso pero esforzándose por sostenerla. Ella se aferraba a su brazo y seguía rengueando.

—Por aquí —indicó Samm, al tiempo que doblaba hacia el norte en la siguiente calle. La

luna se reflejaba plateada en una extensión de agua lisa como un vidrio negro, y Kira buscó ansiosamente una embarcación con la mirada. No había nada.

—Aquí es muy poco profundo —dijo—. Tenemos que seguir.

—Conque hay barcos en toda la Costa Norte, ¿eh? —murmuró Jayden. Kira no tuvo fuerzas para responderle.

Samm los condujo por un patio amplio, avanzando entre retoños que les llegaban a la

cintura; había edificios en todos los costados. Oyeron cascos de caballos en el camino detrás de ellos y se dejaron caer sobre la maleza, totalmente agotados. Esta vez los jinetes se detuvieron y los caballos giraron lentamente mientras examinaban la zona.

—¿Habrán sido ellos? —preguntó uno.

—Ellos o un gato —respondió el otro.

Acercaron los caballos,

siempre recorriendo el lugar con la mirada. La luna provocaba tenues destellos en la larga silueta metálica de sus fusiles.

—Demasiado ruido para ser un gato —dijo el primero—. Dame la luz.

Kira no se atrevía a moverse, ni siquiera a respirar. El segundo jinete sacó una linterna de su alforja y se la entregó al primero, quien la encendió y alumbró con ella los edificios de la izquierda: una especie de

iglesia, derruida y cubierta de vegetación. Samm colocó su fusil en posición y apuntó cuidadosamente al primer jinete, pero Kira negó con la cabeza: *No podemos hacer tanto ruido.*

No podemos matar a los nuestros.

Se escuchó un golpecito en una pared lejana y los soldados levantaron la vista al unísono. Apuntaron la linterna hacia el edificio, pero Kira no vio nada. Llevaron los caballos hacia allá,

y Xochi susurró:

—Arrojé una piedra. Salgamos de aquí antes de que regresen.

Retrocedieron sigilosamente entre la maleza, centímetro a centímetro, sin apartar la mirada de los jinetes. Marcus se puso de pie y arrojó otra piedra, esta vez más lejos. Los soldados se detuvieron a escuchar y finalmente siguieron el sonido. Kira también se incorporó, apoyándose en

Samm, y pronto todo el grupo se alejó por la esquina de la iglesia en ruinas.

—Hay más por allá —susurró Samm, señalando hacia el oeste de la bahía. Miró a Kira, con los ojos desdibujados por las sombras—. Tarde o temprano vamos a tener que dispararle a alguien.

Kira cerró los ojos, tratando de despejar su mente.

—Sé que esto es peligroso y que podríamos llegar a tener

que usar las armas; para eso las trajimos. Pero no quiero dispararle a nadie, mientras sea posible.

—Quizá no tengamos otra alternativa —respondió Samm.

Hubo movimientos entre los arbustos detrás de ellos, y Kira oyó las pisadas y el resuello de los caballos. Samm levantó su fusil, pero ella volvió a detenerlo.

Esperaron, conteniendo el aliento, rogando que los

soldados se alejaran. Una eternidad más tarde, lo hicieron.

—Van hacia el sur —susurró Samm—. No perdamos tiempo, vámonos.

Ahora el grupo prácticamente corría, observando el suelo delante de sus pies porque no se podía ver más allá. El camino se internaba en el bosque y pronto surgió entre los árboles la silueta oscura de una enorme casa a un costado.

—Vamos allá —dijo Kira—.

Muchas de estas mansiones tienen muelles privados.

Giraron a la izquierda y rodearon la casa hacia el embarcadero. El patio trasero era un laberinto de plantas y flores exóticas que alguna vez habrían sido un jardín gigantesco. Siguieron un sendero sinuoso y lleno de maleza hasta el fondo. El agua negra lamía suavemente la orilla, pero no había muelle ni barco. El suelo era blando y

cenagoso, y continuaron avanzando con los zapatos pesados por el lodo hacia la mansión de al lado. Esta tenía una pasarela angosta de madera que se convertía en muelle. Sus pasos resonaban con fuerza mientras corrían hacia un gran bote blanco.

—Aleluya —susurró Kira.

Samm sacudió la cabeza.

—Bajó el nivel del agua o la costa está llena de sedimentos. Está apoyado en el barro.

Kira volvió a mirar y notó que la embarcación estaba ligeramente escorada, como fuera del agua e inclinada hacia un lado.

—¿Qué hacemos?

—Este pantano es interminable —dijo Samm, mirando hacia el norte—. Es esto o nada.

—Entonces empujémoslo —propuso Jayden. Se colgó el fusil al hombro y saltó de un chapuzón al agua. Esta casi le

llegaba a la cintura. Puso una mano en el bote y lo sacudió; no fue fácil, pero se movió—. Métanse todos.

Kira echó un vistazo por encima del hombro, nerviosa; luego saltó al agua y ahogó una exclamación al sentirla fría. Los demás la siguieron, apoyaron los hombros contra el casco y empujaron al mismo tiempo. Se inclinó, pero no se movió. Kira resbaló en el barro y apenas alcanzó a sostenerse para no

caer en el agua helada.

—Otra vez —dijo Samm, afirmándose contra el costado de la embarcación. Todos se colocaron en posición—. Uno, dos, tres, empujen —ejercieron presión con todas sus fuerzas y la movieron algunos centímetros —. Otra vez —repitió Samm—. Uno, dos, tres, empujen — volvieron a empujar con todo y la desplazaron otros centímetros más: más lejos, pero no lo suficiente—. Otra vez

—dijo Samm—. Uno, dos…

De repente, se encendió una luz que los cegó: el haz blanco brillante de una linterna alumbraba al bote blanco y a todo el grupo desde el muelle. Se quedaron paralizados, parpadeando, demasiado sorprendidos para moverse. Quien sostenía la linterna no dijo nada; simplemente se quedó mirándolos, a veinte metros de ellos.

Tengo un arma, pensó Kira;

sentía su peso en la espalda. *Puedo sacarla en cuestión de segundos. Pero ¿servirá de algo? No podemos mover este bote antes de que llegue alguien más; no podemos escapar aunque nos defendamos.*

Nadie se movió.

La luz se apagó.

—¡Está despejado! —gritó la silueta. Era la voz de una chica. *Yoon*—. Aquí no hay nada. Revisé la orilla: es solo un barco

viejo moviéndose con el oleaje.

La silueta esperó, observándolos; luego dio media vuelta y se alejó. Kira tomó conciencia de que había estado conteniendo el aliento, y lo soltó con suavidad.

—¿Era la chica que fue a Manhattan con ustedes? —preguntó Marcus—. Creo que le debemos una galleta.

—¡Yo creo que le debemos toda una panadería! —repuso Xochi—. Si no estuviera

enterrada hasta la cadera en el barro, le daría un beso en la boca.

—Cállense —ordenó Jayden —. Ya nos oyeron antes, pueden volver a hacerlo.

Volvió a afirmarse contra el bote y dijo, formando las palabras con la boca pero sin hablar: *uno, dos, tres.* Empujaron, y esta vez se movió casi treinta centímetros. Empujaron otra vez, y otra, y otra más, y así lograron

desplazarlo casi diez metros por el pantano. Doce metros. Veinticuatro metros. Había más luces en la costa y soldados buscándolos. Empujaron una vez más sobre el lodo, rogando que no los vieran.

El agua se hizo más profunda a medida que la bahía se abría, y pronto la embarcación comenzó a flotar libremente. La empujaron un poco más, hasta que la profundidad fue suficiente para soportar el peso de todos

ellos. Samm los ayudó a subir y por último trepó él mismo. Marcus y Jayden encontraron remos, y con ellos se desplazaron al norte, hacia aguas abiertas.

—Estamos a salvo —suspiró Kira. Xochi ya estaba dormida.

—A salvo de tu gente —repuso Samm, mirando hacia el continente—. Ahora nos toca enfrentarnos a la mía.

CAPÍTULO TREINTA

—**V**amos a desembarcar cerca de Mamaroneck —dijo Samm. Miró hacia el cielo entrecerrando los ojos, y luego hacia la costa lejana—. Eso creo.

La bahía de la que habían salido era larga y angosta, y no se atrevieron a probar el motor de la embarcación hasta que las costas que tenían a los lados se

abrieron y salieron al estrecho azul oscuro. Funcionaba con dificultad, pero funcionaba, y se dirigieron al norte en una línea lo más derecha posible, hasta que el cielo empezó a clarear y el horizonte indefinido se tiñó con el verde y el café del continente. Se encaminaron hacia allá, haciendo una curva hacia el oeste. Kira esperaba que el motor durara hasta que llegaran; estaba demasiado cansada para remar.

—¿Mamaroneck? —repitió Jayden—. Parece un nombre más tonto aun que Asharoken.

—Es un buen lugar —dijo Samm—. Es un poco más al sur de lo que me gustaría pero, por lo general, no hay nadie allí. Deberíamos poder desembarcar sin ser vistos.

—¿Cuán importante es que no nos vean? —preguntó Marcus—. Esas facciones diferentes… ¿estamos hablando de diferencia de opiniones sobre

cine o de diferencias al nivel de una guerra santa?

—Si nos ven, nos atacarán —respondió Samm—. A mí me pondrán en prisión y me usarán para negociar alguna u otra disputa, y no sé qué les harán a ustedes.

Kira miró las estrellas.

—Parece que no todas las facciones son tan amigables como la tuya.

—La mía tampoco es tan amigable —aclaró Samm

rápidamente—. Que hayan enviado una propuesta de paz no significa que vayan a recibir con los brazos abiertos a cualquier humano que llegue. Nuestros desacuerdos con las otras facciones son… acalorados, y eso nos ha vuelto cautelosos y, con el tiempo, suspicaces. Tenemos que acercarnos con cuidado.

—¿Cómo podemos distinguir las facciones? —preguntó Xochi—. ¿Usan uniforme o… no sé,

gorras de distinto color?

—No sé si ustedes podrán, sin el enlace —respondió Samm—. Mi facción se llama Compañía D, y casi todos seguimos utilizando esa insignia, pero sinceramente, para cuando se acerquen lo suficiente para ver la insignia ya será demasiado tarde. Estamos hablando de una zona de guerra.

El motor se detuvo, emitiendo pequeñas explosiones. Jayden

se puso de pie y tiró de la cuerda varias veces, en vano; luego lo golpeó con una llave inglesa y volvió a arrancar, pero haciendo un sonido más débil que antes.

—Gasolina vieja —explicó Jayden, al tiempo que arrojaba la herramienta al fondo del bote —. O se está acabando o está arruinando el motor. Como sea, tendremos que remar los últimos dos o tres kilómetros.

—¿Con quiénes vamos a

encontrarnos? —preguntó Kira, mirando a Samm—. ¿Hasta qué punto es zona de guerra?

—El grupo principal de los rebeldes está al norte —respondió Samm—, en un lugar llamado White Plains, y más allá, en Indian Point. Son los que manejan el reactor.

—Epa… —dijo Xochi—, ¿un reactor nuclear?

—Claro —dijo Samm—. ¿Cómo, si no, conseguiríamos nuestra energía?

—Paneles solares —respondió Xochi—. Es lo que usamos nosotros.

—Y probablemente sea suficiente para sus necesidades —dijo Samm—. La planta nuclear de Indian Point aportaba electricidad a millones de hogares antes de la guerra. Ahora que no somos muchos más que un millón, genera más que suficiente para cualquier cosa que necesitemos. La mantienen los rebeldes. Hace

años, la Compañía D encontró una manera de aprovechar el suministro, y ellos aún no se han dado cuenta.

—Pero la energía nuclear es peligrosa —dijo Xochi—. ¿Y si pasa algo? ¿Y si hay una fuga o una fusión o lo que sea?

—Eso pasó con muchos reactores —explicó Samm—. Cuando los humanos enfermaron por el RM y empezaron a morir, cuando realmente comenzaron a

desaparecer y supimos que no podíamos hacer nada para evitarlo, buscamos todas las plantas nucleares que pudimos y las apagamos siguiendo el protocolo de seguridad. Hay otra en Connecticut, a menos de cien kilómetros de donde están ustedes, del otro lado del estrecho —señaló hacia el noreste—. Si esa se hubiera fundido, probablemente estarían todos muertos.

—Entiendo —dijo Jayden, con

desdén—. Los nobles Parciales trataron de salvar a la humanidad.

—Sí. ¿Nunca se preguntaron por qué el mundo no está más destruido de lo que está? ¿Por qué las ciudades no se incendian? ¿Por qué el aire no está negro por la lluvia radioactiva? Ustedes murieron demasiado rápido. Algunos tuvieron tiempo de apagar los talleres y las fábricas antes de desaparecer, pero no todos; y

basta un solo reactor nuclear desatendido para provocar una fusión letal. Incluso cuando nos dimos cuenta de lo que estaba sucediendo, no pudimos apagarlos todos; perdimos uno en Nueva Jersey y otro en Filadelfia, y hay más y más hacia el oeste, por todo el continente. Por eso nos quedamos al este del Hudson. En otras partes del mundo había aun más reactores que aquí, y sin un ejército de

Parciales que interviniera, creemos que muchos deben haber llegado a un estado crítico. Quizá la mitad.

Nadie habló. Solo se oía el traqueteo intermitente del motor. *Siempre nos preguntamos si habría más sobrevivientes*, pensó Kira. *La inmunidad al RM habría dejado en otros países el mismo porcentaje de personas con vida que en el nuestro.*

¿Realmente es posible que

todos los demás hayan muerto?

—Lo que a la larga nos dividió fue la cuestión de qué hacer con ustedes —prosiguió Samm en voz baja—. Algunos querían exterminarlos y ya, pero como les dije, la mayoría de nosotros quería salvarlos. Ni siquiera entonces logramos ponernos de acuerdo en la mejor manera de hacerlo. Las discusiones se volvieron… acaloradas. Por no decir más. Y luego la primera camada de nuestros líderes

empezó a morir, y todo se desbandó. La Compañía D es casi lo único que queda de los Parciales verdaderamente obedientes, los únicos con un vínculo directo con el Consorcio.

—¿Y qué es el Consorcio? —preguntó Kira.

—El alto mando —respondió Samm—, los generales del ejército Parcial, probablemente creados con genética avanzada, pues ninguno ha muerto. Bueno… ninguno ha muerto por

tener una fecha de vencimiento incorporada. Eran ocho, hombres y mujeres, pero es probable que los rebeldes hayan matado a dos, o al menos los capturaron —su tono de voz cambió al decir eso, y su expresión se volvió sombría—. Fue el Consorcio quien indicó a la Compañía D dónde constituir la base y cuándo acercarnos a los humanos.

—Me da la impresión de que la Compañía D es relativamente

pequeña —observó Marcus—. Qué maravilla: por fin formamos una alianza, y es con un grupo disidente que está tan complicado como nosotros. Esto hará que el resto de los Parciales se decida más que nunca a matarnos.

El motor volvió a pararse y esta vez no hubo cuerda, golpes ni maldiciones que lo hicieran funcionar.

Samm y Marcus se hicieron cargo del primer turno con los

remos y remaron duro hacia la costa. Pronto el verde empezó a salpicarse de blanco: un puerto amplio lleno de barcos. Llegaron a la primera línea en apenas media hora. Había grandes yates anclados lejos de la costa, cubiertos de proa a popa con excrementos de gaviota. Kira arrugó la nariz con asco.

—Esperaba que pudiéramos cambiar de bote, pero esos están imposibles.

—De todos modos, son

demasiado grandes —dijo Samm, recogiendo sus remos, mientras el bote rozaba ligeramente el casco manchado de otro—. No podemos remarlos, y supongo que ninguno de nosotros sabe navegar a vela —todos negaron con la cabeza—. Al menos podemos detenernos a buscar provisiones.

—De acuerdo —dijo Kira—, pero no en este. No quiero que nos dé… gripe aviar, diarrea ni

nada que pueda contagiarnos esa cosa.

Samm estuvo de acuerdo.

Remaron hacia la siguiente embarcación, y luego hacia otra, acercándose más y más al puerto, hasta que encontraron un yate que se veía lo suficientemente limpio como para abordarlo: estaba sucio, pero no tanto, y ya empezaban a quedarse sin opciones. Maniobraron hasta la popa, donde se veía el nombre *Ver*

para creer III con letras descoloridas. Marcus sostuvo el bote en posición mientras Samm subía a bordo.

—Esperen aquí —dijo. Trepó por encima del borde y descendió a las profundidades del yate. Marcus se inclinó hacia Kira.

—¿Qué te parece? —susurró —. ¿Todavía confías en él?

—No ha hecho nada que me hiciera cambiar de opinión — respondió ella.

—No, directamente, no —dijo Marcus—, pero ese relato fue… no sé. Es mucho para digerir.

—Al menos es plausible —señaló Jayden—. Siempre nos hemos preguntado por qué los Parciales dieron media vuelta y se marcharon hace once años, y por qué desde entonces nunca volvieron a atacarnos. Si están demasiado ocupados peleándose entre ellos, resulta más comprensible.

—A mí me sigue pareciendo

sospechoso —dijo Marcus—. Hay algo que no me gusta de este lugar.

Samm emergió cargado de objetos.

—Malas noticias —dijo—. Según los papeles del barco, estamos en Echo Bay, no en Mamaroneck; significa que llegamos mucho más al oeste de lo que pensaba. Aquí hay un mapa que debería ayudar a encaminarnos —entregó los objetos a Kira, quien los

acomodó cuidadosamente en el bote: un mapa, un par de binoculares, un mazo de naipes y un montón de ropa y mantas —. No me he cambiado desde que ustedes me capturaron — dijo Samm, al tiempo que se quitaba el uniforme arrugado—. Además, este yate está muy sucio.

Kira no pudo evitar quedarse mirando su pecho y sus brazos, más musculosos de lo que ella habría esperado después de

dos semanas de estar atado a una silla. Un segundo después, apartó la mirada, sintiéndose tonta, mientras Samm se quedaba en ropa interior y se zambullía en el agua. Marcus la miró como diciendo “Tienes que estar bromeando”, pero Xochi observó con visible aprobación mientras el atlético Parcial salía a la superficie. Samm volvió a subir al bote, se secó lo mejor que pudo con una manta y se puso una nueva muda de ropa.

Kira desplegó el mapa y buscó Echo Bay en el estrecho.

—Tienes razón —dijo—. Estamos mucho más al oeste de lo que pensé. ¿Dónde está la Compañía D?

Samm miró por encima del hombro de Kira y señaló un punto en la costa.

—En Greenwich. Igual que ustedes, construimos nuestra ciudad en torno de un hospital. Parece que está a unos veinte kilómetros de aquí.

—No está mal —observó Jayden.

—No —dijo Samm—, pero esa ruta pasa por territorio rebelde, aquí —señaló un punto a mitad de camino—. Podríamos buscar otro barco y tratar de subir por la costa, pero no lo recomiendo. Nuestro motor apenas nos trajo hasta aquí, y viene una tormenta.

—Pero no quisiera atravesar territorio enemigo —dijo Kira—. No podremos escondernos,

gracias a tu enlace; apenas se acerquen, sabrán exactamente dónde estás.

—Es cierto —dijo Samm.

—Todavía nos queda gasolina —dijo Jayden, mientras revisaba el motor—. Significa que el problema es del motor en sí.

—En ese caso, busquemos otro bote —propuso Kira—. Cuanto más podamos viajar sin caminar, mejor. Nuestro maratón de anoche casi nos mata.

Remaron por el puerto en busca de una embarcación y, por fin, encontraron una sujeta al costado de un yate mucho más grande. Era un bote salvavidas, tal vez, o un respaldo para casos de emergencia. Samm subió a bordo, retiró la cubierta de lona resquebrajada y encendió el motor. Arrancó al cuarto intento y con un sonido mucho más parejo que el del primer bote. Entre él, Marcus y Jayden

lograron desengancharlo del yate y botarlo al agua, y entonces los cinco viajeros trasladaron sus equipos de una embarcación a la otra. Era mucho más pequeño: un bote de remos con motor —no la lancha en la que habían viajado hasta ahora— pero tenía lugar para todos y la máquina funcionaba. Marcus lo condujo fuera del puerto y hacia al norte, hacia la Compañía D.

—Más lejos de la costa —

pidió Samm. Marcus dirigió el bote hacia el mar, internándolo más en el estrecho, mientras Samm vigilaba la orilla con ojos nerviosos—. Más lejos.

—Ya nos alejamos demasiado y no se ve la costa —protestó Marcus—. Vamos a perdernos otra vez.

—Yo veo bien la costa —repuso Samm—. Y eso significa que cualquiera que esté allí también puede vernos. Ve más lejos.

Marcus frunció el ceño y miró a Kira, pero siguió conduciendo hacia altamar. Ahora el continente era una línea lejana en el horizonte, apenas visible. Samm lo observaba con atención e indicaba a Marcus algunas pequeñas correcciones de curso cuando era necesario. Kira, Xochi y Jayden estaban acostados, incómodos, sobre los bancos de fibra de vidrio, tratando de dormir un poco.

Marcus fue el primero en

divisar la tormenta.

—¿Cuánto hace que estamos aquí afuera? —preguntó, siempre con la mano en el timón —. ¿Es normal que el cielo esté así de oscuro, tan temprano por la mañana?

—También se levantó viento —observó Samm—. Está más fresco que hace unos minutos.

—He visto algunas de estas tormentas desde la costa del estrecho —comentó Jayden, incorporándose. Se veía

preocupado—. Son muy fuertes, o al menos eso parece siempre.

—Viraré hacia la costa —dijo Marcus, pero Samm lo detuvo.

—Estamos pasando por territorio enemigo —dijo. Miró el mapa y luego hacia el norte—. Es peligroso.

—¿Viste el cielo? —preguntó Marcus, señalando las densas nubes grises—. Eso no es precisamente inofensivo.

—Apenas cabemos —dijo Kira. El agua estaba

encrespada y la embarcación se sacudía ligeramente al atravesar las olas—. Si esto empeora, el bote se dará vuelta.

—No podemos acercarnos —insistió Samm—. Es demasiado peligroso.

—Entonces sosténganse bien —dijo Marcus—. Esto se pondrá más divertido de lo que planeamos.

La tormenta avanzaba hacia ellos, y ellos iban a su encuentro. Kira sintió en la cara

unas gruesas gotas de lluvia, mezcladas con el rocío salado del mar. Tomaron las mantas y se agazaparon debajo de ellas, pero la lluvia parecía llegar casi horizontalmente con el viento. El cielo se puso oscuro, con una penumbra espectral, y el pequeño bote empezó a sacudirse con las olas.

—Me acercaré a la costa —dijo Marcus, y giró el timón antes de que Samm pudiera protestar—. De todos modos,

es imposible distinguir algo con esta tormenta. Nadie nos verá.

El clima empeoró y las gotas de lluvia se convirtieron en unos afilados cuchillos. Kira se aferró con firmeza al borde del bote y, con la otra mano, sujetó a Xochi, segura de que cada ola que llegaba las arrojaría por la borda. Estaba empapada hasta los huesos. El cielo se puso casi tan oscuro como la noche anterior.

—Acércanos a la costa —le

gritó a Marcus, y sujetó el brazo de Xochi con más fuerza aún cuando otra ola levantó el bote y lo empujó de costado.

—Lo estoy haciendo —gritó Marcus, a su vez—. O al menos así era la última vez que vi la costa. Me parece que el mar está tratando de darnos vuelta.

—Llevamos demasiado peso —gritó Jayden—. Aligeremos la carga.

Kira arrojó su mochila por la borda, conservó las armas y se

sujetó su maletín médico a los hombros. Xochi hurgó en su bolso y en el de Marcus para salvar las municiones, y luego arrojó el resto al agua. El bote se agitó con violencia, al punto de que a Kira le pareció que estaban siendo sacudidos casi al azar. No tenía idea de hacia dónde apuntaban ni dónde terminarían. De pronto apareció frente a ellos, entre la lluvia, una ola gigante. Marcus maldijo y giró a un lado, tratando de

esquivarla, pero otra oleada de lluvia la cubrió y ellos quedaron sumergidos en el mismo caos gris de antes. A Kira le pareció ver un árbol a su izquierda —un árbol, en medio del mar— pero desapareció con tanta rapidez que la hizo dudar. *Debemos de estar cerca de la costa*, pensó; *es la única explica…* Y entonces una gigantesca silueta blanca emergió del agua y los golpeó con tanta fuerza que casi los hizo volcar. Era otro yate

amarrado, que luchaba contra su ancla antes de que las olas volvieran a cubrirlo. Una cresta los levantó y casi los arrojó por el aire, y Kira se oyó gritar, ahogándose con la lluvia y el mar que salpicaba desde los costados. El fondo del bote estaba lleno de agua que se movía con violencia, pero seguían a flote.

—¡Sosténganse! —gritó, una obviedad inútil, pero se sentía impotente y tenía que decir

algo. El viento rugía en sus oídos y sus ráfagas creaban formas erráticas entre la lluvia. Otro yate se elevó y les pasó a medio brazo de distancia, y una vez más quedaron perdidos en el limbo encrespado del mar.

Marcus gritaba, pero Kira no lograba entender lo que decía. Señaló algo, y ella se volvió hacia ahí. La lluvia era tan densa que apenas podía ver, con los ojos casi cerrados para que no le entraran las gotas,

duras como piedras. Cuando la vio ya era demasiado tarde (aunque de todos modos no hubiera podido hacer mucho): una enorme ola negra, alta como un edificio, se acercaba de costado. Apenas tuvo ánimo para tomar aliento y contenerlo y, entonces, la ola los golpeó y el mundo desapareció.

El espacio perdió todo significado: no había arriba ni abajo, izquierda ni derecha, solo fuerza, presión y aceleración,

que la sumergieron en una nada fría y enfurecida. Perdió el contacto con el brazo de Xochi; luego volvió a encontrarlo y se aferró con desesperación a lo único sólido que había en todo el universo. La ola la llevó más lejos, la arrastró por el vacío informe hasta que pensó que le iban a estallar los pulmones, y de pronto se encontró en el aire, rodando. Tomó aliento justo antes de dar contra una pared de agua que volvió a quitárselo.

Kira se aferró al brazo con ferocidad, sin soltarlo jamás, segura de que era lo único que la mantenía con vida. Cuando pasó la segunda ola, volvió a salir a la superficie y tomó aire, una inhalación larga y desesperada, entremezclada con agua de mar. Se atragantó y volvió a respirar. Otra ola la hundió de golpe y perdió el conocimiento.

Rocas. Calor. Kira despertó

sobresaltada y trató de entender dónde estaba, desorientada por el súbito cambio de un mar embravecido a tierra firme. Tosió y escupió agua marina.

—Estás viva —dijo una voz. Samm. Kira miró alrededor y se encontró en una especie de pantano, junto a una pared baja de rocas. Samm estaba de rodillas junto a la pared, mirando por los binoculares. Más allá de las rocas, el mar estaba quieto

y sereno.

—Estamos en tierra —observó Kira, todavía tratando de procesar la situación—. ¿Qué pasó? —miró alrededor, súbitamente asustada—. ¿Y los demás?

—Están allá —respondió Samm, señalando al otro lado del agua. Kira se arrastró hasta él, pues sus piernas estaban demasiado débiles para levantarse; se incorporó y se apoyó contra la pared—. Junto

al edificio grande, a la derecha —le entregó los binoculares—. Al principio no estaba seguro de que fueran ellos, pero sí son.

Kira buscó el edificio grande que él había señalado; luego miró a la derecha y recorrió lentamente el paisaje. Vio movimiento y se enfocó allí, con atención: tres personas. No podía verlas con claridad, pero creía reconocer la ropa que llevaban.

—Estamos todos vivos,

entonces —dijo, observando al que pensaba que era Marcus—. Me aferré a alguien bajo el agua. Pensé que era Xochi.

—Era yo —dijo Samm simplemente, sin dejar de escudriñar el horizonte.

Kira se agazapó a su lado.

—¿Qué es aquello? ¿Una isla?

—El otro lado de la bahía —respondió Samm—. Parece que la tormenta nos dejó justo donde necesitábamos ir… aunque

obviamente en dos grupos separados. Supongo que no podemos quejarnos.

—¿Estamos en Greenwich?

—Bastante cerca —dijo Samm—. Si no me equivoco, tus amigos están más cerca que nosotros.

—Tenemos que hacerles señas —dijo Kira—. Se la pasan mirando el mar, no saben que estamos aquí.

—Es muy peligroso —dijo Samm—. Aunque pudieras gritar

hasta allá, cualquier Parcial que estuviera en el área te oiría y llegaría primero hasta nosotros.

—No podemos dejarlos así.

—Si son inteligentes, van a ir tierra adentro en busca de algo que les indique dónde están. Podemos rodear la bahía y buscarlos.

—Podemos buscar otro bote y remar hasta allá…

—No —dijo Samm en tono firme—. Estamos cerca de Greenwich pero al sur, y eso

significa territorio rebelde. Ellos vigilan estas aguas, buscando a la Compañía D. La única razón de que no nos hayan visto fue que la tormenta nos ocultó. Si cruzamos la bahía a remo, nos verán.

—Y ¿no los verán a ellos también?

—No, si son astutos y se esconden —dijo Samm—. De hecho, corren menos peligro que nosotros; yo voy a enlazarme automáticamente con

cualquier Parcial que esté en la zona, pero ustedes son prácticamente invisibles. Nadie espera encontrar humanos en el continente, y por eso no los buscamos; nos basamos demasiado en el enlace. Si esos tres se mueven con inteligencia, pueden atravesar toda el área sin que los descubran.

—Qué suerte para ellos —dijo Kira, sin dejar de mirar a sus amigos por los binoculares—. ¿Cómo vamos a evitar a los

rebeldes?

Samm levantó una manta empapada, una de las que habían encontrado en el viejo yate, y empezó a desgarrarla en tiras.

—Los datos del enlace se transmiten principalmente por la respiración. Si me cubro bien la boca y la nariz, creo que podré disimular mi presencia… un poco —frunció el ceño.

—Y ¿vas a poder respirar?

—Bueno, por eso no es una

solución perfecta —respondió —. Una máscara antigás tampoco es perfecta, pero sería mucho mejor. No sé cuánto saben los rebeldes de la misión que llevamos a cabo en Manhattan, pero es posible que la situación haya empeorado y, en ese caso, sus exploradores estarán usando esas máscaras. De ellos tenemos que cuidarnos, porque no sabré que vienen hasta que sea demasiado tarde.

Se envolvió la cara con la tela

negra mojada, cubriéndose la boca y la nariz, y la ató con fuerza detrás de la cabeza. Respiró hondo para probarla y luego ató otra tira sobre la primera para tener mejor cobertura.

—Esto debería funcionar por un rato —sus palabras se oían apagadas y apenas se le entendía.

Kira asintió y lo siguió por el terreno de una vieja mansión, deseando haber podido

conservar sus armas en el naufragio. No le agradaba la perspectiva de toparse con otros Parciales estando indefensa.

La mansión resultó estar sobre un promontorio pequeño y redondeado, conectado a tierra firme por una serie de sendas asfaltadas. Cruzaron cada una a la carrera, agachados, y luego se escondieron tras el follaje más cercano, atentos a cualquier indicio de peligro. Si

había otros Parciales vigilando, se mantenían ocultos. Kira miraba hacia el puerto cada vez que podía, con la esperanza de ver a sus amigos, pero ellos también se habían escondido. Redobló el paso, desesperada por rodear la bahía y encontrarlos antes de que se alejaran demasiado.

Samm la condujo a través de un pequeño astillero, lleno de barcos secos y resquebrajados y de rieles oxidados que

bajaban hasta el agua. Más allá había un antiguo parque, ahora lleno de árboles y kudzu, aunque originalmente, según los cálculos de Kira, de tamaño suficiente para cultivar una serie de maizales de buena medida. La sorprendió que los Parciales no lo hubieran sembrado, pero supuso que una zona de guerra no era el mejor lugar y, según tenía entendido, estaban en las afueras de la civilización Parcial. Tal vez todas sus granjas

estaban más al norte. ¿O acaso obtenían alimentos por otros medios que ella desconocía? De pronto se molestó por lo poco que sabía de los Parciales: allí estaba, en territorio desconocido, confiando en el enemigo que le habían enseñado a odiar. La razón por la cual era huérfana. La razón por la que había aprendido a disparar a los ocho años de edad.

¿Realmente sé lo que estoy

haciendo?

Se alejaron de la costa y se internaron en el parque arbolado, donde sería más difícil verlos. Samm se movía con rapidez pero a la vez con cuidado; sus ojos iban de aquí para allá, examinando no solo los flancos sino también el suelo y las copas de los árboles. Kira se mantenía a su lado, buscando emboscadas, evitando ramas caídas y otras fuentes de ruido. Pasaron por

una funeraria. Ella la observó con solemnidad; la muerte parecía estar en el aire.

Pronto llegaron a una carretera, flanqueada por otra densa hilera de árboles. Atravesaba el bosque como un pasillo, y Samm la escudriñó en ambas direcciones: llana hacia el oeste y subía una pequeña colina hacia el este.

—Iremos más rápido por aquí que si la seguimos por el bosque —dijo—. No atraviesa la

ciudad, solo la bordea, así que es probable que no haya nadie vigilando.

—¿Nos llevará hasta Marcus y los demás?

—Ellos también tendrán que cruzarla —respondió Samm, asintiendo. Señaló una curva en el camino, a lo lejos, hacia el este—; allá termina la península, si no recuerdo mal. Si todavía no han cruzado, podemos encontrarlos en ese punto.

Corrieron para compensar el tiempo perdido. La carretera era elevada y tenía varias capas de asfalto sobre la tierra, así que nada había podido crecer en ella. No se les cruzó nadie, ni adelante ni atrás. Pronto el camino comenzó a subir, y Kira se sorprendió al darse cuenta de que el resto del paisaje no ascendía con él: no era una colina, solo un camino elevado. Había otros caminos menores que pasaban por debajo.

—Espera —dijo—. Tal vez ya los perdimos.

—Estaba pensando lo mismo.

—Tenemos que encontrarlos.

—Ya casi llegamos a la base —dijo Samm, sacudiendo la cabeza—. Deberíamos ir directamente allá y luego enviar una patrulla a buscarlos; los encontrarán mejor que nosotros.

—A menos que otros los encuentren primero —repuso Kira. Miró desde el camino elevado, tratando de atisbar

entre los árboles—. No podemos dejarlos aquí para que los atrapen los rebeldes.

—No creo que los puedan encontrar —respondió, señalando su máscara. *El enlace.*

—Entonces vete tú —dijo Kira — y yo buscaré a Marcus. Tu patrulla de rescate puede localizarme con la misma facilidad que a ellos.

—No podemos volver a separarnos —insistió Samm.

Hablaba en voz baja, apenas audible a través de la máscara improvisada. Por primera vez parecía inquieto, y Kira empezó a ponerse nerviosa al verlo así.

—¿Qué pasa? —preguntó. Oyó el rugido de un motor, un eco lejano entre los árboles, y palideció—. ¿Ustedes también usan autos?

—La mayoría eléctricos, pero sí. Hay una refinería de petróleo más al norte.

Ella miró a ambos lados de la

carretera, tratando de ubicar el origen del sonido.

—¿Detrás de nosotros?

—Creo que sí —respondió Samm—. Tenemos que correr.

—No tenemos tiempo —dijo Kira, espiando por encima del borde de la carretera. Era una caída de por lo menos seis metros, pero los árboles llegaban muy cerca y pensó que podría alcanzar uno—. Bajemos por aquí.

—No podemos —replicó

Samm ferozmente, tomándola del brazo—. Tenemos que seguir adelante.

—Los motores se acercan, no hay tiempo para…

—Hay rebeldes ahí abajo —susurró Samm, en tono apremiante.

Kira cayó de rodillas y se agazapó detrás del muro.

—¿Te estás enlazando con ellos?

—No puedo evitarlo.

O sea que saben que

estamos aquí. Kira lo miró fijamente, observando sus ojos. *No tenemos armas. No podemos pelear. El enemigo ya sabe que estamos aquí.*

¿Sabrán también que están mis amigos?

—¿A qué distancia? —susurró Kira.

Samm hizo una mueca.

—No puedo saberlo con precisión con esta máscara, pero sé que están cerca. Sesenta o setenta metros.

—Eso es bastante preciso —dijo Kira—. ¿Crees que nos hayan oído hablar?

—No. Están alertas, pero podría no ser por nosotros. No tenemos manera de saberlo hasta que estén más cerca, y si nos equivocamos, será demasiado tarde.

Ella dio un puñetazo en el cemento con el costado de la mano y maldijo por lo bajo. *No voy a dejar que los capturen.* Respiró hondo, sacudió la

cabeza reprobando su propia estupidez y se puso de pie.

—Vamos a bajar.

—No podemos.

Kira corrió hasta el sitio más cercano a un árbol, miró el matorral que estaba dos pisos más abajo y trepó por encima del muro. Samm trató de detenerla, pero ella se zafó.

—No voy a abandonar a mis amigos —dijo con firmeza—. Puedes acompañarme o ir a buscar ayuda.

Volvió a trepar al muro, procurando no perder el equilibrio, y calculó la distancia. *Dos metros. Quizá tres. Es mucho para caer de pie, pero tendré más distancia en la caída.*

Lo cual no es muy alentador.

—No lo hagas, Kira.

Ella saltó.

Mantuvo las manos abiertas y rodeó con los brazos la rama más grande que pudo; la sujetó con los codos y quedó

suspendida de ella. El árbol la atrapó al mismo tiempo que ella a él, y las ramas ásperas se le clavaron en la piel y en la ropa. El árbol se volvió a sacudir, y Kira vio que Samm la había seguido. Le sonrió.

—Gracias.

—Estás loca —murmuró él.

—Es lo que siempre me dicen todos.

Bajaron rápidamente, mientras el rugido del motor se hacía cada vez más y más

fuerte. El sonido se dividió al acercarse y distinguieron dos motores, luego tres y, por fin, cuatro. Kira se dejó caer los últimos centímetros hasta el suelo, corrió hasta un paso a desnivel y se acurrucó al amparo de una gruesa columna de cemento. Samm cayó a su lado y escucharon pasar los autos por encima, hacia el este, hasta que lentamente se perdieron a lo lejos.

—Estuvo cerca —dijo Kira, y

lanzó un silbido.

—No tanto como va a estar —repuso Samm, con voz tensa.

—¿Estás herido?

—No —gruñó—, solo… ¿qué plan tienes?

—A mí no me sienten venir, ¿verdad? Voy a sorprender a uno por atrás y quitarle el arma.

—No pueden percibirte en el enlace, pero no significa que seas invisible.

—¿Cuánto pueden percibir de ti? ¿Pensamientos?

¿Motivación?

—No exactamente —respondió Samm—; más bien estado de salud, proximidad, estado emocional. Cosas así. No podré leer nada de ellos que te ayude a capturar uno.

—No quiero que les leas la mente —aclaró Kira, mirando el extenso terreno cubierto de pasto enmarañado—. Quiero que sirvas de carnada.

—Un momento —dijo Samm —. ¿Hablas en serio?

—No te preocupes. Los detendré antes de que te hagan daño —Kira sonrió—. Dijiste que se basan demasiado en el enlace, ¿no? Entonces, si el enlace les dice que hay un Parcial escondido a la vuelta de una esquina, ni siquiera se van a molestar en mirar hacia otro lado.

Samm negó con la cabeza. Kira vio que tenía la respiración agitada, el rostro tenso y el ceño fruncido.

—Apenas ataques a uno, el enlace avisará a los demás que se encuentra en problemas.

—Pues entonces lo hacemos rápido y nos vamos antes de que lleguen —lo empujó detrás de la columna—. Sé que es peligroso, pero mis amigos corren el mismo riesgo; peor aún, porque no te tienen a ti —su voz se suavizó—. Podemos hacerlo.

—Todo eso está muy bien —dijo Samm—, pero estás

hablando de hallar a un explorador entrenado para que no lo encuentren. No vas a lograrlo.

—Habla en voz baja —susurró Kira—. Ya lo logré.

Señaló con un gesto más allá de la columna.

Samm espió con cuidado y volvió a esconderse.

—Treinta y cinco metros —le dijo al oído.

—Probablemente nos oyó caer del árbol —susurró Kira—.

No creo que nos haya visto aún; no está tratando de esconderse, solo está revisando —señaló el otro lado del paso a desnivel—. Camina hacia allá. Te verá y pasará sin verme.

Samm parecía casi rígido por la tensión, como si estuviera apretando cada músculo de su cuerpo; llevaba un rato así. *El otro Parcial está demasiado cerca*, pensó Kira. *No tengo tiempo para ver si está herido.*

—¿Seguro que estás bien?

—Sí —gruñó.

Samm se volvió y se arrastró entre la maleza en dirección a la otra columna, y luego cruzó hacia la de enfrente. Kira asintió, impresionada al ver su táctica. *Así el rebelde no va a pasar tan cerca de mi columna*, pensó, *y es menos probable que mire atrás.* Samm se movía con rigidez, casi con dolor, y ella volvió a preguntarse si se habría lastimado al saltar al árbol. *Pero no… se estaba comportando de*

un modo extraño en la carretera. ¿Qué le pasará?

—Alto —dijo una voz.

Kira se sorprendió al oír que era una voz de mujer. Se quedó inmóvil, con la esperanza de que su plan diera resultado y que la Parcial no la viera. Samm también se detuvo, en cuatro patas, entre la hierba bajo el puente. No habló. Kira oyó pasos, detrás y hacia un costado, y contuvo el aliento mientras la Parcial pasaba junto

a ella en línea recta hacia Samm. Vista de cerca, era evidentemente una mujer: cintura delgada, cadera y pecho redondeados, cabello castaño rojizo recogido tras la correa de su máscara antigás. Su fusil amenazante apuntaba a la espalda de Samm; la boca del cañón terminaba en el grueso cilindro negro de un silenciador. Kira lo reconoció como un rifle de francotirador.

La muchacha se detuvo cerca

de ella, quizá a dos buenos pasos si Kira se abalanzaba; tal vez no le daría tiempo a reaccionar. Se preparó para el ataque. En la escuela había aprendido un poco de lucha cuerpo a cuerpo, aunque no mucho; la Red de Defensa consideraba que si un Parcial llegaba a acercarse tanto, la lucha estaba perdida, pues ellos eran mucho más fuertes. Kira esperaba que eso no fuera cierto, y se posicionó en puntas

de pie.

—No digas nada —dijo Samm, con voz tensa, como si hablara con los dientes muy apretados—. No hables.

Samm se llevó la mano al rostro y se cubrió la boca y la nariz. Kira se puso de pie, acomodó los pies con cuidado y flexionó los músculos para atacar.

En la parte baja de la espalda, se dijo. *Golpea bajo y fuerte. Sujétale los brazos.*

Golpéala en la base del cráneo para…

—Samm —dijo la chica.

Kira se quedó inmóvil.

¿Sabe su nombre? ¿Será por el enlace? ¿O es de su misma compañía?

—No hables —gruñó Samm, pero los pensamientos de Kira ya iban a toda velocidad, haciendo conexiones. Si esta chica conocía a Samm, significaba que eran parte de la misma facción, es decir que los

soldados que estaban cerca eran compañeros de Samm. Sus propios oficiales. Él había dicho que el enlace también se usaba para aplicar la cadena de mando: percibían que Samm estaba allí y le estaban ordenando responder. Por eso se movía con tanta rigidez; necesitaba hasta la última pizca de fuerza para resistirse.

Pero ¿por qué se esconde de su propia gente?

—Háblame, Samm —la mujer

se adelantó, sin dejar de apuntarle a la espalda—. Pensamos que te habían capturado.

Samm bajó la cabeza, a punto de desplomarse en el suelo. *No va a aguantar mucho tiempo más,* pensó Kira. *¡Atácala!*

Se lanzó hacia adelante, con los brazos extendidos y los hombros hacia abajo para golpear a la Parcial en la parte baja de la espalda.

Y entonces la Parcial dio

media vuelta.

Kira ya estaba a una distancia suficientemente corta como para que el rifle resultara útil como arma de fuego. Pero la Parcial lo bajó como un garrote y estrelló la gruesa culata contra el costado del rostro de Kira al tiempo que esta le rodeaba la cintura con los brazos y la derribaba al suelo. Las dos ahogaron una exclamación de dolor por el impacto, pero a Kira aún le zumbaba la cabeza por el

culatazo y la Parcial se recuperó primero. Dejó caer el rifle y atrapó a Kira con fría eficiencia, doblándole un brazo a la espalda y clavándole una rodilla en el estómago. Kira luchó ferozmente: le arañó la cara y el cuello y estuvo muy cerca de zafarse, retorciéndose apenas lo suficiente para que no llegara a ser una verdadera llave de sumisión. De pronto, sintió el frío filo metálico de un cuchillo en la garganta, y la muchacha le

habló al oído con serenidad.

—Deja de moverte ahora mismo.

Kira obedeció; no había nada que pudiera hacer. Si hubiera tenido apenas dos segundos más, tal vez, pero de alguna manera la Parcial se había dado cuenta de su presencia.

—Suéltala, Heron, está conmigo.

—No se enlaza.

—Es humana.

Heron se sorprendió, pero no

dejó de sostenerla con fuerza.

—¿Capturaste una? La misión fue un éxito. ¿Y el resto de tu equipo?

"*¿Capturaste una?*", pensó Kira. La presión de la mano de la muchacha en su garganta se había aflojado y pudo gritar:

—¿Qué diablos pasa aquí?

—Están muertos —respondió él, mientras se acercaba a Heron—, pero no es lo que crees. Puedes soltarla, no es una amenaza. Está de nuestro

lado.

Kira no podía creer lo que oía.

—¿Planeaste esto todo el tiempo? —le preguntó—. ¿Acaso todo fue un truco para traerme aquí?

—Es más complicado —respondió él rápidamente. Ahora estaba delante de ella, sin la máscara—. ¡Maldición, Heron, suéltala! ¡Vino voluntariamente!

—Entonces, ¿no es cierto lo de la propuesta de paz? —

preguntó Kira, en tono apremiante. Sintió que se le acaloraba el rostro y se le llenaban los ojos de lágrimas. Experimentó una oleada de vergüenza y de ira por haber confiado en esa cosa—. ¿No hay tregua?

—¿Tregua? —repitió Heron y sonrió—. Me impresionas, Samm; quizá tengas futuro en el espionaje.

Kira vio un destello por el rabillo del ojo: la luz reflejada en

una jeringa hipodérmica. Gritó y sintió el pinchazo en el cuello. El efecto fue casi instantáneo: ojos pesados y su mente… parecía apagarse. El mundo se volvió oscuro y denso, pero tuvo tiempo para un último pensamiento antes de quedar inconsciente.

Voy a morir.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

B*ip. Psssssssssssh.*

Bip. Psssssssssssh.

Kira se sentía pesada. Antes de percibir nada más, sintió su propio peso; su cuerpo estaba demasiado débil como para que sus músculos se movieran. Estaba acostada.

Bip. Psssssssssssh.

Había un ruido, rítmico y tenue, en algún lugar cerca de

su cabeza. ¿Cerca? Sí, estaba segura de eso. Donde fuera que se encontrara, el ruido estaba cerca. Intentó girar la cabeza, pero no pudo mover el cuello. Trató de abrir los ojos, pero sus párpados parecían de plomo.

Bip. Psssssssssssh.

Había otro sonido, un zumbido como un ruido blanco en el fondo de su percepción. Se concentró en él, trató de analizarlo, de entenderlo. Voces. Un murmullo bajo.

—…el sujeto…

—…marca de quemadura…

—…prueba positiva…

Estaban hablando de ella. ¿Dónde estaba? En un hospital. Recordó el puente; la traición de Samm; la muchacha, Heron, inyectándole algo. ¿Estaban curándola? ¿O estudiándola?

Bip. Psssssssssh.

—…todo normal excepto…

—…listo para proceder…

—…preparando la primera incisión…

Movió la mano con un esfuerzo titánico, para arrastrar diez toneladas de carne y hueso sobre ocho centímetros de mesa. Las voces se detuvieron. Su mano se topó con una barrera, una correa de cuero; sintió una también en la otra mano. Estaba atada.

—Se movió. ¿No la habías sedado?

Abrió un ojo, pero lo cerró con fuerza por el golpe brutal de las luces brillantes. Oyó un crujido y

un fuerte golpe metálico.

—Quítenle esas cosas de la cara, está despertando.

La voz de Samm.

Kira abrió la boca; de pronto había tomado conciencia de que tenía un tubo de plástico que se extendía más allá de su lengua y se metía en su garganta. Tuvo una arcada, tosió y trató de no vomitar, y el tubo salió como una serpiente larga y resbaladiza. Volvió a toser, tragó y abrió la menor fracción

posible de un ojo.

Samm estaba de pie a su lado.

—Tú —le dijo Kira, tosiendo —, maldito canalla.

—Tenemos que empezar — dijo una voz.

—Paren —pidió Samm—. ¡Está despierta!

—Entonces volvamos a sedarla. Esta vez, con una dosis mayor.

—Maldito… —volvió a toser —. Traidor.

Ahora podía ver mejor; sus ojos fueron acostumbrándose a la luz. Estaba rodeada de mujeres con batas de hospital y máscaras de cirugía, en una especie de quirófano, pero no era como ninguno que ella hubiera visto antes. Había unos brazos metálicos que pendían del techo, como las patas de un insecto gigantesco, con bisturíes, jeringas y una docena de instrumentos más, colocados a pocos centímetros de su

rostro. Las paredes estaban iluminadas por una luz multicolor tenue: pantallas de computadoras. Las paredes eran pantallas cibernéticas, llenas de gráficos, cuadros e hileras de números que iban pasando. Vio su ritmo cardíaco, la delgada línea que subía y bajaba en perfecta sincronía con los latidos de su pecho; divisó su temperatura, su nivel de oxígeno en sangre, su estatura y su peso con precisión

de milésimas. Volvió a girar la cabeza y vio su propio rostro, limpio y coronado por una cofia de plástico; su cuerpo desnudo, sujeto a la mesa plana de metal. Tenía los ojos dilatados por el miedo. Ahogó una exclamación y la imagen hizo lo mismo: la cara del tamaño de la pared se contorsionó en un rictus de temor; una filmación en vivo de sus últimos momentos de vida llenaba la habitación como un espectáculo de horror. Sintió

pánico. Se le aceleró el pulso; su corazón bombeaba sangre a toda velocidad; los gráficos se volvieron locos y mostraban líneas de un metro de altura en las paredes.

—Lo siento —dijo Samm—. Traté de decirles que viniste por tu propia voluntad…

—No se le pidió que trajera un voluntario —replicó una voz severa. Una mujer se adelantó. La máscara azul le ocultaba la cara, pero tenía los ojos del

color metálico y bruñido de un arma, fríos e insensibles—. Tuvo éxito donde todo su escuadrón fracasó. No ponga en riesgo su recomendación por interferir ahora.

Samm se volvió hacia Kira.

—Me pidieron que estuviera aquí para hablar contigo, para que tuvieras a alguien en quien confiar…

—¡No confío en ti! —gritó Kira. Su voz resonó en todo el quirófano, ronca e irritada—.

¡Te ayudé! ¡Te rescaté! ¡Creí en lo que me dijiste! Todo eso de que debíamos sobrevivir juntos o ninguno sobreviviría… ¿era todo mentira?

—Era la verdad —respondió Samm—. Cuando llegamos al continente, traté de mantenerte lejos de ellos hasta que pudiera explicarte las cosas… que habías venido para ayudarnos.

—¡Entonces desátame! —sollozó Kira. La cara en la pared sollozó con ella, como

burlándose de su desesperación. Movió las piernas, luchando contra las correas; jaló con los brazos, tratando en vano de cubrirse el pecho y la ingle. Se sentía expuesta, vulnerable e indefensa —. Sácame de aquí.

—Yo… —el rostro de Samm volvió a ponerse rígido, con la misma concentración que había demostrado antes; Kira casi pudo ver su cuerpo paralizarse a medida que prevalecía el

enlace, obligándolo a obedecer a sus superiores—. No puedo —soltó un suspiro, la tensión lo abandonó y sus músculos se relajaron—; no puedo. Cumplo órdenes.

Su expresión se volvió sombría.

—Muy bien —dijo la mujer. Dio un paso adelante; uno de los brazos metálicos se movió con ella y dirigió una luz al rostro de Kira, cegándola una vez más —. Samm dice que usted vino

por su propia voluntad, ¿es así?

—Sí —respondió Kira—. Vine a ayudarlos.

—¿Y usted piensa que su tecnología de la época del oscurantismo nos sirve de algo? Apenas entienden cómo funciona su genética, mucho menos la nuestra.

—Ya no importa: eran solo mentiras.

—Algunas cosas, sí —admitió la mujer—; otras, no. Me sorprende que Samm le haya

contado sobre nuestro problema, nuestra “fecha de vencimiento”, pero eso, al menos, era verdad. Por eso usted está aquí.

—Soy paramédica —dijo Kira —. He concentrado mis estudios en patología reproductiva, tratando de hallar una cura para el RM. Puedo aprovechar esos conocimientos para ayudarlos.

—Sus estudios humanos no nos sirven de nada —replicó la mujer—. Le aseguro que

nuestras necesidades tienen que ver con un área muy diferente.

—También he examinado a Samm —prosiguió Kira—; no así… —hizo una pausa de pronto, pensando en qué medida lo que él había experimentado había sido como lo que ella sentía ahora. Y si no había sido peor—. Mi gente no lo trató bien —dijo lentamente— y lamento eso, pero yo lo ayudé. Lo estudié en forma no

invasiva. Lo traté con humanidad.

La mujer esbozó una sonrisa burlona.

—¿Humanidad? Esa palabra es un insulto.

—Ustedes tienen una deficiencia genética que nosotros no tenemos —dijo Kira —. Son inmunes al RM y nuestros bebés no lo son — trató de convencer a la mujer—. Nos necesitamos mutuamente.

—La última vez que Parciales

y humanos trataron de trabajar juntos, las cosas no resultaron nada bien —repuso la mujer—. Creo que probaremos suerte solos.

Otro brazo metálico se posicionó; tenía una brillante aguja hipodérmica en la punta. Kira empezó a protestar, pero el metal puntiagudo se lanzó hacia ella como la cola de un escorpión.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

La aguja perforó el pecho de Kira, un pinchazo agudo que casi instantáneamente se apagó por el adormecimiento lento y expansivo que produjo un anestésico tópico.

—No pueden volver a dormirme —insistió Kira, tratando de parecer lo más fuerte posible.

La médica de ojos de acero

sacudió la cabeza.

—No estamos durmiéndola, muchacha; estamos preparándola para esto.

Levantó su mano, enfundada en un guante blanco, y le mostró una jeringa mucho más grande que la anterior y con una aguja gruesa, de casi diez centímetros de largo. Kira se estremeció al verla, y se apartó hasta donde se lo permitieron las correas.

—No se preocupe —dijo la doctora, aunque su voz no

reflejaba ningún asomo de compasión—. Ese anestésico es excelente, no va a sentir nada. Es importante que esté consciente para este estudio, para que podamos observar sus reacciones. Íbamos a esperar, a hacer otro experimento primero, pero ya que despertó antes, bien podemos empezar.

La doctora se apartó, y otro brazo del robot médico bajó, pinchó el muslo de Kira y le extrajo una muestra de sangre

con una jeringa de vidrio claro. El corazón de Kira latía acelerado.

—¿Qué fue eso?

La doctora respondió por encima de su hombro, sin prestarle mucha atención, mientras examinaba una de las pantallas de pared.

—Dado que resultó ser algo resistente a nuestros sedantes, vamos a analizar su sangre para preparar uno más específico. Por ahora la necesitamos

consciente, pero a nadie le convendría que despertara durante el próximo estudio.

Kira trató de contener las lágrimas, irracionalmente decidida a no dejar que esos monstruos la vieran llorar. *Yo soy más fuerte que mis dificultades.* Vio un movimiento por el rabillo del ojo y se asustó cuando una repentina forma fluida le tapó la luz. Se mordió el labio para no gritar, pero la sombra siguió de largo y

descendió sobre su cuerpo. Era Samm, cubriéndola con una manta.

—Necesitamos que el pecho esté descubierto para la inyección —dijo la doctora, en tono cortante.

—Puede descubrirlo cuando llegue el momento —repuso Samm—. Si va a estar despierta, al menos denle un poco de dignidad.

La médica se detuvo, observó a Samm con suspicacia y por fin

asintió.

—Bien.

Samm se inclinó hacia el rostro de Kira.

—Traté de hablar por radio con el capitán, pero la doctora Morgan está fuera de la estructura de mando; fue asignada especialmente por el Consorcio. Será difícil detenerla.

—Vete al diablo —respondió Kira.

Él bajó la mirada y se apartó

en silencio. Kira oyó que las demás médicas conversaban en voz baja, mientras manipulaban uno de los paneles de pared con las puntas de los dedos.

—…otros sujetos… feromona… RM…

Kira se puso atenta de inmediato y concentró toda su energía en tratar de entender con exactitud lo que decían. No veía la imagen que estaban observando, pero al concentrarse, pudo oírlas con

más claridad.

—…entonces vamos a inyectarla, para ver cómo reacciona. Queremos averiguar cuánto tarda la partícula en absorberse, qué extensión y cobertura alcanza, y ver si hallamos algún indicio de actividad necrótica.

Son sus preparativos de último minuto, pensó Kira.

Pero ¿qué me van a inyectar?

La doctora Morgan levantó la

jeringa grande y se volvió hacia Kira; las demás se movieron con ella y se acomodaron en torno a la mesa. La araña médica se ubicó en posición; pinzas, luces y bisturíes se movieron sobre su cuerpo, como una pesadilla con puntas de metal. Cuando los médicos se apartaron del panel de la pared, Kira vio las imágenes que habían estado observando y las reconoció de inmediato por sus propios estudios de Samm: una imagen

ampliada de la Depredadora, la fase del RM que apareció en la sangre del recién nacido, y a su lado la Acechadora, la que había encontrado en Samm y que tantas características compartía con la estructura de la Depredadora.

La doctora retiró la manta y dejó al descubierto el pecho de Kira.

—Tenemos razones para creer que esto la hará sentirse muy mal, muy rápido —sostuvo

la jeringa sobre el corazón de Kira—. Estaremos monitoreando sus signos vitales, por supuesto, pero necesitamos que nos cuente cualquier otra cosa que experimente: dolor en las articulaciones, falta de aire, pérdida de la visión o del oído. Detalles sensoriales que nuestros instrumentos no pueden detectar o interpretar.

—Me están inyectando la Acechadora —observó, sintiendo ya que su cuerpo

empezaba a ser invadido por el pánico y esforzándose por mantener una respiración tranquila y pareja—. Esa partícula que ustedes producen, la versión inerte del RM, ¿qué esperan que haga?

—¿Una versión del RM? ¿No le dije ya que sus conocimientos no nos sirven?

Clavó la aguja en el pecho de Kira. Ella la sintió entrar; sintió dolor, presión y una horrible sensación de invasión. *¡La*

anestesia no está haciendo efecto! La doctora Morgan presionó el émbolo y Kira ahogó una exclamación al experimentar una repentina oleada de fuego, entrando directamente en su corazón, y pasando de allí al resto de su cuerpo en cuestión de segundos. Se le quedó el aliento en la garganta; sus manos sujetaron involuntariamente el borde de la mesa, buscando algo sólido de lo cual sostenerse. Le pareció

que la inyección duraba una eternidad y, cuando por fin la doctora retiró la aguja, gimió, imaginando que el fluido estaría recorriendo su cuerpo.

—Aún no hay reacción —dijo una médica enmascarada con los ojos fijos en la pared. Otra le revisó los ojos con una luz, para ver la dilatación de sus pupilas, y con la otra mano le tomó el pulso.

—Todo normal.

—No estamos muy seguros

de cuánto demora esto —dijo la doctora Morgan, observando a Kira con atención—. No experimentamos con humanos desde poco después de la Guerra Parcial.

Kira tomó aliento, tratando de recuperar el control de sí misma tras la violación de la inyección. La partícula seguía rotando lentamente en una de las pantallas. *¿Voy a morir? Ella dijo que la Acechadora no es una nueva versión del RM…*

Entonces, ¿qué es? ¿Y qué esperan ver?

Recordó uno de los fragmentos de conversación que acababa de oír y volvió a mirar las imágenes en la pared: el virus y la Acechadora, tan similares y, sin embargo, tan distintos. Siempre la habían desconcertado, pues solo contaba con información incompleta, pero aquí, con los Parciales, aprendió más. Los había oído hablar de ello.

—Ustedes la llamaron *feromona* —dijo Kira.

La doctora Morgan se detuvo y miró a Kira con curiosidad. Siguió la mirada de la muchacha hasta las imágenes en la pared, y luego volvió a mirar a Kira.

—¿Conoce esta partícula?

—Pensábamos que era una nueva fase del RM, porque se parece mucho a la otra, pero usted la llamó feromona. Por eso Samm la producía: es parte de los datos del enlace.

La doctora Morgan echó un vistazo hacia un lado de la sala, fuera del campo visual de Kira, y esta se dio cuenta de que tenía el ceño fruncido. Volvió a mirarla.

—Sus conocimientos son más extensos de lo que pensé. Le confieso que cuando usted, nada menos que un ser humano, me dijo que era paramédica, no la tomé muy en serio.

Kira trató de contener una oleada de náuseas; todavía

sentía dolor por la inyección. Se recompuso y miró a la doctora.

—¿Qué función cumple?

—Es lo que tratamos de averiguar.

—¿Es parte del enlace? —preguntó Kira—. ¿El virus RM no es más que un efecto secundario de las capacidades que tienen ustedes?

—Durante los últimos doce años he catalogado todas las feromonas que producen los Parciales —explicó—. He

aislado cada partícula, he rastreado el órgano que la produce y el estímulo que provoca su elaboración, y he determinado con precisión su propósito y su función. Todas las partículas —señaló con un gesto la imagen que estaba en la pared—. Excepto esa.

Kira sacudió la cabeza.

—¿Por qué habrían de tener una feromona que no cumple ninguna función? Todo en ustedes fue diseñado con un

propósito.

—Bueno, claro que cumple una función —dijo la doctora Morgan—. ParaGen tenía un propósito para todo, como usted dice. Uno de ellos era establecer un plazo de muerte, y sospechamos que esta feromona podría tener algo que ver con eso. Si podemos estudiar ciertas reacciones, quizá podríamos combatirla —señaló las imágenes que estaban detrás de ella—. Como

puede ver en la pantalla, la feromona no reacciona con otros Parciales y tampoco con los humanos. Reacciona con el RM.

De pronto, Kira vio las dos imágenes de un modo nuevo: no el uno como versión del otro, sino como combinación. La Depredadora no solo se parecía a la feromona de los Parciales: era la feromona de los Parciales, envuelta en una Espora de transmisión aérea del

RM. Así era como la Espora se convertía en la Depredadora: no en contacto con la sangre, sino en contacto con la feromona. *En contacto con la sangre, la Espora se convierte en la Burbuja.* Acudieron a la mente de Kira imágenes de la sangre del recién nacido, la extraña Depredadora multiplicándose a toda velocidad pero sin causar ningún daño a las células. *Samm estaba allí: llevaba días exhalando la Acechadora en el*

aire de la sala. Llegó a la muestra, se adhirió a la Espora y dejó al virus inerte.

Ese era el secreto del RM. Esa era la cura. Una partícula diminuta que se hallaba dentro de sus mayores enemigos.

—Cuando los humanos cayeron, empezamos a investigar la cuestión de la esterilidad de los Parciales, para ver si podíamos revertirla.

La doctora Morgan parecía no percatarse del asombro de

Kira, o bien lo interpretaba como un desconcierto inculto. Mientras le seguía hablando, Kira se esforzó por disimular sus emociones; de pronto la aterraba la perspectiva de que aquella mujer fría y calculadora poseyera un secreto tan trascendental. La doctora se dirigió a la pared, dio un golpecito en la pantalla y abrió una serie de archivos: otros rostros, otras chicas humanas, tan pálidas y asombradas como

Kira, atadas a la misma mesa y sometidas a los mismos experimentos.

—Necesitábamos un control no estéril para nuestros experimentos y, naturalmente, eso nos llevó a estudiar a los humanos. Después de la muerte de la última chica reparamos en la conexión entre nuestra feromona y el RM. De alguna manera, el virus estaba absorbiendo la feromona, aunque no tenemos idea de

cómo ni por qué. A la larga nos concentramos en… otras cuestiones, pero cuando la crisis de la fecha de vencimiento empezó a salir a la luz, comprendimos que necesitábamos retomar los estudios —se volvió hacia Kira, jugando con la jeringa vacía en las manos—. Y por eso usted está aquí.

Kira asintió, fuera de sí por haber descubierto el secreto e intentando no demostrarlo.

Necesito salir de aquí. Necesito ir a casa.

Puedo salvar al bebé de Madison. Puedo salvarlos a todos.

—Aún no hay cambios —dijo otra médica, mientras monitoreaba los signos vitales de Kira—. Si se está produciendo la reacción, no muestra ningún efecto mensurable.

—No se está produciendo —dijo otra, en un tono

completamente diferente—. Y no se va a producir —todos en la sala la miraron, incluso Kira. La médica dio un golpecito en un panel, que se expandió hasta ocupar toda la pared con listas de acrónimos y abreviaturas que Kira reconoció de inmediato como un análisis de sangre—. No tiene nada del virus en la sangre.

—Es imposible. Hasta los humanos inmunes a los síntomas son portadores del

virus.

—Tiene razón —la médica hizo una pausa—. Tiene el código.

La sala quedó en silencio. Kira miró los rostros de los médicos: estaban asombrados. Desde el espacio que había detrás de ella, llegó la voz de Samm, cargada de confusión.

—¿Qué?

—A ver —dijo la doctora Morgan, al tiempo que cruzaba la sala a grandes pasos, hasta

la pantalla. La manipuló con furia, arrastrando gráficos por la pared, expandiendo y reduciendo las imágenes en una rápida sucesión. Se detuvo en una hebra de ADN, no una imagen tomada de un microscopio, sino de una recreación gráfica, y se quedó mirándola con tanta intensidad que habría podido quemar un agujero en la pantalla—. ¿Quién hizo el escaneo?

—La computadora lo hizo sola

—respondió la otra médica—. Pedimos un análisis completo y esto estaba incluido.

—Ella no está en el enlace —dijo Samm.

A Kira el corazón le dio un vuelco en el pecho a medida que empezaba a entender las implicancias de las palabras que oía.

—¿De qué hablan? —preguntó. Trató de aparentar fortaleza, pero se le quebró la voz.

La doctora Morgan se volvió hacia ella, se quitó la máscara y se inclinó, como una torre de piedra llena de furia, sobre la mesa donde estaba Kira.

—¿Quién la envió?

—¿Qué?

—¿Quién la envió? —repitió gritando.

Kira no respondió.

La doctora Morgan arrojó la jeringa vacía al otro lado de la sala y la estrelló contra la imagen del ADN.

—¿Quién intenta ahora infiltrarse en mis planes? ¿Cronos? ¿Prometeo? ¿Qué están tramando? O quizá no me persiguen a mí —dijo, dando media vuelta con ojos desorbitados—. Tal vez están planeando otra cosa y, ahora que lo acabo de descubrir por casualidad, puedo usarlo en su contra.

—No sé de qué está hablando —protestó Kira.

—Usted estaba con los

humanos hasta que Samm la trajo aquí —dijo, agazapándose frente a Kira con los ojos dilatados y enseñando los dientes—. Dígame qué estaba haciendo allá. ¿Cuál era su misión?

—¡No sé de qué está hablando!

—¡Es una Parcial! —gritó la doctora Morgan—. ¡Está todo allí, en la pared! No tiene RM en la sangre, tiene bionanitas que eliminan los sedantes de su

sangre, tiene los malditos rótulos de los productos de ParaGen codificados en su maldito ADN. Es una Parcial —se detuvo de pronto y se la quedó mirando. En la pantalla de pared, Kira vio su propio rostro deformado por el asombro y la confusión. La expresión de la médica pasó lentamente de la ira a la fascinación, y su voz se redujo a un susurro—. Sin embargo, usted no lo sabía, ¿verdad?

Kira abrió la boca, pero no le salieron palabras. Por su cabeza empezó a pasar un caos de protestas y descubrimientos que empezaban, se detenían y se desviaban entre sí en vano, hasta que su mente quedó llena de un ruido blanco de absoluto terror. De repente, sintió una fuerte explosión. Vio que la doctora Morgan le gritaba en medio de una bruma de confusión. Oyó otra explosión y luego la voz de Samm atravesó

el caos.

—Explosiones. Nos están atacando.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

La doctora Morgan levantó la cabeza con los ojos desorbitados; tras la puerta cerrada se oían gritos y disparos. Los médicos se dispersaron. El insecto médico se elevó, y sus bisturíes y otros instrumentos letales rotaron y se acomodaron en su lugar. Samm corrió hacia la puerta, la trabó

con firmeza y luego se apartó.

—Están aquí por Kira —dijo.

—Por supuesto que están aquí por ella —replicó la doctora—, pero ¿quiénes son? ¿Qué facción?

—Tenemos que salir de aquí —dijo uno de los otros médicos.

—No estamos armados —respondió Samm, con un ademán de la cabeza—. No estamos preparados para un ataque. Nuestro mejor plan es quedarnos aquí y esperar que

los otros soldados los repelan.

—Esta sala no es hermética —exclamó uno de los médicos, señalando con un gesto de la cabeza hacia la pesada puerta —. Cualquiera que pase por afuera nos va a detectar en el enlace.

—Sabrán que estamos aquí —dijo la doctora Morgan—, pero a ella no la van a detectar. Eso podría darnos un tiempo muy valioso.

—Eso es lo que no entiendo

—dijo Samm—. ¿Cómo puede ella ser Parcial si no se enlaza?

—Solo los modelos militares se enlazan —explicó la doctora Morgan—. Al menos, del modo en que estamos acostumbrados. Eso era parte del paquete de mejoras de los soldados. Pero ParaGen hizo Parciales también con otros fines.

Kira negaba con la cabeza, apenas consciente de lo que decían los demás. *No soy un*

Parcial. Nuevamente, al enfrentarse a un problema, su mente pareció dividirse en dos: por un lado, la científica que enumeraba todas las razones por las cuales no podía ser un Parcial. *Yo envejezco y ellos, no. No me enlazo y ellos sí. No tengo su fuerza ni sus reflejos, y decididamente no tengo su capacidad milagrosa de autocuración.* Pero aquí tuvo que detenerse, súbitamente insegura. *Mi pierna se recuperó*

de la quemadura con una rapidez anormal, sin ninguno de los efectos secundarios del regenerador.

Sacudió la cabeza. *Más que ninguna otra cosa, no recuerdo haber sido un Parcial. Me crie en una casa de humanos, tengo un padre humano. Fui a la escuela en East Meadow durante años. Jamás me contactaron los Parciales ni se me acercaron ni nada. No tiene sentido.*

Y sin embargo, mientras analizaba su vida, en el fondo de todo aquello estaba el otro lado de Kira: el lado emocional, la niñita llorando en la oscuridad. *¿Significa que nunca tuve mamá?*

Los sonidos de batalla se acercaban.

—Es ridículo —dijo uno de los médicos—. ¿Por qué dejarían una agente Parcial con la población humana? Ni siquiera sabe lo que es. ¿Qué razón

podían tener?

—Quizá fue un accidente —sugirió otro—. Tal vez se perdió en el caos, se mezcló con los refugiados y terminó en la isla sin saber por qué.

—En ParaGen, todo tenía un propósito —respondió la doctora Morgan—. Todo. Ella no es un accidente —levantó la vista—. Si podemos descubrir cuál es su propósito, podemos usarla contra ellos.

La sala se estremeció con el

sonido de un disparo en la puerta. Los médicos se sobresaltaron y lanzaron exclamaciones; Samm y la doctora Morgan se mantuvieron firmes como el hierro.

—Ya están aquí —dijo una de las médicas—. ¿Qué hacemos?

—Bájenme de aquí —pidió Kira, aún atada a una mesa en lo que estaba a punto de convertirse en un campo de batalla—. ¡Desátenme!

—Protéjanse detrás de la

araña —propuso otra médica, al tiempo que se dirigía al otro lado de la sala. Las demás la imitaron, mirando con recelo los brazos metálicos mientras se escabullían junto a las paredes.

—No hay nadie en el pasillo —dijo Samm, confundido.

—Sí —repuso la doctora Morgan—. Hay humanos.

Otro disparo sacudió la puerta y la arrancó de sus bisagras. En la entrada apareció Marcus con una escopeta. Kira

le gritó: *¡Agáchate!*, justo cuando la araña médica lanzaba un horrible zarpazo con bisturí hacia su cuello. Marcus se tiró al suelo y giró sobre sí mismo para eludir la hoja; luego levantó la escopeta y le disparó a la araña de cerca. Kira chilló al sentir el calor de la pólvora y la lluvia de esquirlas del robot dañado, que cayó como una cascada. El sonido del disparo la ensordeció.

—¡Está aquí adentro! —gritó

Marcus por encima de su hombro. Luego se volvió y la saludó con la cabeza—. Hola, Kira.

Xochi entró detrás de Marcus, agazapada, y apuntó con un par de semiautomáticas a las médicas que estaban en el rincón.

—Acabo de recargar —les advirtió—; siéntanse en libertad de hacer cualquier movimiento repentino.

—Atrápenlos —gruñó la

doctora Morgan, pero Samm parecía paralizado.

Jayden ingresó último, esquivó otro golpe de bisturí de la araña y se agachó junto a la puerta. Marcus volvió a disparar a la araña, la anuló, y luego corrió junto a Kira y empezó a soltarle las correas.

—Eres una chica difícil de encontrar —le dijo, forzando una sonrisa.

—Nos siguen de cerca —dijo Jayden—. No tardes más de lo

necesario.

—¿Puedo matar a las médicas? —preguntó Xochi, apuntándoles sucesivamente con las pistolas, primero hacia un lado de la hilera y después hacia el otro. Jayden disparó hacia el pasillo.

—Y ya llegaron; te dije que te apuraras. Nos encerraron.

—Samm, detenlos —dijo la doctora Morgan, pero Samm no se movió. Su cuerpo estaba tenso y tenía el rostro

paralizado por un esfuerzo intenso e invisible.

—¿Cómo entraron? —preguntó Kira.

Marcus terminó con el primer brazo, y al instante Kira lo usó para desatarse el otro, mientras él se ocupaba de las piernas.

—Vimos cuando te capturaron —respondió Marcus, y le dirigió a Samm una mirada venenosa —. Los seguimos aquí, se nos habían acabado las ideas, y entonces otro grupo de

Parciales atacó el hospital. Cuando cayeron las defensas exteriores, simplemente… ingresamos por la puerta de atrás.

—Los oímos hablar —dijo Xochi—. Samm nos mintió: lo único que hace la Compañía D son experimentos de lo más alocados, como este, tanto en humanos como en Parciales. El otro grupo sigue a algo llamado "Consorcio".

—*Nosotros* seguimos al

Consorcio —replicó una de las médicas.

Kira echó un vistazo a la doctora Morgan, pero la fría mujer se quedó callada.

Marcus terminó de desatar los pies de Kira, mientras ella se soltaba la segunda mano, y una vez libre, se cubrió hasta el pecho con la manta y se incorporó en la mesa. Jayden volvió a disparar hacia el pasillo.

—¿Tienen algún plan para salir? —preguntó Kira.

—Sinceramente, me asombra que hayamos llegado hasta aquí —respondió Marcus—. ¿Estás bien? —notó que ella tenía los hombros descubiertos y frunció el ceño—. ¿Estás…?

—Sí —respondió Kira, buscando su ropa con la mirada. En la sala no había más que una bandeja con jeringas y algunos restos de la araña rota. Señaló a una de las médicas.

—Tú, dame tu bata.

—¡Se están acercando! —

gritó Jayden.

La médica no se movió, pero un gesto amenazante de la pistola de Xochi la convenció de quitarse la bata quirúrgica.

La doctora Morgan gritó, enfurecida.

—¡Maldición, Samm, detenlos!

La mano de Samm tomó la escopeta que Marcus había dejado sobre la mesa para ayudar a Kira con sus ataduras. Kira maldijo y se apartó de

Samm de un salto, pero el soldado Parcial se quedó allí, con la mirada fija hacia adelante.

—Samm —insistió la doctora, y de pronto él levantó la escopeta y disparó… no a Kira ni a sus amigos, sino a Morgan. Esta lo esquivó con una agilidad asombrosa, y la pantalla de la pared que estaba detrás de ella estalló en chispas y fragmentos de vidrio. Xochi también empezó a disparar, pero Morgan era

demasiado rápida; una y otra vez, los proyectiles fueron a dar a las pantallas, mientras las médicas gritaban y se echaban al suelo. La doctora Morgan se adelantaba a las balas y se acercaba a la puerta. Samm se lanzó hacia el otro lado de la sala, disparó y volvió a errar y, al tercer intento, la escopeta se quedó con la recámara vacía. Samm giró el arma, sujetó el cañón y estrelló la culata contra la parte trasera del cráneo de

Morgan, mientras esta realizaba una acometida final hacia el pasillo. La médica se desplomó y Xochi le disparó varias veces en el muslo.

—¡Y no te levantes!

—Disculpen por haber tardado tanto —dijo Samm, y tomó el cinto con cartuchos que Marcus llevaba colgado del hombro—. Ella era demasiado fuerte. ¿Cuántos hay afuera? —preguntó, mientras colocaba un cartucho en la recámara, luego

otro y otro más, en forma rápida y metódica.

Kira se incorporó en cuclillas y lo observó con asombro. *¿Realmente está de nuestro lado?* Jayden se volvió con recelo, lo midió con la mirada y luego miró hacia la puerta abierta.

—Solo cuatro —respondió—, cerca de esa esquina. El grueso de su fuerza está peleando con los Parciales contrarios.

Samm revisó su arma

rápidamente para cerciorarse de que el seguro no estuviera puesto.

—Cúbreme.

Jayden disparó con su fusil para despejar el pasillo. Samm pasó a su lado a toda velocidad, se lanzó hacia la pared opuesta y luego corrió por el pasillo hacia la posición enemiga. Los Parciales se asomaron justo a tiempo para ver a Samm abalanzándose sobre ellos, mientras disparaba su

escopeta.

Kira tomó la bata quirúrgica de la médica, se la puso, se cubrió bien la espalda y la cerró con un par de nudos en la cintura. Para terminar, tomó también la máscara y la red para el cabello de la médica y, por último, sus zapatos.

Samm regresó, con sangre en la cara y en el hombro.

—El pasillo está despejado. Creo que podemos llegar a los jeeps, pero tenemos que irnos

ya.

—Me estoy hartando de confiar en este tipo —dijo Xochi.

—Viene con nosotros —respondió Kira. *Hay algo que quiero hablar con él, algo de lo que no puedo hablar con nadie más.* Lo miró largamente, preguntándose cuál era la situación ahora: si realmente era una Parcial, si en verdad era una agente, si realmente era todo lo que ellos pensaban que era.

—Tenemos que irnos —la instó Marcus.

—Primero, una cosa — respondió Kira. Recogió la última jeringa de la bandeja que estaba en un rincón: una muestra de la feromona Parcial.

La cura del RM.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Samm conducía el vehículo; era el único de los cinco que sabía hacerlo. En el asiento trasero, Marcus examinó las heridas de Kira. Parecía que los Parciales no habían hecho mucho más que aplicarle algunas inyecciones, extraerle un poco de sangre y prepararla para una cirugía que nunca llegaron a

hacerle. La quemadura de la pierna estaba casi completamente curada, pero la vista de su propia espinilla casi sin cicatrices de pronto le resultó extraña y ajena: una señal, no de que el regenerador le había hecho más efecto que lo normal, sino de que su propio cuerpo estaba sanando mucho más rápido de lo esperado en un ser humano. Igual que el de Samm.

Kira lo miró y vio que él la

observaba por el espejo retrovisor. Se miraron un momento, en silencio. Los otros no lo sabían, y Kira y Samm no habían dicho nada.

¿Realmente soy una Parcial? ¿Cómo pude no saberlo? Los Parciales sanan con rapidez, pero en realidad esta es la primera herida importante que he tenido, y por eso nunca tuve la oportunidad de ver en acción mi propia capacidad de sanarme. Tampoco estuve

nunca muy enferma; ¿será que eso significa algo? Se devanó los sesos en busca de algo más que supiera sobre ellos. *Los Parciales son estériles, y eso no tuve oportunidad de comprobarlo. Además, son rápidos, fuertes y ágiles, pero ¿serán así solo los soldados?* Recordó a la doctora Morgan, gritando frenéticamente acerca de diseños secretos de Parciales y una especie de guerra entre facciones. *Si no*

soy un soldado, ¿qué soy? ¿Cuántos grupos hay, y qué quieren? Y ¿por qué uno de esos grupos habría de colocar una agente Parcial entre los refugiados humanos?

—Estás muy callada —observó Marcus.

—Lo siento —respondió Kira —. He tenido mucho en qué pensar.

Esta vez fue Marcus quien miró a Samm y lo estudió en silencio, pensativo. Volvió a

mirar a Kira, y luego se fijó en su pierna.

—Parece que estás sanando muy bien. ¿Seguro que no te hicieron nada más?

Kira se sintió atrapada. Sentía claustrofobia en el asiento trasero, aun con las ventanillas abiertas, que dejaban entrar fuertes ráfagas de viento.

—¿A qué te refieres?

Xochi levantó una ceja.

—Te encontramos desnuda, atada a una mesa. ¿A qué

crees que se refiere?

—Nada de eso —respondió Kira rápidamente.

—Dijiste que te durmieron. ¿Cómo sabes que no te hicieron nada mientras estabas…?

—No pasó nada —dijo Samm. Tenía la mandíbula tensa y los ojos fríos—. No me aparté de ella ni un segundo. No le hicieron daño.

—Pero iban a hacerlo —replicó Marcus—, y tú no hiciste gran cosa hasta que

aparecimos nosotros.

—¡Hice todo lo que pude!

—Dejen de discutir —pidió Kira—. Es por el enlace… no podía desobedecer.

—Eso no hace que me sienta más tranquilo teniéndolo aquí —dijo Jayden. Iba en el asiento del copiloto, mirando pasar las ruinas con la escopeta preparada.

—Esta vez los ayudé a escapar —dijo Samm—. ¿Qué más quieren de mí?

—Cálmense todos —pidió Kira—. Estoy segura de que en este momento hay cosas más importantes por las que preocuparnos.

—¿Más importantes que si podemos confiar en que el soldado enemigo nos esté llevando quién sabe adónde? —preguntó Xochi.

—Voy hacia el este —respondió Samm—. Estoy alejándome de las zonas controladas.

—Y vamos hacia las zonas no controladas —acotó Marcus—. Eso me tranquiliza.

—Nuestra gente no es como la de ustedes —repuso Samm —. Aquí no tenemos a la Voz, bandidos ni todos esos… inconformes de las afueras. Si no hay ninguna facción del ejército por aquí, significa que no hay nada. Hacia el oeste hay muchas personas buscándonos; por eso vamos hacia el este, hasta que los hayamos perdido.

Después… no sé qué haremos después. Escondernos.

—Conseguiremos un bote y regresaremos a East Meadow —dijo Kira.

Marcus la miró, sorprendido.

—¿Hablas en serio? ¿Después de lo que hicimos allá? —sacudió la cabeza—. Nos matarán.

—No lo harán cuando sepan lo que traigo conmigo.

Kira echó un vistazo a la jeringa que llevaba en el regazo,

y Marcus la siguió con los ojos. Frunció el ceño y luego la miró con asombro.

—No querrás decir…

—Sí. Estoy noventa y nueve por ciento segura.

—¿Qué es? —preguntó Xochi.

—La cura del RM —respondió Kira.

Jayden se volvió, con los ojos dilatados, y hasta Samm perdió el control del vehículo por una fracción de segundo, maniobró y

recuperó la dirección.

Kira levantó la jeringa.

—En la sangre de Samm encontré una partícula que se parecía al RM, aunque no era un virus. Resulta que es una feromona que a ellos no les sirve; lo único que hace, literalmente, es unirse al RM. Las partículas de RM que vi en la sangre del recién nacido son, en realidad, una forma inerte del RM creada por interacción con la feromona.

—Entonces, ¿los bebés mueren porque no tenemos Parciales cerca? —preguntó Marcus.

—Exacto. Pero si podemos inyectarles esto a tiempo… justo cuando nacen, o quizá incluso antes del nacimiento, se harán resistentes al virus y podremos salvarlos —sujetó la jeringa con fuerza—. Madison estaba cerca del parto cuando abandonamos East Meadow, y es posible que Arwen ya esté

en riesgo. Pero podemos salvarla.

Kira imaginó los engranajes girando en la cabeza de Marcus, analizando todos los datos lo mejor que podía. Al cabo de un rato, él levantó la vista y dijo:

—Esto podría ser cierto. Por lo que he visto de tu trabajo, y admito que vi poco, suena… posible. Pero ¿estás dispuesta a apostar tu vida por ello?

—Y tú, ¿estás dispuesto a

apostar la supervivencia de nuestra especie?

Marcus bajó la vista. Xochi miró a Kira, pero no dijo nada.

A la zona arbolada le siguió un claro, y el camino ascendía hacia un puente que atravesaba una ensenada del estrecho.

—Allá abajo hay botes —dijo Jayden, pero Samm negó con la cabeza.

—Necesitamos ir más lejos. Apenas terminen con el otro grupo de Parciales, enviarán

gente a buscarnos; aunque, por lo que sé, los dos grupos podrían venir por nosotros. Debemos alejarnos la mayor distancia posible antes de que se organicen para seguirnos.

—Lo que necesitamos es salir de este auto —repuso Jayden —. Interponer distancia primero, sí, pero después escondemos esta cosa. Hace demasiado ruido; podrán oírnos en medio continente.

—De todos modos ella nos

encontrará —dijo Samm.

—¿Quién? —preguntó Marcus.

—Heron, de Operativos Especiales. Hagamos lo que hagamos para borrar nuestras huellas, nos encontrará.

El automóvil iba a buena velocidad; no demasiado rápido, porque los caminos estaban agrietados y eran traicioneros, pero aun así a mucha mayor velocidad que la que habrían alcanzado yendo a pie. Del otro

lado del puente, tomaron una carretera importante y se percataron de mirar hacia atrás, pero no vieron nada. Varios kilómetros más adelante el camino daba un giro brusco al norte; pero ellos lo evitaron y se dirigieron hacia el sur, a través de un suburbio rural muy arbolado. Allí los caminos eran angostos y sinuosos, con curvas y contracurvas imprevisibles, y pronto abandonaron el auto en un sendero secundario, casi

sepultado por el follaje. Kira se detuvo a buscar ropa en la casa más cercana, pero era una zona muy húmeda y todo estaba podrido e inutilizable.

A diferencia de los humanos, Samm percibió el aroma del mar. Kira estaba segura de que también lo olía: un dejo salado en el borde de su percepción. No se lo dijo a nadie. Cortaron camino hacia el sureste, rodeando con cuidado los barrios de pocas casas, casi

dominados ya por la naturaleza. Los retoños crecían no solo en torno de las viviendas, sino también en su interior: el kudzu, el moho y la humedad las habían resquebrajado; sus techos se habían derrumbado y las paredes quedaron torcidas, cargadas de vida desatendida. Brotaban flores en los porches; la maleza nacía en los muebles, semivisibles por las ventanas rotas. Cuando llegaron al puerto, Kira inhaló

profundamente, como si acabara de escapar de una caverna sin aire.

—Estamos del lado incorrecto —observó Marcus, señalando —. Las casas están aquí, y el muelle, por allá.

—Parece que al sur hay casas más grandes —dijo Jayden—. Alguna de ellas tendrá un muelle privado.

Fueron bordeando la costa, buscando un bote y, a la vez, vigilando atrás que no los

siguieran.

Kira había visto a Heron en acción; había perdido una pelea en cuestión de segundos. No quería volver a pelear con ella.

—Allá —dijo Xochi, y echaron a correr.

Un largo muelle blanco se extendía desde la costa; había sido tan azotado por el agua y el viento que prácticamente había quedado reducido a maderas sueltas. Al final del muelle flotaba una lancha amplia

con un toldo de lona raído. Jayden subió de un salto y buscó un juego de llaves en los compartimentos del tablero, mientras Samm revisaba la zona en busca de gasolina extra. Ninguno de los dos halló nada. Maldiciendo, corrieron hasta la siguiente casa que había en la costa. Esta tenía un velero, que ninguno de ellos sabía navegar, pero contaba con un motor y tenía las llaves puestas en el encendido. La máquina arrancó

al séptimo intento. Samm encontró latas de gasolina, pero estaban vacías.

—Van a necesitar mayor cantidad, por si acaso —dijo—. Estamos mucho más al este que la última vez que cruzamos, y aquí el estrecho es dos o tres veces más ancho.

Llevó las latas hacia la casa para extraer la gasolina de los automóviles, pero Kira lo detuvo.

—¿Cómo que *van* a necesitar

más gasolina? —le preguntó—. ¿Tú no vienes?

Samm meneó la cabeza, mirando hacia el agua, hacia la casa, hacia cualquier lugar menos a Kira.

—Tu gente va a matarme.

—Los Parciales también lo harán —replicó Kira—. Ahora eres un traidor. Al menos con nosotros tendrás… algo, amigos, no sé. Podemos ayudarnos mutuamente.

—A ti te buscan por terrorista

—le recordó—, linda forma de ayudarnos…

Samm avanzó hacia la casa. Kira lo observó, y luego miró a los demás.

—Voy a ayudarlo con la gasolina.

Marcus miró hacia el muelle con el ceño fruncido, pero no dijo nada.

Samm y Kira subieron la pendiente hasta la casa, que resultó ser una especie de centro turístico. El

estacionamiento estaba lleno de automóviles, en uno de los cuales había un esqueleto. Samm se arrastró debajo de los autos y comenzó a pinchar los tanques de gasolina con su cuchillo, para que el combustible degradado y fangoso chorreara en las latas.

Kira quería hablar con él, preguntarle acerca de lo que ella era; al menos para decirlo en voz alta: *soy una Parcial*, pero no se atrevía. Caminó de

un lado a otro en vano, vacilante, empezando y volviendo atrás, con tanto miedo de hablar que apenas podía pensar. Por fin se dio por vencida y se dejó llevar por sus viejos hábitos: empezó a revisar los automóviles por si veía algo rescatable. La mayoría de los vehículos estaban llenos de equipaje (¿de gente que huía del virus o del país?) y en las maletas cerradas encontró ropa en mucho mejor estado que los

trapos que había visto antes. Halló interiores limpios, unos jeans gastados que eran más o menos de su talla, y una buena cantidad de camisetas y calcetines que llevó consigo por las dudas.

—Bueno —dijo Samm. Estaba sentado en el suelo, rodeado de latas de combustible.

Kira se detuvo, con la ropa en los brazos.

—Bueno… —lo miró a la

cara, a los ojos.

Se había sentido muy cerca de él, y ahora… ¿Sería el enlace? Tal vez sí podía conectarse de algún modo, y eso era lo que había sentido. Sacudió la cabeza, con emociones contradictorias. ¿Acaso esa conexión había sido solo una especie de rasgo biológico Parcial o había sido real? Si era solo el enlace, ¿acaso eso la hacía menos real? Y si podía conectarse con

alguien tan profundamente, ¿realmente importaba ahora?

—¿En serio no lo sabías? —le preguntó Samm, entrecerrando los ojos por el sol que se ponía—. ¿De verdad pensabas que eras…? —dejó la frase inconclusa, y Kira se sintió agradecida de que no lo dijera en voz alta.

—No tenía idea. Aún no estoy convencida.

—Decididamente no eres como yo, pero tampoco como

ellos —dijo, señalando con un gesto a los amigos de Kira—. No puedes enlazarte y, sin embargo, tengo la impresión de que sí puedes, como si hubiera entre nosotros algo que… no sé. No sé lo que eres.

Kira abrió la boca para responder, pero ella tampoco lo sabía.

—Soy Kira Walker —dijo, por fin—. ¿Qué más hay que saber?

Samm no dijo nada; se limitó a recoger las latas de gasolina

en silencio.

—Puedes venir con nosotros —dijo Kira—. Podemos esconderte en alguna parte, en las granjas o en alguna comunidad pequeña. Allá estarás a salvo.

Ahora él la miró con esos ojos pardos, profundos como pozos.

—¿Realmente quieres eso? ¿Esconderte y estar a salvo?

—En este momento sé menos sobre lo que quiero, que sobre lo que soy. Quiero estar a salvo.

Quiero saber qué pasa —sintió que su decisión se volvía más firme—. Quiero averiguar quién hizo esto y por qué.

—ParaGen —respondió Samm—. Ellos nos hicieron a nosotros, te hicieron a ti, y si tu teoría sobre la feromona es correcta, también crearon el RM.

—Siempre dijiste que no habían sido ustedes —repuso, con amargura.

Las comisuras de la boca de

Samm apenas si se curvaron hacia arriba, en un levísimo asomo de sonrisa.

—¿Cuándo empezaste a creerme?

Ella miró el suelo y pateó una piedra con la punta del zapato.

—Ya dije lo que quiero —levantó la vista—. ¿Y tú?

—¿Qué quiero? —repitió Samm, luego hizo una pausa, sopesando la pregunta con su clásica solemnidad—. Lo mismo que tú, supongo. Quiero saber

qué está pasando y por qué. Y quiero componerlo. Después de todo lo que pasó, estoy más convencido que nunca de que la paz…

—¿No es posible?

—Iba a decir que es la única oportunidad que tenemos.

Kira lanzó una risa seca.

—Realmente tienes un talento asombroso para decir exactamente lo que quiero escuchar.

—Tú averigua lo que puedas

—dijo Samm—, y yo haré lo mismo. Si volvemos a vernos, lo compartiremos.

—Compartiremos lo que hayamos aprendido.

Esperaron un momento más, observándose, recordándose, y por un instante Kira pensó que hasta podía sentir el enlace que los unía como un cable invisible.

Volvieron a bajar, cargando la ropa y la gasolina. Samm colocó las latas pesadamente en la embarcación.

—Con esto deberían llegar al otro lado —dijo—, siempre y cuando el motor aguante.

Jayden volvió a encenderlo y cobró vida con un rugido. Estrechó la mano de Samm.

—Gracias por tu ayuda. Perdóname por el modo en que te traté antes.

—No es necesario, pero gracias.

Xochi también le estrechó la mano, y luego lo hizo Marcus, aunque nunca lo miró a los ojos.

Kira subió a la embarcación y ofreció las camisetas y los calcetines a quien quisiera cambiarse. Marcus fue el último en subir, después de desatar las cuerdas.

—¿A dónde irás ahora? —preguntó.

—Pensé en tratar de esconderme —respondió Samm—, pero creo que ya es demasiado tarde para eso —echó un vistazo hacia los árboles—. Heron está por allá

—Kira y sus amigos se sobresaltaron, pero Samm se encogió de hombros—. No ha atacado, así que no sé qué se propone.

—¿Seguro que estarás bien? —le preguntó Kira.

—Si me quisiera muerto, ya me habría matado.

Jayden aceleró, y la embarcación se apartó del muelle. Kira observó a Samm mientras se alejaba hasta que, lentamente, lo perdió de vista.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

El motor se fundió mucho más rápido que el anterior, y a pesar de la gasolina extra, tuvieron que remar la mayor parte del trayecto. Las corrientes los llevaron hacia el este, y vieron la isla antes de que lograran acercarse y atracar la embarcación. Había caído la noche y se refugiaron en una

vieja casa sobre la playa, para dormir unas horas antes de seguir viaje.

Al amanecer, Kira revisó la cocina en busca de comida, pero las latas que había estaban hinchadas y, al abrirlas, descubrió que sus alimentos estaban rancios. Las dejó a un lado y se puso a buscar un mapa; al rato halló un atlas cerca de una biblioteca caída. No había una sección detallada sobre Long Island, sino un mapa

de Nueva York en general, pero era mejor que nada: reconoció suficientes nombres como para saber a dónde iban, y esperaba que algunas señales de tránsito los ayudaran a descubrir dónde se encontraban.

Se repartieron los armas que les quedaban —un fusil, una escopeta y dos pistolas— y emprendieron la marcha en silencio, tratando de no alertar a las patrullas de la Voz y de la Red de Defensa. Kira protegió

la jeringa lo mejor que pudo: la envolvió en algunas camisetas y la sujetó a su cintura. Rezó por dentro para que aún estuvieran a tiempo de salvar a Arwen, y escudriñó las sombras por si había peligro.

Al cabo de apenas una hora de caminata, Kira empezó a identificar el terreno. Muchas partes de la isla se veían similares, con sus casas derruidas sepultadas bajo el kudzu y rodeadas de árboles,

pero había algo en el camino que le resultaba conocido. El modo en que se curvaba, se elevaba o descendía; no lograba discernir qué era. Momentos después, dejó de recorrer con la mirada y frunció el ceño.

—Ya estuvimos aquí.

—¿Cómo? —dijo Jayden—. Si no tomamos ninguna curva.

—No esta mañana —aclaró Kira—. Es… allá —señaló una casa apartada del camino—.

¿La reconocen?

Los demás miraron y los ojos de Marcus se dilataron por la sorpresa cuando cayó en la cuenta.

—¿Es el escondite del vagabundo? ¿Tovar?

—Estoy casi segura —respondió Kira—. Tal vez tenga algo de comida.

Al acercarse, se les hizo más evidente. Esa noche apenas habían visto el frente, bajo la lluvia, pero habían observado la

parte trasera con más claridad y la reconocieron de inmediato. Kira probó las puertas, tratando de recordar cuál era la que el hombre había dejado sin trabar, pero se detuvo en seco al sentir el chasquido del percutor de un arma.

—Alto ahí —dijo una voz. Sin duda era él. Kira apartó las manos del picaporte y las levantó para mostrar que estaban vacías.

—Owen Tovar —dijo ella. Los

demás esperaban en silencio, con las armas en alto, buscando de dónde provenía la voz. El vagabundo era hábil para esconderse—. Soy yo, Kira Walker. ¿Nos reconoce?

—¿Los cuatro delincuentes más buscados de Long Island? —dijo—. Sí, ya lo creo que los reconocemos.

"Reconocemos", pensó Kira. *¿Quién más está adentro?*

—Los más buscados, ¿eh? —dijo Marcus—. Mi madre

siempre me decía que algún día sería famoso. O al menos supongo que eso me decía.

—Ahora voy a pedirles que bajen sus armas —dijo Tovar—. Tranquilos, a sus pies.

—Vinimos aquí porque pensábamos que era nuestro amigo —respondió ella—. Necesitamos comida; no vinimos a robarle.

Tovar habló con voz débil y fría.

—¿Por eso sacaron sus

armas y trataron de abrir la puerta sin llamar?

—No queríamos despertar a Dolly —respondió Marcus.

Hubo una pausa, y Tovar rio. A Kira le pareció que la voz provenía de una rejilla de ventilación en la parte superior de la pared, pero no estaba segura.

—Olvidé lo bien que me caen ustedes —dijo—. Parece que nadie los sigue, así que bajen esas armas y podrán entrar a

charlar.

Kira miró a Jayden, quien se encogió de hombros y dejó su fusil cuidadosamente junto a sus pies. Marcus y Xochi hicieron lo mismo y, por último, lo hizo Kira. *Si están a punto de robarnos…* pensó, y luego sacudió la cabeza. *No tenemos nada, seguramente se da cuenta de eso. Lo único valioso que traemos es la cura, y nadie lo sabe.*

—Eso es —dijo Tovar—.

Ahora, saluden a mis amigos.

Un arbusto se movió hacia la izquierda y Kira se sobresaltó. Luego se sacudió otro arbusto y una ventana cubierta de tablas se abrió: en segundos el patio se llenó de hombres y mujeres con diversas formas de camuflaje y corazas caseras, todos armados.

—Tranquilos —exclamó la mujer que estaba adelante. Kira le pareció reconocer esa voz—. Suban las manos y aléjense de

las armas.

—Gianna —dijo Kira—. Estabas con nosotros la última vez que vinimos aquí, con el escuadrón de rescate que encontró la bomba.

—Kira Walker —respondió la mujer con una sonrisa. Echó un vistazo a Jayden y su expresión se agrió—. Y el fascista hijo de la peste. Mantengan esas manos donde pueda verlas.

—¿Qué es esto? —preguntó Kira, en tono apremiante—.

¿Ustedes son… la Voz?

—Los mismos —respondió Tovar, al tiempo que salía por la puerta trasera con su enorme escopeta negra apoyada en la cadera—. Está en vigor el nuevo régimen, que persigue a refugiados y prófugos. No sé si tuvieron buena o mala suerte en que nosotros los hayamos encontrado primero.

—Ustedes son la Voz —repitió Marcus, como si aún tratara de entender; luego soltó

una carcajada—. Esto puede ser lo más extraño que haya oído… Y tú —agregó, volviéndose hacia Gianna—, ¿en aquel momento ya eras de la Voz?

—No, me uní después —respondió—. Me pone de mal humor que me detengan sin causa.

—Aun así —intervino Jayden— eras simpatizante. Estuve en lo cierto al no confiar en ti.

—Hasta un reloj roto marca

bien la hora dos veces al día —repuso Tovar. Señaló con un gesto la puerta abierta—. Entren, así podremos volver a colocar la trampa. Si la Red viene por aquí, no quiero que me encuentren afuera charlando.

Ingresaron en fila mientras la Voz volvía a esconderse. Tovar los condujo por un pasillo, al tiempo que Gianna trababa la puerta y se iba por otro pasillo con las armas de los recién

llegados. Adentro, la casa estaba más o menos como Kira la recordaba, incluido el lacónico camello en la sala.

—Hola, Dolly —dijo Marcus —. Tanto tiempo sin verte.

Xochi le tendió la mano a Tovar.

—Parece que conoce a todos los demás. Yo soy Xochi.

—Xochi Kessler —dijo Tovar, ignorando la mano extendida, mientras buscaba comida en su carrito—. O, mejor dicho, la

infame Xochi Kessler. Tu pobre madre está muerta de preocupación.

—Mi pobre madre puede ir y ahorcarse.

—Ella preferiría ahorcarte a ti —repuso Tovar, y le entregó una lata de ravioles—. Todavía estoy buscando el abrelatas —volvió a la carreta—. Ya les dije que los buscan como a delincuentes, ¿no? Ofrecen recompensa por sus cabezas, hay carteles en la plaza y todo

eso. Aquí está —se volvió nuevamente hacia ellos y señaló a Kira con un abrelatas con mango de goma—. Ella es la gran traidora, la que ayuda a los Parciales, la cabecilla de todo esto. Estos dos son los tontos que se dejaron llevar —y luego señaló a Xochi— y tú eres la hija desagradecida: la encarnación de cómo cualquiera puede creer en las mentiras de la Voz y volverse traidor —le entregó el abrelatas—. Voy a

buscar cucharas.

—¿Quién está a cargo ahora? —preguntó Kira—. ¿Qué pasó después de que nos fuimos?

—Querrás decir después de que dejaron la isla en la anarquía —dijo Tovar, y le entregó unos cubiertos de distinto juego.

—¿Qué tanto dijeron de nosotros? —preguntó Kira.

—Que estás aliada con la Voz, que a su vez está aliada

con los Parciales. Que irrumpiste en el hospital y liberaste a un agente Parcial prisionero de la Red, y que actualmente estás escondida en las afueras o escapaste al continente para colaborar con una invasión Parcial. ¿Cuánto de eso debería creer?

Kira respondió con cuidado.

—Supongo que eso depende de la opinión que tenga usted de los Parciales.

Tovar se sentó en el sofá,

frente a ella, y la observó con atención.

—Aparte de que han asesinado a toda la gente que conocía, los Parciales no han sido una parte importante de mi vida. O sea que, en general, mi opinión es muy mala. Ahora bien, supongo que si nos quisieran muertos, ya lo estaríamos; de modo que si tienes otra perspectiva, te escucho.

—¿Se considera un hombre

de mente abierta, señor Tovar?

—Me gustaría creer que sí.

—Pues tendrá que abrirla mucho para digerir lo que vamos a contarle —dijo Marcus—. Número uno: los Parciales no crearon el RM.

—Y no van a destruirnos. Al menos, no todos ellos —agregó Kira—. O al menos, no todavía. Lo cual nos lleva al número dos: sí, estuvimos aliados con un Parcial. Lo liberamos y lo sacamos de la isla, y después él

nos ayudó a regresar aquí.

—Madre santa —dijo Tovar —. ¿Y por eso fue todo el alboroto?

—Fue al revés —admitió Kira, avergonzada—. Nosotros iniciamos los disturbios para crear una distracción y poder liberarlo.

Tovar silbó.

—Ustedes no se andan con pequeñeces.

—Así es.

—¿Eso es todo? —preguntó.

—Por ahora —respondió Jayden—. Ahora es su turno.

—¿Por dónde comienzo? —murmuró Tovar, pensativo—. Hace dos noches ustedes echaron a correr un rumor, causaron disturbios y se fueron justo cuando empezaba a ponerse interesante. El coliseo se incendió, aunque no quedó destruido. El ayuntamiento también se incendió, con unos cuantos senadores adentro.

Kira palideció, pensando en

Isolde. *Creíamos que allí estarían a salvo. ¿Habrá muerto?*

—¿Y el hospital?

—El hospital no se incendió, aunque no puedo decir lo mismo de las casas del otro lado de la autopista. Por otro lado, el hospital fue el centro de los disturbios más graves, y digamos que hubo muchas víctimas.

—¿Las madres están bien? ¿Cuánta gente murió?

—No tocaron la maternidad —respondió el hombre—. Lamento no tener cifras exactas de las bajas; probablemente menos de las que informa el Senado, pero quizá más de las que tú esperarías.

—¿Cuántas comunicó el Senado? —preguntó Kira.

—Doscientas —la voz de Tovar sonó dura como el acero —. Un precio muy alto por la vida de un Parcial.

Valió la pena, pensó Kira,

aunque le dolía solo pensarlo. *Doscientos muertos.* Miró a Tovar, aún sin estar segura de confiar lo suficiente en él como para explicarle por qué habían estado dispuestos a llegar a tal extremo. Al fin y al cabo, eran sus prisioneros. Él no les había ofrecido más que información y no les prometía nada en absoluto.

—¿Qué senadores quedan? —preguntó Xochi—. Mi madre, aparentemente, pero ¿quién

más?

—Quizá sería más preciso preguntar qué queda del *Senado* —dijo Tovar—. Los pocos senadores que sobrevivieron esa noche declararon el estado de emergencia, impusieron la ley marcial y llenaron la ciudad y el campo con soldados de la Red. Las elecciones para reemplazar a los caídos se han postergado hasta que “se alcance un estado de paz y equilibrio”, lo cual son

muchas sílabas para decir "nunca". Es totalitarismo en todo menos en el nombre.

—Sí —dijo Kira—, pero ¿de quiénes hablamos específicamente? ¿Cuáles senadores?

—Bueno, ya sabes —respondió Tovar, encogiéndose de hombros—, los más radicales, como Kessler y Delarosa. Hobb es una comadreja, de modo que también está, y el de la Red: el

senador Weist. Así consiguieron apoyo militar con tanta rapidez.

—Los mismos que vienen dirigiendo esto desde el comienzo —observó Kira. Sintió frío en la piel y se aferró a la mano de Xochi para sostenerse —. Ellos planearon todo esto: Samm, la explosión y hasta los disturbios. Esto no es un gobierno provisional posterior a un desastre nacional; esto fue un golpe de Estado planificado y calculado.

—No pueden haber planeado lo de Samm —repuso Marcus —. No tenían idea de que irías a buscarlo.

—¿Quién es Samm? —preguntó Tovar.

—El Parcial —respondió Kira —. Y no era necesario que organizaran su captura, sino solo qué hacer con él después. Probablemente hacía ya tiempo que planeaban alguna manera de tomar el poder y, cuando nosotros aparecimos con

Samm, les dimos los medios para salirse con la suya.

—Son los únicos que están a cargo hasta que la ciudad vuelva a la normalidad —opinó Jayden —, y lo están haciendo solo por los disturbios que *nosotros* provocamos. ¿Qué otra cosa deberían hacer?

—¿En serio crees eso? —le preguntó Xochi.

—Reaccionaron demasiado pronto —protestó Kira, sintiendo que la furia crecía en su interior.

Ahora le resultaba tan conocida, tan parte de sí misma, que la llenó con facilidad—. Deben haber tenido ya un plan para manejar exactamente el tipo de situación que provocamos; nosotros empezamos los disturbios y ellos acudieron al Plan F, o como lo llamaran, y se apoderaron de toda la isla. Hasta cuando pensábamos que estábamos deteniéndolos, ya nos estaban esperando.

—Están intentando salvar la

especie —replicó Jayden—. Sí, lo hacen de un modo extremo, pero tal vez sea la única manera de hacerlo: tomar el control de la isla, con una única visión para dirigirla y un ejército para aplicar esa visión.

—No olvides dónde estás —le recordó Tovar.

—A mí tampoco me agrada —dijo Jayden—, pero ellos no tienen la… —se detuvo, echó un vistazo a Kira y volvió a empezar—. Según ellos, esta

es la única manera de salvarnos del RM: llevar la Ley de Esperanza a su extremo natural y criarnos como ganado hasta que alguien nazca inmune.

—Delarosa trabajaba en un zoológico —comentó Kira en voz baja, pensando en todos sus amigos que seguían atrapados dentro de la ciudad.

—¡No me digas! —bufó Tovar.

—Sí, salvaba especies en peligro de extinción. Supongo

que para ella somos otro grupo de rinocerontes blancos —Kira se tragó su furia e inhaló larga y profundamente—. Señor Tovar —dijo, mirándolo a los ojos—: necesitamos regresar a East Meadow.

—En ese caso, estás loca —respondió él.

—Loca o no, necesitamos ir. Y usted tiene que llevarnos —insistió ella.

—Loca y estúpida, entonces —repuso Tovar—. En tres días,

cuando reúna a todas mis fuerzas, vamos a lanzar nuestra mayor ofensiva. Es como dijo tu amigo: cuando está en juego toda la especie, la gente está dispuesta a ir a los extremos. Derrocaremos a ese gobierno y, cuando lo hagamos, no querrás estar cerca.

—¿Tres días? —la mente de Kira se aceleró—. Podría bastarnos. Si pueden hacernos entrar en la ciudad sin ser vistos, tal vez no necesitemos

ninguna guerra.

Tovar frunció el ceño.

—No soy un asesino, Kira, si eso es lo que estás pensando.

—Claro que no.

—Y tampoco soy un mártir. Sería muy peligroso llevarlos a ustedes o a cualquiera a East Meadow. Cuando me muera, quiero que sea por una muy buena razón.

—Eso no es problema —dijo Kira, y levantó la jeringa—. Tenemos la cura para el RM.

Tovar se quedó boquiabierto, mirando la jeringa, y luego lanzó una carcajada.

—¿Y esperas que crea eso?

—Creyó todas las locuras malas —señaló Xochi—, ¿por qué no creer también las buenas?

—Porque las malas entran en el campo de mi experiencia. Curar el RM entra en el campo de los duendes mágicos y los perros que hablan y mean whisky. Es imposible.

—Es real —insistió Marcus, y miró a Kira—. Apostamos nuestra vida.

—Supongamos que es cierto —dijo Tovar—. ¿Qué hacemos con eso? ¿Entramos a la ciudad, lo esparcimos en el aire y esperamos que los duendecitos mágicos hagan que todo esté bien otra vez?

—Si hay algo que aprendí del Senado —dijo Kira—, es que el poder llega del pueblo; la única razón por la que tienen el control

es porque el pueblo se lo dio.

—Y además porque tienen armas —le recordó Marcus.

—No tienen armas —replicó Xochi—, tienen la lealtad de gente que tiene armas.

—Exacto —dijo Kira—. Si podemos cambiar esa lealtad, podemos liberar a todos en la ciudad, en la isla. Si les mostramos a un bebé vivo, la prueba más pura y simple de que nuestra manera da resultado y la Ley de Esperanza

no, el pueblo se levantará en un abrir y cerrar de ojos. Podemos recuperar la libertad y unir a la isla. Y todo sin disparar un solo tiro.

—Digamos que tu cura funciona —dijo Tovar— y que realmente podemos mostrarles, como tú dices, a un bebé vivo —su voz casi se quebró. Kira pudo notar cómo lo recorría la emoción al pronunciar esas palabras—. Tú ya has estado aliada con un Parcial; cruzaste

el estrecho y los conociste en persona. ¿No crees que la gente puede pensar que es una especie de truco de los Parciales? ¿Un bebé Parcial o un… doble creado genéticamente? ¿O algo así?

—La madre tendrá que ser alguien que viva en East Meadow —dijo Marcus—, alguien a quien la gente reconozca como una de ellos —echó un vistazo a Jayden—. Su hermana está a punto de dar a

luz… quizá ya lo hizo.

Kira asintió.

—No basta con presentarnos allá con un bebé: tenemos que entrar, buscar a Madison y sacarla de allí. Todo en las narices de la Red.

Tovar miró a Kira.

—Tengo la impresión de que las cosas nunca son fáciles cuando tienen que ver contigo.

—Bienvenido a mi vida —respondió Kira—. ¿Cuántos soldados tiene?

—Diez.

Kira levantó una ceja.

—Solo en el patio vi muchos más de diez.

La voz de Tovar se endureció.

—¿Te refieres a soldados o a civiles armados con más agallas que entrenamiento?

—Entiendo —respondió Kira.

Tovar los observó con atención; sus ojos iban de uno a otro mientras pensaba.

—Quizá… digo quizá… haya una manera de meterlos.

¿Están seguros de que pueden hacerlo?

—¿Acaso no se enteró? —dijo Kira y esbozó una amplia sonrisa—. Soy la delincuente más buscada de la isla. Creo que ya es hora de que le haga honor a mi reputación.

—Sí, ¡qué diablos! —dijo Xochi.

Tovar hizo una pausa y la observó con recelo. Finalmente sonrió.

—Cuando lo dices de esa

manera —dijo—, estoy seguro de que la semana pasada oí hablar a un perro. Eso sí, no bebí su pis —se puso de pie—. Aún estamos a media mañana y el clima nos acompaña. Si nos ponemos en marcha ahora, podemos hacer que te golpeen y te tengan en custodia policial antes de la cena. Pero tengo algunos ases en la manga. Reuniré a la tropa.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Uno de los ases que Tovar tenía en la manga resultó ser los uniformes: docenas de trajes de la Red de Defensa robados de un depósito, en la vieja escuela secundaria de East Meadow.

—Nos llevamos una montaña de municiones y raciones de comida solo para que pensaran que andábamos detrás de sus provisiones, pero lo que en

realidad queríamos era esto —comentó con picardía—. Valen por mil balas cada uno, si se los sabe aprovechar.

Kira sonrió y se puso uno sobre su ropa.

La sala, que ya estaba llena de cosas, ahora estaba repleta de líderes de la Voz. Kira los observó mientras hablaban y estudiaban mapas improvisados de la isla. Al menos estaban decididos y parecían bastante capaces, pero les faltaba la

fluidez que había visto en la Red de Defensa. La Red estaba mejor organizada, aun para algo tan sencillo como una incursión de rescate. Una persona exponía el plan mientras los demás escuchaban con atención. La Voz no podía ser más diferente.

—Él es Farad —anunció Tovar, señalando a un hombre serio, de abundante y revoltoso cabello rojo—. Los uniformes vienen bien, pero él es nuestra

verdadera arma secreta: un soldado de la Red unido tan recientemente a nuestra causa, que esperamos que sus líderes no se hayan percatado de que los abandonó.

Farad miró a su alrededor con nerviosismo, visiblemente incómodo en una sala llena de personas que, hasta hacía tan poco tiempo, habían sido el enemigo.

—Traté de quedarme después de los disturbios —

explicó lentamente—, y con las nuevas reglas, pero… ya no puedo. Han ido demasiado lejos.

—Farad era conductor —prosiguió Tovar—, y resulta que hace poco… este… liberamos un jeep de un explorador de la Red —se volvió hacia Kira—; probablemente uno de los mismos que trataron de perseguirlos a ustedes después de los disturbios. Está en buenas condiciones, tiene la parte trasera cubierta con el

logo oficial de la Red, y Farad sabe las contraseñas para cruzar la frontera.

—Sabía las contraseñas —corrigió un hombre corpulento que estaba contra la pared. Era mayor, tenía cabello y barba blancos, pero sus brazos eran muy musculosos—. Es posible que las hayan cambiado. Si son astutos, seguramente ya lo hicieron.

—Pero no saben que me fui —dijo Farad, con voz leve y

poco firme—. Es decir, no pueden saberlo, ¿verdad? No tan pronto.

—Para ellos todavía estás en misión de exploración —dijo Gianna—. Claro que si te topas con alguien que sabe que deberías estar en misión de exploración, no importará cuántas contraseñas conozcas.

—Aun con estos uniformes, van a reconocernos —objetó Jayden—. Al menos a Kira y a Marcus cuando lleguemos al

hospital; allí todos los conocen.

—Y ellos son los que conocen el edificio —dijo Tovar—. Los demás no lo conocemos; al menos, no tan bien. Este es el plan: Farad los lleva en el jeep y los hace cruzar la frontera, mientras los miembros más notables de la banda se quedan atrás y con la mirada baja. Es riesgoso, pero si tienen cuidado, pueden lograrlo. Luego siguen hasta el hospital, e ingresan por esa puerta de servicio de la que

me hablaron.

—La misma por la que salimos la noche de los disturbios —explicó Kira—. Hay una gran rampa que lleva a esa puerta, lo cual dificultará que nos vean. Obviamente, cualquier guardia que esté alrededor del edificio sabrá que estamos allí, pero no estarán prestando atención a quiénes suben o bajan del jeep.

—Vayan por los niveles bajos —continuó Tovar—, suban hasta

la maternidad y saquen a su amiga. Esa es la parte más difícil.

—Y para eso voy yo —intervino Gianna—. Una vez que ustedes nos guíen por los pasillos de servicio, puedo entrar en la maternidad y volver a salir sin que nadie se fije. No me conocen y con este uniforme parecerá algo oficial.

—Eso esperas —acotó el hombre de barba.

—Vamos, Rowan —dijo Tovar

—, ¿te parece que es momento para eso? ¿Tenemos que discutir cada partecita del plan?

—Lo que tú llamas plan se basa en “buena suerte” y “no despierten sospechas” —respondió el hombre—. Los estás enviando al corazón del territorio enemigo; me gustaría pensar que tienen un plan un poco más factible.

—Ni siquiera quiero que vayan —repuso Tovar, levantando las manos—. Estoy tratando de

organizar un ataque a gran escala sobre esta ciudad, y fue lo mejor que se me ocurrió dada la escasez de tiempo y recursos.

Rowan se volvió hacia Gianna.

—¿Estás dispuesta a arriesgar tu vida por “lo mejor que se le ocurrió”?

—Estamos dispuestos a arriesgarla por esto —respondió Kira, y levantó la jeringa—. Esto no es un concepto abstracto: es

una cura de verdad, una inyección que le salvará la vida a un niño. ¿Puede imaginar eso? Un niño que respira y vive una semana, un mes, un año; un niño que ríe, gatea y aprende a hablar —se le quebró la voz—. Moriría por eso sin dudarlo.

Se hizo el silencio. Rowan fue el primero en hablar:

—Que el riesgo valga la pena no justifica un plan riesgoso.

—Este plan va a funcionar —replicó Tovar, con fervor—.

Farad tiene las contraseñas y nuestros informantes en la ciudad nos han dado todos los detalles de la seguridad del hospital. Podemos lograr que entren y saquen a Madison Sato. La llevaremos a las granjas del este; allí podrá dar a luz y el bebé vivirá.

—Voy a dividir la cura en tres dosis —dijo Kira—. Una se quedará aquí con Tovar, para usarla en la bebé de Madison, Arwen. Nosotros llevaremos la

segunda, por si Arwen ya nació; según cuánto haya avanzado el virus, tenemos que inyectarla ahí mismo.

Tovar señaló a Rowan.

—La tercera va contigo, al este hasta Flanders o Riverhead, o alguna parte donde la presencia de la Red sea más débil. Inyecta a cada recién nacido que encuentres —miró la jeringa en las manos de Kira—. La cura es demasiado importante para arriesgarla en

una sola misión.

Kira coincidió, pero desde el fondo de su mente, una vocecita persistente le planteaba la pregunta: *¿Tendré la feromona? Si realmente soy una Parcial, ¿también puedo curar el RM?* Casi no se atrevía a pensarlo, a tener esa esperanza. Sería demasiado fácil, y hasta ahora nada había sido fácil. *Apenas tenga la oportunidad, apenas cuente con el equipo necesario, tengo que*

analizarme.

Gianna susurró con reverencia:

—Estamos poniendo muchísima esperanza en esto.

—Lo sé —dijo Kira.

—Entonces ese será el equipo —dijo Rowan—: Gianna, el tipo nuevo y estos dos paramédicos.

—Y nosotros —agregó Jayden—. Madison es mi hermana.

—Y Kira es la mía —intervino

Xochi.

Kira sintió que le remordía la conciencia, como si voluntariamente los hubiera traicionado a todos. *¿Qué harían si supieran lo que soy en realidad?*

* * *

El automóvil se detuvo a tres kilómetros al noreste de East Meadow. Gianna y Farad pasaron casi una hora con la

cubierta del vehículo abierta, maldiciendo, dando golpes y tratando de hacer arrancar el motor. Kira y Marcus se sentaron en el borde de la acera y planearon la ruta para atravesar el hospital: dónde ir, cómo llegar y qué frases médicas específicas enseñar a Gianna para ayudar a sacar a Madison de la vigilancia de las enfermeras. Kira llevaba la jeringa con sus cosas, cuidadosamente envuelta,

acolchada y sujeta a la cintura. La tocó como un reflejo, para asegurarse de que estaba bien.

Farad se acercó con gesto cansado y dejó caer un trozo de metal negro y aceitoso en la calle, junto a Kira.

Marcus lo miró.

—¿Mala gasolina?

—La gasolina es la más limpia que he visto en mucho tiempo —respondió—. Esto es el arranque; no está roto, torcido ni atascado, sino

simplemente… viejo —se sentó junto a ellos—. De todas las cosas que podrían haber salido mal, nunca se me ocurrió esto.

—Pero aun así puedes lograr que entremos, ¿verdad? —dijo Kira.

—Podría ingresar yo —respondió Farad, moviendo la cabeza, dubitativo—. Tú eres demasiado famosa y, sin el jeep para esconderte, no veo cómo hacerlo. Aunque si yo pudiera entrar, un tipo que regresa solo

va a despertar más sospechas que todo un escuadrón en un vehículo. Me interrogarían, probablemente me detendrían y, de todos modos, no llegaría hasta tu amiga a tiempo. Decididamente, no podría sacarla.

—Analicemos nuestras opciones —dijo Jayden—. No podemos darnos por vencidos, y no hay tiempo para regresar.

—Podríamos buscar otra patrulla de la Red y robarles el

jeep —propuso Xochi.

—Me refiero a opciones realistas.

—Tal vez podríamos hacer andar alguno de esos otros autos —sugirió Gianna, pero Farad negó con la cabeza:

—Notarán la diferencia entre un vehículo de flota y uno recuperado —respondió—. Con tiempo suficiente y el equipo necesario, puede ser, pero tenemos que hacer esto ahora si queremos evitar que Tovar

lance un ataque frontal. No nos dio mucho tiempo.

—Tendremos que cruzar a pie —dijo Kira—. Eso nunca ha sido difícil: la frontera es demasiado grande como para patrullarla toda.

—East Meadow nunca había estado bajo la ley marcial —le recordó Gianna—. Contamos con informantes adentro y hemos explorado el perímetro. Está más vigilado que nunca.

Kira miró el cielo para calcular

la hora; caía la tarde.

—Trataremos de entrar de noche. ¿Tu radio capta los canales de la Red?

—Claro —respondió Gianna —, así como las radios de ellos captan las nuestras. Cualquier cosa importante estará en código.

—Y no los conozco todos —acotó Farad.

—En ese caso, tendremos que arreglárnoslas —dijo Kira, poniéndose de pie—.

Busquemos un punto débil en la frontera.

Fueron hacia el sur por la que un cartel identificaba como calle Walt Whitman. Pasaron por un centro comercial y, unas horas más tarde, junto a un parque muy arbolado. En cierto momento, al otro lado de un estacionamiento vieron un grupo de soldados de la Red investigando un edificio de oficinas que tenía los vidrios rotos. Los soldados los

saludaron de lejos; el sonido resonó con un eco vacío a través de la distancia, y Farad respondió el saludo. Los soldados volvieron a su trabajo. Kira siguió caminando hasta que los perdieron de vista; luego apresuró al grupo. Aparecían más patrullas a medida que se acercaban al límite este de la ciudad; la seguridad se fue haciendo más y más intensa, hasta que vieron a lo lejos una calle completamente bloqueada

por automóviles. No eran solo restos de una década sin tránsito. Esos autos habían sido ubicados allí y sujetos con placas de madera y metal.

Kira hizo un ademán con la cabeza y murmuró por lo bajo:

—Rodearon la ciudad con barricadas.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

—Esa es la avenida Gardiners —dijo Jayden—. Estamos muy cerca.

¿Hasta dónde creen que llegue el muro?

—No tiene sentido construirlo aquí solamente —respondió Gianna—. Si no, simplemente construirían un fuerte y vigilarían la intersección.

—Como sea —dijo Xochi—, podemos escabullirnos a la mitad de alguna manzana. No pueden tener guardias en toda la longitud.

Los demás estuvieron de acuerdo y siguieron caminando por los patios llenos de maleza de un barrio residencial. Llegaron hasta un lugar que estaba a mitad de camino entre dos intersecciones. Kira echó un vistazo por una cerca cubierta de kudzu, y notó que allí la

barricada era más baja: solo automóviles en fila, sin placas de metal ni cajas de refuerzo. *No tuvieron tiempo de terminarla.* Como para equilibrar las cosas, del otro lado de la calle había un centro comercial con un gran estacionamiento; cualquiera que estuviera observando desde un puesto en una de las intersecciones tendría mucho más tiempo para verlos atravesar el espacio abierto.

—Maldita isla con sus centros comerciales —dijo Kira—. ¿Cómo puede haber tanto terreno abierto?

—Hay matorrales —observó Xochi—, pero probablemente no sean tantos como para ocultarnos hasta el otro lado.

—Miren allá —dijo Gianna, señalando hacia el sur—. El siguiente grupo de soldados está por lo menos a dos cuadras. La brecha entre guardias es bastante grande;

cuando oscurezca, tendremos una buena oportunidad.

Kira miró hacia el sur y luego otra vez al norte, calculando la distancia.

—Fíjate si puedes encontrar en la radio qué canal está usando aquel puesto de guardia.

Gianna empezó a girar la perilla: *tic*, pausa, *tic*, pausa, buscando una frecuencia activa. Cada vez que oía voces, se detenía a escuchar si daban nombres de calles.

Kira sintió una oleada de alivio cuando la voz de un hombre mencionó la avenida Gardiners.

—Ese es el nuestro —dijo, dando golpecitos en la pared con los dedos—. Sigue monitoreando los tres canales. Montaremos guardia, seguiremos escondidos y esperaremos la noche.

Volvió a espiar por la cerca, calculando las distancias hasta los dos puestos de vigilancia. *De noche, si cruzamos*

agachados, no deberían vernos.

Con cada hora que pasaba, Kira sentía que se le hacían más nudos en el estómago. *¿Qué soy? ¿Por qué estoy aquí… y quién me puso aquí? ¿Tengo la feromona? ¿Tengo algo peor?* Cien mil preguntas se arremolinaban en su cabeza, y estaba desesperada por conocer las respuestas. Se obligó a olvidarlas, a pensar en la tarea que habían emprendido,

pero eso era peor aún. Al pensar en Madison y Arwen, le costaba contenerse para no echar a correr directamente al hospital. Palpó la jeringa envuelta en su cintura y se propuso tener paciencia.

Cuando al fin oscureció, Farad quitó más tablones de la cerca y abrió un agujero entre el kudzu. Se echaron los equipos al hombro, los sujetaron bien y se dispusieron a salir en fila: Farad, Xochi, Jayden, Gianna,

Kira y Marcus.

Kira sujetó firmemente su fusil y tomó aliento lenta y profundamente.

—Mantén la radio encendida —le dijo a Gianna—, lo más bajo que puedas. Si la Red nos ve cruzar, quiero enterarme.

—Hecho —respondió la mujer, con una leve sonrisa.

—Entonces vámonos —dijo Kira—. Manténganse agachados y callados, pero si nos ven, corran.

Farad tomó impulso.

—Preparados… listos… ¡ya!

Se dejó caer boca abajo y se escabulló en silencio entre la maleza hacia la barricada improvisada con automóviles. Los demás lo siguieron, tratando de no hacer ruido. Hubo algunos segundos de silencio desesperado y, de pronto, la radio estalló en exclamaciones, gritos y estática.

—¡Allá! ¡Allá! ¡Al sur de la Veintitrés!

Una bala se estrelló en el asfalto, a menos de treinta centímetros de la mano de Kira.

—Se acabó el sigilo —dijo—. ¡Corran!

Se levantaron de un salto y atravesaron la calle a toda velocidad, saltando por encima de la hilera de autos. Kira apoyó la mano en la ancha cubierta del motor de un coche para tomar impulso; le quemó la piel, aún caliente por todo un día al sol, pero ella saltó por encima con

dos pasos rápidos y sonoros, y aterrizó en el suelo más allá. La radio gritaba alertas y Kira sintió ecos de disparos extraños, primero en la radio y luego en la realidad, cuando las detonaciones llegaron por fin a sus oídos. Farad ya estaba del otro lado, corriendo por el estacionamiento hacia una brecha entre los edificios del centro comercial, cuando de pronto Gianna cayó como una piedra y, sobre ella, quedó

flotando una especie de densa neblina.

—¡No! —gritó Kira, y estaba tan cerca de Gianna que tropezó con su cuerpo y cayó sobre el asfalto. Intentó levantarse para ayudarla, pero Marcus la sujetó al pasar y la obligó a incorporarse y seguir corriendo.

—¡No te detengas!

—Tenemos que ayudarla.

—¡Está muerta, no te detengas!

Kira logró soltarse y, al dar media vuelta, oyó que una bala impactaba en el suelo, peligrosamente cerca. Gianna yacía boca abajo en un charco de sangre.

—Perdóname —le susurró, y se acercó, no para rescatar a la mujer sino la radio. *Esto es demasiado importante como para dejarlo.*

Kira sintió que su cuerpo se torcía con un impacto, pero se mantuvo de pie y volvió a correr

hacia Marcus y los demás. *¿Dónde me dieron?* Se revisó las extremidades mientras avanzaba, tratando de identificar el dolor, pero no le dolía nada. *Demasiada adrenalina*, dijo la científica en su cabeza, extrañamente serena y analítica. *Vas a morir desangrada sin siquiera sentir la bala.* Llegó al abrigo del callejón y siguió corriendo mientras Marcus de atrás la maldecía, furioso.

—¡¿Quieres que te maten?!

—Cállate y corre —le dijo Xochi, y los condujo por un portón roto que colgaba tristemente de una sola bisagra oxidada.

Más allá había un patio plagado de maleza y lo atravesaron con dificultad hasta la puerta trasera de una casa desvencijada; estaba rota y la pintura se desprendía en largas tiras desteñidas. A tan poca distancia de la ciudad, las

viviendas seguían deshabitadas, y al entrar se dejaron caer en el piso de la sala, junto a un esqueleto. Jayden se volvió con su escopeta para cubrir la puerta.

—Me dieron —dijo Kira, y dejó la radio para palparse, buscando sangre.

Farad tomó la radio, apretó el intercomunicador y ladró:

—Puesto Veintitrés, aquí Patrulla Cuarenta. Estamos aquí, pero la Voz no pasó por

las casas. Repito, no pasaron por las casas. ¿Tienen contacto visual? Cambio.

—Negativo, Cuarenta —graznó la radio—. Seguimos buscando. Cambio.

—Entendido, seguiremos buscando también. Cambio y fuera —apagó la radio con un clic y se la arrojó de vuelta a Kira—. Arriesgaste tu idiota vida por esa cosa, así que aprovechémosla.

—¿Qué es Patrulla Cuarenta?

—preguntó Xochi.

—Están apostados al norte —respondió Farad— y usan otro canal. Esto nos dará unos diez minutos hasta que se den cuenta. Ahora tenemos que salir de esta casa antes de que nos encuentre una patrulla de verdad.

Incluso antes de que terminara de susurrar, oyeron pasos y voces en el patio. Jayden sujetó su arma, corrió a la puerta trasera y se agazapó

detrás de la pared a medio caer.

—Aquí la Red de Defensa de Long Island —gritó Jayden, mientras echaba un vistazo a sus compañeros y les hacía señas de que tomaran sus armas—. Depositen sus armas y ríndanse inmediatamente.

Hubo una breve pausa, y Jayden escuchó con la cabeza ladeada. Al cabo de un momento, una voz respondió:

—¿Son ustedes, Patrulla

Cuarenta?

Jayden sonrió con aire travieso.

—Así es. ¿Puesto Veintitrés?

Kira oyó que afuera los hombres maldecían.

—¡No me digas que los perdimos!

Farad se puso la gorra de su uniforme y salió por la puerta trasera con cuidado. Kira observó por un agujerito en la pared derruida.

—Revisamos toda esta zona

—dijo—. No pasaron por aquí.

—¿Cómo que no? —preguntó el soldado—. Acabamos de perseguirlos hasta este callejón.

—Tengo hombres en la mitad de estas casas —respondió Farad, señalando con un gesto alrededor—, y ninguno vio nada.

—¿Cómo dejaron que se les escaparan?

—Mire, soldado —dijo Farad —, son ustedes quienes los dejaron cruzar la frontera. Estamos intentando reparar sus

errores, no los nuestros. Ahora sepárense. Nosotros revisaremos estas casas y ustedes, aquellas. Y no olviden dejar aquí a alguien que vigile el callejón. Lo último que queremos es que pase más gente por su puesto de vigilancia.

Los soldados mascullaron un poco y Kira los oyó alejarse con pasos pesados y ruidosos hacia la próxima casa. Exhaló y siguió revisándose en busca de una

herida de bala. Por fin la encontró: en su mochila. No la habían herido, pero su equipo estaba destruido.

Farad volvió a entrar y lanzó un suave silbido de alivio.

—Salgamos de aquí.

—No puedo creer que haya dado resultado —dijo Xochi.

—No será por mucho tiempo —respondió Jayden—. A la larga van a revisar a Gianna y se darán cuenta de que tiene uniforme de la Red. Tenemos

unos sesenta segundos para desaparecer.

Se dirigieron al frente de la casa y de allí se escabulleron hacia el patio de la siguiente, y luego a otro, internándose en East Meadow y alejándose lo más posible del punto de infiltración. A medida que avanzaban, la ciudad se volvía más poblada, las casas estaban mejor cuidadas y, por fin, Kira vio el destello del vidrio en las ventanas. *Estoy en casa.* Sin

embargo, aunque la ciudad se veía familiar, tenía un aspecto diferente: las viviendas estaban ocupadas, pero todas las puertas permanecían cerradas y las ventanas, tapadas con cortinas y hasta con tablas. En una linda noche de verano como aquella, aun después del anochecer, las calles deberían estar llenas de gente conversando, divirtiéndose, pero ahora los pocos transeúntes iban con prisa, ansiosos por

ponerse a cubierto y evitando el contacto visual con los demás. Grupos de soldados de la Red y de la policía especial de Mkele patrullaban la ciudad a intervalos regulares.

Kira notó que a algunos de esos ciudadanos asustados los detenían para interrogarlos. *Están buscándonos*, pensó, *pero están castigando a quienes no tienen la culpa.*

Llegaron a la autopista y se refugiaron en un comercio en

ruinas ubicado frente al hospital, que se había convertido prácticamente en una fortaleza. Había soldados en las puertas, aunque lo más importante era que había un perímetro de guardias alrededor de todo el terreno. La puerta trasera que habían planeado usar probablemente seguía libre, pero sin el jeep de la Red, no podían aproximarse a ella y, menos aún, volver a salir con Madison.

—Esto va a ser interesante —observó Xochi.

—No me digas —respondió Jayden.

Farad se limitó a mover la cabeza.

—Malas noticias —dijo Marcus, y señaló para que se acercaran a la radio.

Se agruparon en torno de él: una voz mezclada con estática gritaba una advertencia urgente: “Repito: la Voz tiene uniformes de la Red de Defensa. Ya están

dentro de la ciudad, y puede que estén viniendo más. Ahora es obligatorio verificar la identidad de todos los que encuentren, protocolo código Sigma". El mensaje se repitió.

—Esto se está poniendo cada vez mejor —comentó Marcus.

—No conozco el protocolo código Sigma —dijo Farad, mientras caminaba, nervioso, de aquí para allá por el edificio en ruinas—. Un poco, sí, pero no lo suficiente. Ahora no podremos

engañar a nadie.

Kira se quedó mirando el hospital, tratando de encontrar algo, cualquier cosa que pudiera aprovechar para ingresar.

Soy una delincuente buscada y cada persona en ese edificio me conoce bien. Si entro, lo haré encadenada. Sacudió la cabeza y se obligó a pensar. *Soy más fuerte que mis dificultades*. *Puedo aprovecharlas para mi propio beneficio; puedo usarlas para*

mis propios fines. No digas "Nunca lo haré"; pregunta: "¿Cómo puedo transformar esta situación en mi favor?".

Estudió el lugar con más detalle: contó la cantidad de guardias que veía, calculó la cantidad de los que no, y trazó un mapa mental de los pasillos internos para adivinar dónde estaría apostado cada soldado. Contó las ventanas para determinar la ubicación exacta de los buenos puntos de

ingreso, y descubrió con consternación que cada uno había sido bloqueado con automóviles o reforzado con placas de metal o tablones de madera. *Está muy bien organizado. Pensaron en todo, se adelantaron a cada plan que pudiéramos tener.*

Echó un vistazo a los francotiradores apostados en el techo, que tenían una vista inigualable de los terrenos que rodeaban el hospital. *Parcial o*

no, de todos modos podrían matarme de un tiro, por muy rápido que corriera…

Se detuvo de pronto, le llamó la atención un destello de luz de una ventana. *Es el cuarto piso; los únicos que usan ese piso son los senadores. ¿Estarán reunidos en este momento? ¿Acaso eso podría servirme de algo?*

—Aunque logremos entrar —dijo Jayden—, no sé cómo haríamos para volver a salir; no

con Madison. Apenas le permiten levantarse; jamás la dejarían salir del hospital y ni siquiera tenemos el jeep para trasladarla.

—Pero si eres todo un rayito de sol —comentó Marcus. Se puso de pie—. Esto es fantástico: no podemos llegar al hospital, no podemos salir, probablemente ni siquiera logremos salir de East Meadow. Nuestros uniformes ya no nos ayudan. Literalmente, no

tenemos nada.

—No es cierto —dijo Kira, mirando hacia el hospital. Decididamente había luz en el cuarto piso—. Me tienen a mí.

—Discúlpame si no me pongo a saltar de alegría —dijo Farad.

—¿Ven aquella luz? —preguntó, señalando las ventanas superiores iluminadas —. Allí están los senadores, y ustedes van a llevarles lo que más quieren en el mundo: a mí.

—No haremos eso —protestó

Marcus, enardecido, y los otros tres hicieron lo mismo.

—Sí, lo harán —repuso ella —. Nuestro plan se frustró; no podemos sacar a Madison, pero aún podemos darle la inyección… si logramos entrar. No necesitan que yo esté allí cuando lo hagan, y hablaba en serio cuando dije que estaba dispuesta a dar mi vida por esto. Si Arwen vive, no me importa lo que me haga el Senado.

—No vamos a abandonarte —insistió Xochi.

—Sí lo harán —dijo ella—. Se bajan las viseras de las gorras, marchan hasta la puerta y les dicen que me atraparon cruzando la frontera. Es la historia más creíble que podríamos contar, porque cualquier soldado que esté atento a su radio sabrá que durante todo el día hubo gente intentando cruzar la frontera. Ni siquiera van a pedirles

identificación: ¿por qué los espías de la Voz habrían de entregar a uno de los suyos?

—Buena pregunta —dijo Xochi—. No ganaríamos nada.

—Eso les daría entrada al hospital —respondió Kira—. Solo entréguenme a los guardias de adentro; ellos me llevarán ante el Senado, mientras ustedes van a la maternidad.

—No tenemos por qué entregarte —dijo Marcus—. Una

vez adentro, podríamos… correr hacia allá.

—Y sonarían todas las alarmas del edificio —le recordó Kira—. Si me entregan, podrán trabajar en paz —tomó la mano de Marcus—. Si esta cura da resultado, la humanidad tiene futuro; es lo único que siempre hemos querido.

—Yo quería tenerlo contigo —respondió Marcus, con la voz quebrada.

—Quizá no me maten

enseguida —sugirió, con una sonrisa débil—. Tal vez tengamos suerte.

Marcus rio, con los ojos llenos de lágrimas.

—Sí, nuestra suerte ha sido increíble hasta ahora…

—Tendremos que alertarlos antes —dijo Farad, tomando la radio—, como hicimos con el puesto de vigías. Si nos oyen antes de vernos, tenemos muchas más probabilidades de que nos salga bien.

—No podemos arriesgarnos dos veces con el mismo truco —dijo Jayden—. Estará escuchando alguien que sabe exactamente cuántas patrullas hay y a dónde han sido asignadas. No tardarán en darse cuenta de que estamos mintiendo.

—Pero no podemos presentarnos sin llamar primero —adujo Farad—. Sería muy sospechoso.

Xochi sacó su pistola, le

enroscó un silenciador y disparó justo al centro de la radio.

Kira y los demás se apartaron sobresaltados.

—Tema resuelto —dijo Xochi, enfundando el arma—. La perversa terrorista Kira Walker le dio a nuestra radio durante la pelea. Ella es mi mejor amiga en todo el mundo, pero tiene razón. Su plan es lo más práctico y rápido para poder entrar en ese hospital. Así que: quítenle las armas y hagamos esto.

Kira dejó sus armas y se fue despojando de casi todo lo que llevaba. Los hombres del grupo empezaron a ayudarla, resignados a que la decisión estaba tomada. Marcus no estaba conforme, pero tampoco hacía nada por impedirlo. Lo último fue un cinturón extra, donde estaba atada firmemente la jeringa, envuelta y acolchada con camisetas viejas. Kira se lo quitó, lo sostuvo un momento y se lo entregó a Marcus.

—Ocúpate de este asunto —susurró.

—No quiero que hagas esto.

—Yo tampoco —respondió Kira—, pero hay que hacerlo.

Él la miró sin decir nada; luego tomó el cinturón y se lo sujetó cuidadosamente debajo de la camisa. Se cercioró de que quedara cubierto por la ropa; luego se tiznó la cara con tierra para disimular sus rasgos y evitar que las enfermeras lo reconocieran. *Quizá.* Jayden y

Xochi hicieron lo mismo, y Kira deseó que fuera suficiente. *Solo tengo que asegurarme de que todos me miren a mí.*

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

Kira se retorcía y jalaba, gritando, mientras la llevaban hacia la primera hilera de guardias.

—¡Suéltenme! Estoy tratando de ayudarlos, idiotas, ¿no se dan cuenta?

Basta de ser sigilosos. Ahora ella tenía que llamar la atención para que nadie reparara en sus

amigos. Soltó un brazo del puño de Farad y atacó a Jayden, tratando de hacerlo del modo más convincente posible. Él respondió dándole un golpe en el costado de la cabeza y torciéndole el brazo a la espalda en una llave que la inmovilizó por completo.

—Uf —gruñó Kira—, bien hecho.

—Cállate, basura de la Voz —Jayden la arrastró y se dirigió a Farad—. Así se sostiene a un

prisionero, idiota. No vuelvas a soltarla.

—Creo que estás rompiéndome el brazo —masculló Kira.

—Bien —dijo Xochi, en tono bien alto para que la oyera el grupo de soldados más cercano. Los soldados los llamaron, pero Xochi se adelantó antes de que pudieran decir nada más—. ¡La atrapamos! —anunció, agitando la radio rota como un trofeo—.

Rápido, ábrannos paso al Senado; no quiero que ningún civil pueda acercarse e intentar algo.

—¿A quién tienen? —preguntó vacilante el sargento del grupo.

—A Kira Walker —respondió Xochi—. En carne y hueso. Estaba con ese grupo que cruzó la frontera. Véanla ustedes mismos.

Señaló con un gesto a Kira, que los miró con aire desafiante.

—¡Vaya! —exclamó el sargento, al tiempo que se acercaba para observarla mejor. No era ningún conocido de Kira, pero asintió—. Es ella, sin duda —hizo una pausa y luego le escupió en la cara—. A mi mejor amigo lo mató la Voz, perra.

Marcus se adelantó rápidamente para contenerlo.

—Tranquilo, soldado. Es una prisionera, no un animal.

—Atacó el hospital —protestó

el soldado—. ¿Por qué la defiendes?

—La llevaremos ante el Senado —respondió Marcus—. Ellos decidirán cómo la castigan, no nosotros. Ya oyeron: ¡abran paso!

El otro escuadrón lo miró con enojo y Kira contuvo el aliento, rogando por dentro que no les pidieran identificarse. Pateó a Jayden en la espinilla, tratando de mostrarse lo más peligrosa posible, y él maldijo y volvió a

torcerle el brazo, con tanta fuerza que ella no necesitó fingir su reacción. Aparentemente, la demostración fue suficiente.

—Llevémosla arriba, entonces —dijo el sargento, y los condujo hacia el hospital, abriendo paso entre la multitud de soldados.

—Ahora estamos entrando en la verdadera zona de peligro —murmuró Jayden—. Trabajé con algunos de estos tipos.

—Yo también —respondió Marcus, mientras recorría con la

vista la multitud que se iba congregando y preparaba su arma. Señaló con un gesto leve hacia la izquierda—. Aquel, por ejemplo.

—Entonces miremos a la derecha —dijo Jayden, y giró ligeramente en esa dirección.

Necesito que me miren a mí, no a mi escolta, pensó Kira, y comenzó a gritar.

—¡El Senado miente! ¡Ellos trajeron aquí al Parcial y me dijeron que lo estudiara, y yo

encontré una cura! ¡Encontré una cura para el RM, pero el Senado quiso destruirla! ¡Sus hijos no tienen por qué morir!

Estaba dando resultado: más y más soldados la observaban; todas las miradas estaban fijas en su rostro. Estaban llegado a la puerta principal. *Solo unos pasos más*, pensó Kira, *solo algunos más.*

El soldado que encabezaba la marcha se detuvo, se quedó mirando la puerta y luego se

volvió hacia Kira. La miró con ojos oscuros y diáfanos.

—¿De verdad tienes una cura para el RM?

Kira se detuvo, sorprendida, sin saber qué pensar. ¿Sería solo curiosidad lo que sentía el soldado? ¿Realmente quería saberlo? La pregunta parecía cargada con muchos significados, pequeñas insinuaciones, mensajes y señales que ella no podía interpretar porque no sabía

nada acerca de ese hombre. ¿Acaso estaba de su lado? ¿O apoyaba al Senado? Kira miró más allá de él, hacia el vestíbulo central del hospital, abierto y listo; lo único que tenían que hacer sus amigos era entrar, doblar a la derecha y seguir por el pasillo. Podían salvar a Arwen. Podían hacerlo.

Pero el verdadero poder es del pueblo, pensó, recordando su conversación con Tovar. *Este es el pueblo que queremos que*

nos oiga, la gente que va a seguirnos o a quedarse con el Senado. ¿Cuántos de ellos serán como Jayden o Farad? ¿Cuántos querrán rebelarse y necesitan solo un empujoncito final?

¿Podré darles ese empujoncito?

Se volvió hacia el soldado y lo miró directo a los ojos.

—Sí, la tengo —respondió—. Tengo una cura para el RM. Pero el Senado prefiere

matarme antes que se la entregue a ustedes.

—Dámela —susurró el soldado, acercándose más—. Puedo usarla… No puedo salvarte a ti, pero la usaré para salvar a los niños.

¿Estaba diciendo la verdad? ¿Estaba alardeando? ¿Estaba tratando de engañarla? No podía entregarle la cura sin delatar a Marcus y a todo el grupo, pero ¿y si pudiera? ¿Cuántos en aquella multitud la

atacarían y cuántos saldrían en su defensa? ¿Quiénes le creerían? ¿Le creerían lo suficiente como para llevarla a la sección de maternidad? No bastaba que el soldado prometiera ayudarla; tenía que demostrárselo allí mismo, o sería mejor no arriesgarse.

Buscó en los ojos del soldado algún indicio de entendimiento al susurrar:

—No puedes ser un héroe a medias.

—Identificación —dijo otro soldado desde el costado. Dio un paso hacia ellos, y a Kira se le fue el alma al suelo—. Tenemos que pedírsela a todo el mundo, incluso a los soldados, y ustedes no ingresarán a este hospital a menos que yo sepa exactamente quiénes son.

La multitud de soldados contuvo el aliento, observándolos y esforzándose por oír el diálogo. Más atrás,

Kira vio que algunos sujetaban sus armas y se movían con inquietud, preparándose para una balacera. *No sé en quién confiar,* pensó, nerviosa. *Si empiezan a disparar, no sé de quién esconderme, a quién atacar; no sé nada. Ni siquiera sé qué quiere este soldado.*
Jayden bajó su mano libre y desabrochó la funda de su pistola, para que fuera más fácil acceder a ella. El soldado que estaba frente a Kira hizo lo

mismo…

…y se volvió hacia un lado, con lo cual la pistola quedó a pocos centímetros de los dedos de Kira.

—Oye, Woolf —dijo el soldado, dirigiéndose al que les había pedido identificación—. ¿Tienes un par de esposas? Hay muchos simpatizantes entre esta gente y quiero sujetarla bien antes de llevarla arriba.

"Muchos simpatizantes", pensó Kira, con la mirada

clavada en la pistola que tenía delante. *Eso podría ser un mensaje para mí… está ignorando la orden de identificación y ofreciéndome una pistola. Tiene que estar de nuestro lado. Pero ¿qué está haciendo? Si va a pelear por nosotros, ¿por qué no pelea? ¿Qué espera que haga yo?* Los soldados observaban con atención, pendientes de cuál sería su decisión. *¿Quiénes están con nosotros? ¿Qué debo*

hacer? Miró al soldado que estaba frente a ella; rápidamente se le iban acabando las razones para seguir allí parado de costado. *Me está dejando decidir,* comprendió. *Aún no está peleando porque quiere saber si hablo en serio o no, si realmente estoy dispuesta a morir por esto o si son solo palabras huecas. Lo que empecemos aquí será sangriento. Muchos moriremos.*

Está esperando que dé el primer paso…

—Dije "identificación" —insistió el otro soldado, acercándose más. Tenía el fusil listo en las manos; si llegaba a sospechar demasiado, podía matarlos a todos en cuestión de segundos.

Kira tomó su decisión y miró rápidamente a la izquierda, más allá de Farad, hacia la multitud. El soldado siguió su mirada; ella arrebató la pistola ofrecida de

un solo movimiento, la giró, le quitó el seguro y disparó a la cabeza del soldado que desconfiaba. Este se desplomó, y Kira gritó con todas sus fuerzas:

—¡Peleen por su futuro!

La multitud entró en erupción. Ella se agachó, y Marcus la empujó con fuerza hacia el suelo.

—¡Te van a disparar, quédate abajo!

—¡Me van a disparar en

cualquier parte! —gritó Kira, y se volvió hacia las puertas del hospital.

El soldado que le había dado la pistola cayó al piso; en ese instante Kira siguió hacia atrás la trayectoria de la bala y mató de dos tiros al hombre que había disparado. Ella empezó a abrirse camino delante de ellos. Saltó y arrastró a Marcus en una carrera hacia la entrada; Jayden y Xochi los seguían de cerca. Apenas atravesaron la

puerta del edificio, Kira oyó disparos que resonaban en el pasillo y se lanzó al suelo detrás de un escritorio de información.

—Eso es madera laminada —dijo Jayden—. No frenará los proyectiles.

—Y afuera no todos están a nuestro favor —dijo Xochi—. No me gusta estar tendida en el suelo delante de una revolución. Necesitamos una estrategia.

—Seguir atacando y esperar lo mejor —dijo Jayden, y rio con

gesto sombrío.

—La esperanza no es una estrategia —dijo Kira.

—No es el plan A —concedió Jayden—, y no debería ser el plan B, pero puede ser el plan C que nunca se hizo.

Kira asintió y recuperó su escopeta de manos de Farad.

—Entonces te cubriré. Que alguien que tenga alcance efectivo se ocupe de esos tiradores.

Antes de pensarlo mejor, Kira

se levantó de un salto y empezó a disparar hacia el pasillo con la escopeta, un disparo tras otro. Era un arma de cañón largo y un solo tiro, inútil a corta distancia, pero a mediana distancia —como en este caso — ocasionaba un devastador granizo de perdigones que obligó a los soldados a resguardarse. Jayden apareció a su lado con su fusil; apuntaba cuidadosamente y daba tiros rápidos y precisos cada vez que

un enemigo levantaba la cabeza o asomaba su arma. Marcus y los demás aprovecharon el tiempo para correr, manteniéndose fuera de la línea de fuego. Cuando ella se quedó sin municiones, llamó a Xochi, quien se ubicó en una puerta y siguió disparando. Kira y Jayden corrieron para alcanzar a los demás, y Kira se arrojó al interior de la habitación junto a Marcus.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Bueno, lo mismo de siempre —respondió él, apretando los dientes por las fuertes detonaciones que sacudían las paredes y el techo —. ¿Y tú?

—Sí. ¿La cura está bien? —preguntó.

La buscó a tientas en la cintura de Marcus, y al hacerlo sus dedos rozaron ligeramente los de él, que estaba haciendo lo mismo. La jeringa estaba intacta y la envoltura, seca; no

había nada roto ni filtración alguna. Kira dejó la mano allí un momento más, mirando a Marcus a los ojos.

—Lo siento —le dijo en voz baja. Detrás de ellos, Xochi gritó desafiante y se agachó para recargar mientras Farad tomaba su lugar.

—¿Por qué? ¿Por esto? —preguntó Marcus, señalando con un gesto a su alrededor—. No te preocupes, pasa todos los días.

—Tú querías vivir en paz —dijo, al tiempo que recargaba su escopeta—. Eso era todo lo que querías: que estuviéramos juntos, y yo también lo quería, pero…

—Lo sé —respondió Marcus, con expresión seria—. Quería que todo siguiera igual, en cambio tú querías que las cosas mejoraran. Y tenías razón, y van a mejorar, solo que… antes van a estar mucho peor por un tiempo. Y creo que yo sabía

eso, y me daba miedo.

De repente, Farad gruñó detrás de ellos; no fue un grito sino un gemido leve y gutural, y su cuerpo cayó al suelo. Xochi gritó; Kira palideció al verlo y lo arrastró fuera de la línea de fuego. Marcus le tomó el pulso en el cuello y se acercó para oír si respiraba, pero había demasiada sangre; era imposible que siguiera vivo. Negó con la cabeza, confirmando lo que Kira temía.

—Está muerto.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Jayden.

En el corredor había un silencio sobrecogedor ahora que nadie disparaba, aunque llegaban sonidos tenues desde lejos: gritos ahogados y disparos desde afuera; lamentos de los pacientes atrapados e indefensos en el hospital; gritos desesperados de bebés diminutos, quemándose vivos mientras la

fiebre devoraba sus cuerpos. Los cuatro amigos se acurrucaron en la habitación, temblorosos y aterrados. Kira miró por la puerta, pero lo único que alcanzaba a ver eran unos centímetros de la pared opuesta. No saber qué había afuera la hacía sentir ciega y sorda.

Jayden recargó su arma con rapidez y eficiencia, aunque Kira notó que sus dedos temblaban por la fatiga y la adrenalina.

—Uno más en nuestra lista de planes fracasados —dijo—. No pudimos entrar; ni por casualidad vamos a poder salir, y no tiene sentido llevarte ante el Senado. ¿Directo a la maternidad?

—Directo a la maternidad —respondió Marcus. Hizo una mueca y declaró—: Kira estaba dispuesta a morir para que pudiéramos inyectar a Arwen; creo que nosotros también deberíamos estar dispuestos a

hacerlo. Son solo dos puertas más. Si logramos entrar e inyectarla, aunque nunca volvamos a salir, habremos ganado. La bebé se salvará y, gracias al espectáculo que les dimos afuera, todos sabrán quién lo hizo.

—¿Crees que lo lograremos? —preguntó Xochi.

—Basta con que llegue uno de nosotros —respondió Jayden.

Marcus se puso de pie, se

desabotonó la camisa y se quitó el cinturón donde guardaba la cura. Miró a Kira y luego tomó su fusil.

—Si va a sobrevivir uno solo, prefiero que seas tú. ¿Estamos listos?

—No —respondió Xochi—, pero eso nunca nos detuvo.

Se aferró a una silla con rueditas, esperó junto a la puerta y miró hacia atrás. Kira y los demás revisaron sus armas y asintieron, y Xochi empujó la

silla hacia afuera.

El pasillo se llenó de tiros, y los cuatro amigos salieron tras la silla, disparando a más no poder a los sorprendidos soldados, que estaban apuntando al objeto móvil equivocado. Xochi iba por delante y trastabilló cuando un tiro le dio en el brazo, pero ya había llegado a la maternidad y se lanzó contra la puerta. Esta no se movió, de modo que retrocedió, voló la cerradura de

un disparo y cayó en el interior cuando la puerta se abrió de golpe. Marcus la siguió más lentamente, ya fuera apuntando muy mal o fallando los tiros a propósito, tratando de no matar a los soldados enemigos sino de asustarlos para que retrocedieran. Parecía darle resultado, y Kira y Jayden hacían lo que podían para no dejar de disparar mientras avanzaban. De pronto, Xochi gritó y Kira oyó un disparo.

Marcus entró corriendo a la maternidad un momento después y Kira oyó más disparos, hasta que de pronto cayó. Sentía un dolor en la pierna como nunca antes había experimentado.

—Levántate —gruñó Jayden, descargando su arma hacia el otro extremo del pasillo—. Casi no me quedan municiones… no puedo detenerlos para siempre.

Ella se esforzó por levantarse, pero sentía la pierna

floja e inútil; la sangre le empapaba el pantalón y formaba un charco a su alrededor.

—Me dieron.

—¡Ya sé que te dieron, solo quítate del camino!

Kira gateó hacia adelante, arrastrando la pierna. Ahora el dolor era más intenso y sintió que empezaba a perder el conocimiento a medida que su sangre seguía regándose en el suelo. Jayden soltó una

palabrota y empezó a disparar más selectivamente, tratando de que los soldados no avanzaran. Kira sacó la cura de su hombro y la levantó.

—Tómala y corre —dijo—. Déjame aquí y salva a Arwen.

—¿Sabes, Kira? —respondió Jayden, al tiempo que disparaba su última bala y arrojaba el fusil —, creo que no me conoces muy bien.

Se inclinó, la levantó por el hombro y la cintura y la puso de

pie, tras lo cual se lanzó con ella hacia la puerta de la maternidad, manteniéndose entre Kira y el enemigo. Los soldados dispararon y ella sintió que el cuerpo de Jayden se estremecía con un impacto y luego otro. La respiración se volvió irregular, su paso se hizo más lento, pero nunca se detuvo. Kira se aferró a él y repetía su nombre con desesperación mientras él gemía, maldecía y jadeaba. Por

fin se lanzaron de costado a la sala de maternidad y se desplomaron en el suelo.

—¡Jayden! —gritó una voz.

Kira se volvió. Vio a Madison inclinada con ademán protector sobre una incubadora de terapia intensiva, y se le fue el alma al suelo. *Ya nació. ¿Habremos llegado tarde?*

A su lado estaba Haru, desaliñado y con los ojos desorbitados, con un arma en la mano. La apuntó hacia Kira.

—Arrojen las armas.

—¡Jayden! —volvió a gritar Madison, y trató de correr hacia él, pero Haru la detuvo con un brazo fuerte como el acero.

—Quédate aquí.

—¡Pero está herido!

—¡Dije que te quedes aquí! —replicó Haru, con voz atronadora, y Madison retrocedió asustada—. No dejaremos que se acerquen a nuestra hija.

—Jayden —susurró Kira—,

quédate conmigo.

Miró alrededor rápidamente y vio a Xochi y Marcus de pie contra la pared, sus armas en el suelo y los brazos en alto. Marcus se movió para ir a ayudarla, pero Haru le rugió que se detuviera.

—¡No te muevas!

—¡Mi hermano se muere! —gritó Madison—. ¡Deja que lo ayuden!

Kira se esforzó por incorporarse, sin prestar

atención a su propia herida, y examinó con atención la espalda de Jayden; le habían acertado varios tiros. Un momento después, Marcus llegó a su lado y le quitó cuidadosamente la mochila para ver la magnitud de las heridas. Kira no vio si Haru le había permitido moverse o si había ido de todos modos.

Los soldados ya estaban en la puerta, apuntándolos con sus armas.

—Ella… —dijo Jayden,

aunque le salió un hilo de voz casi inaudible— tiene… la cura.

—¿Qué dijo? —preguntó Madison.

—Dijo una estúpida mentira de la Voz —respondió Haru—. No le prestes atención.

—Dijo que tengo la cura —repuso Kira. Se volvió con cuidado, arrastrando la pierna ensangrentada. ¿Era su imaginación o la herida ya estaba empezando a sanar? Sostuvo la cura en una mano y

la levantó—. Aquí está.

—No vas a acercarte a mi hija —le dijo Haru.

—Voy a salvarla —insistió Kira, sosteniéndose en la pared para levantarse, centímetro a centímetro, hasta quedar parada. Apoyó su peso sobre la pierna buena y trató de hacer caso omiso de la otra, manteniéndose de pie por pura fuerza mental—. He sacrificado todo lo que tenía y todo lo que soy para salvar a tu hija.

¿Realmente vas a ser tú quien me lo impida?

—Eres una agente Parcial —dijo Haru—. Estás aliada con ellos. Solo Dios sabe lo que tratas de hacerle a mi hija, pero moriré antes de permitírtelo.

—Ese plan me parece bien —replicó Xochi.

—Está muerto —anunció Marcus, mientras se apartaba del cuerpo de Jayden. Miró a Haru, jadeando y tambaleante por el agotamiento—. Murió por

esta causa, Haru. No hagas esto.

Madison lloró con desesperación, y la bebé en la incubadora lloró con ella: un llanto incoherente contra un mundo que no traía más que dolor. Kira miró a Haru con expresión feroz.

—Tienes que dejarme intentarlo.

—¿Intentarlo? —preguntó Haru—. ¿Quieres decir que ni siquiera estás segura?

Ella palideció al pensar en todos los aspectos en los que podía estar equivocada, todas las formas en que la inyección podía salir mal. *¿Y si hice todo esto para nada? ¿Y si he matado a mis amigos y destruido mi mundo nada más que por un experimento fallido, algunas suposiciones erróneas y mi obstinado orgullo? El Senado me lo advirtió: dijeron que estaba arriesgando miles de vidas y el futuro de la raza*

humana por una obsesión. ¿Es porque soy una Parcial y tiendo a destruirlo todo porque así me hicieron? Gracias a mí, la nación entera está en caos, hay miles de muertos y, sin una cura, quizá nunca nos recuperemos. Sin una cura, ni siquiera va a importar.

Pero con la cura…

—No tengo datos que ofrecerte —respondió—. No tengo hechos comprobados; todos mis estudios se perdieron

cuando estalló el laboratorio, y la cura en sí nunca se ha probado. No tengo nada para demostrarte que lo que estoy haciendo es correcto. Pero, Madison —dijo, mirando a su hermana adoptiva a los ojos—, si algo sabes de mí, es que siempre trato de hacer lo correcto. Y a pesar de lo doloroso que ha sido, de todo lo que hemos pasado y de todos los que han muerto, esto es lo correcto.

—¡Cállate! —gritó Haru, moviendo la pistola hacia adelante.

Kira lo ignoró y mantuvo los ojos fijos en los de Madison.

—Madison —volvió a decir—, ¿confías en mí?

Lentamente, llorosa, la joven asintió. Kira levantó la cura, aún sujeta al cinturón, y Madison se acercó.

—Madison, quédate —gruñó Haru—. No permitiré que le entregues nuestra hija a esta

traidora.

—Entonces mátame —replicó Madison con ferocidad. Se plantó resueltamente entre Haru y la incubadora. La mano de Haru tembló, vaciló y luego cayó a su costado.

Kira se desplomó en el suelo y Marcus corrió hasta los armarios para buscar una aguja. Los soldados que estaban en la puerta no se movían; lo observaban todo con las armas apuntadas al suelo. Xochi ayudó

a Kira a levantarse y la llevó a la incubadora. Kira sintió el calor de la fiebre de aquel pequeño cuerpo como un brasero que se estaba apagando. Marcus le entregó una aguja y limpió con desinfectante el brazo de la bebé.

Kira preparó la inyección y vaciló junto al cuerpecito enrojecido, sacudido por el llanto. En aquel instante, la Burbuja corría por su sistema como una jauría de perros

feroces, mordiéndola y desgarrándola, devorándola por dentro. El contenido de esta jeringa, la feromona, la salvaría.

Kira se inclinó hacia adelante.

—Sujétala.

Madison sostuvo a la bebé. Marcus y Xochi dejaron de moverse, y hasta Haru se quedó en silencio, al fondo. El mundo entero parecía concentrarse en ese preciso instante. El llanto débil y ronco de Arwen llenaba la habitación como si fuera

humo, la última, desesperada chispa de un motor que está a punto de fundirse. Kira tomó aire, sostuvo su bracito y le aplicó la inyección.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

—Hemos descubierto la cura del RM.

En el coliseo hubo un estallido de vítores, aplausos y gritos de alegría. No era ninguna novedad: era imposible contener algo de tanta trascendencia, y la noticia de la recuperación de Arwen había corrido como reguero de pólvora, pero aun

así la gente aplaudía. El senador Hobb sonrió a la multitud, y su gigantesca cabeza holográfica reprodujo su expresión en el aire, por encima de él. Kira estaba sentada en el estrado junto a él, otra vez llorando y preguntándose —como lo había hecho mil veces en la última semana— si todo aquello era realmente cierto. Si todo estaba ocurriendo de verdad. Vio la sonrisa de Marcus entre el público y le

sonrió. Era real.

Hobb levantó las manos para pedir orden y sonrió con indulgencia cuando la gente siguió festejando. Querían su oportunidad de celebrar, y él parecía feliz de dársela. A Kira le asombraba la capacidad de cambio de aquel hombre. Hacía menos de dos semanas estaba ayudando a convertir la isla en un Estado totalitario y todo se había derrumbado catastróficamente a su

alrededor. Sin embargo, aquí estaba ahora, aplaudiendo sonriente. Kessler también había logrado conservar su banca y Kira le dirigió una mirada rápida y furtiva hacia el otro extremo del estrado. Los demás miembros del subcomité no habían tenido tanta suerte.

El senador volvió a tratar de acallar a la multitud. Esta vez le hicieron caso, y se fue haciendo silencio mientras él se preparaba para hablar.

—Hemos encontrado la cura del RM —repitió—. La hallamos nada menos que en los Parciales, en un elemento químico que exhalan al respirar, que reacciona con el virus y lo anula por completo. Aprendimos esto gracias a una serie de exámenes que llevó a cabo nuestra heroína local, la señorita Kira Walker, bajo la supervisión del Senado —hubo algunos aplausos dispersos, y Hobb esperó con paciencia

hasta que terminaron—. Estos exámenes se realizaron, como ya se habrán enterado por los rumores, en un sujeto Parcial vivo, capturado por integrantes de la Red de Defensa en una misión secreta. Admitimos, con vergüenza pero a la vez con franqueza, que no fuimos tan abiertos con respecto a esos exámenes como quizá deberíamos haberlo sido. Temíamos que se produjeran disturbios violentos, y al final

eso fue exactamente lo que ocurrió. Les aseguro que, en adelante, el Senado será mucho más transparente con respecto a sus planes, objetivos y métodos para cumplirlos.

Kira soltó una exhalación larga y nerviosa, mientras observaba a la multitud en busca de alguna señal de descontento. Todo lo que decía Hobb era verdad, técnicamente, pero la manera en que lo decía resultaba tan… untuosa, al

menos para ella. Él admitía apenas lo suficiente para mostrarse arrepentido y a la vez llevarse los laureles por una parte mucho mayor del proceso que la que realmente le correspondía. La multitud no lo aclamaba, pero tampoco lo abucheaba.

—Arwen Sato está muy bien —prosiguió—, más sana de lo que esperábamos. No quisimos arriesgarnos a sacarla del hospital, donde está bajo el

cuidado estricto de los médicos y de su madre, pero sí grabamos este holograma para que todos pudieran verla.

Hobb se sentó, y la imagen holográfica en el centro del coliseo pasó de un primer plano de su cabeza a una escena en la maternidad. A pesar de conocer muy bien la película, Kira no pudo evitar llorar al ver a Saladin, que hasta hacía poco era el ser humano vivo más joven, de pie junto a la bebita

sonrosada en la cuna del hospital, a quien le estaba trasladando ese honor. La imagen de la criatura produjo una exclamación de asombro en el público y Kira se dejó llevar por ella: el primer bebé en once años que no estaba enfermo, gritando, agonizando… ni muerto.

La película se detuvo y Hobb se puso de pie, con los ojos llenos de lágrimas.

—Arwen Sato es el futuro —

dijo, como un eco de los pensamientos de Kira—. Esa niña, esa preciosa niñita, es la primera de una nueva generación: los herederos de un mundo que será, esperamos, mejor que el que hemos conocido en los últimos años. Nuestros científicos están trabajando las veinticuatro horas del día para reproducir los componentes que le salvaron la vida a Arwen, para poder empezar a aplicárselos a otros

niños, pero eso no basta. Si queremos un futuro más promisorio, debemos despejar las sombras del pasado. Por eso me complace anunciarles que, a partir de hoy y para siempre, la Ley de Esperanza queda oficialmente abolida.

El público volvió a aclamar, aunque no en forma tan unánime. Muchos de los habitantes de East Meadow seguían apoyando la Ley de Esperanza, diciendo que ahora

que existía una cura real era más importante tener la mayor cantidad posible de niños, pero el Senado había decidido anularla como ofrenda de paz a la Voz. La misma ofrenda de paz había incluido las renuncias de Alma Delarosa y Oliver Weist. Entre ambos habían absorbido la mayor parte de la culpa por la precipitada aplicación de la ley marcial en la ciudad. Skousen también había renunciado, pero no con

ignominia, sino para dedicar su tiempo a reproducir la cura. En su lugar, la gente había elegido a Owen Tovar, recién perdonado por sus delitos en relación con la Voz. El nuevo Senado era una combinación de East Meadow y la Voz, tanto en su composición como en su forma de pensar, y por fin la isla estaba nuevamente en paz. Al menos, en teoría. Kira observó la hilera de senadores en el estrado y vio brechas y

espacios entre ellos, según estuvieran sentados más cerca o más lejos de sus vecinos. Este evitaba la mirada de aquel y aquel susurraba con aire conspirador al oído del siguiente. La multitud que colmaba el coliseo parecía un espejo de esta conducta, pero en mayor escala: estaban unidos, aunque había grietas profundas bajo la superficie.

—Todavía no hemos decidido un curso de acción —prosiguió

Hobb, con la voz cargada de sinceridad—. Nuestros paramédicos e investigadores están trabajando las veinticuatro horas para develar los secretos de la cura, y una vez que lo logren, empezaremos a sintetizar más. Por el momento ese es nuestro plan, pero si las cosas cambian, les aseguro que ustedes decidirán con sus votos las medidas que habremos de tomar. Nuestra sociedad funcionará como un todo o no

funcionará… Pero hay una cosa más —hizo una pausa, un momento puramente teatral que le dio un resultado estupendo, tal como pudo ver Kira: la gente guardó silencio y se inclinó hacia adelante. Hobb levantó un dedo, lo movió ligeramente como dando golpecitos en el aire, y por fin reanudó su discurso—. Hay algo más que descubrimos en nuestros experimentos con el Parcial. Algo que va a cambiar el curso de nuestras vidas y el

del mundo entero —tomó aliento —: los Parciales están muriendo, rápidamente, y no hay nada que ellos ni nadie pueda hacer para evitarlo. En un año, nuestro peor enemigo habrá desaparecido para siempre.

La aclamación que estalló entre la multitud sacudió el coliseo hasta sus cimientos.

—No podemos sintetizarla —dijo Kira.

Marcus la había acompañado a casa después de la asamblea y estaban sentados en la sala de Kira. Ella sabía la verdad y la quemaba por dentro, como una brasa ardiente: la cura, la Acechadora, no se podía reproducir artificialmente, y los exámenes que se había hecho demostraban que ella no la producía. Si realmente era una Parcial, como habían afirmado la doctora Morgan y los demás, su origen y su propósito seguían

siendo un misterio que ella solo podía tratar de adivinar.

Rezaba por que no fuera siniestro.

—No podemos fabricarla, ni falsificarla; simplemente no tenemos las herramientas —prosiguió—. Ni siquiera estoy segura de que las herramientas existan; tal vez ParaGen tenía algo, y quizá también lo tenía quien haya creado primero el virus, pero ya no están. La única manera de conseguirlas es por

medio de los Parciales.

—Isolde dice que el Senado está planeando un ataque al continente —dijo Marcus.

—Un plan de emergencia —asintió Kira. Ella era la experta en el tema en la isla, y a menudo actuaba como consultora del Senado, pero trabajaba más estrechamente con Skousen que con ellos. Sabía que estaban planeando algo, pero no tenía los detalles —. ¿Isolde dijo algo acerca de

cuándo sería eso?

—En unos meses, quizá —Marcus se encogió de hombros con impotencia—. Una cosa era ver morir a los recién nacidos antes, pero ahora que hay una cura… Han muerto tres más desde que salvamos a Arwen, y las mujeres a quienes Tovar inyectó las otras dos dosis todavía no dieron a luz. No sabemos qué va a pasar, pero sea como sea, la gente no va a quedarse sentada si las cosas

vuelven a ser como antes. Y ahora que saben que los Parciales están muriendo, solo es cuestión de tiempo hasta que empiecen a exigir un nuevo plan. Hay propuestas para negociar la paz, y también para enviar emisarios, aunque no solo por la guerra. Pero tal como hemos visto que están las cosas allá… —sacudió la cabeza—. Más que un tratado de paz, lo que puede llegar a conseguir un emisario es que lo maten.

—Es lo que les hicimos a ellos —Kira frunció el ceño—. Tal vez.

Aún no sabía a ciencia cierta qué pensar de Samm. ¿Le había mentido todo el tiempo? ¿Era posible la paz con los Parciales?

—Kira —dijo Marcus, y al instante ella detectó el cambio en su voz: una respiración profunda, una inflexión más suave, un tono inquisitivo que le dio a su nombre un significado

profundo y portentoso. Sabía exactamente lo que iba a decirle, y lo interrumpió con la mayor delicadeza posible:

—No puedo quedarme contigo —en ese preciso instante, vio cómo él se apagaba, empezando por los ojos, que perdieron todo su brillo. Se puso serio y dejó caer los hombros, cabizbajo.

—¿Por qué? —le preguntó.

No "por qué no", pensó Kira, *sino "por qué". Es una pregunta*

muy diferente. Significa que sabe que tengo otro motivo, no algo que me aleja de él, sino algo que me atrae a otra cosa.

—Porque necesito irme —respondió Kira—. Necesito encontrar algo.

—A alguien, querrás decir —replicó Marcus con voz áspera, cercano a las lágrimas—. Te refieres a Samm.

—Sí —dijo Kira—, pero no como… No es lo que tú crees.

—Quieres evitar una guerra

—dijo simplemente; era una afirmación más que una pregunta, pero Kira percibió el cuestionamiento debajo de la superficie: *¿Por qué?* ¿Por qué lo abandonaba? ¿Por qué no le pedía que la acompañara? ¿Por qué necesitaba a Samm cuando lo tenía a él? Pero Marcus no se lo preguntó y, de todos modos, Kira no habría podido responderle.

Porque soy una Parcial. Porque soy una incógnita.

Porque toda mi vida, el mundo entero, es mucho más grande de lo que era hace unas semanas, y no lo entiendo, y todo en él es peligroso, y por alguna razón yo estoy en el centro de todo. Porque unos grupos que ni siquiera sabía que existían están usándome para planes que no puedo comprender. Porque necesito saber qué soy.

Y quién.

Esta vez le tocó llorar a Kira.

Se le quebró la voz y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Yo te amo, Marcus, de verdad, y siempre te amé, pero… no puedo contarte esto. Todavía no.

—¿Cuándo?

—Pronto, tal vez. Quizá nunca. Ni siquiera sé qué es lo que no puedo contarte, solo… confía en mí, Marcus, ¿de acuerdo?

Él echó un vistazo al bolso de Kira, empacado y listo junto a la

puerta. —¿Te vas hoy?

—Sí.

—¿Ahora?

Kira vaciló.

—Sí.

—Voy contigo —dijo—. Nada me retiene aquí.

—No puedes ir conmigo —respondió Kira, con firmeza—. Necesito que te quedes aquí.

No estoy lista para que sepas las cosas que quiero averiguar sobre mí. No estoy lista para que sepas quién soy.

—Bien, entonces —dijo Marcus.

Sus palabras salieron breves y cortantes: cambiaba la tristeza por la ira, y apenas lograba disimular. Se puso de pie lentamente, caminó hasta la puerta y la abrió. Esperó.

—Gracias —le dijo Kira—. Por todo.

—Adiós —dijo Marcus.

Kira parpadeó para contener las lágrimas.

—Te amo.

Marcus dio media vuelta y se alejó. Ella se quedó un largo rato mirando la puerta abierta, vacía.

Nandita nunca regresó y la casa estaba fría y desierta. Kira reunió sus cosas: su mochila con ropa, una bolsa de dormir y provisiones para acampar; llevaba un nuevo maletín médico, un fusil al hombro y una semiautomática en la cadera. Recorrió la casa por última vez, estiró las sábanas en la cama y

vio de reojo el destello de un reflejo en la mesita de noche. Una foto enmarcada. Kira frunció el ceño y se acercó a ella. *Esto no es mío.*

Era una fotografía de tres personas que se hallaban de pie delante de un edificio. El portarretrato estaba dado vuelta, así que la gente se veía cabeza abajo. Kira lo giró lentamente.

Ahogó una exclamación.

De pie, en medio, estaba ella,

una niña de apenas cuatro años. A su derecha estaba su padre, tal como lo recordaba. A su izquierda estaba Nandita. Detrás de ellos, sobre una alta pared de ladrillos de un edificio había una sola palabra.

ParaGen.

En una esquina de la foto, alguien había dejado un pequeño mensaje con letras desprolijas, escritas con prisa y desesperación:

Busca al Consorcio.

AGRADECIMIENTO

El libro que tienes en tus manos representa el esfuerzo colaborativo de una gran cantidad de personas, con cuyo apoyo tengo la suerte de contar. Primero y antes que todos, está mi editor, Jordan Brown, que hizo tanto y con tanta pasión que en realidad debería figurar como colaborador pleno en la creación. Igual crédito merece Ruta Rimas, que tanto aportó a

la creación del libro y a nuestras primeras ideas sobre el mismo. Ruta cambió de editorial a mitad de este proyecto para emprender otros, pero en cada página del libro aún se advierten sus huellas psíquicas.

Muchos amigos y lectores aportaron sus propias sugerencias para el manuscrito, inclusive algunas que admiro profundamente, como Steve Diamond, Ben Olsen, Danielle Olsen, Peter Ahlstrom, Karen

Ahlstrom, Ethan Skarstedt, Alan Layron, Kaylynn Zobell, Brandon Sanderson, Emily Sanderson y mi hermano, Rob Wells.
Quisiera agradecer también a algunos de los artistas cuyo trabajo tuvo influencia en este libro en particular; mi gratitud especial para Ursula K. Le Guin, Ronald Moore, Kevin Siembieda y Muse.

Esta novela recibió una gran ayuda de los lectores de mi página web,

www.fearfulsymmetry.net, quienes me ayudaron a elegir los nombres de los grupos y conceptos claves del mundo de *Parciales*. La Ley de Esperanza fue llamada así por mi esposa; el Brote provino de Eric James Stone, y la Voz se debe a Michele Chiapetta. Gracias a ellos y a todos los demás que nos brindaron aportes tan valiosos. Fue un proyecto de creación conjunta muy divertido, y decididamente volveremos a

hacerlo.

Como siempre, y quizá lo más importante: no habría podido escribir este libro, y sin duda no me habría salido muy bien, sin la invaluable asistencia de las tres mujeres que hacen que mi vida sea navegable: mi agente, Sara Crowe; mi asistente, Janella Willis y mi maravillosa esposa y amor de mi vida, Dawn.

Por último, muchas gracias a Nick Dianatkhah, que siempre

está a la mano para morir de cualquier manera sorprendente y horripilante que un relato pueda requerir.

¡TU OPINIÓN ES IMPORTANTE!

Escríbenos un e-mail a
miopinion@vreditoras.com
con el título de este libro en el "Asunto".

CONÓCENOS MEJOR EN:

www.vreditoras.com

MÁS INFORMACIÓN EN:

facebook.com/SagaPartials